



- NOVIEMBRE DICIEMBRE -

Los CHICOS del calendario

¿PREPARADA PARA VIVIR
EL AÑO MÁS EXCITANTE DE TU VIDA?

Candela Rios



Los
CHICOS
del calendario

- NOVIEMBRE DICIEMBRE -

Los
CHICOS
del calendario
Candela Rios

TITANIA

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay • Venezuela

1.^a edición Noviembre 2017

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2017 by Candela Ríos

All Rights Reserved

© 2017 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona

www.titania.org

atencion@titania.org

ISBN: 978-84-17180-17-1

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*However far away I will always love you
However long I stay I will always love you
Whatever words I say I will always love you
I will always love you.*

Adele
Love song

NOVIEMBRE

1

Recapitulemos

En mi último año de instituto tuve un profesor que cuando hablaba siempre abría paréntesis. Estaba en medio de una explicación y, si aparecía algo que él consideraba interesante, decía: «Abro paréntesis». Entonces podía pasarse media hora o más relatando los hechos de algún personaje secundario —era profesor de filosofía— para después mirarnos uno a uno a los ojos y, tras una pausa dramática, añadir: «Cierro paréntesis». Para él, se llamaba Felipe —bueno, aún se llama así—, era perfectamente lógico cerrar ese tema y seguir con el anterior, y daba por hecho que el resto de los mortales, sus alumnos soñolientos —filosofía era el viernes a primera hora de la mañana—, podíamos hacer lo mismo.

Yo no podía.

Si os soy sincera, creo que Felipe abría y cerraba esos paréntesis para marearnos y demostrarnos lo débiles que éramos por tener resaca a nuestra edad... y solo por habernos quedado frente a la tele o al ordenador hasta tarde.

Había mañanas en las que seguía como si nada, estoy segura de que sabía que más de la mitad de la clase nos habíamos perdido y no sabíamos de qué estaba hablando, pero otras se apiadaba de nosotros y, tras un suspiro también dramático, decía: «Recapitulemos», y volvía a encauzar el tema. Casi a finales de curso me di cuenta de que esos *recapitulemos* entraban siempre en el examen. Supongo que Felipe no estaba mal como profesor, y gracias a él sé unas cuantas cosas que me han salvado el culo en más de una partida de Trivial...

Ahora decidme qué estoy haciendo aquí, sentada medio desnuda en esta cama con el móvil aún en la mano y la mirada fija en la puerta. Os lo diré yo: no tengo ni idea. Así que es el momento perfecto para recapitular.

Antes, permitidme un inciso o una pequeña aclaración.

Abro paréntesis: sé que en los libros anteriores los capítulos no tenían ningún título o frase que los precediera. Lo cierto es que pensé en hacerlo, pero al final lo descarté porque dudaba entre frases de canciones o películas de los ochenta (culpa de Marta) o frases de Harry Potter (esto espero que lo entendáis). En este libro, el último de mi año con *Los chicos del calendario*, tengo que hacerlo. Aunque, a decir verdad, creo que para enfrentarme a noviembre y diciembre me hará falta mucho más que títulos o palabras, necesitaré un mapa, una brújula, un gira-tiempo y sangre de unicornio. Al fin y al cabo, tengo que encontrar a un chico que valga la pena en este país. Cierro paréntesis.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué coño acaba de pasar? Perdonad el lenguaje, pero es que... ¿de verdad Salvador se ha ido ofendido porque le he ocultado algo? ¿¡Él se ha enfadado por eso!?! ¿¡En serio!?

Recapitulemos.

Estoy en Valencia, en un apartamento de Adrián, el chico de octubre, y acabamos de subastar un Seat restaurado, de color rosa, para recaudar dinero para el cáncer. Ha sido todo un éxito. Salvador ha venido a verme y hemos estado juntos, y después todo se ha estropeado.

Mierda.

Puestos a recapitular, debería añadir que hace unas semanas apareció Rubén con un repentino ataque de conciencia y me entregó un USB con un vídeo en el que salimos él y yo en la cama cuando éramos novios. El vídeo de por sí basta para provocarme náuseas, pero lo peor es que el señor Barver padre tiene una copia. Rubén me lo dijo y me pidió perdón, me soltó un rollo sobre que ha cambiado y que está de mi parte y quiere ayudarme, y tal vez en otro momento de mi vida me lo habría creído, pero ahora no tengo tiempo para eso. Veamos si le dura esto de comportarse como un adulto y pensar en las consecuencias.

No tendría que haberle contado a Víctor lo de la visita de Rubén y el vídeo o tendría que habérselo dicho también a Salvador. Mi única defensa es que quería encontrar el momento y quería decírselo cara a cara. ¿A quién le apetecería decirle a su novio que existe un vídeo en el que sale en la cama con otro? A nadie. Y Salvador no solo se ha enterado de lo del vídeo antes de que yo se lo dijera, sino que su padre pretende chantajearle con él si no le cede la dirección

de Olimpo.

Genial.

Supongo que no puedo culpar a Salvador por estar enfadado, pero, ¡joder!, tendría que haberme escuchado. Tendría que haberme dejado explicarme. Claro que lo de esa foto mía besando a Víctor la noche de Sant Jordi tampoco ha ayudado. ¿Cómo diablos no nos dimos cuenta de que alguien nos estaba espiando y fotografiando? Tal vez no había nadie, me digo, y la foto proceda de las cámaras de seguridad del hotel, pero pensar que el padre de Salvador ha accedido a ellas y la ha obtenido me pone los pelos como escarpías y me entran ganas de estrangularlo. Robarle la intimidad así a alguien es horrible, me entran náuseas. Ese instante con Víctor nos pertenecía solo a nosotros, era parte de nuestra historia, un momento bonito que a partir de ahora vincularé a otro muy desagradable. Me parece injusto.

Miro el móvil y parpadeo dos veces al ver la hora. La una y media de la madrugada. La una y media y Salvador acaba de salir a la calle como si fuesen las ocho de la tarde. Salto de la cama como si esta información fuese un resorte y me pongo la ropa interior a la pata coja mientras tiro de los vaqueros que — gracias a Dios— tengo limpios y colgados en el armario. Después me pongo la camiseta rosa que Marcos ha diseñado para la subasta de hoy y bajo la escalera con los cordones de las zapatillas a medio atar y el móvil pegado a la oreja.

Tiene que contestarme.

¿Adónde diablos habrá ido a estas horas? ¿Por qué no me he dado cuenta antes de que era tan tarde y le he impedido irse? Abro la puerta de la calle y casi me caigo al suelo de bruces. He chocado con algo, con la espalda de un chico terco que está sentado en el portal.

Él se levanta al instante y me sujeta.

—¿Estás bien? ¿Adónde vas con tanta prisa?

—A buscarte. ¿Qué estás haciendo aquí?

Salvador está despeinado, se nota que se ha vestido a toda prisa, igual que yo, pero a él el estilo descompuesto le sienta bien. Cierra los dedos alrededor de mis antebrazos durante un segundo y después los suelta y da un paso hacia atrás. Su bolsa está en el suelo frente a la persiana de Bujías, el garaje de Adrián, el chico de octubre.

—Iba a llamar a un taxi —empieza y parece enfadarse más, pero no sé si conmigo— y no he podido. Joder.

—Yo he bajado decidida a detenerte.

Se tira del pelo, no se pasa los dedos por entre los mechones, no es un gesto casual ni un tic, es un movimiento que delata lo alterado que está y que consigue que a mí me cueste respirar. No puedo moverme y entonces él elimina la distancia y las dudas para sujetarme la cara entre las manos y susurrarme:

—Joder, Candela, no puedo alejarme de ti. No puedo.

Mis talones se levantan del suelo tirados por mis labios que buscan los de Salvador. Él está quieto un segundo, como si mi beso le sorprendiera, o tal vez lo que le pasa es que de verdad está buscando esa manera de alejarse. Empiezo a apartarme y una de sus manos me rodea la cintura y me pega a él al mismo tiempo que separa los labios y me besa furioso.

Hay besos furiosos que tienen más verdad y más amor que besos dados en la playa mientras se pone el sol o el día más romántico de tu vida. Esto lo he aprendido con él, los besos que importan a veces cuestan de dar.

—No puedo irme, tendría que poder irme —pronuncia entre dientes y vuelve a besarme con la misma fuerza. Nuestras lenguas se pelean y en su boca encuentro restos de nuestra discusión.

—Quiero que no puedas irte, Salvador. Quiero... —Le tiro del pelo para echarle la cabeza hacia atrás y fijar mis ojos en los suyos—. Te quiero. —Él baja los párpados y cuando sus iris casi negros reaparecen ante mí siguen ardiendo por mi secreto y por todo lo que nos hemos dicho, pero también hay cierta calma—. Siento mucho no haberte dicho lo del USB y que había hablado con Rubén. Lo siento. Y siento habérselo contado a Víctor antes que a ti.

Tensa los hombros y no sé si va a soltarse o a besarme de nuevo. Al final no hace nada y sigue mirándome. No sé qué busca, ya no tengo ninguna defensa ante él y no le escondo nada, sus ojos pueden encontrar hasta la arruga más pequeña de mi alma. Hace meses esto me habría aterrado, probablemente habría dado media vuelta y habría salido de aquí corriendo, pero ahora no, porque yo también veo las suyas. Solo tengo que atreverme.

—Y hay algo más —le digo, más me vale lanzarme del todo—. Voy a ir a Estados Unidos con Víctor.

—¿Cómo?

—Escúchame, Salvador. No te obceques y presta atención.

—¿Que no me obceque? Acabas de decirme que te vas a Estados Unidos con Pastor. ¿Qué coño está pasando? ¿Estamos haciendo las paces o echando un polvo de despedida? Yo no puedo...

Le tiro del pelo y vuelvo a besarlo y él me muerde el labio un segundo antes de devolverme el beso y levantarme del suelo hasta que lo único que yo puedo hacer es rodearle la cintura con las piernas.

—¡No! No es nada de eso. Estamos juntos, Salvador. Basta de hacer las cosas solos y sin decírselas al otro. Estamos juntos.

Él baja los labios por mi cuello y allí también vuelvo a sentir la presión de sus dientes seguida por el calor de su lengua al recorrer la misma zona.

—Acabas de decirme que te vas con otro tío de viaje. Tendría que irme a un hotel y mañana por la mañana volar a Londres y pensar en todo esto. Pero ni siquiera he podido llamar a un jodido taxi.

Sigue besándome y yo le paso los dedos por el pelo, no sé si es consciente de que está hablando en voz alta. Tengo la sensación de que se está riñendo a sí mismo y que no espera que le interrumpa. Mi espalda está apoyada en la puerta y él lleva una mano al lateral de la camiseta rosa para subirla despacio hacia mis pechos por encima de la tela. No puedo evitar gemir y paso la lengua por el lóbulo de su oreja.

Él me sujeta más fuerte y se aprieta contra mí.

—Estoy furioso, Candela.

—Yo... —trago saliva—, tienes que confiar en mí. Tienes que creerme, yo no...

Interrumpe mis palabras con otro beso, el primero que me da despacio desde que le he encontrado sentado en el portal.

—Estoy furioso conmigo. —Suelta el aliento—. Conmigo.

Soy yo la que ahora tiene que sentir su boca y, aunque quedan muchos malentendidos que arreglar entre nosotros, nos perdemos en la locura que tejen nuestros cuerpos. Sus dedos bailan por mi piel y mi respiración no puede seguirles el ritmo.

—Salvador, vamos dentro.

—No pienso soltarte. No voy a cometer el mismo error que hace un rato. —Se obliga a respirar—. Explícame por qué te vas de viaje con Pastor. Hazme entender qué significa ese viaje para nosotros. ¿Vamos a follar para decirnos adiós?

Lo dice tan en serio, con la voz tan ronca, que quiero preguntarle por qué, pero su mano me acaricia el cuello y sus labios succionan justo en la clavícula y dejo de pensar. Cuando hace esto creo que busca la manera de colarse directamente en mi corazón.

Como si no lo hubiese hecho ya.

Tenemos que hablar, él todavía está enfadado por lo de Víctor y lo del vídeo y yo porque se ha ido sin escucharme y ha vuelto a cerrarse en banda. Pero ahora quiere escucharme, ha sabido enfrentarse a su rabia y me está preguntando por qué. No me gusta que se refiera a lo que sucede entre él y yo como *follar*, lo ha utilizado adrede para recordarme que le he hecho daño, aunque creo que esta vez también se lo hace a él.

—Quiero ir a Estados Unidos a buscar información sobre tu padre y viajar con Víctor es la tapadera perfecta para que no sospeche nada.

—Yo puedo ocuparme de mi padre —sigue furioso, tiene los ojos entrecerrados y la voz le tiembla de rabia, pero sus besos y sus caricias recorren mi piel, pegada a la suya, con más ternura de la que puedo soportar.

—Vamos dentro... Salvador.

—Mi padre es problema mío.

Le acaricio el pómulo, el gesto consigue que me mire a los ojos.

—Ahora me tienes a mí, deja que te ayude. Déjame estar a tu lado.

—No estás a mi lado. Estás dentro.

Sus labios me impiden responderle y lo sabe, no los suelta hasta que los dos dejamos de respirar y nuestros cuerpos tiemblan. Me deposita en el suelo sin decir nada y sujeta una mano en la suya mientras con la otra recupera la bolsa que antes ha abandonado. Después tira de mí hacia la escalera y, en cuanto llegamos al pequeño apartamento, cierra la puerta casi con un puntapié y camina rumbo a la cama apretándome los dedos. Estoy convencida de que va a lanzarme encima de las sábanas aún revueltas de antes y que el sexo que estamos a punto de mantener será una especie de pelea y reconciliación, pero me sorprende.

Salvador siempre me sorprende.

Se detiene frente a los pies del colchón y baja la vista.

—Me gusta esta camiseta, me recuerda a esa del conejo que llevabas en enero.

—No sabía que te habías fijado.

—Me fijo en todo lo que tiene que ver contigo.

Me besa, me desnuda.

Le desnudo y caemos en la cama despacio donde hacemos el amor sin escondernos nada.

—No entiendo que no me llamas para contarme lo de Rubén y lo del vídeo — me dice cuando el alba intenta robarnos los últimos minutos que nos quedan de noche—. Y odio que se lo dijeras a Víctor, pero no tendría que haberme ido de aquí sin dejar que me lo explicases.

Podría hacerme la dormida, no sé si Salvador sabe que estoy despierta, ha hablado bajito como si todo esto fuese un secreto que dudase compartir conmigo. Pasa los dedos por mi pelo y los baja por la espalda desnuda. Esta vez él ha sido más intenso, me ha recordado a cuando nos acostamos en su casa de la montaña, cuando me ocultaba tanto sobre sí mismo y solo parecía bajar las barreras con el sexo. Un escalofrío se cruza con sus dedos en mi columna vertebral.

—Eh, ¿estás bien, cariño? —Le oigo tragar saliva—. ¿Te he hecho daño?

Respiro, a él se le eriza la piel del pecho, y me incorporo un poco para mirarle a los ojos.

—No, no me has hecho daño. —Me sonrojo. La imagen de él moviéndose despacio mientras me sujetaba las manos por encima de la cabeza y me susurraba al oído lo lento que pensaba moverse y lo mucho que necesitaba verme, besarme, sentirme... me deja sin habla unos segundos. Cierro los ojos un instante y los abro al sentir que me aparta un mechón de la frente—. ¿Por qué te has ido de esa manera? —No contesta y aparta levemente la mirada—. ¿Por qué sigues teniendo el impulso de huir de nosotros?

Se gira hacia mí al mismo tiempo que se incorpora y me sujeta la cabeza con la mano que ya tenía en mi nuca para besarme.

—No puedo huir de nosotros. —Se tumba abatido—. Ni siquiera he podido

llamar al taxi. Te imaginaba aquí, triste, enfadada conmigo. Decepcionada.

—No puedes salir corriendo cada vez que sucede algo que no te gusta, Salvador.

—No me he ido por eso. —Entrelaza los dedos de una mano con la que yo tengo apoyada en la cama—. Me he ido porque hasta ese momento no sabía que podías hacerme tanto daño. No me ha gustado, no había sentido nunca algo así, y porque los celos me han hecho perder la cabeza —reconoce casi a regañadientes.

—No tienes motivos para tener celos, pero supongo que puedo entenderlo —me apresuro a añadir al ver que levanta la ceja—. No se lo dije a Víctor antes que a ti para hacerte daño, sencillamente sucedió así, pero tienes que saber una cosa. —No soy consciente de que me estoy mordiendo el labio inferior hasta que él me pasa el índice por encima.

—No hagas eso.

—Me da igual que Víctor sepa lo de Rubén —suelto y me cuesta mirarle, pero él me acaricia la mejilla y me levanta el rostro—. No te lo oculté adrede, sabía que tenía que decírtelo y ponerte sobre aviso para que pudieses anticiparte a tu padre, pero... Pero quiero que lo nuestro funcione, Salvador, y ver imágenes mías con otro tío no va a sentarte bien.

—No. —Cierra los puños—. Querré matarlo, por estúpido e irracional que suene será lo que querré hacer el día que vea ese maldito vídeo. Pero no tienes que avergonzarte de ello, Candela. Tú no has hecho nada malo y no tienes que protegerme de nada, y mucho menos de tu pasado. No me importa o, dicho de otra manera, me importa si a ti te hace daño, pero en lo que se refiere a todo lo demás, me da igual. No soy un señor medieval ni tú una doncella en apuros, y —le falla la voz y descubro que a mí me escuecen los ojos— no quiero tu pasado, quiero tu presente y tu futuro. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Nos quedamos mirándonos, me acerco y le beso en los labios con ternura. Tengo el corazón tan desnudo que no me atrevo a hacer nada más. Descanso la cabeza en su torso que sube y baja a trompicones. Esta conversación, la discusión de antes... este mes nos ha cambiado, tal vez demasiado. Necesitamos volver a sentirnos cómodos en nuestra piel, una que se siente incompleta sin la del otro cerca.

—Mi vuelo sale de Barcelona mañana al mediodía, ¿tú qué planes tienes con Pastor?

Le ha costado hacer esa pregunta, aunque intenta disimularlo.

—Salimos mañana por la tarde. Le he pedido que se ocupase él de comprarme el billete y me lo mandase. Mañana le daré el dinero. No quería perder el tiempo conectándome a las webs de viajes, quería ir a buscarte.

—¿De verdad crees que encontrarás algo sobre mi padre en Estados Unidos?

—Vale la pena intentarlo. Aquí en España él nos tiene más vigilados y no puedo quitarme de la cabeza eso que nos contó Ben, el chico de septiembre, sobre sus padres. Si el señor Prados tiene negocios con tu padre, tal vez la exseñora Prados pueda ayudarnos. Según Ben está muy resentida.

—No me gusta que te vayas... y ¿qué pasará con *Los chicos del calendario*?

—Lo he estado pensando, dentro de un rato llamaré a Adrián y le diré que tengo que irme, él lo entenderá, creo, y le pediré que nos eche un cable. Estos últimos meses he aprendido que la gente te sorprende y que, si pides ayuda, te la dan. Solo faltan unos pocos días para que termine el mes y creo que con las fotos que tengo puedo fingir que sigo en Valencia, no me gusta la idea, no voy a mentirte, pero no sé de qué otro modo hacerlo.

—No puedes mentir a tus lectores. Tú no eres así.

—No se me ocurre otra opción.

—Déjame pensarlo. Tú te has ocupado de todo, hasta ahora yo solo he montado un número propio de una *drama queen*. —Sonríe y le quiero un poco más porque se burla de sí mismo—. ¿Cuántos días estarás de viaje?

—Toda la semana, creo. Así tengo tiempo para buscar información si no la encuentro a la primera.

—Podemos hacer una especie de recopilatorio. Solo quedan dos meses para que se termine el año y seguro que podemos justificarlo. Hablaré con Vanesa y con el departamento de comunicación para que le den forma y tal vez tú podrías grabar el vídeo mañana antes de irte.

—Sí, eso ya lo había pensado. —Ahora le sonrío yo—. Me gusta trabajar contigo, señor Barver.

Se le escapa la risa.

—En enero habría jurado lo contrario.

—Bueno, las cosas han cambiado un poco desde entonces.

—Sí, un poco.

—Oye, antes has dicho algo...

—¿Sí?

—Lo de ser un señor medieval, ¿te parecería mal disfrazarte un día de escocés?

La risa se convierte en una carcajada y tira de mí hasta tumbarme en la cama y ponerse encima.

—Como desees, princesa.

2

Salidas y llegadas

El vuelo a Nueva York sale a las ocho de la tarde. El billete, aunque es el más económico que ha encontrado Víctor, vale más de lo que me puedo permitir, pero es lo que pasa cuando te da un ataque detectivesco y decides volar a otro continente en busca de pruebas para ayudar a tu novio.

No sé si el término *novio* le encaja a Salvador. Él es demasiado complicado para esa palabra y las sílabas le quedan pequeñas, cinco letras no bastan para retener lo que nuestra relación significa. Tal vez sea porque esa palabra la había utilizado con Rubén o quizá porque estos casi diez meses de viaje me han ayudado a crear un nuevo diccionario.

No es casualidad que Víctor eligiese partir del aeropuerto del Prat y no de Barajas o cualquier otro del país. Esta mañana tenía una reunión en los laboratorios barceloneses donde había trabajado en el pasado, cuando hemos hablado antes por teléfono me ha explicado que de momento quiere mantener todas las puertas abiertas. No me he atrevido a preguntarle si existe algún otro motivo por el que decidió Barcelona.

Estoy esperándole en el mostrador de facturación, he recibido un mensaje hace cinco minutos. Es un milagro que yo haya llegado antes que él con la mañana que he tenido. Tengo la sensación de haber vivido una semana entera en cuestión de horas.

A primera hora de la mañana he bajado al taller a ver a Adrián y le he preguntado si le importaría que me fuese de Valencia antes de tiempo y acortar así su participación en *Los chicos del calendario*. Él, que ha tenido dos minutos para conocer a Salvador antes de que este se subiese al coche con conductor que le ha llevado directamente a este mismo aeropuerto para irse a Londres, me ha abrazado y me ha dicho que podía contar con él para lo que hiciese falta.

Me habría gustado irme con Salvador, estar con él unas horas más, pero no hemos encontrado la manera de hacerlo posible. Yo no podía irme de Valencia sin más, quería despedirme de los chicos de Bujías, hablar con Adrián y sacarle unas cuantas fotos más en su taller.

Salvador me ha escrito para decirme que ha llegado bien y que probablemente se pasará la tarde en el hospital. Ha prometido llamarme y es maravilloso poder decir que le creo. Yo he prometido lo mismo.

«Prométeme que no dudas de mí.»

«Te prometo que no dudo de *nosotros*», ha escrito y ha añadido un beso de despedida.

He grabado el vídeo con África, hoy Abril no se encuentra bien y no ha podido hacerlo ella. La he echado mucho de menos y más aún cuando después la he llamado y me ha contestado adormilada. He colgado enseguida, pero en cuanto llegue a Nueva York y sea una hora decente, la perseguiré de nuevo. Quiero saber cómo se encuentran ella y su barriga y si Manuel se ha rendido. Espero que no.

Sé que tendría que haberos puesto aquí el vídeo del chico de octubre, pero he decidido no hacerlo. No es que quiera torturaros, lo cierto es que no me gusta cómo ha quedado. No he dado lo mejor de mí y Adrián no se merece esa chapuza. He hecho una chapuza. La falta de sueño, los nervios, la preocupación por todo lo que está a punto de pasar estos días, la reunión con Vanesa y Jan, hacer la maleta, creo que he intentado abarcar más cosas de las que podía y Adrián ha pagado el pato y la granja entera.

Siempre colgamos los vídeos de los chicos del calendario el último día del mes y vuelvo a Barcelona el treintauno por la mañana, así que, en cuanto llegue, puedo volver a grabarlo y lo haré. Adrián tiene que tener otro vídeo y en él tengo que hablar de Diana, del Seat rosa y de las tigresas, las chicas que luchan por todo. No lo he dicho hoy en *Gea*, porque no quería que África se lo tomase mal, pero abro el correo y le mando unas líneas a Vanesa para comentárselo y que lo tenga presente. No me gustaría que se adelantasen y lo colgasen.

—Hola, nena.

Levanto la cabeza del móvil y me encuentro con la sonrisa de Víctor y una de sus camisas de cuadros de leñador.

—Hola, Víctor.

Él se agacha y me da un beso en la mejilla mientras me rodea con los brazos y me levanta del suelo durante unos segundos.

—¿Lista para embarcar?

Facturamos las dos maletas, la suya más grande que la mía, y pasamos el control de pasaportes sin hablar de nada importante. Ambos sabemos que el tema está ahí, esperándonos, y que tenemos que enfrentarnos a él cuanto antes, estos minutos son una especie de calentamiento.

Le pregunto por su sobrina Valeria y él me enseña orgulloso las fotografías más recientes y me cuenta que está convencido de que pronuncia su nombre a la perfección.

—Lo dudo mucho, *Víctor* no es precisamente fácil de pronunciar.

—Para ella sí, es muy lista.

Es contagioso verle así y mentiría si no reconociera que el corazón se me acelera un poco al tenerlo cerca y que en cierto modo añoro la vida que podríamos tener juntos aunque nunca la haya vivido.

La materia cambia de estado con el calor —cuando estoy con el chico de marzo me salen metáforas científicas, lo siento—; el agua se convierte en vapor con el fuego, y una vela se derrite hasta ser líquida. Es lo que me pasa con Salvador y lo que le pasa a él conmigo: dejamos de ser lo que somos para convertirnos en algo distinto, pero con la misma alma. Con Víctor no me pasa.

Él me pregunta por Ben, lo conoció en Marbella, y también por el chico de octubre. A su manera, Víctor sigue mis progresos en *Los chicos del calendario*, a pesar de que sigue sin entender, según sus propias palabras, «para qué coño sirve Instagram».

Superado el control de pasaportes, buscamos una cafetería en la que sentarnos a tomar un café caro y malo, y a esperar a que anuncien la puerta de embarque de nuestro vuelo.

—Bueno, Cande, aquí estamos.

—Sí, aquí estamos.

—¿Vas a contarme de qué va todo esto? ¿Qué vas a buscar a Estados Unidos?

Bebo un poco de agua, también hemos comprado dos botellines y tres chocolatinas, dos para mí y una para él.

—Sí. Gracias por dejar que te acompañe, no sé si te lo había dicho.

—Creo que lo farfullaste ayer antes de colgar cuando me llamaste a las tantas. No hay de qué, ya sabes que puedes pedirme lo que quieras y, si está en mi mano dártelo, te lo daré. Te lo dije en Marbella y sigue siendo cierto.

Se me encoge el estómago. Mierda.

—Mierda —al final se escapa de mi pensamiento—. Te estoy utilizando otra vez. Mierda. Lo siento.

—¿De qué hablas? No me estás utilizando y me ofende que creas que podrías hacerlo o que yo te lo permitiría. ¿A qué viene esto, Cande? No te he recordado lo de Marbella para hacerte sentir culpable, solo estaba enumerando los hechos.

—Es por el vídeo, el de Rubén.

—¿El vídeo de Rubén? ¿Qué ha pasado? —Cambia de actitud, echa los hombros hacia atrás y si tuviera un hacha parecería estar buscando el árbol más alto para talarlo—. ¿El padre de Barver ha hecho algo?

—Sí, está utilizando el vídeo para chantajear a Salvador.

—Joder, nena, lo siento. ¿Vas a dejar *Los chicos del calendario*, en eso consiste este viaje, quieres desaparecer un tiempo?

—No, nada de eso.

—Yo lo haría.

—No es cierto, tú no esconderías la cabeza bajo la arena si te sucediera algo así.

—Ahora no. —Alarga una mano y la coloca sobre la mía durante unos segundos—. Pero hace años lo hice, cuando murió mi padre. A veces huir es lo único que se te ocurre.

—No estoy huyendo. *Los chicos* estarán al cargo de Vanesa estos cuatro días, hemos decidido hacer una especie de resumen de estos diez meses, de los mejores momentos. He grabado un vídeo explicándolo. —Ese tampoco me ha quedado demasiado bien—. Lo colgarán esta noche.

—Entonces, ¿qué pretendes conseguir con este viaje?

—Creo que en Estados Unidos hay alguien que puede ayudarme: la madre de Ben.

—¿Benjamín Prados?

—Sí. El padre de Ben tiene negocios con el señor Barver e intentaron utilizar a

Ben como hombre de paja para ciertos asuntos no muy legales. No puedo contarte más, es la historia de Ben, pero si algún día tú y Jimena viajáis a Marbella, id a verlo. Creo que os haríais amigos.

—¿A qué viene mencionar a Jimena justo ahora?

—A nada. Ella es pastelera como Ben, ¿no?

Miento. He mencionado a Jimena porque quiero saber si pinta algo en la vida de Víctor y en su decisión de prácticamente mudarse a Estados Unidos de la noche a la mañana. Él lleva meses planeando esto, lo sé, le esperan en su nuevo trabajo, pero hay algo que no termina de encajarme y creo que ese algo es una chica que corre por las mañanas y que en Marbella me dejó claro que me odia.

—Sí, lo es. —Se bebe el café y ni siquiera la enorme taza blanca consigue ocultar que no me está contando toda la verdad—. ¿Tienes alguna pista sobre la madre de Ben o todo esto se basa en una corazonada de las tuyas?

—No tengo corazonadas. Bueno, vale, sí tengo, pero en este caso tengo varias pistas. Soy periodista y algo he aprendido estos últimos meses. Además, llevo años trabajando en *Gea*, en el edificio del grupo Olimpo, y los minions no somos tan idiotas como les gusta creer a nuestros jefes.

—¿Minions? Ya has vuelto a estar con tus sobrinas. En serio, Cande, tú tendrías que ser una influencia para ellas, no al revés. —Me guiña un ojo y recuperamos la normalidad que habíamos perdido tras «el momento Jimena». Procuraré no volver a mencionársela.

—El señor Barver tiene varios negocios con el señor Prados y dos de las sociedades que utilizaron para llevarlos a cabo tienen sede en estados norteamericanos con acuerdos fiscales que dejan a Suiza y a las Islas Caimán en ridículo. No solo eso, esas sociedades no las dirige nadie, sus empleados cambian tan a menudo como el tinte de Katy Perry y el único administrador que han tenido, hasta que lo cesaron hace un tiempo, fue Ben.

—Déjame adivinar, lo cesaron cuando dejó las drogas.

—Exacto. Por desgracia en Marbella no logramos encontrar ningún papel, ningún rastro documental. Lo único que Ben logró fue grabar a su padre durante una charla que mantuvieron esa noche en el club de golf.

—Joder, me cae bien ese tío, Ben, parece un luchador. ¿Qué pinta su madre en todo esto, él le ha dicho que vas a ir a verla?

—No, y tal vez eso pueda complicarnos las cosas. La madre de Ben no se lleva con él.

—¿No se lleva, quieres decir que se llevan mal?

—No, al parecer la exseñora Prados se divorció tanto de su marido como de su hijo cuando dio por finiquitado el matrimonio. Volvió a Estados Unidos y nunca más se supo. Ben fue a verla hace unos años, cuando estaba en la universidad, y la señora le reconoció y no le dijo nada, no le dio ninguna explicación. Incluso se negó a dejarlo entrar en su casa. Hasta le dijo a una de sus hijas, volvió a casarse, que Ben era un mensajero.

—Joder, eso sí que es ser fría.

—Como Elsa. Sí, lo sé, tengo que dejar de ver tantas pelis de dibujos con Raquel y Lucía.

—Confiesa que a ti también te encantan.

—Me encantan. ¿Contento?

—Pletórico. Entonces tu plan consiste en ir a visitar a esta exseñora Prados, que con toda probabilidad nos cerrará la puerta en las narices, pedirle que nos entregue papeles incriminatorios sobre el padre de Salvador y volver a España.

—Más o menos, y todo sin que Barver se entere. O, si se entera —suspiro, ahora viene un salto mortal—, tiene que creer que estoy contigo.

—Conmigo. Juntos tú y yo. —Se frota la barba, la lleva un poco más larga que la última vez—. Termina de contarme todo esto, Cande.

—El señor Barver le dio a Salvador una foto nuestra, de ti y de mí, besándonos. Es de la noche de Sant Jordi.

—¿Cómo que besándonos? ¿Quién coño nos sacó una foto?

—No lo sé, me imagino que había una cámara en el pasillo. No lo sé, Víctor. No sé qué pretende exactamente Barver padre, pero sé que cree que la mejor manera de hacerle daño a su hijo es a través de mí.

—Y si Ricardo Barver cree que tú y yo estamos juntos, que no estás con Salva, se queda sin munición con la que atacarle en este sentido —termina deduciendo. Se echa hacia atrás y me observa—. Podrías habérmelo dicho ayer por teléfono.

—Era tarde y... —¿Qué le digo? ¿Que quería colgar lo más rápido posible porque Salvador acababa de irse?

—Y sabías que no iba a gustarme que me utilizases. Creo que eso ya lo hemos

discutido hace unos minutos y yo no he mentido. No solo viajas conmigo a Nueva York porque quieras mi compañía estos días, eso no lo pongo en duda, Cande, sino porque soy tu tapadera. Quieres que el padre de Salva crea que estás aquí con tu *novio* y aprovechar para buscar información en su contra.

—Lo siento.

—Las cosas son muy complicadas entre tú y yo.

—Lo sé.

—Y ahora mismo quiero hacerte un montón de preguntas, como por ejemplo si Salva está al corriente de esto, apuesto que sí, pero no voy a hacerlo. Aún no. Antes de seguir adelante, sin embargo, necesito que hagas algo.

Asiento.

—Claro, yo...

—Pídemelo, dime la verdad sin rodeos y pídemelo exactamente qué necesitas de mí en este viaje. Vamos a dejar aparcado lo que te dije el otro día por teléfono o lo que sea que pueda suceder entre tú y yo en el futuro. Centrémonos de momento en estos próximos cuatro días, sin mentiras y sin muletas emocionales de ningún tipo. La verdad y nada más que la verdad.

—Está bien, tienes razón. —Aflojo los dedos, los estaba apretando tan fuerte que me habían quedado blancos—. Víctor Pastor, ¿puedo viajar contigo a Estados Unidos, pedirte que me ayudes a convencer a una mujer que con toda probabilidad me cerrará la puerta en las narices y fingir que somos pareja por si el imbécil del padre de Salvador se entera de algo? Por favor.

—Puedes. Y ahora vámonos, nuestra puerta es la cinco.

3

La gran manzana

He dormido casi todo el vuelo. Como diría mi madre, me faltan horas de sueño, y al parecer he intentado recuperarlas durante el trayecto a Nueva York. Cuando hemos entrado en el avión y ocupado nuestros asientos —uno al lado del otro porque Víctor es un «hacedor de milagros» y ha conseguido que varias personas se cambien de lugar—, he confeccionado una lista en mi mente de todo lo que quería hablar con él. Una especie de plan para reconstruir nuestra amistad y airear un poco las cosas entre los dos. Primero quería darle las gracias de nuevo por su ayuda y después iba a preguntarle por Jimena aunque un rato antes me había prometido no hacerlo. Pero, una vez en el aire, el sonido monótono de los motores me ha dejado K.O. y, cuando he abierto los ojos, estábamos a punto de aterrizar.

La cola de inmigración es larga y lenta, lentísima, y aquí los móviles no tienen cobertura, por lo que aún no sé nada de Salvador. Me escapo unos minutos al baño, me echo agua en la cara e intento recordar algunos de los trucos que aparecen en esos artículos de cómo cuidarte en un vuelo intercontinental. Creo que como mínimo he escrito cinco de ese estilo y todos me parecieron una estafa porque la foto que adjuntábamos por decreto de Marisa, la directora de *Gea*, era de unos asientos de primera y con un neceser lleno de productos que sumaban más que mi sueldo. Productos enanitos o minis, como los llaman ahora. Si viajas en primera y tienes un neceser de esos, seguro que cuando bajas del avión estás impecable. El mérito es tener cierta buena cara cuando viajas en turista y estás sentada dos filas por delante del baño y de la cocina del avión.

Lo único que consigo es peinarme, ponerme un poco de colonia de una muestra que encuentro perdida en medio del bolso y lavarme las manos. La cola no ha avanzado mucho en mi ausencia y esquivo a la gente hasta llegar al lado

de Víctor. «Estoy con él, *I'm with him*», les digo a los que me miran mal. Una chica me fulmina con la mirada y no sé si es porque cree que estoy colándome o porque le está haciendo ojitos a Víctor.

Él ni se ha fijado. Guarda el móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros en cuanto llego a su lado y solo tengo tiempo de ver que estaba mirando unas fotografías, pero no logro identificarlas. La cola avanza y no le pregunto.

Tardamos casi una hora en cruzar el control, Víctor tiene que responder a más preguntas que yo porque lleva consigo los papeles del trabajo, el visado que le han tramitado los de la empresa y no tiene billete de vuelta. La policía que me atiende a mí parece sacada de *Orange is the new black* y lo digo con cariño. Yo no puedo dejar de pensar que será un milagro si encontramos nuestras maletas, pero están y las arrastramos hasta la línea de taxis que hay fuera del aeropuerto.

—Vamos a estar en el mismo piso que en agosto —me explica Víctor.

—Oh, mierda, ni siquiera se me había ocurrido pensar en eso. —Apoyo la cabeza en el respaldo del coche—. Te has ocupado de todo, gracias, Víctor. No sé qué haría sin ti.

—Bueno, esperemos que nunca tengas que averiguarlo. Kyle vuelve a estar de viaje y me dijo que podía quedarme aquí unos días, si me apetecía, antes de instalarme definitivamente en San Francisco. Voy a llamarle para decirle que ya hemos llegado y preguntarle dónde me ha dejado las llaves esta vez.

—Claro.

Mientras él se ocupa de esa llamada, yo pongo mi teléfono en marcha y espero impaciente a que se conecte. Voy directa a la sección de mensajes y abro el que me ha mandado Salvador.

«Las pruebas han salido bien. Te echo de menos. Llámame cuando puedas.»

Le escribo para confirmarle que hemos llegado y que vamos a estar en el piso del amigo de Víctor y añado que le llamaré en un rato. No añado que no lo hago ahora porque no estoy sola. Después cierro los ojos un segundo y tomo aire. ¿Y si esto me viene grande? ¿Qué diablos pretendo descubrir? De pequeña siempre perdía al Cluedo y ahora estoy viajando de incógnito en busca de pruebas para hacer chantaje —o contrachantaje, si es que esta palabra existe—, a uno de los hombres de negocio más importantes y poderosos de España.

Me he vuelto loca.

Tiene que ser eso.

En el apartamento de Kyle, Víctor lleva mi bolsa de viaje directamente a una habitación distinta a donde deja él su maleta.

—¿Qué te parece si intentamos descansar un par de horas, nos duchamos y vamos a comer algo? —sugiere—. Después pensaremos mejor.

—Claro.

—Genial, pondré la alarma del móvil.

Se encierra en su habitación, no sé si está cansado, necesita estar solo o si cree que yo necesito estarlo. O tal vez no quiere oírme hablar con Salvador.

Me froto la frente y camino exhausta hasta el dormitorio que Víctor me ha asignado. El apartamento de Kyle es muy espacioso y tiene unas vistas espectaculares. Creo que trabaja en la misma empresa donde empezará Víctor, pero estoy demasiado cansada para acordarme con total seguridad. Caigo en la cama y con los pies me quito los zapatos sin incorporarme. Busco el móvil y llamo a Salvador. Salta el contestador, en el hospital apenas hay cobertura y depende de dónde esté en este momento es lógico que lo tenga apagado. Aun así, tengo que tragar saliva dos veces para poder grabarle un mensaje. Al colgar le digo que le quiero y con los párpados apretados intento imaginarme qué sentiría si oyera a Salvador pronunciar esta frase a otra persona.

Soy despreciable.

Víctor no ha escondido lo que siente por mí, él no es así, y me está ayudando mucho más de lo que haría cualquier amigo. No sé si yo sería capaz de hacerlo en su lugar. Me gusta creer que sí, pero lo cierto es que dudo mucho que pudiera. No tendría que haberle pedido que me dejase viajar con él ni que fuese mi tapadera con el padre de Salvador. Ha sido muy egoísta de mi parte.

Mierda.

Hace un par de días, cuando Salvador salió furioso del apartamento de Valencia, yo todavía tenía esa foto mía y de Víctor en la noche de Sant Jordi encima de la cama, y pensé en él, en que Víctor podía ayudarme....

Me incorporo y me froto la cara. Entre lo que he dormido en el avión y los nervios por el viaje, estoy aturdida, me siento como cuando se me pasó el efecto de la anestesia tras quitarme una muela.

Salvador está celoso de Víctor.

Víctor está dolido y odia a Salvador, pero está dispuesto a ayudarme.

Salvador no soporta que Víctor me ayude, aunque lo ha aceptado y finge que le parece normal.

Yo no tendría que hacer pasar a Víctor por esto.

Salvador sería más feliz si Víctor no existiera o, mejor dicho, si no hubiese existido nunca.

Yo no quiero que Víctor desaparezca de mi vida.

Camino soñolienta hasta la habitación de Víctor y llamo a la puerta. Él tarda un par de segundos en abrirla, tiene el pelo mojado y lleva una camiseta en lugar de la camisa de cuadros.

—¿Sucede algo, Cande?

—Soy despreciable. —Él sonrío y no tengo más remedio que seguir con mi explicación, disculpa o lo que sea que estoy haciendo—. No tendría que estar aquí contigo, no tendría que haberte pedido que me dejaras acompañarte.

—¿Por qué no? —Cruza los brazos sobre el pecho.

—Porque está mal. Muy mal. Y tú te estás portando muy bien, demasiado bien.

—¿Preferirías que me portase mal? —Pone una mueca algo ridícula, levanta ambas cejas y sonrío. Creo que se está conteniendo para no reírse.

—Te estoy hablando en serio. Lo que te estoy haciendo está muy mal. Muy mal y tú...

De repente estoy a punto de caerme, me planteo si me han fallado las rodillas después de estar ocho horas en el avión, pero veo que Víctor ha puesto una mano en mi cintura y tira de mí hacia él. Confusa voy a balbucear algo y esas palabras se quedan perplejas en mi garganta porque él me está besando.

Me está besando a lo bestia. No es ni un beso tierno ni seductor ni nada por el estilo, es un beso cavernícola y completamente inapropiado si tu novio está en Londres en un hospital y se supone que tú estás buscando la manera de evitar que su padre le destroce profesionalmente.

—Ya está, ya me he portado mal.

Las plantas de mis pies vuelven a tocar el suelo en su totalidad, aunque lo de recuperar el equilibrio aún no lo tengo tan claro.

—¿A qué ha venido esto? —Lo miro atónita y me llevo una mano a los labios.

Creo que me ha mordido.

—Así puedes dejar de sentirte culpable. Ya me he portado mal, me he aprovechado de la situación y te he besado. Díselo incluso a Barver, así todavía seré más malvado.

—Tú estás loco.

—Por ti, pero eso ya te lo había dicho. Vamos, descansa un poco, date una ducha, haz lo que quieras. Luego comemos algo y charlamos, ¿vale? Dentro de unas horas iremos a casa de la madre de Prados y tienes que estar centrada.

Le observo durante tres o cuatro segundos, no sé qué decirle. ¿Le insulto? ¿Le pego? ¿Le grito? ¿Vuelvo a pedirle perdón y a darle las gracias por ayudarme?

Al final me doy media vuelta y vuelvo a mi dormitorio, estoy demasiado impresionada para reaccionar. Víctor nunca había hecho algo así, él siempre había mantenido las distancias cuando nos veíamos si yo estaba con Salvador. Visto está que soy una mala influencia para él. Voy a ducharme.

La madre de Ben se llama Melanie y reside actualmente en las afueras de Nueva York en una calle que es la viva imagen de Wisteria Lane, el ficticio barrio residencial de *Mujeres desesperadas*. Hemos ido a Central Station y nos hemos subido a un tren hasta aquí y después hemos decidido ir paseando.

Ni Víctor ni yo hemos sacado el tema del beso y, si no fuera porque él parece sentirse extremadamente satisfecho consigo mismo, creería que me lo he inventado.

—¿Has avisado a esa mujer que íbamos a verla?

—No.

Víctor se planta en medio de la calle. No se para, se planta, como si a estas alturas le sorprendiera descubrir que mi plan no es más que pura improvisación.

—No lo sabe, ¿verdad? No sabe que vamos a verla.

—Ni siquiera sabe que existimos.

—Joder, Candela. ¿Nos hemos levantado a las cinco de la mañana y hemos hecho tres horas y media de tren, y ella no sabe ni que existimos? Lo del más difícil todavía contigo va en serio.

—Vamos, no es para tanto. —Doy un paso con la esperanza de que me siga, pero no tengo suerte y acabo retrocediendo. Víctor se pone las manos en los

bolsillos, levanta una ceja y silba. ¡Silba!—. Está bien. Supongo que tendría que habértelo contado antes.

—Bueno, podría ser peor, podrías haber esperado a que llamásemos a casa de esa señora y ella nos echase a los perros.

—Qué dramático te has vuelto.

—Cuéntame cómo se supone que vamos a hablar con la madre del pastelero si ella no sabe que existimos. —Abre los ojos de par en par—. ¿Has comprobado si sigue viviendo aquí, si está trabajando, si está de viaje?

—Más o menos.

—¿Más o menos? Desembucha, Cande.

—Ben visitó a su madre hace unos años y ella le cerró la puerta en las narices, eso ya te lo he contado. Bien, pues, desde entonces, y aunque no han mantenido ninguna relación cara a cara, exceptuando ese desastroso encuentro, él le manda una postal por su aniversario y en Navidad, y ella hace lo mismo, así que los dos saben que siguen vivos y si se han mudado. Es muy triste, ¿no te parece?

—Tristísimo, pero ahora no viene al caso.

Le aniquilo con la mirada.

—La dirección es correcta. Y Ben se ofreció a llamarla y a explicarle que iría a verla, me lo dijo ayer cuando lo llamé. ¿O fue antes de ayer? En fin, la mañana que estuve en Barcelona, pero los dos llegamos a la conclusión que era mejor no hacerlo. No quiero que ella piense que su hijo la está utilizando.

—Pero vamos a verla para pedirle que nos ayude y Ben es nuestro contacto. La estamos utilizando.

—No te lo tomes todo tan al pie de la letra, Víctor. La vida no es una fórmula exacta. Ben no le ha dicho que estamos aquí porque todo ha sido tan rápido que pensé que era mejor no meterle en medio de este lío. Bastante tiene él con su propio padre. Si esta buena mujer nos recibe, le hablaré de Ben y le diré que somos amigos. Si no, prefiero no mencionarlo. Su relación o ausencia de relación ya es bastante complicada como para que yo me meta en medio.

—Voy a obviar que me has atacado y diré que al menos has aprendido a contenerte un poco, pequeño saltamontes.

—Y yo, que tú vuelves a comportarte como el profesor chiflado. ¿Te parece bien volver a caminar o quieres que nos quedemos aquí plantados un rato más?

—Me parece bien.

La casa de Melanie es tal y como me la esperaba, y no porque ayer viera una foto en Google Maps al teclear la dirección. Cruzamos el camino de grava que conduce a la puerta y me sudan las manos. Las posibilidades de que esto salga mal quintuplican las de que pueda salir bien y, si me queda alguna duda al respecto, siempre puedo preguntárselo al científico que me acompaña.

Nos detenemos en la puerta, es blanca y tiene un adorno dorado en forma de pájaro colgando a la altura de mis ojos. Llamo al timbre y suelto el aliento, iba a esperarme unos segundos, pero he decidido que ese pájaro me traerá suerte.

Víctor se coloca a mi lado y susurra que todo saldrá bien sin apartar la vista de enfrente.

—¿Sí? —nos pregunta una voz de mujer desde el interfono.

—¿Podemos hablar con la señora Meadows? —contesto yo en inglés.

—¿De parte?

Realmente tendría que haberme preparado un poco mejor.

—Estamos buscando información sobre la relación entre el señor Prados y el señor Barver, señora Meadows, y también de una empresa llamada Dakota Pres.

—Vale, no he tenido mucho tacto, pero es lo primero que se me ha ocurrido...

Dakota es el nombre de una de las compañías sospechosas que posee el padre de Ben junto con el padre de Salvador. El interfono hace el clic típico de apagado, espero unos segundos y no se oye nada más. Cierro los ojos y suelto el aliento abatida.

—Podemos buscar en otra parte. —Víctor me rodea el hombro con un brazo —. Tienes el nombre de algunas de las sociedades y podemos...

La puerta se abre y aparece una mujer muy guapa de unos cincuenta años con cuerpo y cutis de infarto. Es rubísima, altísima y tiene los mismos ojos que Ben.

—¿Quiénes son ustedes?

Y directa, es muy directa.

—Hola, señora Meadows, gracias por... —empiezo en inglés.

—Puede hablar en castellano, todavía me acuerdo y me gusta practicarlo. ¿Quiénes son? ¿Qué están haciendo aquí?

—Yo soy Víctor Pastor, encantado de conocerla, y ella es Candela Ríos.

Somos amigos de su hijo Benjamín.

La señora se tensa y la arruga que hace unos segundos ha empezado a desvanecerse de su entrecejo reaparece aumentada.

—No tengo ninguna relación con el señor Benjamín Prados y les agradecería que se fueran de la entrada de mi casa antes de que avise a la policía.

—Pero...

—Váyanse.

Víctor da un paso hacia atrás y busca mi mano con la suya, supongo que no le hace ninguna ilusión que le arresten unos días antes de empezar a trabajar y a vivir aquí. Pienso en Ben, en las malas cartas que le ha tocado jugar y en el chico tan increíble, generoso y valiente que es ahora. Me hierve la sangre y, aunque acepto la mano de Víctor, tengo que inhalar y exhalar un par de veces antes de dar media vuelta.

Pero al llegar a la calle...

—¿Sabe una cosa? —Subo los tres escalones, seguro que parezco una loca a pesar de que me tiemblan los hombros del esfuerzo que estoy haciendo para contenerme—. Ben es increíble. Es una de las personas más auténticas, sinceras y maravillosas que conozco. —Ella, la señora Meadows, iba a cerrar la puerta y se detiene, así que yo sigo hablando—. Le hizo mucho daño cuando lo dejó de pequeño y aun así él lo entendió, entendió que no pudiera quedarse en España y que quisiera rehacer su vida aquí, en Estados Unidos. Pero cuando vino a verla y usted le trató como si fuese un indeseable y le dijo a su hija que él era un mensajero le hizo mucho daño. Muchísimo. ¿Qué clase de madre hace eso? ¿Qué clase de persona hace eso? ¿Por qué lo hizo, eh? Él no quería nada excepto hablar con usted y conocerla un poco.

—Yo...

—Sí, lo sé, va a llamar a la policía.

—Cande... —Víctor intenta tirarme del brazo.

—¡No! Esto es importante. Estoy harta de no hacer nada para defender a la gente que me importa. Ben es buena persona, es un buen hombre que cometió errores, como todos, y que los ha superado como nadie. Se ha rehabilitado de una terrible adicción y ahora dedica su vida a ayudar a los demás y a hacer los mejores pasteles del mundo, y usted se lo está perdiendo todo. He venido hasta

aquí para pedirle ayuda, pero si no me la da encontraré una solución, en cambio usted ha perdido la oportunidad de que una persona genial y maravillosa como Ben forme parte de su vida.

—¡Cande!

Me giro hacia Víctor y bajo el primer escalón. Me he desahogado, pero lo más probable es que esta señora llame a la policía en cuanto cierre la puerta y no me ayude lo más mínimo. Soy idiota, he echado a perder una oportunidad de oro. Probablemente la única oportunidad que tendremos y ni siquiera el optimismo de Víctor, que se ha ofrecido a ayudarme a buscar información de las empresas del padre de Salvador, consigue animarme.

—Esperen un segundo. —La voz de la madre de Ben nos sorprende tanto que yo casi estoy a punto de caerme de lo rápido que me vuelvo—. Pasen.

Le tiembla la mano con la que sujeta la puerta y nosotros la cruzamos algo indecisos. Víctor observa nuestro alrededor, quizá buscando por dónde podríamos escapar, o... quizá la única loca de los dos soy yo.

—No ponerme en contacto con Ben era una de las condiciones que puso mi exmarido para concederme el divorcio, señorita... ¿Ríes?

—Oh, Dios mío. Lo siento.

—Pasen, siéntese aquí. —Entramos en un salón y yo no sé si empezar a hacerle preguntas o a pedirle perdón—. Siempre me he arrepentido de dejar a Ben, era joven y... No espero que lo entiendan.

—Yo no tenía ni idea... Ben no tiene ni idea —balbuceo como una idiota.

—Me convencí de que mi hijo estaba mejor sin mí y, cuando vino a verme hace unos años, me asusté. Pensé que su padre le había manipulado de alguna manera y que esa visita iba a traerme problemas. Quise buscarle después, llamarle, pero no me atreví. Le conté a mi hija y a mi marido quién era y que había venido y ellos quieren conocerle. Soy yo la que ahora tiene miedo de acercarse a Ben y de que él me rechace.

—Ben quiere conocerla, señora Meadows.

—Llámeme Melanie.

—No conozco mucho a Ben —interviene Víctor al ver que estoy aturdida—, pero todo lo que ha dicho Cande es cierto, es un gran hombre y dedica su vida profesional a su centro de desintoxicación y reinserción laboral, y hace unos

pasteles de muerte. Debería darle una oportunidad, estoy convencido de que él quiere dársela a usted. Él nos ha facilitado sus datos de contacto; no digo que Ben no quiera ayudar a Cande en su misión respecto a las sociedades de Barver y Prados, pero algo me dice que al mismo tiempo agradecería que el destino volviese a ponerla a usted en su camino.

—Es usted encantador...

—Víctor.

—¿Por qué me han preguntado por Barver? —Se frota los ojos y suelta el aliento—. Creía que no volvería a escuchar ese nombre.

Le explico por encima que el señor Barver padre está chantajeando a su hijo para quitarle la dirección de Olimpo y que estamos buscando algo con lo que equilibrar la balanza. Tal vez tendría que haber sido más reservada e inventarme que acudía a ella como periodista de *Gea*, pero mi instinto me ha gritado lo contrario y he decidido fiarme.

—Nunca me gustó ese hombre, mi exmarido se llevaba muy bien con él. Voy a ayudarles. Llevo años guardando esos papeles. Mike, mi marido, me ha dicho que los utilizara un par de veces para acceder a Ben. Ahora me alegro de no haberlo hecho. Prefiero que, si algún día recupero la relación con mi hijo, no sea gracias a un chantaje. Eso se lo dejo a su padre. No sé si les servirá de algo.

—¿Tiene algo de las sociedades de Barver y Prados?

No puedo creerme que hayamos tenido tanta suerte.

Melanie sonrío por primera vez desde que hemos llegado.

—Señorita Ríos, Cande, mi divorcio no fue amigable y si algo aprendí durante los meses que estuve casada con ese desgraciado es a guardar papeles y hacer copias de todo lo que parece importante. A lo mejor son todo cosas inútiles; pero, tanto si lo son como si no, pueden hacer con ellas lo que quieran. —Se pone en pie y sale de la sala donde estamos. Víctor y yo esperamos y nos sonreímos. Él también está alucinado de que mi ataque de verborrea haya terminado así. Melanie vuelve a entrar con una carpeta azul en la mano—. Solo pongo una condición.

—La que sea.

—Si mi exmarido acaba en la cárcel, llámeme.

4

Besos, verdades y cintas de vídeo

El avión aterrizará en Barcelona dentro de treinta minutos y, exceptuando las horas que he estado prisionera en la fila 24, asiento 2 C, estos últimos días me han pasado tan rápido que todavía me falta el aliento.

Melanie, la madre de Ben, no llamó a la policía y nos entregó una carpeta con la documentación que se llevó de España cuando se divorció de su manipulador, impresentable y básicamente miserable primer marido. En realidad, nos entregó una copia porque la documentación original la tiene guardada en una caja de seguridad, esto es lo poco que se fía de su ex. Su segundo marido, el señor Meadows, es un encanto. Llegó antes de que Víctor y yo nos fuéramos e insistió en acompañarnos en coche a la estación. Nos prometió que él y su familia harían lo imposible por ponerse en contacto con Ben. Le creí y el día siguiente de nuestra visita recibí un mensaje de Ben diciéndome que su madre le había llamado y que me perdonaba el unicornio.

En septiembre él se burló de mí y me dijo que en vez de recorrer el país en busca de un chico que valga la pena parecía que estuviese dedicándome a hacer de casamentera o de hada madrina de los chicos de nuestro país. Le hice una lista de todo lo que conseguiría hacer por él y reconciliarle con su madre estaba en primer lugar, aunque en realidad nunca creí que pudiese conseguirlo. El unicornio lo añadió él.

Hoy Víctor no me ha acompañado al aeropuerto, es una historia un poco larga y supongo que debería contárosla y prometo hacerlo, aunque un poco más tarde (ya os he anticipado que estos dos meses voy a necesitar vuestra paciencia).

Salvador dejó Londres ayer y ya está en Barcelona. El tratamiento va bien, al menos así me lo ha asegurado cuando hemos hablado por teléfono, y su padre «solo» le ha mandado un mensaje recordándole la cita que tienen dentro de unos

días, esa en la que supuestamente Salvador va a entregarle las riendas de Olimpo a cambio de que no saque a la luz mi vídeo con Rubén.

Abril está bien, por fin conseguí hablar con ella. Está histérica y teme por su salud mental, pues siente tentaciones de apuntarse a un curso para aprender a coser a máquina. Intentaré verla hoy, mañana, cuando sea. No sé en qué día vivo y el *jet lag* me atonta más de lo habitual.

El capitán anuncia que despliega el tren de aterrizaje y que en Barcelona hace buen tiempo. Algo es algo, en Nueva York, si algo me ha quedado claro es que puede nevar y hacer un viento huracanado al mismo tiempo y que mi gorro, el mismo que llevaba en enero y que puse en la maleta de milagro, no sirve de nada con esa meteorología.

Tardo un poco en recuperar el uso de las piernas, he estado atrapada entre una señora que se ha pasado todo el vuelo tecleando en su portátil, con cuadernos de esos amarillos con rayas metidos entre su codo y el mío como si ese asiento (y la mitad del mío) fuese su despacho, y un señor enorme con alzacuellos que se ha quedado dormido nada más despegar. Si no le hubiese oído roncar durante todo el vuelo, incluso por encima de las turbulencias, habría temido por su vida.

Al menos hoy paso el control de pasaportes con cierta rapidez y mi maleta sale de las primeras. Mañana es uno de noviembre y el chico de este mes me espera en su pueblo. Hoy voy a grabar el vídeo de nuevo, Vanesa y Jan aceptaron que lo repitiese, y pronto os enteraréis de todos los detalles. El problema es que eso significa que no voy a tener ni un segundo libre, tal vez por eso corro por la extensísima sala de recogida de equipajes del aeropuerto de El Prat en dirección a la salida.

Salvador viene a buscarme.

Cruzo la puerta automática y levanto la cabeza buscándolo, incluso doy un par de saltitos y maldigo a todos esos guías turísticos tan altos que están allí con cartelitos esperando a alguien. Entonces lo veo, está de pie frente a una columna, lleva un abrigo negro y hoy no se ha afeitado. Al verme, camina hacia mí esquivando las personas que se interponen entre nosotros. Me tiemblan un poco las rodillas, porque parece dispuesto a apartar físicamente a cualquiera que intente detenerlo. La maleta cae al suelo, necesito las manos para rodearle el cuello y devolverle el beso. Los besos.

—Te he echado de menos, Candela.

—Vaya... —suspiro—. Si vuelvo a salir por esa puerta, ¿volverás a besarme así?

Se ríe y estamos tan cerca, él sigue abrazándome y sujetándome contra su cuerpo, que el aire que sale de sus labios me hace cosquillas.

—Puedo volver a besarte así ahora mismo.

Y lo hace.

Media hora más tarde estoy sentada en su coche y mirando soñolienta mi ciudad.

—Es curioso.

—¿El qué?

Lo he dicho en voz alta sin darme cuenta.

—Barcelona siempre ha parecido bonita, pero hasta este último año no tenía esta sensación.

—¿Qué sensación?

—De que, aunque visite lugares preciosos, increíbles, de esos que te quitan el aliento, aquí hay algo más.

—Tal vez ese algo más no tenga que ver con la ciudad.

—Tal vez.

Salvador gira entonces por una calle que yo no esperaba y él contesta antes de que yo pueda formular la pregunta.

—Sé que tienes que grabar el vídeo y que hoy los dos tenemos un día complicado, pero he pensado que antes de ir a Olimpo te gustaría ir a tu casa a ducharte.

Le veo apretar el volante.

—¿Me estás diciendo que huelo mal, Salvador?

—No, te estoy diciendo que, si pretendes que hoy me comporte con un mínimo de sentido común, necesito estar contigo a solas y preferiblemente desnudos.

—Oh...

—Y le tengo cariño a tu bañera.

Dos horas más tarde estamos los dos entrando en *Gea*. Él no deja de sonreír y yo tampoco, a pesar de que no sé cómo diablos conseguiré hacer todo lo que

necesito antes de mañana. Pero me da igual ir de culo en el trabajo, lo que hemos hecho en esa bañera quedará grabado para siempre en mi memoria como una de las experiencias más sexis y emocionantes de toda mi vida. No exagero. No sabía que mi cuerpo era capaz de hacer eso y el suyo, vamos, eso que me ha hecho seguro que es ilegal en varios países.

—¡Hola a todos! Bienvenidos a otro vídeo de *Los chicos del calendario*. — Estoy grabando el vídeo con Abril e interpreto su presencia como el sello de aprobación de los dioses de Youtube—. ¿Podéis creerlo que después de este solo nos quedarán dos más? ¿¡Dos más!? Y no tengo ni idea de a quién voy a elegir como chico del calendario o si ese chico, sea quien sea, me hará cambiar de opinión sobre los hombres de este país. Bueno, cambiar la opinión sí que la he cambiado un poco, aunque eso tampoco significa que sea algo bueno. Estoy confundida, vaya. Y, tal como os decía en el vídeo que colgamos hace unos días para presentaros un resumen sobre los diez chicos que hemos conocido hasta la fecha, quiero leer vuestras opiniones, comentarios, teorías, sugerencias, lo que sea. Pero basta de pedir un calendario de nuestros chicos sin camiseta al estilo calendario Pirelli. Os entiendo, creedme, pero, ¿en serio?!

»Centrémonos, que es mencionar la falta de camisetas y me pierdo. ¿Dónde voy este mes de noviembre? Es decir, mañana, y yo aquí de cháchara como si tuviera diez días para prepararme. —Toco la mesa y hago un redoble de tambores—. ¡Mañana y todo el mes de noviembre estaré en Trevejo, un precioso pueblo de Extremadura que tiene su propio castillo! ¡Un castillo medieval! Ya me veo bajando una escalinata y recorriendo los pasillos cantando «se oye una canción que hace suspirar y habla el corazón de una sensación grande como el mar» —canto muy mal, sí—. Voy a dejar de cantar. El chico de este mes se llama Julián Duque. ¡Duque! Este mes voy a tener un duque y un castillo, ¿qué puede salir mal? A Julián le hemos elegido como chico de noviembre porque lo presentaron como candidato un grupo de chicas que fueron de visita al castillo de Trevejo en el que Julián, al parecer, ejerce de guía. En su carta, esas chicas, que creo que estaban de despedida de soltera, si no hay ciertos comentarios que no me explico, terminaron su propuesta con dos *hashtags* más largos que los que escribo yo, así que, chicas, somos almas gemelas y he decidido confiar en

vuestro criterio. Esos *hashtags* son, lo digo por si queréis utilizarlos:
#LosChicosDePuebloSonSexis
#LosPríncipesDeCuentoNoExistenPeroParaQuéLosQueremosSiTenemosAlGuía!
#DameUnChicoDeVerdadQuePorLoDemásYaMeSalvoSola.

»Espero que os gusten y que tengáis tantas ganas de utilizarlos y de conocer a Julián y Trevejo como yo.

»Y ahora ha llegado el momento de hablar del chico de septiembre, Adrián Cortés, nuestro mecánico de Valencia. Gracias a todos, una vez más, por participar en la subasta del Seat rosa. Recaudamos... ahora no me acuerdo, pero me aseguraré de poner un enlace aquí —señalo la parte que queda a la izquierda de mi cabeza— para que podáis comprobar que sois maravillosos y que la AECC está feliz con nuestra donación. Dejaré también información sobre nuestra cuenta para que podáis seguir haciendo donaciones.

Adrián... ¿Qué puedo decir de Adrián que no haya dicho ya? Pues que admiro su valentía y su sinceridad. Perder a la persona que más quieres tiene que ser horrible. Ni siquiera me atrevo a definirlo, porque no me atrevo a planteármelo. Pero él me habló de esto tan íntimo y tan doloroso con una honestidad desgarradora. No lo pintó como uno de esos dramas horribles que salen en las pelis de sobremesa ni tampoco como una peli edulcorada a lo *Love Story*. La vida no es una película, la vida puede ser una verdadera mierda, y Adrián lo sabe y, si habéis visto las fotos de este mes, habréis visto que sigue adelante y que no solo está dispuesto a aceptarme a mí como amiga, sino que también está dispuesto a confiar en la vida, esta que tanto le ha traicionado, a recordar el amor de Diana como lo más grande que le ha pasado y a soñar con un futuro quizá de nuevo feliz. ¿Es el mejor chico del calendario? No lo sé, ¿qué pensáis vosotros?

Os dejo, voy a buscar mi disfraz de Bella y a meterlo en la maleta para Trevejo. Nos vemos en nada, sed buenos y seguid dejando vuestras opiniones en este vídeo, en los *posts* o en las fotos de Instagram. ¡Os necesito!

—Has estado genial. —Abril apaga la cámara y la deja en una mesa—. Y estás radiante. —Parpadea un par de veces—. ¡Tú has echado un polvo!

—Dilo más alto, no te cortes —intento reñirla, pero se me escapa la risa. Gracias a Dios estamos solas grabando.

—Te odio.

—No es verdad, me quieres mucho.

—Es verdad, pero ahora mismo te odio porque, a juzgar por tu sonrisa y lo que te brilla la piel, has echado el polvo del siglo, y yo en cambio me siento como una ballena con la capacidad de seducción de una marmota.

—Las ballenas y las marmotas son sexis.

—Deja de decir tonterías y cuéntame cómo ha sido.

Algo le cuento, es lo menos que puedo hacer después de la cantidad de veces que Abril me ha contado sus aventuras de esta clase.

—Joder... ¡BRAVO, Cande! Sé de primera mano que hacerlo en una bañera es más difícil de lo que parece. Me has dejado impresionada. —Me guiña un ojo.

—Gracias, viniendo de ti es todo un halago.

Se oye la campanilla del ascensor y nos separamos de un salto.

—¿Interrumpo algo? —pregunta Salvador acercándose.

Abril recoge sus cosas.

—Iré a preparar el vídeo para que puedan colgarlo esta misma tarde. Me debes una cena y muchos más detalles, Cande. Siento no poder quedarme más, pero espero verte el mes que viene sin falta.

—Claro, cuenta con ello, yo también quiero que me pongas al día.

Camina hasta Salvador y se detiene frente a él.

—¿Sucede algo, Abril?

Ella le sonrío y sé que en cuestión de segundos voy a arrepentirme de haberle contado lo de la bañera y la ducha.

—Nada. —Está haciendo esfuerzos para no reírse—. No sabía que aguantabas tanto rato bajo el agua. Impresionante. Felicidades.

Le pasa de largo y Salvador me mira a mí un segundo hasta que capta lo que ha pasado y entonces estalla la carcajada y se da media vuelta para contestarle a mi mejor amiga.

—¡Gracias!

Me queman las mejillas, es una mezcla que hasta ahora desconocía, me duelen de reírme y al mismo tiempo tengo vergüenza. Salvador camina, ahora sí, hasta la mesa donde al final he decidido sentarme y me da un beso.

—¿Así que has estado hablando de mí?

—Técnicamente no he dicho tu nombre, pero Abril lo ha deducido.

—Me alegro. Puedes presumir de mí cuando quieras.

—Lo haré siempre que me des motivos para hacerlo. —Le lamo el labio.

—Mierda —farfulla él—. Nos esperan en la reunión.

—Pues vamos. —Intento levantarme, pero él está delante y me atrapa en la silla.

—Un momento, nos iremos enseguida.

Me da otro beso del que efectivamente voy a poder presumir. Y él también, reconoce. Mucho.

Los papeles que me entregó la madre de Ben resultan ser más complejos y frustrantes de lo que esperábamos. Eso es lo que me cuenta Salvador cuando por fin estamos los dos solos en su apartamento. Después de preparar el equipaje de este mes he ido a su casa, en la mía no hay nada para comer y él me ha dicho que le gusta y echa de menos verme allí.

Nadie puede resistir una frase así. Nadie.

—¿Cuándo tienes la cita con tu padre?

—La semana que viene, el día ocho.

Estamos hablando en la cama después de haber hecho el amor y haber comido una pasta deliciosa, en ese orden y algo entremezclado. Yo me entiendo.

—¿Y crees que lo que nos dio Melanie servirá de algo?

—Todavía no lo sé. Son muy antiguos y algunas de las sociedades allí mencionadas hace tiempo que no existen, pero espero que sí. Tenemos una semana para averiguarlo. Gracias por haber viajado hasta allí y por convencerla para que nos ayudase.

—De nada. Tal vez deberías decirle a tu padre que haga lo que quiera con el vídeo. He estado pensándolo y...

—No pienso permitir que te haga daño ni que me chantajee, Candela. Ya se me ocurrirá algo. Confía en mí.

—Confío en ti. Prométeme que no harás nada heroico. La gente se olvida muy rápido de lo que ve en Youtube o lee en las revistas. O eso espero.

—Te prometo que no haré nada sin decírtelo antes, ¿trato hecho?

—¿Estamos negociando?

—No. Sabes que puedes hacer lo que quieras conmigo. Ahora mismo te diría

que sí a cualquier cosa.

—¿En serio?

—Prueba.

La tentación es demasiado grande, me aparto de su torso, tenía la mejilla apoyada allí, y le susurro al oído lo que tengo en mente. Él se ríe y tira de mí para besarme y después tumbarme en la cama y obedecer mis órdenes. Creía que no lo haría, estamos exhaustos y a mí tendría que dolerme todo el cuerpo después del maratón, y a él también. Pero supongo que sé que las cosas van a complicarse otra vez a partir de mañana y le he echado de menos y, cuando estamos así, siento que nada puede salir mal. Salvador me besa despacio.

—No sé cómo voy a poder estar sin ti.

—Yo tampoco.

Será mejor que los dos durmamos un poco. Dentro de unas horas tengo que volver a subirme a un avión, rumbo a Extremadura, y él tendrá que seguir con su trabajo como si nada, mientras además intenta averiguar qué pretende su padre y si los papeles de Melanie nos sirven de algo.

Apenas hemos hablado de Estados Unidos. Los dos tenemos mucho trabajo y muchísimo de qué preocuparnos y me imagino que a Salvador no le hace ninguna gracia preguntarme por Víctor. Y a mí, tampoco contestarle.

5

Castillos y dragones

Trevejo es un pueblo que no llega a los mil habitantes, podéis curiosear por la Wikipedia y me creeréis, y está situado en la Sierra de Gata, en Cáceres, casi pegado a Portugal. De hecho, Vanesa y yo nos planteamos la posibilidad de volar allí, pero al final nos decidimos por Badajoz. No recuerdo muy bien el motivo, he aprendido a delegar estas cuestiones prácticas en las capaces —y mucho más organizadas que las mías— manos de Vanesa.

Esta vez el frío no me va a pillar desprevenida, he visto unas cuantas fotos del pueblo medieval y en mi maleta no faltan los calcetines gruesos, las botas de montaña, un abrigo con el que podría ir al Polo Norte, guantes, bufandas y también mi gorro, aunque este creo que lo he metido ahí por cuestiones sentimentales.

Julián me estará esperando en el aeropuerto y voy a pasar este mes en la hospedería del pueblo. Él vive allí —es su propietario según me explicó cuando hablamos en septiembre—, así que cumplimos con las normas de *Los chicos a rajatabla* y, al mismo tiempo, dispondré otra vez de espacio para mí sola. Mi plan es aprovechar cualquier rato que me quede libre para leer las fotocopias que tengo de los papeles de Melanie en busca de algo, lo que sea, que pueda ayudar a Salvador.

Tras bajar del avión y arrastrar de nuevo mi maleta por una cinta de equipaje más, me encuentro con el chico de noviembre. Había visto fotos, por eso le reconozco, pero es más alto de lo que me imaginaba. Tiene el pelo rubio y algo rizado, y lo lleva largo hasta casi tocarle el cuello. Tiene una cicatriz fresca en el labio, todavía le brilla un poco la sangre, y va vestido con un jersey de lana grueso color azul marino y vaqueros, pero bien podría llevar una armadura, porque en mi mente ya le veo como un caballero de la Edad Media. Las

imágenes de Heath Ledger en *Destino de caballero* no paran de desfilarme por la cabeza, no voy a negarlo.

—Hola, Cande, te doy la bienvenida —me saluda con una formalidad que suena algo anticuada, o tal vez soy yo que con todo esto de la armadura imagino cosas donde no las hay.

—Hola, Julián, gracias por venir a buscarme.

—Un placer. —Señala la maleta pidiéndome permiso para ocuparse de ella—. Pero creía que era una de las condiciones del concurso.

—Las normas del concurso dictan que pasemos el día juntos, pero si no hubieras podido venir habría encontrado la manera de llegar a Trevejo. No tenemos que estar pegados el uno al otro las veinticuatro horas del día.

—Es bueno saberlo. ¿Estás lista para continuar tu viaje? Trevejo está a unos doscientos kilómetros de aquí, tardaremos un poco en llegar.

—Estoy bien, podemos irnos cuando quieras. Aunque, antes, espera un segundo. ¿Podemos sacarnos una foto aquí mismo? Es una especie de tradición.

—Por supuesto. —Deja la maleta en el suelo y busca un lugar donde colocarnos. Elige uno frente a una pantalla que anuncia las llegadas y voy a su lado. Me parece bien, la gente quiere verle a él y el paisaje es secundario—. ¿Quieres que la haga yo? Tengo...

—Los brazos más largos, lo sé. Todos decís lo mismo.

—Ruego me disculpes, me esforzaré por ser más original en mis próximas conversaciones.

No, no soy yo, tiene una manera de hablar algo anticuada, caballeresca y moderna al mismo tiempo...

Le paso el móvil y, cuando me lo devuelve, cuelgo la foto: «Hola, chico de noviembre  #AVerQuéNosPasaEsteMes  #HolaNoviembreTrátameBien  #LosChicosDePuebloSonSaxis».

Le mando un mensaje a Salvador para decirle que he llegado y después centro mi atención en Julián. Él aceptó enseguida ser chico del calendario. Mi llamada le sorprendió. Dado que él no se había presentado y que no conoce a las chicas que lo hicieron es de lo más lógico, pero, cuando le expliqué que habíamos recibido una carta hablándonos de él y de su pueblo y le manifesté nuestro

interés por tenerle en cuenta como candidato, aceptó encantado y sin apenas hacer preguntas. Después de lo que había sucedido con John, Nacho y Ben, sentí tal alivio por la falta de complicaciones y la ausencia de ejecutivos manipuladores en el proceso de selección que no me planteé por qué lo hacía. En cambio ahora, con el paisaje de Extremadura corriendo al otro lado de la ventana del coche y la radio a media voz, se me llena la cabeza de preguntas. Tengo que dejarlas salir.

—¿Por qué aceptaste ser chico del calendario?

—Pensé que era una buena oportunidad para salvar el castillo.

—¿Salvar el castillo?

—Sí. De hecho, después de que me llamas me pregunté si todo había sido una broma de mal gusto que me había jugado alguien de la inmobiliaria. Busqué información sobre ti y vi que existías de verdad y también indagué hasta dar con las turistas que escribieron la carta; tú mencionaste que en su carta decían que habían estado aquí, en el castillo, la primera semana de agosto. No me costó encontrarlas y corroboraron entusiasmadas tu historia. Un par de ellas va a volver en Navidad, si es que seguimos aquí.

—Espera un segundo, vamos por partes. ¿Me investigaste y buscaste a esas chicas?

—No debería sorprenderte ni molestarte. Al fin y al cabo, vosotros en *Gea* habéis hecho lo mismo conmigo. O eso espero. Sería una verdadera osadía haber viajado hasta estos parajes sin haber tomado las medidas oportunas.

—Las he tomado y no me sorprende ni molesta que te hayas interesado por mí. Me has soltado mucha información confusa de repente y lo primero que me ha quedado claro así de entrada es que desconfiaste de mí.

—En pasado. Ya no. He aceptado ser chico del calendario y honraré mi compromiso.

—Hablas como si salieras de *Robin Hood*.

Se sonroja un poco, es la reacción más espontánea desde que he llegado, y carraspea.

—Lo siento, te pido disculpas. —Vuelve a carraspear—. Es que me paso más de la mitad del día desempeñando este papel y me cuesta salir de él. Te prometo que no suelo hablar así. No desconfié de ti per se, esto no es culpa de mi trabajo

de guía medieval, esta frase me gusta, pero quería estar seguro de que no se trataba de una estratagema de esa inmobiliaria.

—¿Qué inmobiliaria?

—El castillo de Trevejo está técnicamente en venta o podrá estarlo dentro de unos meses cuando termine la concesión del ayuntamiento. Es una historia muy larga y llena de términos legales muy aburridos y que siempre mezclo, pero el resumen es que el ayuntamiento tiene la concesión del castillo y ha recibido una oferta de compra que se están planteando y que sus legítimos propietarios, un imbécil que nunca ha puesto un pie aquí y vive en París, puede venderlo.

—¿Y nadie puede impedirselo? No sé, el Ministerio de Cultura, por ejemplo.

—Primero tendrían que dignarse a recibirme. Trevejo no está precisamente en la lista de prioridades de ningún político. Por eso acepté ser chico del calendario, tal vez así alguien me prestará atención. Por probar no pierdo nada. —Termina encogiéndose de hombros.

—Eso es cierto, aunque no puedo garantizarte que funcione o que sirva de algo. A la gente le cuesta muy poco dar al botón de «me gusta», pero que se impliquen en causas ajenas es algo más complicado. Sin embargo, los seguidores de *Los chicos* son la bomba, tal vez ellos sí consigan convencer a un político. Pero, deja que te haga una pregunta, ¿por qué es tan importante para ti el castillo?

—Necesito más de los diez minutos que quedan de trayecto para contestarte, aunque supongo que puede decirse que me salvó la vida. Por eso es tan importante.

Sube el volumen de la radio, señal universal de que esa conversación ha terminado y esos últimos diez minutos se me hacen eternos. Creía que este mes iba a ser fácil, que el chico del calendario iba a ser fácil, y creo que me precipité al pensarlo, en ambos sentidos.

El pueblo parece desierto cuando llegamos. No, desierto no es una buena descripción, parece un pueblo fantasma y un escalofrío me trepa por la espalda al salir del coche. Si ahora mismo apareciera una mujer con ropa del siglo dieciocho y un farolillo en la mano gritando «Jamie, ¿dónde estás?», creería que me he dado un golpe en la cabeza y estoy en *Outlander*. El sonido de la puerta

del todoterreno me sobresalta.

—Es por aquí. Podría aparcar detrás, pero he pensado que te gustaría llegar por la entrada principal y ver un poco dónde te has metido.

Julián lleva mi maleta y yo me meto las manos en los bolsillos para abrigarme. Dos tiras de luces con banderitas cuelgan de un lado al otro de la pequeña plaza que atravesamos, sin convertirla en algo idílico o encantador sino todavía más tenebroso.

—¿Hay alguien aquí?

—¿En el pueblo, te refieres? Sí, hoy está así porque todos están en el ayuntamiento. Yo también tendría que estar. —Abre el portal de un caserón—. Estoy convencido de que cambiaron la fecha cuando se enteraron de que tenía que ausentarme para ir a buscarte.

No le digo que podría haber llegado hasta aquí yo sola, porque la verdad es que lo dudo.

—¿Qué hacen en el ayuntamiento?

—Hay una reunión, otra más, para hablar del castillo. Las cláusulas de la concesión establecen que la mayoría de las partes implicadas en la propiedad y mantenimiento del castillo, así como los habitantes de Trevejo, tienen que dar su conformidad para que una operación de venta pueda llevarse a cabo.

—¿Y tiene que votar todo el pueblo?

—No exactamente, es algo más complejo. La votación la hace un comité. Estamos civilizados, aunque no vivamos en la ciudad. —Es obvio que mi pregunta le ha ofendido a pesar de que yo no lo pretendía. Solo pensaba en que, si en mi comunidad de propietarios no nos ponemos de acuerdo ni sobre el día de la reunión, coincidir sobre algo tan importante como la venta del edificio sería imposible. Él sigue antes de que yo pueda disculparme—. El comité está formado por siete personas y el resultado tiene que ser claro e indiscutible. — Parece estar citando un texto de memoria—. Es decir, mayoría absoluta, como mínimo seis miembros tenemos que estar de acuerdo.

—Deduzco que formas parte de ese comité.

Subimos una escalera. El interior de la hospedería es bonito, mantiene el aire medieval y lo combina con elementos modernos. Es obvio que la persona que lo ha rehabilitado —me imagino que ha sido nuestro chico del calendario— se ha

molestado en anticipar las necesidades de los viajeros de hoy en día y que también está dispuesto a mimarlos.

—Deduces bien. —Abre otra puerta y sujeta una llave—. Esta es tu habitación, tiene baño propio y hay más mantas y toallas en el armario. También hay secador, jabón y una mininevera con leche, agua, chocolate y poco más. Las comidas se sirven en el comedor. Es solo por si te apetece algo de noche... Aunque también puedes bajar a la cocina. Después te enseñaré dónde está todo. La clave de la wifi está apuntada en la primera página del cuaderno que encontrarás en el escritorio.

—Gracias. Se nota que eres un guía profesional.

—Lo intento. Te dejaré descansar y nos vemos luego, ¿te parece bien?

—No estoy cansada. —Un poco sí lo estoy, pero tengo la sensación de que está intentado deshacerse de mí y eso obviamente ha despertado mi curiosidad—. ¿Tú estás cansado o estás intentado darme esquinazo? —Espero que no se lo tome mal, no quiero empezar con mal pie en nuestro primer día.

—Estoy intentado darte esquinazo —reconoce—. Sé que las normas del concurso establecen que...

—Dejemos las normas por un segundo. No soy tu carcelera y, si tienes que hacer algo a lo que yo no pueda asistir, no pasa nada. Lo entiendo. Pero si lo que pasa es que no quieres que vea algo porque podría dañar tus posibilidades de ganar *Los chicos del calendario*, eso es hacer trampas.

—Está bien. —Suelta el aliento y se tira de las mangas del jersey—. Quiero ir al ayuntamiento a ver cómo están las cosas. Los del pueblo saben que estás aquí y me imagino que no pondrán ninguna objeción a que estés presente. Ni siquiera me he planteado la posibilidad de ganar el concurso, acepté ser chico del calendario para dar publicidad al pueblo y a nuestro castillo. Lo que pasa es que estas reuniones sacan lo peor de mí y había pensado que podría ahorrarte el espectáculo, pero, visto que no voy a poder darte esquinazo, como has dicho, ¿te apetece acompañarme?

—Dame cinco minutos y podemos ir adonde quieras. Y no te preocupes por lo de montar un espectáculo. Tengo el presentimiento de que exageras.

No exagera.

Ni lo más mínimo.

La sala de actos del ayuntamiento está llena hasta los topes. En la tarima hay una mesa que me recuerda a los jurados de *Factor X*, pero sin las enormes butacas orejeras ni esos botones para dar el visto bueno al cantante. En el patio de butacas apenas quedan asientos libres y se hace un silencio sepulcral cuando llegamos. Todos se giran hacia nosotros y, tras observarme a mí durante un par de segundos, las miradas se dirigen y detienen en Julián. Las hay que le sonrían y otras es obvio que no se alegran ni un poquito de verlo. Busco un lugar donde sentarnos, hay dos espacios vacíos en la cuarta fila. Intento decirle a Julián que vayamos hacia allí, pero él me responde sin bajar la voz que él va a subir a la tarima.

Lo hace, sube los tres escalones, despliega una silla de madera que parece demasiado desvencijada para soportar su peso y se sienta como si fuese un monarca dispuesto a pasar audiencia. Yo no sé muy bien qué hacer, esta actuación tan shakespeariana me ha descolocado un poco. Por suerte para mí, alguien me tira del brazo. Es una niña de unos siete u ocho años que está en la segunda fila.

—Puedes sentarte aquí. Mi madre está allí arriba.

Vuelvo a mirar hacia la tarima en busca de la candidata a madre de esa niña y solo encuentro a una: una chica que como mucho ha cumplido los treinta con una melena negra y pecas en las mejillas. Le hago una pequeña señal con la que intento preguntarle si puedo sentarme, aunque tal vez ella crea que soy idiota, y tras balbucear «¿puedo?» sin hacer ruido ella asiente con el gesto.

—Gracias —le digo a mi joven y desconocida acompañante.

—De nada. Soy Sandra, aunque mi madre y casi todo el mundo me llaman Rata. —Ve que levanto las cejas horrorizada—. No me ofende, me gusta. Será mejor que nos callemos, ahora que ha llegado Julián va a ponerse interesante.

—Vale. Yo soy Cande.

Sandra se lleva un dedo a los labios y una mujer de la mesa de la tarima retoma la palabra y da por concluido el intermedio involuntario que hemos creado con nuestra llegada.

—Bueno, si al señor Duque le parece bien, vamos a seguir con la asamblea. —Lo de «señor Duque» ha sonado a insulto—. En vuestros asientos habéis

encontrado un nuevo informe de la compañía explicando cuándo empezarían las obras en el castillo y cómo quedaría este después. Si no lo encontráis, al parecer alguien ha robado unos cuantos —farfulla y pasa los ojos arrugados por la sala en busca de los culpables de tal crimen—, dejaré más en el ayuntamiento o podéis pasar por mi casa a buscarlos.

—¿Quién es? —susurro lo más bajito que puedo.

—La señora Rodríguez, era maestra, pero se casó con...

Nos hacen callar y bajo la cabeza.

—Lo siento.

—Son las urracas, siempre van a favor de la señora Rodríguez porque es la más rica del pueblo.

—Vale. Gracias.

Cuando Julián me resumió la historia del castillo en el coche, me imaginé que el pueblo estaría formado por aldeanos entrañables dispuestos a apoyar a su héroe local. Me equivoqué. Una vez más, mis prejuicios, ignorancia y adicción a las pelis de dibujos de mis sobrinas me han jugado una mala pasada. Cada vez que habla Julián recibe aplausos, eso es cierto, y es obvio que parte de los asistentes piensan como él. Pero los otros no y parecen muy enfadados y decididos a provocarlo, en especial esa señora Rodríguez.

—Veo que hoy tampoco vamos a llegar a un acuerdo —declara el alcalde. Sandra me ha explicado quién era—. Volveremos a reunirnos dentro de un par de semanas y, como siempre, colgaremos el anuncio en la entrada del ayuntamiento para que todos podáis asistir.

—No vas a poder alargar esto eternamente, Julián —le dice la señora Rodríguez cuando la gente empieza a levantarse—. Es ridículo. ¿Qué crees que pasará dentro de una semana?

—Que no vas a obtener los votos necesarios, Rosalía.

—Al final los tendré.

—Quién sabe.

—¡Estás mandando el pueblo entero a la ruina! Y todo porque eres un fracasado que no...

—¡Tú quieres destruir el pueblo! No me hables de...

—Eh, parad los dos. Parad de una vez. —La madre de Sandra se interpone

entre ellos. El alcalde y las otras tres personas de la mesa, dos hombres y una mujer, fingen ignorarlos.

Yo no disimulo, es todo un espectáculo. ¿Era esto lo que Julián no quería que viese?

—Será mejor que suba —me dice la niña captando de nuevo mi atención—. Nos vemos, Cande.

—Claro, Sandra. Gracias por la silla y la compañía.

—De nada. —Cruza el pasillo tarareando algo y sube la escalera con cara de haber visto esa escena muchas veces—. Mamá, abuela, ¿nos vamos?

¿Esa niña es la nieta de la señora Rodríguez? Mi vena culebrera está completamente desatada. La señora Rodríguez mira a la niña con las cejas arrugadas, sabe que ha ido a interrumpirlas adrede, y, aunque mantiene el mal humor, se deja manipular.

—Está bien, Sandra, vámonos a casa.

La niña sonrío satisfecha consciente de su victoria.

—¿Podemos hablar un momento, Ilu? —Julián se dirige a la chica, a la madre de Sandra. Sé que no debería de estar escuchándolos, pero no puedo evitarlo y en realidad forma parte de mi trabajo, ¿no? Vale, es rizar el rizo, lo reconozco.

La chica lo mira y veo algo, indecisión y... no tengo tiempo de averiguarlo.

—Vámonos, Iluminada. Tu hija nos espera.

Ella se va, Julián se gira y, a juzgar por la tensión que veo en sus hombros, y basándome en lo que he aprendido estos meses, hace verdaderos esfuerzos para no mirarla.

6

Iluminada

Yo creía hasta ahora que tenía el nombre más raro y peculiar de este país, pero Iluminada me gana por goleada. De hecho, estoy a punto de llamar a mi madre y decirle que Candela me gusta muchísimo (desde que oigo cómo lo pronuncia Salvador me encanta y me parece precioso, pero eso no puedo decírselo a mi madre, seguro que me entendéis).

Gracias al servicio de inteligencia de Trevejo o, lo que es lo mismo, el casino-barra-café-barra-tienda para todo del pueblo, he averiguado unas cuantas cosas de Ilu.

Ilu es la única hija de la señora Rodríguez y su difunto marido, el juez de paz del pueblo y único descendiente de los terratenientes originales de la zona o algo así. La señora Rodríguez era una maestra con muy mala baba, trabajaba en la ciudad y la destinaron a este pueblo que ella, según Nieves, la propietaria del casino, odiaba hasta que pescó (esta palabra también es de Nieves) al rico del pueblo. La maestra se convirtió entonces en señora y tuvo aires de grandeza que al parecer aún le duran. Ilu nació cuando el matrimonio ya se había resignado a no tener hijos y su padre la quiso con locura desde el primer día. Os ahorro aquí el montón de anécdotas que me han contado sobre cómo el señor Rodríguez llevaba a pasear a su pequeña Ilu por las calles del pueblo o cómo le enseñó a montar en bici y lo que pasó aquella Navidad que le regaló un perro. Imaginaos el anuncio de la Lotería de Navidad y listos.

El padre era un encanto, no solo con su única hija, sino también con todo el pueblo. La madre, sin embargo, no. No dejaba que Ilu jugase con los niños del pueblo y la mandaba a estudiar a un internado. La relación entre ellas dos llegó a cotas imposibles e Ilu se marchó al extranjero (en el pueblo circulan varias versiones distintas sobre el lugar exacto adonde se fue) y volvió años más tarde

embarazada y completamente cambiada. Se instaló en casa de su madre y trabaja en el ayuntamiento, se ocupa de las actividades culturales y sociales, que en Trevejo son pocas o nulas y todas están relacionadas con el castillo.

Ilu y la señora Rodríguez ocupan cada una un asiento en el comité que tiene que decidir sobre el destino de dicho castillo. Un asiento, el de la señora Rodríguez, responde a que es propietaria de los solares que rodean al castillo y que, sí o sí, tienen que formar parte del acuerdo con la inmobiliaria. Esos solares los compró el fallecido señor Rodríguez y existen varios rumores sobre qué pretendía construir allí; van desde una biblioteca hasta un centro comercial, pasando por unos establos. La realidad, según he podido deducir, nadie la sabe. La otra plaza, la que ocupa Ilu, le pertenece históricamente a la familia Rodríguez, igual que a otros dos miembros del comité, porque fueron las tres familias que iniciaron la rehabilitación y recuperación del castillo unos doscientos años atrás.

En resumen, llevo casi una semana viviendo en un pueblo medieval sumido en plena batalla política digna heredera de los mejores argumentos de Shakespeare, aunque a mí me hace pensar en ese culebrón de sobremesa que sigue mi madre desde hace no sé cuánto tiempo donde todos van vestidos de color marrón.

—Me han llamado de un par de *realities* de la tele, pero los del Ministerio siguen sin dar señales de vida —se queja Julián—, ¿de verdad tengo pinta de querer participar en *Supervivientes*?

—Hombre, estoy segura de que las seguidoras y seguidores de *Los chicos del calendario* no te han bautizado como «el guerrero de mis sueños» o «míster armadura» por nada y les encantaría verte en bañador.

—Tengo que hacer algo más... —Ignora mi respuesta y sigue paseando de un lado al otro de la cocina de la hospedería.

—Solo tienes que convencer a cinco personas. Si el comité votase y el resultado fuese seis votos a favor y uno en contra, ganarías, ¿no es así?

—Sí, pero estás dando por hecho que puedo convencer a seis personas.

—No son seis. Tú ya estás convencido y esos otros dos señores, los descendientes de las primeras familias que rehabilitaron el castillo, también. Son más discretos que tú, pero es obvio que no quieren que el castillo se convierta en un parque de atracciones o en un centro comercial. Ya sois tres. Y esa mujer,

¿Abelarda?, siempre te sonrío.

—Me ponía inyecciones en el culo cuando era pequeño.

—Pues seguro que también podrás convencerla. Ya sois cuatro. El alcalde está indeciso, me imagino que es comprensible, su trabajo consiste en velar por todo el pueblo, pero tengo el presentimiento de que puedes convencerle. Las más difíciles son las Rodríguez, pero solo tienes que convencer a una. Yo probaría con Ilu.

Deja de caminar y me mira como si me hubiese vuelto loca.

—Creo que tendría más posibilidades de convencer a su madre.

—Esa mujer no te soporta.

—Su hija tampoco.

Aquí hay algo, mi instinto de casamentera se ha puesto alerta.

—El otro día no me dio esa impresión.

—Pues te equivocas. Tiene que haber algo más —farfulla caminando de nuevo—. ¿Me acompañas al castillo? Pasear por allí me ayuda a pensar y puedes sacar otra foto de esas que haces tú.

—Está bien, te acompaño, pero no creas que no me doy cuenta de que estás evitando el tema de Ilu.

Abrigados hasta las cejas, caminamos hacia el castillo. Está en bastante buen estado, aunque a simple vista parezca la típica ruina medieval. Es frío y oscuro y, cuando cruzas la puerta, sientes escalofríos, al menos es lo que a mí me pasa.

—Todavía no me has contado por qué es tan importante para ti salvar el castillo.

—Está bien, te lo contaré. Pero tú tienes que explicarme qué son esos papeles que te pasas la noche leyendo.

—De acuerdo. Empieza tú.

—Mis abuelos vivían aquí en Trevejo, nosotros, mis padres y yo, en Madrid. Mis padres siempre estaban muy ocupados y, en vacaciones, puentes, Semana Santa o lo que fuera me mandaban a vivir con los abuelos. No fueron malos padres, no fui un niño abandonado y tuve una infancia feliz, sencillamente trabajaban mucho.

—¿Están muertos?

—Sí, los dos. Mi padre murió de repente meses después de jubilarse y mi

madre poco después. No fue trágico, aunque obviamente habría preferido que viviesen más.

—Lo siento.

—Gracias, fue hace unos años, y en cierto modo tiene que ver con lo que me sucedió a mí. Me quedé solo, mis abuelos, los padres de mi padre, habían fallecido años atrás y los de mi madre lo habían hecho antes de que yo naciera. Mis padres no tenían hermanos, así que no tengo ni tíos, ni primos, ni nada. Lo curioso es que no me di cuenta de lo solo que estaba hasta que me desperté en ese hospital alemán.

—¿Un hospital alemán?

—Soy economista, especialista en ingeniería financiera, seguro que encontraste esa información cuando os documentasteis sobre mí.

—Sí, creo recordar que Vanesa habló con un antiguo compañero de trabajo tuyo y le dijo que lo dejaste todo de la noche a la mañana sin dar ninguna explicación. —En su momento esa información nos resultó un poco extraña, pero todo apuntaba a que Julián era una persona decente y podía ser un buen chico del calendario y no le dimos más importancia.

—En el trabajo no tenía amigos, solo compañeros. Nadie sabe que en Alemania tuve un infarto, creen que me quedé unos días más para seguir trabajando.

—¿Tuviste un infarto? —Eso sí que no lo encontramos en ninguna parte. Me imagino que al sucederle en el extranjero es lógico que Vanesa y nadie del equipo lo averiguasen.

—Sí, sobreviví de milagro. Estaba auditando la empresa de un cliente en la que había un desfibrilador y una chica que trabajaba allí había hecho un curso de primeros auxilios y se atrevió a utilizarlo. De lo contrario habría muerto. Desperté en el hospital y nadie vino a verme, nadie me llamó y nadie se preguntó por qué no había regresado a España en la fecha prevista. Tal vez me habían sucedido cosas así antes y no me había importado, pero esa vez me dejó hecho una mierda. No había muerto y a todo el mundo le daba igual. Pasé unas semanas en las que no me orgullezco de lo que hice o pensé, estar a punto de morir cambia la perspectiva sobre muchas cosas, y al final llegué a la conclusión de que aquí —extiende los brazos en medio de la sala del castillo donde nos

encontramos— es el lugar donde había sido más feliz y el único donde había gente a la que yo parecía importarle cuando me veía. Dejé el trabajo, alquilé mi apartamento y me vine aquí. Y no me he arrepentido ni un solo segundo. No digo que el pueblo no necesite cambiar, necesitamos que acudan más turistas a visitarnos y crear las infraestructuras necesarias para que venga gente a vivir aquí o para que al menos no se marche la que hay. Sé todo eso y mucho más. Pero esa gente, la que quiere comprar el castillo, va a destruir su espíritu y convertirlo en un estúpido centro comercial para las ciudades del extrarradio. Trevejo desaparecerá, nos convertiremos en una mera gasolinera o área de descanso.

—¿Y por qué no buscas otro comprador o un inversor que quiera desarrollar un proyecto como el que me estás contando?

—Lo estoy intentando, por eso quería hablar con alguien del Ministerio. Si contáramos con el apoyo oficial, sería más fácil. Creía que tendría tiempo, hasta hace unos meses nadie se había interesado por el castillo. Pero esa mujer, la señora Rodríguez, quiere largarse de aquí y necesita dinero para mantener su tren de vida en Madrid o adonde sea que quiera mudarse, y aprovechó los contactos de su marido para venderles la idea de que aquí quedaban metros y metros de terreno edificable en venta a un tiro de piedra de Portugal y cerca de varias ciudades españolas. Seguro que les vendió el pueblo entero.

—Pero la gente no es tonta, Julián.

—No lo sé, Cande. En todo caso, la comisión es la que tiene que votar y, en realidad, ¿qué puedo ofrecerles? Un discurso y un montón de promesas, nada más. Todos somos conscientes de que, si al final conseguimos salvar el castillo y por algún milagro obtenemos financiación o una subvención del Estado, tendremos que matarnos a trabajar. La señora Rodríguez puede ofrecerles dinero y liberarles de sus preocupaciones.

—El dinero no lo es todo en la vida, lo sabes perfectamente.

—Tienes razón, pero lo cierto es que yo mismo me habría reído en tu cara si me hubieses dicho algo así antes de lo que me sucedió en Alemania. Sé que el dinero no lo es todo porque casi muero solo en el extranjero con una cuenta corriente más que saneada. La gente de Trevejo, por suerte o por desgracia, no ha pasado por algo así. —Acelera el paso y subimos a un torreón—. Cuéntame

qué son esos papeles que lees cada noche, tal vez así se me pase el mal humor y se me ocurra algo.

—No sé exactamente qué son. Hay de todo. Apuntes contables, contratos, gráficos...

—¿Y para qué los lees? ¿Para quedarte dormida?

—No, aunque me producen ese efecto. Supongo que es justo que te lo cuente. El padre de mi novio está chantajeándole con algo muy importante para mí y estamos buscando algo con lo que... impedirselo.

Julián se detiene en medio del patio de armas.

—Tu novio es el chico de enero, ¿no? ¿Me lo dijiste o me lo he imaginado?

—No te lo has imaginado, te lo conté el otro día cuando almorzábamos porque insinuaste que podías ¿cómo fue lo que dijiste? Ah, sí, ya me acuerdo, presentarme a «un caballero de la más alta alcurnia que haría los deleites de mi persona». —Finjo estremecerme de miedo.

—No exageres y mi amigo Hugo te habría gustado. Es una lástima que justo estos días esté de viaje. Háblame del chantaje. —Sonríe al recordar algo—. Vaya, vaya, ahora que lo pienso, creo que ayer, ¿o ha sido esta mañana?, me dijiste que la vida en Trevejo parece un culebrón de sobremesa.

Me sonrojo hasta las orejas.

—Dije *serie*, no culebrón.

—Claro. Salvar un castillo medieval es un culebrón y proteger a tu novio de los planes maquiavélicos de su malvado padre no. Explícame un poco más lo de esos papeles, vamos, tal vez pueda ayudarte.

—Cuando hayas dejado de reírte de mí.

—Vale, ya está. —Se muerde el labio—. Sigue con tu historia.

—El padre de Salvador le ha exigido a su hijo que le devuelva la dirección de la compañía. Esta parte no puedo explicártela mejor porque ni yo misma conozco todos los detalles. Por lo que yo sé, el abuelo de Salvador le dejó a él la empresa porque no se llevaba bien con su hijo y no se fiaba de él. El hombre no se lo tomó bien, obviamente, y lleva años haciéndole la vida imposible a Salvador. Hasta ahora todo se había limitado a temas legales, juntas de accionistas y cosas por el estilo.

—Hasta que ha encontrado esa cosa misteriosa con la que chantajearle y es

evidente que se trata de algo muy personal, de lo contrario el tema estaría en los juzgados.

—Exacto. Es algo sobre mí. —Inhalo y le miro a los ojos—. Es un vídeo en el que salgo con mi exnovio, el imbécil que me dejó por Instagram.

Julián abre los ojos de par en par y tarda unos segundos en cerrarlos.

—Joder, hay que ser vil y despreciable.

Su elección de adjetivos consigue hacerme sonreír.

—Solo te faltaba decirlo con la armadura puesta. —Reanudamos nuestro improvisado y errático paseo—. Lo cierto es que Rubén, el *despreciable*, se me está pegando esto tuyo del lenguaje medieval, me gusta, dice que ha cambiado. Él me avisó de que había entregado el vídeo al señor Barver antes de que este lo utilizase para chantajear a Salvador y me ha asegurado de que si se entera de algo me lo contará.

—Pero el señor Barver no ha vuelto a ponerse en contacto con él porque ya tiene lo que necesita.

—Supongo.

—Esos papeles, deduzco que hay números en ellos.

—Sí.

—A mí se me dan muy bien los números.

—No quiero... —Me cuesta formar un pensamiento coherente. Que un chico que acabo de conocer se ofrezca a ayudarme me obliga a replantearme otra vez mi discurso y mala opinión sobre los hombres—. Gracias, pero bastante tienes con lo del castillo.

—Me ayudará a relajarme y tal vez así se me ocurra algo. Aunque no te lo creas, a veces echo de menos esa parte de mi vida; manipular números, torturarlos.

—Nunca lo había visto así, suena sanguinario.

—Puede serlo. El cierre de una empresa puede depender de la imagen que ofrezca una cuenta de resultados. Mira, tú sigue ayudándome con el castillo, hemos recibido más atención desde que estás aquí que en años, y yo le echaré un vistazo a esos papeles, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Oigo unos pasos detrás de mí y me giro sobresaltada. Los castillos

abandonados dan miedo y no me avergüenza reconocer que grito un poco.

—Intuía que te encontraría aquí. —Ilu, cuya presencia no me explico ni acabo de creerme, se dirige a Julián ignorándome por completo—. ¿Podemos hablar?

Julián también está sorprendido, aunque no tanto como yo, y él consigue disimularlo, mete las manos en los bolsillos y se encoge de hombros para contestarle:

—Claro. —Después se dirige a mí—. ¿Te importa volver a la hospedería sin mí?

¿Me importa? Claro que me importa, la tensión sexual entre estos dos se palpa en el aire, pero no sería educado y creo que en algún momento a lo largo de los pasados meses me prometí dejar de entrometerme en las relaciones de los demás visto el desastre que soy con las mías. Pero... ¡es que es muy fuerte esto que tengo delante! ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta antes?

—No, no me importa, tú tranquilo. No me perderé. Nos vemos luego. Adiós, Ilu, saluda a Sandra de mi parte. —Nos hemos visto tres o cuatro veces estos días por Trevejo y la niña es para troncharse.

—Se lo diré. Adiós, Cande.

Me voy, qué remedio, y me conformo con ir empujando un guijarro con la punta de los zapatos a lo largo del camino.

Cuando me acuesto, Julián aún no ha vuelto y yo intento descifrar, de nuevo sin éxito, alguno de los documentos que me dio Melanie. Salvador tiene la reunión con su padre dentro de dos días y él insiste en que no me preocupe, que pase lo que pase saldremos de esta juntos, pero quiero ayudarlo. No soportaría que perdiese Olimpo por mí. Sé que con el vídeo no bastaría, pero tengo el horrible presentimiento de que si Salvador cede en esta batalla contra su padre este se crecerá y no parará hasta conseguir lo que quiere.

Por la mañana, Julián está sentado en la mesa de la cocina tomando notas en un cuaderno y con mis papeles esparcidos delante de él. Ayer no los recogí. Sin embargo, lo que capta mi atención de toda esta escena es que el chico del calendario lleva la misma ropa que ayer.

—Creo que he encontrado algo.

—¿Cuándo has llegado? ¿Llevas toda la noche con esto?

—No, llegué hace unas horas. —Se pone en pie y sujeta en alto dos folios—.

Tienes que llamar a Salvador, creo que tengo algo.

7

Caballeros malheridos y damiselas con armadura

Salvador llegará dentro de unas horas. Ha comprado un billete para el primer avión que volaba remotamente cerca de Trevejo y en el aeropuerto ya tenía un coche de alquiler preparado. Cuando he hablado con él por teléfono he intentado decirle que no hacía falta, que Julián podía contárselo todo, pero ha insistido en venir «porque necesita verme» y, después de eso, a mí también me ha parecido buena idea que cruzase el país.

Me siento un poco culpable, pero ¿a quién no le gustan los gestos románticos?

Julián y yo hemos pasado la mañana con un grupo de jubilados que ha venido de visita turística al castillo. Ha sido muy divertido. Él se ha disfrazado de caballero medieval, la foto que he colgado en Instagram está arrasando. Ojalá Trevejo reciba un montón de visitas después de esto, aunque Julián tenga que esquivar proposiciones como la que le ha hecho una de las abuelas. No tengo valor de reproducirla. Solo os diré que de mayor quiero ser como ella, más discreta, eso sí. Ha sido una mañana de lo más instructiva; por fin he entendido de dónde le viene a Julián esto de utilizar palabras antiguas y su aire a lo rey Arturo. Los jubilados se han montado en su minibús al terminar y se han ido felices y encantados con Trevejo, y hasta han firmado el libro en el que Julián va recogiendo comentarios de los visitantes y que tiene intención de presentar a los otros miembros del comité como prueba del interés turístico que supone conservar el castillo (la abuela que os he mencionado antes ha apuntado también su número de teléfono).

Él y yo apenas hemos tenido tiempo de hablar desde que me ha sorprendido con la noticia de que había encontrado algo que tal vez pueda ayudarnos a Salvador y a mí.

—No tardará en llegar —me dice cuando me pilla mirando la hora en el móvil otra vez—. La carretera que lleva al pueblo quizá no es de las mejores, pero tú misma me dijiste que suele practicar la escalada, así que seguro que ha conducido por sitios mucho peores.

No me tranquiliza precisamente. Devuelvo el móvil al bolsillo del abrigo.

—¿Dónde has pasado la noche?

—¿Me vigilas?

—No, pero necesito distraerme y esta mañana llevabas la misma ropa que ayer.

—Está bien, de acuerdo. —Vamos de camino al ayuntamiento, hoy no hay ninguna reunión oficial, pero Julián ha quedado con un grupo de personas para seguir trabajando en la propuesta que, en el caso de que finalmente el castillo tuviese que venderse, presentarían a distintas empresas que según ellos respetarían mejor el entorno que la actual compradora. Antes de seguir hablando mira a nuestro alrededor—. No quiero que me oiga nadie.

—De acuerdo. ¿Has matado a alguien esta noche?

—No —suspira—, tal vez un asesinato sería mejor que todo esto. He estado con Ilu.

—¿Has estado...?

—Con ella, sí, haciendo lo que te estás imaginando. ¿¡Qué te estás imaginando!?

—Aún nada, se me ha apagado el cerebro durante un segundo. ¿Sucedió de repente? Es decir, ¿estabais hablando y, ¡zas!, acabasteis en la cama?

—Ilu y yo nos conocimos de pequeños —recuerda más que habla, y sonrío. Me gustaría saber qué imagen le ha venido a la cabeza—. Ella vivía aquí y yo venía todas las vacaciones, fines de semana largos, ya sabes... Al principio no nos caímos demasiado bien, fuimos el típico caso de niños que se odian... y adolescentes que se desean. Perdimos la virginidad juntos y... Joder, ahora mismo odio haber dejado de fumar hace cinco años. ¿Por qué diantres te estoy contando esto?

—No lo sé, *diantres*, pero a veces ayuda hablar con alguien, lo he aprendido estos meses, y te prometo que puedes confiar en mí.

—Te creo, es una locura y probablemente sea culpa de la falta de sueño y de

todo lo que está pasando estos días, pero te creo.

—Gracias. Yo también confío en ti, de lo contrario no te habría enseñado esos papeles y no te habría hablado de Salvador. Los dos estamos en momentos complicados de nuestra vida, tú con tu castillo y yo con lo mío, pero contigo he estado relajada desde el minuto uno y creo que participar en *Los chicos* te está ayudando, tal vez no con lo que a ti te gustaría, pero en otros aspectos de tu vida, sí. Me dijo Nieves que desde que yo estoy aquí al menos comes como un «chico normal» y duermes un poco.

—Es obvio que en este pueblo no se pueden tener secretos, al menos ahora. —Saca una caja de caramelos de menta del bolsillo del abrigo y, tras ofrecermelo, se lanza dos pastillas a la boca y vuelve a guardarla—. Anoche estaba con Ilu, pero no ha sido, ¿cómo lo has dicho?, ah, sí, ¡zas!, de repente. Ilu y yo... —Parece confuso—. Ilu y yo tenemos un pasado. —Me quedo ojiplática y él continúa, es como si se lo estuviese contando a sí mismo—. Hace años lo habría dejado todo por ella, quería convertirla en mi mundo. Su madre se encargó de eso. A su madre yo no le gustaba, supongo que de eso no puedo culparla, apenas era un crío engreído. Pero lo que hizo no estuvo bien. Todavía no sé cómo consiguió organizarlo todo. El último día de verano Ilu y yo nos despedimos con la promesa de escribirnos, llamarnos y vernos las vacaciones siguientes, pero las cartas de ella no llegaron, nunca conseguía que contestaste una llamada y cuando llegué las vacaciones siguientes con un enorme nudo en el pecho ella ya no estaba. Ahora sé que Rosalía estuvo detrás de todo, pero en aquel momento... ¡yo qué sé!, era un crío y me limité a cabrearla y a no hacer nada. Estaba dolido y pasé página, supongo.

—Y seguiste adelante con tu vida, fuiste a la universidad, encontraste un trabajo...

—Sí, Ilu se convirtió en un recuerdo bonito a pesar de todo. Pensaba en ella de vez en cuando, casi siempre cuando una de mis parejas me acusaba de «no involucrarme». Y tenían razón, ¿sabes? Lo de Ilu me dejó muy tocado y pensaba que, si de adolescente había quedado tan jodido, no me apetecía complicarme la existencia de mayor. Pero volví al pueblo después del infarto y ella estaba aquí. Estaba aquí con una niña pequeña adorable y yo... —suena enfadado—, yo estaba hecho un desastre y fui a verla y discutí con ella.

—¿Discutiste con ella? ¿Por qué?

—Por todo. Me comporté como un miserable. La acusé de haberme utilizado para hacer enfadar a su madre y de haberme olvidado, todo muy dramático como ves, le dije que estaba visto que después de mí había cambiado y se había largado al extranjero para vivir a lo loco. Prácticamente le dije que se había acostado con cualquiera y que... Mierda, no sé qué me pasó. Yo no tenía derecho a decirle nada de todo eso ni a juzgarla por nada. No tengo ningún derecho y lo sé. Perdí la cabeza.

—¿Y qué hizo ella?

—Estábamos en medio de la calle, creo que iba a abrazarme cuando me vio, pero yo empecé a vomitar veneno y me abofeteó y se fue con los ojos encendidos sin derramar ni una lágrima. En cuanto la vi alejarse reaccioné, ya era tarde, claro, y lo que dije no tiene excusa, pero intenté que me escuchase y pedirle perdón.

—¿Y lo conseguiste?

—Aquel día no. Ni hablar. Tengo suerte de no haber acabado despellejado en la plaza del castillo. Estaba muy enfadada. —Vuelve a sonreír—. Pero Trevejo es un pueblo muy pequeño, como has visto, y a la larga logré disculparme y que volviese a dirigirme la palabra aunque solo sea para decirme *hola* y *adiós* o mandarme a paseo cada vez que intento hablar de algo que no sea el castillo.

—Pero ayer te buscó....

—Y me encontró y... —Se pasa las manos frustrado por el pelo— no sé. Estoy hecho un desastre. Empezamos a hablar del castillo, los de la inmobiliaria están presionando a su madre para que el comité firme los papeles cuanto antes, y yo intenté cambiar de tema, como siempre. Siempre lo intento y nunca lo consigo. Quería hablar de ella, de Rata, de mí, de algo que me hiciera sentir humano. Seguro que crees que me he golpeado la cabeza con una vieja viga y digo tonterías.

—No, no creo tal cosa. Te entiendo perfectamente. Llevas meses trabajando en esto, te pasas los días defendiendo el castillo, hablando de él, haciendo de guía... La gente del pueblo solo te pregunta por el castillo y a veces necesitas sentir que tú aún existes, que estás aquí.

Julián me mira asombrado.

—Es exactamente eso.

—No quiero sonar desagradecida, *Los chicos del calendario* me han cambiado la vida, pero hay momentos en los que también me siento así.

—Con Ilu en el fondo siento que puedo ser yo mismo. Me pasaba de adolescente y, ayer, cuando para mi sorpresa hablamos por fin de verdad, volví a sentirlo. Me contó que ella había intentado averiguar mi dirección de Madrid, pero su madre la había mandado una temporada lejos del pueblo y, cuando volvió, como yo no había dado señales de vida, ella creyó que me había ido sin decirle nada por voluntad propia, así que decidió no buscarme más. Deduzco que Rosalía se quedó con mis cartas y las hizo desaparecer y que se ocupó de cambiar el número de teléfono. Los dos éramos demasiado jóvenes y no nos enteramos de nada, no nos dimos cuenta de que su madre hizo todo lo posible por separarnos. Es curioso —piensa en voz alta—, en los libros o en las películas, cuando a los protagonistas les sucede algo así lo saben, saben que les están manipulando o separando. Pero nosotros no, nos dejamos llevar por el drama y después seguimos casi como si nada.

—La vida no es como en las novelas, aunque en vuestro caso —señaló hacia el paisaje que queda a nuestras espaldas— os habéis reencontrado en un castillo. Yo diría que eso es material de primera para una peli.

Sonríe y me alegra verle un poco menos preocupado.

—Anoche estuve con ella. Rata estaba pasando la noche en casa de una amiga, y cuando me he despertado prácticamente me ha echado. Se arrepiente de haber estado conmigo, Cande, yo estaba dispuesto a hablar de nosotros, de qué podíamos hacer a partir de ahora, joder, me he despertado con ganas de hacer planes y ella me ha tratado como el polvo de una noche y me ha pedido que me fuera sin que me viera nadie. Me he ido tan enfadado que cuando he llegado a la hospedería he ido directamente a la cocina, tenía sed o quería golpear algo, no estoy seguro, entonces he visto tus papeles y me ha parecido la mejor opción.

—Vaya. No sé qué decirte, en general estoy bastante bien preparada para enfrentarme a este tipo de situaciones. Llevo diez meses, once contando este, lidiando con estos temas. Pero apenas conozco a Ilu y no tengo ni idea de qué puede estar pasándole por la cabeza. Lo que es evidente es que tiene una hija y que está loca por ella y tal vez quiere ser cauta por eso.

—¿Cauta? Pero si ni me ha mirado a la cara cuando he salido del baño después de vestirme y estábamos solos. ¿Por qué tiene que ser cauta? ¿Acaso tengo cara de asesino en serie? Fue ella la que ayer me dijo que quería estar conmigo.

—Cauta porque tiene una hija en la que pensar y obviamente las cosas no le fueron muy bien con el padre de la niña si está criándola sola. Y cauta porque en esto del castillo estáis en bandos opuestos. Su vida no tiene que ser fácil y, si quieres estar con ella, tienes que hacer un esfuerzo por entenderla.

Vaya, cualquiera diría que sí que he aprendido algo estos meses.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ¿cómo se supone que puedo entenderla si me echa de su apartamento a patadas y prácticamente me suplica que olvide lo que ha pasado entre nosotros?

El timbre del móvil nos interrumpe y lo busco por los bolsillos del abrigo. Nunca recuerdo en cuál lo he metido.

—Hola, Candela.

—¡Salvador! ¿Dónde estás?

—Aparcado frente a la hospedería, ¿y tú?

Como mínimo me he tropezado una media de quince veces al día con los adoquines de Trevejo, pero ahora corro por encima de ellos esquivando cada grieta o desnivel. Grito a mi espalda:

—Enseguida vuelvo, Julián.

Le oigo reírse y decirme que estará en el ayuntamiento.

Justo al doblar la última esquina me cruzo con Ilu.

—Hay un chico esperándote en la hospedería —me dice antes de que yo tenga tiempo de disculparme.

—Lo sé. Gracias. —No puedo morderme la lengua. Soy como soy—: ¿Por qué no vienes esta noche a cenar con Rata? Me dijo que en unos días son las fiestas del pueblo y me gustaría saber más sobre ello.

—¿Y no puede explicártelo Julián?

—Será divertido, vamos, todos os merecéis un respiro. —Estoy convencida de que va a decirme que no.

—Está bien, de acuerdo.

Si algo estoy aprendiendo estos meses es que la gente a veces te sorprende.

—¡Nos vemos luego! —Vuelvo a correr y no me detengo hasta que mis brazos

rodean el cuello de Salvador y su bufanda.

—Hola —sonríe antes de besarme—. ¿Has venido corriendo?

—Claro, normalmente me contengo porque hay gente, ya sabes, no quiero que me arresten en la estación del AVE o en el aeropuerto por correr como una loca a tus brazos, pero lo haría siempre.

—No te contengas la próxima vez. —Me besa—. Te sacaría de la cárcel, no te preocupes. Y, además, todo el mundo ya sabe que estás loca, Candela.

—Ja, ja, muy gracioso. —Intento soltarme, pero él aprieta los brazos alrededor de mi cintura.

—Gracias. —Me sujeta con una mano y con la otra se afloja la bufanda hasta quitársela—. Sigues saliendo poco abrigada.

La coloca por encima del pelo en mi nuca y la pasa por delante, me hace cosquillas en el mentón y en la punta de la nariz.

Le sonrío, las cosquillas se me han metido dentro y, con el castillo de fondo y el cielo de un gris plomo con nubes blancas recién pintadas, creo que la magia existe. La magia que crean algunas personas al estar juntas.

—Me gusta esta bufanda, ¿es nueva?

—Sí, no consigo encontrar la que tenía en enero, alguien debió de quedársela.

—Un misterio.

—Tal vez no. Creo que esa bufanda está justo donde tiene que estar. —Mira a nuestro alrededor, creo que él también tiene la sensación de estar dentro de un cuento o de un decorado para un anuncio de lotería, la plaza y las calles que hay frente a la hospedería están llenas de banderines, pero no dice nada. No sería propio de él—. ¿De verdad crees que Julián ha encontrado algo? Mis abogados no han conseguido dar con nada en concreto. Dicen que todo «huele mal», pero necesito algo más para quitarme de encima a mi padre.

—¿Estás bien? —Parece cansado, tiene las ojeras marcadas y hoy no se ha afeitado.

—He estado mejor. —Me suelta y da un paso hacia atrás, aunque captura una de mis manos con la suya—. En *Gea* hay mucho trabajo, en Olimpo me crecen los enanos, odio a mi padre, mi hermano es peor que una gallina clueca conmigo y te he echado de menos. Creo que necesito vacaciones.

—Salvador, por mí no tienes que ceder al chantaje de tu padre. Deja que haga

lo que quiera con ese vídeo, en serio.

Tira de mí y me besa con más brusquedad que hace unos segundos, el frío desaparece y me falta el aliento cuando me suelta.

—Vamos a buscar a tu chico del calendario a ver qué ha encontrado en esos papeles.

«Tú eres mi chico del calendario.»

Lo he pensado, he notado las palabras formándose en la punta de la lengua, tomando aire para salir por entre los labios que él ha besado hace unos segundos y no se lo he dicho. Me pregunto por qué no lo he hecho, me digo que se debe a que ahora nuestra mayor preocupación es solucionar el problema con su padre y es verdad. A eso y a que esta frase suena demasiado estudiada, de postal, y él y yo somos más que eso.

De todos modos, quiero decírsela algún día. Pronto. Cuando termine el año y podamos por fin vivir nuestra vida de verdad sin cambios de ciudad continuos y amenazas extrañas.

Le explico a Salvador las cosas que he aprendido sobre el pueblo y el castillo, muchas ya se las he contado estos días cuando hablábamos por teléfono, pero él no se queja y yo intento acallar en mi cabeza la voz de Víctor que ha aparecido de repente y no deja de repetirme que Salvador y yo nunca hemos vivido en el mundo real.

«Cállate, Víctor.»

Con él no he hablado desde que volví de Nueva York. Le mandé un mensaje para decirle que había llegado bien y él me mandó otro el día que empezó a trabajar porque me había prometido que lo haría, pero nada más. Quedamos así.

—¿Estás segura de que podemos entrar por las buenas en el ayuntamiento e interrumpir la reunión?

—Claro. Julián está hablando con unas cuantas personas de su equipo de voluntarios. Están buscando la manera de proteger el castillo o, como mínimo, de ganar algo de tiempo.

—¿Por qué no quieren vender? Al pueblo no le haría mal un poco de vida.

—No es que no quieran vender, es que no quieren venderlo a esa inmobiliaria. Están convencidos de que derribará el castillo y construirá una zona industrial o

un centro comercial que no funcionará. Creen que es una pura operación de especulación inmobiliaria. No sabes lo que me gustaría seguir en *Gea* como periodista y perseguir a Marisa hasta que publicase su historia.

Salvador, que camina detrás de mí, se detiene. Vamos de la mano, así que hago lo mismo.

—¿Echas de menos trabajar en *Gea* como periodista?

Me quedo pensándolo un segundo que no tengo. Julián nos está esperando.

—No echo de menos escribir artículos sobre perfumes o cómo reciclar tu bolso de la temporada pasada. Echo de menos escribir, contar historias, aunque en realidad solo he empezado a hacerlo con *Los chicos del calendario*. Antes no me habría atrevido.

—Se te da bien contar historias, sabes sacar lo mejor de los personajes que las forman.

—Gracias.

Desde el principio Salvador ha sabido hacerme las preguntas exactas, esas que me obligan a pensar qué quiero de verdad. No sé si existe una parte dentro de él que siempre me ha conocido o si sencillamente le gusta provocarme, aunque en mi caso son ciertas ambas cosas respecto a él.

—Sé que estás escribiendo lo que pasó en febrero, marzo y abril. Son los meses que aparecerán en el próximo libro. Y no negaré que hay una parte que temo leer, pero quiero hacerlo, Candela, y no porque lo ponga en un contrato.

—Aún no he llegado a esa parte.

Tal vez por eso Víctor está apareciendo estos días en mi cabeza, para recordarme que voy tarde. Tiemblo solo de pensar en qué pasará cuando llegue a las páginas de marzo y abril, ¿seré capaz de escribir lo que pasó? ¿Qué pensará Salvador cuando las lea?

—¿Por qué sonríes?

Tiene razón, tengo las comisuras de los labios levantadas.

—Pensaba en que la correctora volverá a reñirme. Me dijo que tu comportamiento en enero no era coherente —improvisó porque no quiero decirle la verdad y él levanta una ceja y no puede evitar sonreír—. Cuando llegue a abril me exigirá que borre esos capítulos.

—Si en la vida real fuese tan fácil...

Una puerta se abre ante nosotros y Nieves, la encargada del bar del pueblo, aparece y nos invita a entrar.

No sé qué iba a decir Salvador, ¿él borraría esa parte de nuestra historia? Yo no es que sea muy zen, pero tengo la sensación de que eso sería un error. Sin nuestro pasado, no estaríamos aquí ahora.

8

Pasadizos secretos

—¿Me estás diciendo que esto demuestra que mi padre utiliza sus sociedades para blanquear dinero de organizaciones dudosas norteamericanas?

—Creo que algunas de ellas estuvieron vinculadas al narcotráfico, sí, eso es lo que creo —repite Julián—. Está todo aquí. Si siguen activas o lo han estado hasta hace poco, creo que tenéis algo con lo que meterle en prisión...

—Tengo que sentarme.

Salvador se aparta de la ventana y camina hasta una de las sillas de la mesa. Julián no se ha levantado y con los papeles expuestos ante él nos mira con la paciencia propia de alguien que sabe que los demás no seguimos su ritmo. Yo todavía no he conseguido reaccionar. ¿Narcotráfico? ¿El señor Barver?

—Puedo volver a explicároslo.

—Sí, por favor. —Salvador tiene un cuaderno negro abierto al lado y sujeta un bolígrafo—. Mis abogados no han conseguido dar con nada en concreto y eso que han conseguido algunos papeles más recientes, lo más cerca que han estado de encontrar algo ha sido en unos apuntes contables y en las declaraciones de impuestos, nada más. Y por supuesto nada que se acerque siquiera a esto del narcotráfico.

—Estoy seguro que, de haber dispuesto de más tiempo, habrían acabado atando cabos.

—¿Tú cuánto tiempo has necesitado? —Salvador está atónito e impresionado.

—Una noche.

—Unas horas —corrijo yo.

—¿Quieres trabajar conmigo? —le ofrece sincero Salvador—. Visto lo visto, me iría muy bien contar contigo.

—Gracias. De momento estoy bien donde estoy, es una historia muy larga,

pero si algún día cambio de opinión lo tendré en cuenta.

En otro momento ya pondré a Salvador al corriente de la situación personal de Julián.

—¿Cómo has descubierto lo del narcotráfico, Julián? —le pregunto—. Y por favor, explícalo en español contemporáneo. Nada de términos medievales. —Alguien tiene que bromear y, teniendo en cuenta las circunstancias, yo soy la más adecuada para hacerlo.

—No es la primera vez que veo operaciones de esta clase, aunque esta es bastante chapuza. En esa época la gente no se tomaba tantas molestias como ahora para disimular esta clase de transacciones. En mi trabajo anterior asesorábamos la vertiente legal de ciertos hombres de negocios con objetivos similares a los de esta operación. En realidad, y por despreciable que sean ambas acciones, esconder el rastro de los beneficios producidos por una cadena de restaurantes para pagar los menos impuestos posibles no es tan distinto a esconder los beneficios del tráfico de drogas.

—Me cuesta imaginarte haciendo algo así.

Julián se encoge de hombros un segundo y toma aire.

—Cuando estás metido en la rueda, te pones a correr aunque no sepas hacia dónde o si de verdad quieres ir allí. No me engañaron ni me engañaba a mí mismo.

Admiro que no se defienda y que no quiera hacernos creer que fue una víctima.

—Bueno, ahora sabes adónde vas —le digo.

—Sí —sonríe—, y *solo* he tenido que estar a punto de morir sin nadie a mi lado en otro país para darme cuenta de lo mucho que la estaba cagando.

—Rozar la muerte te ayuda a ponerlo todo en perspectiva —interviene Salvador—. Vuelve a explicarme todo esto, si no te importa.

—Por supuesto que no. —Señala unas líneas en una página llena de números—. Estas son las cuentas de entrada, por aquí entra el dinero a través de estos recibos falsos. —Coloca unas fotocopias encima—. Ninguna de estas compañías ha existido nunca en el mundo real, solo sobre el papel. Y esta es la cuenta de salida. Estoy seguro de que, si consiguiéramos obtener algún extracto actual de estas sociedades, seguiríamos encontrando un goteo constante de movimientos

de salida de dinero.

—Podemos conseguirlo. —Los dos se giran a mirarme—. Ben tiene que figurar en alguna de las cuentas.

—¿No habrán hecho desaparecer su nombre? —pregunta Salvador.

—¿Quién es Ben?

—Ben es el chico de septiembre, el hijo del socio del padre de Salvador.

—¿Y está de vuestra parte? ¿Él es quien os consiguió estos papeles?

—Sí. Vale la pena intentarlo, voy a llamarle.

—Si ese tal Ben sigue de algún modo apoderado en alguna de las cuentas, creo que hemos encontrado la manera de ajustar las cosas con tu padre, Salva.

—La has encontrado tú, Julián —reconoce Salvador mientras yo salgo a llamar a Ben—. Gracias.

Una hora más tarde, Salvador y yo volvemos a estar frente a la hospedería con mis manos en su cuello y las suyas en mi cintura.

—Creo que eres la persona de la que más veces me he despedido. No me gusta.

Creía que íbamos a pasar el resto del día juntos, que dormiríamos juntos. El tiempo apremia, lo sé, y por eso no muestro el verdadero alcance de mi enfado y decepción. A él también le gustaría quedarse, me lo ha repetido entre beso y beso, y también le molesta que de momento tengamos que vernos así. Pero ahora es necesario. Ben ya está de camino a Barcelona, o como mínimo en el aeropuerto a punto de subirse a un avión. Después de que hablara con él ha accedido a seguir ayudándonos, dice que es lo mínimo que puede hacer después de que su madre lo llamase gracias a mí.

—Mañana tengo la cita con mi padre y con lo que ha descubierto Julián tendré que pasarme la noche preparándome. No quiero dejar nada en manos de la suerte, creo que no le caigo demasiado bien.

—¿Estás seguro de que no quieres que vaya contigo?

—Segurísimo. Prefiero que mi padre no sepa cómo están las cosas entre tú y yo.

—No quieres que me utilice para hacerte daño.

Tensa los hombros y aparta una mano de mi cuerpo para acariciarme la mejilla

y levantarme el rostro hacia él.

—No soporto la idea de que pueda hacerte daño a ti. —Agacha el rostro y me da otro beso—. Será mejor que me vaya. No puedo perder el avión.

Quedan demasiadas cosas por decirnos y la promesa de que vamos a tener tiempo dentro de unos días se me hace insuficiente aquí en medio de la extraña niebla que ha invadido Trevejo esta tarde. ¿Y si es un mal presagio? Sacudo la cabeza, ya utilizo palabras como las de Julián y estoy a un paso de empezar a creer en leyendas medievales.

No va a sucedernos nada malo.

—Llámame cuando llegues.

—Lo haré.

Salvador habla unos minutos con Julián antes de entrar en el coche de alquiler, yo me alejo porque, aunque no tiene ningún sentido, me escuecen los ojos y no pienso ponerme a llorar delante de ellos. Ni aunque estuviese sola.

—¿Sigue en pie lo de esta noche?

La voz de Ilu me sobresalta, confieso que se me había olvidado de que las había invitado.

—Sí, por supuesto. —Será fantástico desconectar durante un rato.

—¿Estás segura?

No me sorprende que insista, seguro que tengo cara de loca.

—¿Tú crees en los malos presagios, en los presentimientos?

Desvía la mirada hacia la calle por la que se aleja el coche con Salvador y donde Julián sigue de pie.

—De pequeña sí creía, ahora ya no.

—¿Por qué?

—Porque la culpa o el mérito de las cosas que nos suceden es nuestro o de la gente que elegimos tener a nuestro alrededor.

—Supongo que tienes razón. —Respiro profundamente y el aire frío me produce un escalofrío bajo la piel—. Julián está dolido por lo de esta madrugada.

No sé cuál de las dos está ahora más sorprendida, si ella por lo que acaba de oír o yo por lo que acabo de decir.

—¿Perdona?

—Sé que tendría que fingir que no sé nada, pero la verdad es que se me da

fatal y que me ha costado lo mío aprender que esconder los sentimientos acaba siendo muy perjudicial para la salud, para la vida en general. Y el tiempo, a pesar del refrán, no lo cura todo, en mi opinión solo lo empeora. No pretendo insinuar que sé qué pasa entre él y tú, no lo sé, pero Julián no es de la clase de chico al que echas de tu casa como si fuese un error.

—¿Y tú qué sabes?

—Nada, supongo, pero es evidente que Julián no es de esos. Llevo once meses recorriendo el país en busca de un chico que valga la pena y a estas alturas sé distinguir a los buenos de los malos o tarados, y Julián es de los buenos.

—Tal vez yo soy de las malas. —Se mete la mano en el bolsillo y saca el móvil para leer un mensaje—. Nos vemos esta noche. ¿Os va bien a las nueve? —Asiento perpleja, estaba segura que lo de la cena se había ido al traste—. Rata y yo traeremos tortilla de patatas.

—¿Por qué has invitado a Ilu y a su hija a cenar y sin preguntármelo antes?

Julián pasea de un lado al otro de la cocina de la hospedería. En estas fechas los únicos inquilinos somos él y yo, me asegura que con la llegada del buen tiempo está llena de excursionistas y que contrata a dos chicas del pueblo para que le ayuden con las tareas, pero en noviembre, y a pesar de las fiestas del pueblo, estamos solos.

—Ha sido improvisado. Iba a consultártelo, pero entonces ha llegado Salvador y se me ha ido de la cabeza.

—Ya, visto está. ¿Ilu ha aceptado?

—Sí, ha dicho que ella y su hija llegarían a las nueve y traerían tortilla de patatas.

—No entiendo nada. Voy a ducharme —anuncia—. Hoy está siendo un día de lo más raro.

Yo llevo meses así, le comprendo perfectamente, lleva un tiempo acostumbrarse.

A las nueve en punto llaman a la puerta y Julián sigue en la cocina así que voy a abrir yo. Salvador ya ha llegado a Barcelona y me he propuesto disfrutar de la cena y de la compañía de esta noche. Desde aquí no puedo hacer nada más para

ayudarle y no quiero volverme loca del todo.

—¡Hola, Cande! —La niña levanta una mano—. Me encanta salir a cenar entre semana. Cuando mamá me lo ha dicho no podía creérmelo. La abuela está que se sube por las paredes.

—Pasad, pasad, yo también tenía muchas ganas de volver a verte y charlar contigo, Rata. ¿Qué le pasa a tu abuela?

Acepto el plato con la tortilla que me entrega Ilu para dejarlo en la mesa y que ella pueda quitarse el abrigo.

—Odia a Julián.

—No lo odia, le disgusta —la corrige su madre.

—Le odia, mamá, lo sabes perfectamente. Le disgusta que yo no recoja las cosas, odia a Julián.

Ilu sonrío, la expresión le sienta bien.

—Tal vez tengas razón.

—Tengo que preguntártelo, Rata, ¿de dónde salió el apodo? ¿De verdad no te molesta?

—Me gusta mucho. —Sacude la cabeza con fuerza—. Las ratas tienen mala reputación, pero son unos animales muy listos. Sobrevivirían al fin del mundo.

—¿Quién sobreviviría al fin del mundo?

Aparece Julián e Ilu se sonroja. Él no se da cuenta porque la niña corre a saludarle con toda la efusión que desprenden sus brazos y sus piernas. Se cuelga de él como si ella fuese un mono y él un árbol de la selva.

—Las ratas.

—¿Le estás explicando a Cande porque te llaman así?

—Sí.

—Creía que ya lo sabías. —Julián me mira y creo que lo hace para evitar fijarse en nuestra otra invitada.

—No, quería preguntárselo a ella, pero hasta ahora no he tenido oportunidad.

—¿Sigo con la historia? —La niña, después de soltarlo pone los brazos en jarra y tras vernos asentir continúa—. Mamá me llamaba *ratita* cuando era pequeña. Dice que mi nariz se lo recordaba. A mí me gustaba mucho, cuando aprendí a decir mi nombre decía *Ratita*. En el cole me dijeron un día que era demasiado mayor para ser una ratita, era una profesora muy antipática, y yo le

contesté que entonces era una rata.

—Y exigió que la llamasen así —apuntó Ilu—, la profesora me llamó cuatro veces para hablar de ello. Insistía en que no estaba bien, que era malo que tuviese tanta imaginación. Yo le dije que, si mi hija quería llamarse Rata, a mí me parecía estupendo. Y que tuviese imaginación, aún más.

—Yo opino lo mismo. Las ratas son muy listas, mira a Fievel o a Rémy de *Ratatouille*. O incluso Minnie y Mickey Mouse o el Ratoncito Pérez.

Rata se ríe.

—Conoces a muchas ratas famosas.

—Muchísimas. Un día tienes que conocer a mis sobrinas, os lo pasaríais muy bien. Podrías hablar de todas esas ratas, excepto de Gerónimo Stilton, odian a Gerónimo.

—Yo también —asiente con entusiasmo y se ríe.

Definitivamente tengo que presentarle a Raquel y a Lucía algún día.

—¿Me ayudas a acabar de poner la mesa?

Pasamos dos horas riéndonos de las historias que cuenta Julián sobre las visitas de los turistas al castillo y de las aventuras que Ilu comparte sobre ella y Rata cuando esta era más pequeña. Yo apporto mi granito de arena hablándoles de lo que me ha pasado estos meses y, según Rata —ya me he acostumbrado a llamarla así—, el ganador indiscutible de *Los chicos del calendario* tiene que ser Javier, porque tiene perros, o en su defecto Ben, porque sabe hacer pasteles. No sería una mala decisión, aunque Julián finge sentirse muy herido por la traición de su pequeña aliada.

—Vosotras habéis puesto la mesa, y a mí me toca recoger. —Julián se pone en pie y Rata lo imita para ayudarle a pesar de que apenas un par de minutos más tarde se tumba en el sofá que hay frente a la chimenea para «descansar unos segundos».

—Se quedará dormida —susurra su madre—, es como si tuviera un interruptor interior. La envidia —suspira—, a mí me cuesta horrores dormirme.

—A mí también, demasiadas cosas en la cabeza —confieso.

—Exacto.

Estamos las dos solas, el agua del fregadero se oye desde aquí y es fácil adivinar que Julián está fregando los platos.

—No creo que seas de las malas.

—¿Cómo lo sabes? Apenas me conoces.

—Por Rata.

Ilu mira a su hija mientras me contesta.

—Es mejor ser de las malas, a las buenas nos hacen demasiado daño.

—No siempre. Y una cosa es ser buena y otra ser débil, y tú no lo eres a juzgar por esa niña de allí.

Se levanta y, sin prisa, camina hasta la percha de la entrada donde antes ha colgado su abrigo y el de Rata. Empieza a ponérselo.

—No conoces mi historia, pero con lo poco que has visto dime, ¿crees que hay alguna posibilidad de que acabe bien? Lo que pasó entre Julián y yo de adolescentes fue un... espejismo. —La voz le tiembla, pero no me atrevo a señalarlo—. Y ahora vemos la vida de manera completamente distinta, necesitamos cosas muy diferentes. Tanto si queremos como si no.

—Tú nunca me has preguntado qué es lo que quiero, Ilu.

Julián aparece en la puerta de la cocina secándose las manos con un trapo. Iluminada lo mira y durante un segundo creo que le brillan los ojos y que se acercará a él para besarlo o abrazarlo, pero no hace nada, este instante sí que ha sido un espejismo causado por la luz del fuego.

—Será mejor que me vaya, se ha hecho tarde.

Se acerca a la niña y le acaricia el rostro hasta que ella parpadea soñolienta.

—¿Ya nos vamos?

—Sí, ya es hora.

Rata me mira, juraría que cree que está soñando, y aprovecho para colocarme junto al sofá y ayudar a Ilu a abrigoarla.

—¿Por qué dices que vemos la vida de maneras completamente distintas?

—Déjalo, Julián.

Le miro por el rabillo del ojo y, cuando creo que va a volver a la cocina, se detiene e insiste.

—Dime por qué dices eso, ayer no te parecíamos tan distintos.

No le ha gustado recordarle lo que sucedió anoche delante de mí y de Rata. Aunque ella no se entera de lo dormida que está, es obvio que está incómodo y también que no piensa rendirse.

—Tú ves el pueblo y el castillo como tu salvación y yo, como mi jaula. Tú quieres quedarte y yo solo sueño con irme. Es mejor que dejemos las cosas como están, Julián. —Se aparta de él y sujeta a Rata por el hombro y el codo—. Gracias por invitarnos esta noche, Cande.

—De nada. —Voy a abrirles la puerta.

—¿Y si no quiero dejarlas como están? —pregunta Julián que no se ha movido—. Ya no soy un crío, cielo.

El mote cariñoso no le gusta lo más mínimo a Ilu, me temo que está a punto de irse con un portazo o algo peor.

—Ya te he dicho que queremos cosas muy distintas, Julián. Si en la próxima votación acordamos vender el castillo, en diciembre ya no estaremos aquí.

—¿Y si no?

—Entonces buscaré otra manera de irme. Siento decepcionarte, no es lo que pretendía, pero esta es la verdad. Buenas noches.

Las observo bajar los peldaños de la entrada de la hospedería y cierro la puerta. Cuando me doy media vuelta, Julián sigue en el mismo lugar apretando tan fuerte el paño con el que estaba secando los platos que tiene los nudillos blancos.

—Creía que la cena había ido bien.

—Ha ido bien —le aseguro. Me recuerda a uno de esos antiguos juguetes de madera que tenían formas de animales. Yo tenía una jirafa y se aguantaba de pie en su pedestal hasta que apretabas un botón y entonces era como si se agachase o le fallasen las rodillas, pero soltabas el botón y volvía a erguirse.

Ahora el botón de Julián está apretado y no parece que Ilu tenga intención de soltarlo.

—¿Bien? ¿A esto lo llamas *ir bien*?

—Sí. Vamos, a ti se te da bien, muy bien, buscar datos ocultos en papeles y programas informáticos, piensa un poco. Piensa en todo lo que ha dicho Ilu. Ella ayer estuvo contigo porque quiso y hoy ha estado aquí y no te mira como si fueras su carcelero.

—¿Cómo me mira?

—No te mira.

—¿Y eso es bueno?

—Buenísimo. Hazme caso y piensa, tiene que haber algo.

—Si tú lo dices.

9

La reunión

El silencio que cubre el pueblo cada noche es absoluto, no hay luces encendidas que se cuelen por la ventana y solo brillan las estrellas, así que no tendría que tener ningún problema para conciliar el sueño, pero no puedo dejar de pensar en que mañana, dentro de unas horas, Salvador va a reunirse con su padre para recuperar el USB con el vídeo de Rubén. No soporto no estar allí, aunque entiendo perfectamente que es mejor así. No quiero que el señor Barver me utilice como munición contra su hijo y tampoco quiero provocar ningún escándalo más en Olimpo. Con la suerte que tengo (y mi carácter) probablemente acabaría lanzándome al cuello de Barver padre tras la menor provocación e intentaría estrangularle con su corbata de Hermès.

Cierro los ojos e intento distraerme y evidentemente lo primero que me viene a la cabeza es la conversación que ha tenido lugar entre Ilu y Julián cuando ella se ha ido de la hospedería. He intentado animar a Julián mientras acabábamos de ordenar la cocina, aunque no sé si ha servido de mucho.

Estoy convencida de que Ilu no le ha utilizado sin más para «follárselo» (esto lo ha dicho él cuando barría del suelo un vaso que ha roto sin querer de lo enfadado que estaba), el modo en que no le mira y las palabras que ha elegido para sus respuestas me llevan a asegurarlo, pero lo cierto es que no la conozco y que estoy bastante escarmentada con lo de precipitarme y opinar sobre alguien. Creo que Ilu tiene una historia compleja que desconozco y que Julián también, aunque compartiese con ella su adolescencia y ese primer amor, y que la clave para entenderla y quizá intentar conquistarla se encuentra allí, en su historia.

—¿Y cómo se supone que voy a averiguarla si ella no me habla y solo quiere «dejar las cosas como están»?

—Ten paciencia. Esta noche ha estado aquí y vas a volver a verla. No te

olvides de que coincidís en las reuniones de la comisión.

—Tienes razón. Lamento haberme puesto así.

—No lo laments, acabas de demostrarme que estaba equivocada sobre algo.

—¿Sobre qué?

—Sobre que los hombres no son capaces de hablar de sentimientos.

Él me ha sonreído incómodo, aunque al final se le ha escapado una risa, probablemente para aflojar la tensión, y ha dejado la escoba en un rincón.

—Buenas noches, Cande.

Recordar la conversación con Julián me desvela aún más. Quiero ayudarle, pero en este caso no sé cómo. En febrero con Jorge, por poner un ejemplo, era él el que no tenía ni idea de cómo enfrentarse a sus sentimientos (no es que yo fuese una experta entonces como tampoco lo soy ahora), y en septiembre con Ben él estaba en paz consigo mismo y con su historia, había llegado a aceptar su resignación, aunque me alegra decir que ahora las cosas para él están cambiando. Pero Julián, Julián sabe lo que siente o como mínimo lo que está empezando a sentir y está dispuesto a ser sincero y a luchar por lo que quiere. ¿Cómo puedo ayudarle? Por muy enamorado que esté él de Ilu, de momento vamos a utilizar esta palabra, ni yo ni nadie puede lograr que ella se enamore de él si no quiere. Todos esos artículos que Marisa me hacía escribir en *Gea* sobre qué perfume es mejor para enamorar a un signo del zodiaco o sobre trucos para seducir en tus vacaciones son chorradas. CHORRADAS.

Quiero salir de la cama y buscar el móvil, que he estado a punto de dejar abajo encerrado en un cajón de la nevera para evitar así la tentación de llamar a Salvador otra vez (el teléfono al final está en el baño, no tenía claro que el frío del frigorífico no lo averiase), pero me contengo. Salvador necesita dormir, si es que lo ha conseguido, y si no, descansar.

Yo debería hacer lo mismo.

Tengo ganas de estrangular a Rubén, todo esto es culpa suya. Me da igual si él también es en cierto modo el causante de *Los chicos del calendario*, me repito que él solo fue la chispa, todo lo demás fue cosa mía o de Salvador, a él se le ocurrió la idea de que recorriese el país en busca de un chico que demostrase que mi teoría sobre los hombres es errónea.

¿Lo es?

Mierda, tendría que dejar de elucubrar y cerrar los ojos. Técnicamente los tengo cerrados, discuto conmigo misma como si fuese a darme la razón, y es absurdo creer que lograré dormir.

«Duérmete, Candela.»

¿He cambiado de opinión sobre los hombres?

Sí, eso ya puedo afirmarlo, sin duda, igual que puedo decir que he cambiado de opinión sobre mí misma. He cambiado yo y ahora veo el mundo de otra manera. O tal vez siempre lo había visto así y no me había atrevido a reconocerlo.

Hay hombres que son un desastre, hombres que restan, que te hacen daño, que no saben valorarte y que no te aportan nada. Y hay hombres que tal vez también son un desastre, pero suman y, cuando te hacen daño (porque, seamos realistas, en este mundo todos hacemos daño a alguien alguna vez), lo reconocen y te piden perdón y confían en que, si les perdonas y les das otra oportunidad, sabrán ganársela. Hay hombres que, a pesar de sus desastres, hacen que tu caótica vida crezca. Podemos vivir sin ellos, cierto, la cuestión es que con ellos la vida brilla más y cada día tiene la posibilidad de ser una aventura.

Y con las mujeres pasa lo mismo.

Esto también lo he aprendido, hay hombres pésimos y mujeres pésimas, y hombres y mujeres estupendos. Chicos y chicas del calendario.

Me centro en ellos, en los mejores momentos que he vivido estos meses gracias a todas estas personas que he conocido, y consigo dormirme.

¿Alguna vez habéis mirado fijamente las agujas del reloj para ver si podíais hacer eso de las películas y acelerarlas y que el día pasase volando ante vuestros ojos? Yo sí, y no funciona.

—Deja de mirar el reloj.

—No puedo evitarlo. Distráeme, vamos, eres el chico del calendario, haz algo descabellado.

—¿Descabellado? Se te ha pegado mi lenguaje anticuado.

—*Descabellado* aún se dice.

—¿Estás segura? —Me sirve otra taza de café—. Es descafeinado, creo que hoy deberías limitar el consumo de cafeína al mínimo.

—Mira, no te arranco la cabeza porque eres mono y *Los chicos del calendario* no necesita otro escándalo, pero que quede claro que con mi café no se juega.

—Vale, lo que tú digas. —Se ríe y sé que hoy no voy a tomar cafeína aunque lo intente—. Tenemos una cita en el ayuntamiento dentro de media hora.

—¿Hoy? ¿¡Pero si creía que hoy no teníamos nada importante!?

—La madre de Ilu ha convocado una reunión urgente. ¡Sorpresa! ¿Te parece una propuesta lo bastante descabellada, *milady*?

—Esa mujer está tramando algo.

—Eso siempre. Voy a por el abrigo y nos vamos. —Sube la escalera que conduce a los dormitorios—. ¡No mires el teléfono, solo han pasado cinco minutos!

La reunión consigue que no piense en la hora ni en lo que está pasando en Barcelona. Tengo que reconocer que la señora Rodríguez sabe crear expectación. Me contaron que era maestra antes de casarse, pero tendría que haber sido actriz o presentadora de circo. Ahora mismo los miembros del comité para decidir sobre el futuro del castillo están sentados mirándola sin saber a qué atenerse. A mí me han dado permiso para asistir al encuentro, lo que ha conseguido aumentar el misterio. Estoy segura de que mi presencia aquí no es casual.

—Me imagino que os estáis preguntando por qué os he reunido hoy aquí cuando nuestra próxima cita no era hasta la semana que viene.

Asienten, yo miro a Ilu y veo que ella está tan confusa como los demás.

—Has decidido echarte atrás y decirles a los de la inmobiliaria que el castillo no está en venta —sugiere Julián medio en broma medio deseando que fuese verdad.

—Todo lo contrario, Julián, os he citado hoy aquí para deciros que los de la constructora suben la oferta medio millón más, pero con la condición de que firmemos antes de que termine el año.

La sala se queda sin aire, medio millón de euros es mucho dinero y puede ser el empujón que falta para que se acaben de decidir los miembros indecisos.

—No se trata solo de dinero —farfulla Julián, es el único que consigue reaccionar—. Siguen decididos a no comprometerse a respetar el castillo y tampoco quieren negociar la posibilidad de incluir una cláusula en el contrato

que les obligue a invertir cierta cantidad en el pueblo más allá de la que sea necesaria para cumplir con las obligaciones urbanísticas.

—Están dispuestos a comprar unas ruinas por muchísimo dinero, Julián, lo que hagan después con ellas es asunto suyo.

El resto de miembros murmullan, ninguno parece dispuesto a compartir en voz alta su opinión, lo cual no augura nada bueno para Julián.

—Si esto es todo lo que necesitabas decirnos, mamá —interviene Ilu—, creo que no es necesario que os oigamos discutir de nuevo. Tenemos mucho en lo que pensar y podemos hacerlo cada uno por su cuenta, yo, además, hoy tengo mucho que hacer.

La señora Rodríguez se acerca a hablar con la señora que ocupa el extremo de la mesa y el resto, excepto Julián, se levantan y se marchan intercambiando impresiones. Yo me dispongo a acercarme al chico del calendario, que sigue mirando fijamente el cuaderno que sujeta entre las manos y que no ha llegado a abrir, pero Ilu aparece a su lado y cambio de opinión. Salgo fuera y busco al instante el móvil.

Tengo un mensaje de Salvador: «Todo ha salido bien. Llámame».

Veo una llamada perdida, en el ayuntamiento hay una pésima cobertura, y camino hasta la calle con el corazón latiéndome a mil por hora.

Él contesta a la primera.

—Hola, Candela.

Le oigo sonreír.

—¿Cómo ha ido? ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho?

—Ha ido bien.

—¿Bien? ¿¡Bien!?! ¡Cuéntame qué ha pasado antes de que me dé un infarto!

—¿Quieres todos los detalles?

—Empieza a hablar, Salvador.

—Lo siento, cariño, no quería torturarte ni nada de eso, pero es que... — respira y su alivio llega hasta mí—, joder, han sido unos días tan difíciles que es maravilloso poder bromear por fin un poco sobre ello.

—Cuéntame qué ha pasado, vamos.

—Tengo el USB y la garantía de que no existen más copias y de que, si existen, no las utilizaré de ninguna manera. Le he dicho a mi padre que, si algún

día, por muchos años que pasen, aparece ese vídeo u otro o cualquier fotografía tuya de este ámbito asumiré que ha sido él y sus vínculos con el narcotráfico saldrán a la luz.

—¿Te ha entregado el USB sin más?

—Bueno, sin más no. Antes hemos hablado un poco.

De repente detecto más emociones tras el alivio, este es tan fuerte que al principio no me he dado cuenta, pero están aquí: decepción y un profundo cansancio.

—¿Estás bien, Salvador?

Se toma unos segundos en contestar.

—Sí, no te preocupes. Voy a intentar contártelo como si fuera tú, pero ten en cuenta que yo soy más parco en palabras.

—¡No me digas!

Él tiene razón, es maravilloso que podamos bromear sobre esto. Una vocecita me dice que no me relaje del todo, que es imposible que hayamos derrotado a su padre tan fácilmente, pero voy a ignorarla.

—Habíamos quedado en la sala de reuniones de Olimpo, yo he llegado antes y lo he esperado solo. Primero iba a pedirle a Sergio que me acompañase, pero después he pensado que era mejor que no. Mi padre ha llegado con su séquito habitual de abogados y lo primero que me ha dicho ha sido: «¿Listo para firmar el traspaso de poderes?» —intenta imitar su voz.

—¿Y tú qué le has contestado?

—Le he sonreído y le he dicho que antes quería hablar con él a solas, sin sus abogados. Él ha puesto cara de satisfacción, seguro que creía que iba a pedirle algo.

—No te conoce.

—No, no me conoce en absoluto. Hemos entrado y le he pasado una carpeta. «¿Qué es esto?», me ha preguntado, y le he contestado que lo abriese. Gracias a Ben, ayer pudimos incluir unos cuantos documentos más comprometidos, extractos de cuentas y certificados bancarios de hace años. Probablemente han caducado, pero cualquier abogado, juez o inspector de hacienda que se precie podría utilizarlos para tirar del hilo y encontrar cómo están ahora esas empresas. Eso lo sé yo y mi padre, aunque ha intentado negarlo durante un segundo, hasta

que le he hecho escuchar la grabación que Ben hizo en esa fiesta donde subastaron los pasteles en septiembre, esa en la que su padre reconoce estar en *negocios* con el mío. Después me ha insultado, voy a ahorrarte los detalles, y tras entregarme el USB y las fotografías se ha ido dando un portazo.

—Hay algo más.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo noto en tu voz.

Me lo imagino sentado en el sofá que hay en su despacho, frotándose la frente por el cansancio y probablemente también por el dolor de cabeza.

—Tienes razón, lo hay.

—Cuéntamelo. Háblame como si estuviera allí, sentada a tu lado en el sofá.

—Ojalá lo estuvieras. Mierda, Candela, he estado a punto de pegarle, y es mi padre.

—Lo siento mucho, Salvador.

—Le he dicho que no estamos juntos.

—¿Qué?

—Odio mentir sobre nosotros, pero cuando me ha entregado el USB ha vuelto a atacarte y he presentido que no iba a dejar de hacerlo, de obsesionarse contigo si seguías conmigo.

—Me da igual lo que haga o diga tu padre sobre mí.

—A mí no, Candela. Le he dicho que quería recuperar el vídeo para proteger la reputación de *Los chicos del calendario*, porque mi obligación es velar por la mayor y mejor inversión de *Gea*. Le he ocultado lo nuestro por el mismo motivo por el que le he ocultado mi enfermedad. A un hombre como mi padre no puedes mostrarle tus debilidades.

—¿Y yo soy tu debilidad, Salvador?

No me gusta lo que me hace sentir esa frase. No quiero ser su debilidad, quiero ser su fuerza. Es normal que él esté cansado y de mal humor y es incluso lógico que sienta la necesidad de desahogarse con alguien, tiene las emociones a flor de piel. Por mucho que insista en que no le afecta, acaba de enfrentarse a su padre.

—No pasa nada —añado antes de que me conteste. Intento ponerme en su lugar e imaginarme el dolor que sentiría yo si mi padre intentase arrebatarme lo que más quiero—. Lo entiendo, Salvador. —Al menos de momento.

—Mi padre desaparecerá durante un tiempo, pero no me hago ilusiones. Dentro de unos años, si nada ha conseguido captar de nuevo su atención, recordará otra vez que me odia porque el abuelo me eligió a mí y no a él.

—Tal vez no. Ahora sabe que puedes mandarle a la cárcel y destrozar su reputación para siempre.

Él vuelve a quedarse en silencio. Seguro que tiene los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo de piel.

—Esta semana voy a tener que estar alerta, supervisar todas las operaciones de Olimpo. Me temo que mi padre ya se veía vencedor y que había empezado a desplegar sus tentáculos por aquí. Y necesito verte.

—Yo también.

—¿No puedes escaparte unos días? Ya estamos a noviembre, di que has cambiado de opinión, que los hombres de este país no estamos tan mal y acaba el concurso.

—No lo dices en serio, sería un desastre, en las redes nos quemarían vivos.

—Pues claro que lo digo en serio. Por primera vez en mi vida quiero vivir, quiero tener una vida y quiero tenerla contigo. Y quiero que empiece ya. No quiero esperar a enero.

—Es... es lo más bonito que me has dicho nunca.

—Y ni siquiera te tengo delante. Joder, Candela, ya sé que no puedes venir y que no podemos terminar *Los chicos* antes de tiempo, y sé que yo no puedo ir hasta allí. Pero...

—¿Te acuerdas de enero?

—¿Cómo que si me acuerdo de enero? No podría olvidarlo...

—¿Recuerdas que me dijiste que tenía que saber qué necesitaba? —Trago saliva, no sé de dónde ha surgido esta idea, con toda seguridad de la voz de Salvador, porque he presentido que está al borde de algo, que la tensión está a punto de romperle. Tal vez me equivoque.

—Sí.

Le oigo quedarse sin aliento, no estoy equivocada. La pregunta es si me atreveré a hacer lo que creo que estoy a punto de hacer. Me alejo del ayuntamiento, Julián aún sigue dentro con Ilu, y camino lo más rápido que puedo hasta la hospedería. Abro la puerta y subo a mi dormitorio. En todo este

rato Salvador ha escuchado mi respiración y yo la suya.

—Dime qué necesitas, Salvador.

—¿Qué estás haciendo, Candela?

—Estar contigo.

—Joder. Vas a matarme.

—No, voy a hacerte el amor. Cierra los ojos. ¿Qué necesitas, Salvador?

—A ti. Aquí. Ahora.

—Me tienes. ¿Dónde estás?

—En el despacho, en el sofá, justo donde has dicho. Pensando en ti.

—¿Has cerrado la puerta?

—Al entrar, antes de llamarte. No quería que nadie nos interrumpiese. Quería estar lo más cerca posible de ti después de lo de esta mañana.

—Yo también. —Suelto el aliento—. He cerrado los ojos y me estoy imaginando allí contigo. ¿Tú haces lo mismo?

—Sí. Estás aquí conmigo. A mi lado.

—¿Y qué estamos haciendo?

—Estás sentada encima de mí, besándome.

Y eso es lo que hago a pesar de la distancia. Le explico cómo le quitaría la camisa, cómo le besaría y mordería el cuello y que enredaría los dedos por el pelo que le llega a la nuca. Le confieso que me gusta así, porque creo que se lo ha dejado largo por mí.

—Todo es por ti.

Sigo, tengo que humedecerme los labios, le digo que le desabrocharía el cinturón para poder tocarlo y que...

—Yo te besaría los pechos, dudo que pudiese quitarte la blusa con cuidado. Me vuelves loco, necesito tocarte la piel, meterme dentro de ti. Primero me conformaría con excitarte con los dedos, cuando noto que estás excitada, que me necesitas, pierdo la cabeza.

Y yo.

Le pido que siga, que me cuente qué más pasaría, qué más nos haríamos si estuviésemos juntos.

—No puedo esperar más. Tengo que tenerte, Candela, y necesito que me tengas.

—Te tengo.

10

La sorpresa

Le he hecho una foto a Julián durante el *tour* turístico de esta mañana que me ha quedado bastante bien. La cuelgo mientras los dos esperamos que la cafetera se caliente.

«#ElChicoDeNoviembre #ElPríncipeValiente  #SalvemosElCastillo 
#LosChicosDelCalendario  17 .»

Ha pasado más de una semana desde esa reunión que convocó la señora Rodríguez y Julián no ha conseguido convencer a los miembros necesarios para inclinar la balanza a su favor. Tampoco están en su contra. Los indecisos siguen sin pronunciarse y eso está acabando con los nervios de Julián. El que su relación con Ilu no haya avanzado tampoco ha ayudado. No ha conseguido hablar con ella exceptuando los intercambios de frases de rigor. Rata ha venido a la hospedería unas cuantas veces y es obvio que sabe algo, mira a Julián con cara de «haz algo, ¿no ves que esto no puede seguir así?», pero no deja de ser una niña pequeña y, si los mayores no nos aclaramos, qué más puede hacer ella.

También ha pasado más de una semana desde mi sexo telefónico con Salvador. Hemos vuelto a hablar y creo que hoy he conseguido contestarle sin sonrojarme, aunque no estoy segura. Las cosas en Olimpo parecen haberse calmado y su padre se ha esfumado, Salvador cree que está en el extranjero. En principio no podremos vernos hasta la última semana de noviembre, cuando yo vuelva a Barcelona para preparar el vídeo de este mes y enfocar el que será el último chico del calendario, la última ciudad.

Creo que no hace falta que os diga qué me ha prometido Salvador que me hará en cuanto llegue o qué le he dicho yo que le haré a él. Existen los preliminares normales y después existe este método de tortura que al parecer hemos inventado Salvador y yo, que consiste en ponerte a cien cada día, con cada palabra, con

cada respiración, e intentar no morir ni perder la cabeza después, cuando tienes que hacer vida normal sin llegar a desahogarte.

¿Es normal que tenga que apretar las piernas para no gemir cada vez que le oigo decir mi nombre o respirar? No, no es normal, ya os lo digo yo. Es una locura.

—Creo que voy a volverme loco. —Julián parece haberse contagiado—. Se nos acaba el tiempo y aquí a nadie parece importarle.

—Julián, ¿qué pasará si al final pierdes y venden el castillo?

—No quiero ni pensarlo.

Me levanto y voy a por la leche, las tazas y el azúcar.

—Pues tal vez deberías.

—Crees que van a vender el castillo.

—No, solo digo que tal vez te iría bien pensar en qué harás si eso sucede. Tu vida no puede depender solo de eso, tiene que haber algo más.

—¿Como qué? ¿Una relación sentimental? ¿Amigos?

—Eh, tienes amigos, mírame, y no digas ahora que solo lo somos porque eres el chico del calendario. Eres muy pesimista. Y lo de Ilu, ¿por qué no lo intentas de verdad? Si ella es tan importante para ti como creo, no tiene sentido que las piedras de un viejo castillo se interpongan entre vosotros.

—No es eso, el castillo no es el problema. ¿Intentarlo de verdad? ¿Acaso crees que todo esto es una broma para mí? No sé qué hacer con ella, va a volverme loco.

—No, no quería decir eso. ¿Por qué no la llamas y la invitas a cenar sin más, sin presionarla, sin hablar de lo vuestro? Dile que la echas de menos y que quieres verla.

Julián me mira y está claro que mi sugerencia le parece una temeridad, pero se levanta y va a por el móvil y la llama. Se aleja por el pasillo, no sé si camina sin darse cuenta o si no quiere que le oiga. Cuando vuelve se frota el rostro.

—¿Qué?

—Ha dicho que sí.

—¡Lo ves! ¿Qué le has dicho? ¿Qué planes tenéis?

—Le he dicho que echaba de menos hablar con ella y si le apetecía verme. Ha dicho que sí, sin más.

Suena el timbre y los dos nos miramos sorprendidos. Es imposible que sea Ilu, acaban de colgar. Voy a abrir yo, Julián aún está confuso.

Ni en un millón de años habría adivinado la identidad de la persona que aparece en los escalones de la hospedería.

—¿Víctor? ¡Víctor!

—Hola, Cande. —Sonríe, lleva barba, la misma que lucía en marzo cuando le conocí, más poblada que en verano, y va abrigado. Hay una bolsa de viaje junto a sus pies—. ¿Puedo pasar?

Comprensiblemente tardeo unos segundos en reaccionar.

—Claro, claro, pasa.

Él sube los escalones, deja la bolsa de nuevo en el suelo, y cierra la puerta tras él.

—Hola —repite con la misma sonrisa, aunque es obvio que algo le preocupa.

Yo no puedo dejar de mirarle, no encaja aquí. No tenía ni idea de que iba a venir. Creía, estaba convencida de ello, que no volvería a verlo nunca más (sé que os debo esta explicación) y de repente me alegro tanto de haberme equivocado con eso que me lanzo a abrazarlo.

—Hola, Víctor.

Ahora es él el que tarda en reaccionar, pero al final —gracias a Dios— me devuelve el abrazo.

—Hola —nos interrumpe Julián—, ¿quién eres tú?

Tengo que soltar a Víctor, no puedo contestar colgada de su cuello, aunque sigo sin entender nada es obvio que está aquí y que tengo que comportarme como una persona cuerda.

—Él es Víctor, fue el chico del calendario de marzo.

—Hola, Víctor, yo soy Julián, encantado de conocerte. —Julián le tiende la mano y Víctor la acepta y la estrecha con sinceridad y sin dejar de fruncir el cejo.

—Lo mismo digo. Lamento haberme presentado aquí sin avisar. ¿Podemos hablar, Cande?

—Podéis quedaros la hospedería para vosotros solos. —Julián responde antes de que yo sea capaz de parpadear. ¿De verdad Víctor está aquí?—. He quedado con Ilu que yo iría a su casa. Rata está con unos amigos otra vez y, al parecer, la

señora Rodríguez juega a cartas todos los viernes en el casino de otro pueblo y se queda a dormir allí. Una de sus mejores amigas vive allí y así se ponen al día. Hoy es viernes.

—Lo sé —consigo decirle, está nervioso. Hablar así lo delata—. Ve, no te preocupes por nada, habla con Ilu.

—Sí, eso haré. Víctor, elige la habitación que quieras de la hospedería. Excepto la que utiliza Cande y la mía, el resto están todas libres. Me voy. Me voy ya.

Cierra la puerta y le oímos que sigue farfullando mientras se aleja.

—Parece simpático —aporta Víctor—, encaja en *Los chicos del calendario*. ¿Qué le pasa? Deduzco que tiene problemas con esa chica llamada Ilu.

—Bueno, algo así. ¿Qué haces aquí, Víctor? Después de lo que me dijiste en Nueva York creía que no querías volver a verme.

Suelta el aliento y se frota la cara. Está cansado y la preocupación que le envuelve es distinta a cualquiera que le hubiera visto antes.

—Yo también creía que no volveríamos a vernos.

Vuelve a sucederme lo que me pasó en Nueva York, el corazón se me encoge durante un segundo negándose a aceptar esa realidad. No es que quiera que Víctor vuelva a decirme que quiere tener una relación conmigo o que sigue enamorado de mí, no es eso. Pero escucharle decir que voluntariamente me echa para siempre de su vida es horrible.

—¿Ha sucedido algo?

—Sí.

—¿Tu sobrina y tu hermana...?

—Ellas están bien. —Mira a su alrededor, para él esta casa es completamente desconocida—. ¿Podemos sentarnos en alguna parte?

—Dios, sí, perdona. Lo siento mucho. Acabas de llegar y ni siquiera te he dejado quitarte el abrigo. ¿Tienes hambre, sed, necesitas algo?

—No. —Se quita el pesado abrigo de lana—. Quiero acabar con esto cuanto antes.

—Claro. Vamos, la chimenea del comedor está encendida, allí estaremos bien.

Nos detenemos los dos frente al fuego, no sé qué hacer con las manos, estoy a un tris de empezar a mordirme las uñas y dejé de hacerlo cuando tenía quince

años y mi madre me dijo que me repararía al cero mientras dormía si volvía a pillarme con los dedos en la boca. Habría sido capaz, creedme.

—No hay manera de decir esto con delicadeza. Hace cuatro días el padre de Barver vino a verme.

Suerte que tengo una silla a mi espalda, porque me fallan las piernas.

—¿El padre de Salvador? ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Víctor, que estaba dándome la espalda cuando ha soltado la noticia bomba, se da media vuelta y me mira. Está serio y ahora entiendo a qué se deben las arrugas de la frente.

—En San Francisco, apareció en la puerta de mi laboratorio. Iba acompañado por un chófer, matón, abogado, no sé, otro tío. No me lo presentó. Él sí lo hizo, aunque no me hacía falta, le recordaba de Marbella. Me preguntó si podíamos hablar y le dije que sí. Quería saber qué estaba haciendo allí y cómo me había encontrado. No me gusta que un desconocido pueda aparecer de la nada en medio de mi vida. Joder.

—Lo entiendo. —Me gustaría tocarle, pasarle una mano por los hombros que parecen estar a punto de romperse o incluso entrelazar los dedos con los de él durante un segundo, pero no me atrevo. Dejando a un lado el abrazo que me ha devuelto al llegar, Víctor no desprende que tenga ganas de que me acerque a él —. Lo siento.

—No es culpa tuya. Todos somos responsables de nuestros actos y no de los de los demás.

—Aun así, lo siento.

—Accedí y lo llevé a un restaurante. No quería hablar con él en medio de la calle ni tampoco en su coche, me parecía una escena sacada de una novela negra. Me dijo que quería ayudarme.

—¿Ayudarte? ¿Con qué?

—Contigo, a evitar que su hijo volviese a meterse entre tú y yo.

—La madre que...

—Me dijo que sabía que habías estado en Estados Unidos conmigo en agosto. Por lo que deduje de la conversación no sabe nada de lo de septiembre ni del viaje de octubre —me explica, aunque sus palabras me llegan con torpeza porque en mi mente no puedo dejar de pensar en que el señor Barver ha ido a ver

a Víctor—. Según él, él ahora tiene las manos atadas y no puede hacer nada, pero dispone de información que podría serme muy útil para asegurarme de que Salva no vuelve a complicarme la vida. Le pregunté que de qué información se trataba.

—¿Y te respondió?

—Me dijo que me la daría si accedía a ayudarlo a hacer pública esa información sin que nadie se enterase de que provenía de él.

—¿Qué le dijiste?

—Que sí. Y no me preguntes si de verdad pienso hacerlo, Cande, no creo que pudiera soportar que dudases de mí.

—No dudo de ti. Sé que le dijiste que sí para ayudarme.

—Exacto. Pero Barver no es idiota, me dijo que me llamaría en unos días. Se levantó de la mesa y antes de irse del restaurante dejó un sobre en la mesa, dijo que era un recuerdo.

—¿Qué era?

—La foto de la que me hablaste en octubre, la de ti y de mí en el hotel de Barcelona la noche de Sant Jordi.

—Siento que te hayas visto involucrado en esto, Víctor.

—Me hierve la sangre solo de pensar que alguien nos ha espiado, que nos ha fotografiado a escondidas. Joder. Ese beso solo era nuestro y pensar que ahora ese hombre lo está utilizando para sus planes me revuelve el estómago.

—Lo sé.

—Por eso he venido aquí. No quería llamarte. Tal vez esté siendo paranoico, pero no me fío. Y, después de la visita de ese hombre, necesitaba verte. A pesar de lo que te dije en Nueva York antes de que te fueras, jamás querré que te suceda nada malo, Cande. Organicé las cosas en el laboratorio para que mi equipo pudiera apañárselas sin mí durante unos días y fui al aeropuerto. Y aquí estoy. Tenía que contártelo en persona.

—Gracias, Víctor.

—Hay algo que no entiendo. Bueno, joder, hay muchas cosas que no entiendo de este culebrón entre Barver padre e hijo, pero hay una en concreto que no puedo quitarme de la cabeza desde que ese desgraciado se largó del restaurante.

—¿Qué?

—Ricardo Barver parecía estar segurísimo de que tú y yo estábamos juntos. Yo pensaba que, después de lo de Nueva York, ya no me necesitabas como tapadera, pero ese tipo dijo algo como: «Mi hijo me ha demostrado que lo único que le importa es Olimpo, no esa chica. Me alegro por usted y por mí, así los dos podemos conseguir lo que queremos». Quizá no son las palabras exactas, pero para él tú estás conmigo y no con Salva.

—Y tú no se lo desmentiste.

Me mira a los ojos ofendido porque dude de él.

—No. Si lo hubiese hecho, él no me habría ofrecido la posibilidad de asegurarme de que Salva no volvía a «inmiscuirse entre los dos». ¿Qué coño está pasando aquí, Cande? ¿Por qué un empresario barcelonés que tendría que estar jugando al golf con la novia de turno se presenta en mi trabajo, en mi jodido trabajo, en San Francisco para convertir mi vida en un maldito culebrón de los noventa? Creía que ya me había despedido de todo esto. De ti.

—Lo siento mucho.

—No vuelvas a disculparte.

Tengo que ponerme de pie, no puedo seguir sentada mientras Víctor, el chico más generoso que he conocido nunca, está a punto de estallar delante de mí.

—Pero lo siento. Tienes razón, tú ya te habías despedido de todo esto. No es justo que un desconocido vuelva a meterte en este lío.

—Estaba bien, ¿sabes? Empezaba a estar muy bien. Mierda. Mierda.

Doy un paso hacia él.

—No te acerques, Cande. Joder. No te acerques y, por lo que más quieras, no me toques.

—Está bien. De acuerdo. No te tocaré.

Me escuecen los ojos, cierro las manos hasta que me clavo las uñas en la palma y así evito que me caiga una lágrima.

—Dime por qué ese hombre está tan convencido de que no estás con Salva.

—Porque Salvador se lo dijo.

—Mierda. —Se pasa las manos por el pelo—. No me merezco esto. No me lo merezco.

—Lo sé.

—¿Es verdad? ¿Ya no estás con él?

—Estamos juntos —le digo la verdad, aunque aparto la mirada y él hace lo mismo—. Salvador mintió porque pensó que era lo mejor.

—¿Habéis logrado recuperar el USB con el vídeo?

—Sí.

—Bueno, al menos eso está solucionado. Me alegro. —Con cada frase suena más distante, más robotizado, igual que cuando le conocí.

—No habríamos podido recuperarlo sin tu ayuda.

—No me des las gracias.

—Es la verdad, si tú no me hubieses acompañado a casa de la madre de Ben, yo probablemente habría perdido los papeles y lo habría echado todo al traste.

Víctor suelta el aliento, suena como un globo desinflándose, perdiendo la energía que le quedaba.

—¿Crees que puedo acostarme un rato? Estoy muy cansado.

—Claro. Vamos, te acompañaré arriba.

Subimos la escalera en silencio y él se asegura de mantener siempre como mínimo dos escalones entre él y yo. No sé qué decirle, ¿qué puedo decirle? Odio que Ricardo Barver le haya metido en esto y le haya obligado a volver a acercarse a mí y al mismo tiempo me alegro muchísimo de verle y de tener la oportunidad de arreglar las cosas entre los dos.

—Gracias. Mañana podemos seguir hablando de esto —asegura exhausto desde la puerta de la habitación que ha elegido, la primera que le he enseñado—. Solo necesito dormir un poco. Buenas noches, Cande.

No trata de acercarse a mí ni vuelve a mirarme. De hecho, creo que si levantara la cabeza no me vería, parece estar completamente vacío y odio imaginarme a Víctor así.

—Buenas noches, Víctor. —Doy un paso hacia atrás—. Sé que no quieres oírlo, pero me alegro mucho de verte.

Cierra la puerta sin decir nada.

—Abro paréntesis—

11

Víctor

(lo que pasó en Nueva York)

Los aviones comerciales vuelan a una media de treinta y tres mil pies de altura. Un pie es una unidad de medida que utilizamos muy poco, equivale a treinta centímetros y medio, más o menos.

Información tan absurda como esta es la que recité en mi mente durante las ocho horas largas que duró el vuelo de Barcelona a Nueva York. Aún me costaba hacerme a la idea de que Cande estaba sentada a mi lado y eso que me había encargado personalmente de conseguir ese asiento. Lo más inteligente habría sido decirle que no podía venir conmigo. Podía soltarle todos los discursos que quisiera sobre que ella y Barver nunca habían sido pareja en el mundo real o elaborar teorías acerca de lo que ella también sentía por mí, podía hacer muchísimas cosas, y ninguna cambiaría la realidad: ella ya había elegido. Quizá ni siquiera había sido una elección, quizá nunca había podido serlo. Tal vez es cierto eso que dicen que hay una persona destinada a estar contigo y, en mi caso, el jodido destino había metido la pata y no había coordinado bien nuestras fichas. Fuera como fuese, el resultado final era el mismo.

Cande estaba con Barver y no conmigo.

Ella había sido clara y no me había engañado, me había contado el motivo de ese viaje imprevisto y me había pedido ayuda sin recurrir a ningún subterfugio. Eso formaba parte del problema: al menos según mi hermana y mi cuñado, si Cande me utilizase o me mintiese, me resultaría mucho más fácil odiarla y cambiar de opinión sobre ella. Cambiar mis sentimientos. Tal vez tengan razón.

Era extraño, rozaba la frontera de lo imposible, que yo hubiese pasado de estar encerrado en un laboratorio, dispuesto a mantenerme al margen de todo y de

todos, a tener el móvil lleno de fotos de bebés —de mi sobrina Valeria— y a enamorarme. Aunque después de lo de Marbella alguien insistió en que lo que me pasaba no era amor, prefería no pensar en eso. En esa persona, mejor dicho.

No soy idiota. De hecho, creo que mi supuesta inteligencia en estas situaciones es un estorbo. Tras la muerte de mi padre me encerré en mi laboratorio porque creía que encontrando esa cepa de la que él tanto me había hablado haría las paces con él y porque es mucho más fácil que nadie te recuerde que te has comportado como un cretino egoísta cuando colocas una puerta entre tú y el resto del mundo y nunca la abres. Tori mandó la carta a *Los chicos del calendario*, pero yo podría haberme negado a participar y habría encontrado la manera de que mi hermana melliza me perdonase. No lo hice, acepté porque incluso esa primera charla telefónica con Cande me hizo reaccionar. Y cuando llevas meses obsesionado con no hacerlo, que algo o alguien te sacuda te sorprende. Y si algo tenemos los científicos (o todos los humanos) es que, una vez alguien despierta nuestra curiosidad, nada puede detenernos. Tendría que haber adivinado que esto acabaría mal, incluso hay un jodido refrán al respecto: «La curiosidad mató al gato».

Los gatos y yo.

El gato seguía vivo en la caja, vivo y cabreado.

El motivo principal de mi cabreo era que todos me consideraban el bueno de esta historia. Por desgracia, y careciendo de cualquier fundamento objetivo, la bondad suele relacionarse con la estupidez. Todos daban por hecho que era inofensivo. Empezando por mi hermana Tori, siguiendo por Jimena y Cande, y terminando por Salvador Barver. De estos cuatro, tal vez, quien me tenía más respeto era Barver, lo que empeoraba mi ya mencionado mal humor.

En cuanto a Jimena, si pensaba en lo que había sucedido en Marbella y en la extraña conversación que habíamos tenido el día anterior a mi viaje a Estados Unidos, empezaban a sudarme las manos y a acelerárseme la respiración. Me sacaba de mis cabales.

Ella no entendía la situación, era comprensible que tras su experiencia en París desconfiase de las personas —ese desgraciado la había utilizado—, pero eso no justificaba que me atacase constantemente y que me hiciese esas preguntas. ¿Quién era ella para juzgarme? Yo bien podía cometer los mismos errores que

ella había cometido confiando en la persona equivocada y Cande no lo era —la persona equivocada, quiero decir—. Jimena no podía entender que entre un hombre y una mujer existiese esa amistad.

«No es cierto, yo no he dicho eso. Yo no he dicho que un hombre y una mujer no puedan ser amigos. Pueden serlo, pero solo si los dos quieren ser amigos. Si uno quiere algo más, no.»

Odiaba oír su voz en mi cabeza, aunque ya empezaba a acostumbrarme. No me había sucedido con nadie y daba por hecho que se debía a que, a lo largo de esas mañanas que habíamos corrido juntos por los campos de Haro e intercambiado frases —a menudo sin mucha relación la una con la otra, porque pasaba mucho rato entre ellas—, Jimena se había convertido en algo así como la voz macarra de mi conciencia. El diablo que esperaba sentado en mi hombro a que yo volviese a meter la pata para recordármelo.

Creía que habíamos superado lo de esa estúpida discusión de Marbella cuando me dijo que era lamentable que perdiese el tiempo con una chica enamorada de otro hombre y yo le dije que lo que de verdad era lamentable era que ella hubiese estado liada con un hombre casado.

Me abofeteó y me cerró la puerta de la habitación del hotel en las narices. Habíamos estado discutiendo en el pasillo y no me di cuenta hasta que una pareja pasó por detrás de mí y el señor carraspeó para hacerme saber de su presencia y su desaprobación. La mejilla me dolió un buen rato, pero a la mañana siguiente Jimena no lo mencionó y actuó con normalidad, aunque algo distante, quizá. Volvimos a Haro sin hablar del tema, ni tampoco de Cande ni de *Los chicos del calendario*, y yo me abstuve de sacarlos a colación en nuestras carreras matutinas. Lo cierto era que no pensaba en ello, esas semanas estaba muy ocupado preparando el traslado a Estados Unidos y ultimando los detalles referentes a mi nuevo trabajo. Todo iba bien entre nosotros, nuestra amistad era fácil y me gustaba empezar los días charlando con ella, esquivando su sarcasmo, fingiendo que no sonreía y devolviéndole comentarios casi sin pensar. Hasta que esa misma mañana le había dicho que me iba y que Cande venía conmigo. Fueron unas pocas frases, lo peor lo guardó en sus ojos y en el modo en que su cuerpo cambió de actitud.

«Eres un imbécil.»

Esa fue su única despedida.

El vuelo con Cande dormida a mi lado se me hizo eterno. ¿Tan tranquila estaba conmigo que ni siquiera podía mantenerse despierta? ¿Tan poco le importaba haberme llamado apenas unas horas antes para pedirme que la ayudase a salvar a su jodido novio que ni siquiera iba a darme una explicación? Yo no quería un jodido premio de consolación, pero esa ausencia de preocupación, de angustia, de todo, fue como tener una cerilla cerca de la piel durante ocho malditas horas. Primero no notaba nada, después una sensación algo incómoda y al final tenía una llaga.

No quería comportarme como un hijo de puta. No lo soy. Y fingir ser quien no eres no sirve nunca de nada. Quería ser yo y que ella...

«Ella no está enamorada de ti, Víctor, y en mi opinión tú tampoco lo estás de ella. Aunque no niego que crees estarlo y que probablemente esa chica sea la primera que te ha enseñado para qué sirve ese músculo que tenemos en el pecho, además de para bombear sangre.» La maldita voz de Jimena no descansaba. «Estás enamorado de una idea absurda y estúpida que has creado en tu maldito cerebro de genio porque has decidido que ahora te toca esto, estar enamorado y formar la pareja perfecta para después tener un bebé perfecto y ser un jodido autómatas toda la vida. Pero te olvidas de lo más importante: Cande no está enamorada de ti.» Odiaba a Jimena.

Yo no me obligaba a nada con Cande, ella me cambió la vida el día que se había presentado en Haro con su maleta y el concurso de *Los chicos del calendario* casi recién empezado. Y el sexo con ella era el mejor que había tenido nunca. El mejor.

¡Podíamos estar tan bien juntos! Estaba seguro de que funcionaríamos como pareja, tanto que me resultaba difícil entender que ella eligiese una relación complicada antes que la nuestra. Mi postura tal vez no fuera muy novelesca, pero, joder, la vida no es una novela, y si había decidido ser su amigo era porque no podía ser algo más.

Eso no me convertía en alguien inofensivo.

El beso que le di cuando llamé a la puerta de mi habitación tendría que habérselo dejado claro. Después de pasarme el vuelo entero dando mil vueltas a lo nuestro, a cómo habíamos llegado hasta allí, llegamos a Nueva York y ella me

trató como si creyera que yo iba a romperme si la oía llamar a Barver. Aquello me puso furioso. Si había tenido el valor de dejarme por él, bien podía llamarlo delante de mí para decirle que el avión había aterrizado. ¿O acaso ella quería tenerme en espera por si lo de Barver le salía mal?

Tendría que haberme controlado, ese beso solo sirvió para que mi humor empeorase y para aumentar mis ganas de acostarme con ella. Nunca he llevado bien la frustración, eso solía decirlo mi madre. Afirmaba que me gustaba la ciencia porque con ella podía controlar las circunstancias y no dejar de retorcer los datos hasta obtener el resultado que quería.

Sí, aquel beso fue un error, pero sirvió para que Cande volviese a ser consciente de que no quería ser solo su amigo. Yo no iba a hacer nada para seducirla, no quería que ella le fuese infiel a Barver y después se sintiese culpable. Tampoco estoy diciendo que hubiese podido conseguirlo. Quería... ¡joder!, quería ser su elección. Sin embargo, lo único que podía hacer de momento era esperar y estar a su lado.

La visita a la madre de Benjamín Prados fue, contra todo pronóstico, un éxito. Cande y yo nos fuimos de allí con una carpeta llena de documentos que más adelante sirvieron para que Barver pudiese recuperar el USB de Cande y el control de su negocio. Cuando abandonamos la casa de Melanie, la madre de Ben, y fuimos a la estación para volver a subirnos a un tren y volver a Manhattan, supe que esos papeles eran lo que Cande necesitaba, lo presenté, y me alegró haber formado parte de ese momento.

No estoy hecho para ser un capullo y alegrarme de los problemas de los demás, aunque estos pudiesen resultarme beneficiosos.

Mientras estábamos en el tren me llamó Chris, uno de mis amigos americanos. Lo había conocido en mi primer viaje allí, cuando los del laboratorio insistieron en mostrarme todas las ventajas de las que disfrutaría si aceptaba el trabajo. Chris y los demás sabían de mi llegada y que me había instalado en el piso de Kyle porque él volvía a estar de viaje. Me llamaba porque esa tarde jugaban otro partido de baloncesto y me invitaban a unirme a ellos y a tomar unas cervezas después.

—No sé si llegaré a tiempo a la cancha —le dije tras devolverle una de sus bromas. Esperaba que esta vez mi intervención en el partido no consistiera en

recibir puñetazos de unos niños que apenas habían alcanzado la pubertad—. Sabes perfectamente que esos chavales medían dos metros y pesaban cincuenta kilos más que yo. Nos vemos allí y esta vez a la primera ronda invitas tú.

En el apartamento, Cande volvió a encerrarse en su dormitorio durante unos minutos, supongo que para llamar a Barver sin herir mis sentimientos y cambiarse porque lo cierto es que salió con otra ropa, más ella. Se había vestido de un modo más formal para visitar a la ex señora Prados.

—Puedo quedarme aquí, si lo prefieres. —No me miraba a los ojos—. Si quieres ir solo, no me molesta. No tienes que distraerme, bastante has hecho esta semana...

—¿Quieres que vuelva a besarte como el otro día para ver si así dejas de decir tonterías? —Me acerqué a ella y le habría acariciado el rostro, pero me conformé con pasar la mano por la manga del jersey rojo que llevaba—. Quiero que vengas y conozcas a mis amigos. Le he prometido a Chris que hoy no me meteré en ninguna pelea y es más probable que cumpla mi promesa si me acompañas.

Parpadeó dos veces, las mejillas adquirieron el mismo color que la sudadera y soltó el aliento al mismo tiempo que levantó la vista para mirarme.

—Está bien. De acuerdo.

Me cambié y me puse ropa de deporte, metí en una bolsa un jersey y otra muda, porque ya había aprendido a ser previsor cuando quedaba con ese grupo de americanos. Eran divertidos y me habían recibido con los brazos abiertos, pero tendían a meterse en líos a pesar de que durante el horario laboral todos ocupaban puestos de responsabilidad en sus respectivos trabajos. Aún recordaba esa vez que acabamos todos empapados en Las Vegas.

Les encontramos en la cancha que yo había visitado meses atrás y les presenté a Cande nada más llegar mientras ellos aún calentaban para el partido. Todos conocían su historia, yo les había contado lo del Instabye y lo de su discurso sobre los hombres de nuestro país que se hizo viral en Youtube, y les parecía de lo más divertida aunque no tan sorprendente como a mí, pues allí lo de las celebridades de Youtube estaba al orden del día. Tal vez en España también lo estuviera, pero yo no lo sabía. Cande aguantó sus bromas con buen humor y mucha deportividad y les prometió que, si no encontraba ningún hombre que valiese la pena en España, visitaría Estados Unidos, aunque allí lo veía aún más

difícil, bromeó, y se los ganó en ese mismo instante.

El partido estuvo bien, perdimos dignamente contra un equipo de universitarios y todos nos escudamos detrás de la diferencia de edad. Lo cierto era que, aunque hubiésemos tenido la misma, también nos habrían machacado. y que si yo hubiera sabido qué iba a sucederme después los habría dejado que me golpeasen unas cuantas veces más.

Abandonamos las instalaciones deportivas de buen humor, la cancha pertenecía a unas instalaciones deportivas a las que Chris y los demás acudían con normalidad, y tras una ducha que nos había servido para convencernos de que la semana siguiente derrotaríamos a los universitarios, nos dirigimos al bar a celebrarlo. Había gente, sin estar a reventar, y nos sentamos alrededor de una mesa donde seguimos charlando.

Las endorfinas generadas por el deporte, las risas de los que empezaban a convertirse en buenos amigos y la extraña felicidad que me anudaba el estómago por haber pasado unos días con Cande me llevaron a trazar planes. Cande encajaba a la perfección allí, si Nueva York le gustaba tanto, San Francisco le iba a fascinar. Mis amigos nos presentarían a más gente y en cuestión de meses estaríamos muy bien instalados. Echaríamos de menos a nuestros amigos y a nuestras familias, eso por descontado, pero estaríamos juntos y por fin desaparecerían nuestros problemas.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó ella. Sujetaba una cerveza por el cuello de la botella y tenía los labios húmedos por el líquido—. Estás sonriendo.

Sonó una canción. Ese bar era la clase de local en la que había gente bailando y gente comiendo al mismo tiempo sin que a unos les importasen o molestasen los otros.

—¿Te apetece bailar? —De repente me pareció muy buena idea y no cambié de opinión cuando mis amigos se pusieron a silbar como si estuviéramos en el instituto.

Pensé que Cande iba a decirme que no y por eso le tendí la mano, para que le resultase más difícil rechazarme. La aceptó y caminamos hasta la zona donde había otra pareja balanceándose al ritmo que marcaba la voz de Dolly Parton.

Era un instante perfecto. Ella sonreía y se le aceleró el pulso. La música *country* no es la que habría elegido si me hubiese dispuesto a seducirla y, sin

embargo, no la habría cambiado por nada. Tenía una mano de Cande en la mía, la otra en mi hombro y me estaba diciendo lo bien que se lo había pasado viendo cómo perdíamos en la cancha.

No me habló de Barver ni de *Los chicos del calendario*. No hablamos de nosotros ni de si yo iba a quedarme a vivir para siempre en Estados Unidos o solo una temporada. No nos preocupamos de nada excepto de lo bien que estábamos juntos.

La canción terminó, no intenté besarla, ni siquiera se me pasó por la cabeza. Vale, tal vez sí que se me pasó por la cabeza, pero lo descarté porque ese baile que habíamos compartido no trataba de eso. Esos dos minutos nos habían permitido recordarnos lo bien que nos sentíamos cuando éramos nosotros dos. Volvimos a la mesa, Cande saludó igual que si hubiésemos terminado un espectáculo, porque los brutos de mis supuestos amigos nos aplaudieron. Para hacerles callar, y porque quería pensar qué quería hacer a continuación y para eso necesitaba estar solo, me ofrecí a acercarme a la barra y pedir cervezas para todos y otra ronda de alitas y nachos o lo que fuera que estuviéramos comiendo. No me había fijado.

Entonces la vi.

Si hubiese tardado dos segundos más en alejarme de la mesa o si hubiese girado la cabeza hacia el televisor que colgaba de la pared del fondo o si hubiese parpadeado más de la cuenta, no la habría visto.

—¿Jimena? —pronuncié su nombre bajito convencido de que, en cuanto las sílabas saliesen de mi boca, la imagen de ella se esfumaría.

No lo hizo, nuestras miradas se encontraron y la suya me esquivó hasta detenerse en la mesa que había detrás de mí. Después, se dio la vuelta y salió del bar.

Y yo corrí tras ella.

12

Víctor,

Las casualidades no existen

Llovía.

Cande me explicó hace tiempo que en este tipo de escenas siempre llueve, pero mi vida no era una jodida película y la lluvia solo sirvió para que tuviese que pasarme las manos por la cara y sacudirme las gotas del rostro y de la barba.

—¡Jimena!

Ella no se detuvo y yo tendría que haber dejado que se fuera. En aquel momento ni siquiera estaba seguro de que fuese ella de verdad. En el bar no había tanta luz y ella solo había estado allí de pie plantada un instante.

Un repartidor en bici se subió a la acera y me pasó por delante. Había un semáforo en la esquina, si tenía algo de suerte se pondría rojo y esa chica tendría que pararse. Entonces me disculparía por haberla confundido con otra y me alejaría de allí empapado y avergonzado de mí mismo.

—¡Jimena!

Corrió y, joder, tenía las mismas piernas que Jimena, y el semáforo cambió de color. Ella intentó pasar, dudó, puso un pie en la calle y tuve el tiempo justo de sujetarla por la parte superior del brazo e impedir que un taxi se la llevase por delante.

—¿¡Qué coño estás haciendo!?! —Era ella. Sus ojos me habían maldecido unas mil veces en esos dos segundos que llevábamos el uno frente al otro.

—¡Suéltame, imbécil! —Le faltó darme una patada o un puñetazo allí mismo—. ¡Suéltame o empiezo a pedir ayuda a gritos hasta que te arresten!

—No te atreverás. —Vi que tomaba aire—. ¡Acabo de salvarte la vida!

Entrecerró los ojos, un mechón de pelo negro se le había pegado en la frente y le cruzaba por la nariz, aunque ella lo ignoraba y no se comportaba como si una

tormenta estuviese descargando sobre nosotros.

—Suéltame, Víctor.

—Si te suelto, ¿volverás al bar conmigo?

Veía cómo ella miraba el tráfico y el semáforo por el rabillo del ojo y no me fiaba de que fuera a quedarse.

—No pienso volver a entrar allí. Una cosa es que tú seas un idiota que está dispuesto a destrozarse la vida y otra que yo tenga que verlo.

—Pues hablaremos aquí. —Pasé por alto ese comentario acerca de mi idiotez y tiré de ella hasta que los dos quedamos bajo la protección de un edificio. El portal del primer piso evitaba que la lluvia siguiera empapándonos y no corríamos el riesgo de que nos atropellase un ciclista ni de molestar al resto de viandantes—. ¿Qué estabas haciendo en ese bar? Y no me digas que pasabas por aquí de casualidad. Las casualidades...

—No existen. Lo sé. Es una historia muy larga y ahora completamente ridícula y sin sentido.

—Cuéntamela.

—No, es absurda.

—¿Qué hacías en ese bar? ¿Me estabas buscando? ¿Cómo sabías que estaba allí?

Tiró del brazo, que yo seguía sujetándole, aunque mis dedos se habían aflojado y habían decidido frotarlo despacio y hacerla entrar en calor. Sentía cómo temblaba.

—Te estaba buscando. Suena a acoso, pero realmente es estupidez. Una gran estupidez. Fui a tu apartamento, me diste la dirección la última vez que estuviste aquí, y el portero de tu edificio me dijo dónde podía encontrarte.

La miro confuso, cuando Cande y yo nos hemos ido le he comentado al portero cuáles eran nuestros planes sin pensarlo dos veces. Eso explica que Jimena haya aparecido en el bar, pero no qué está haciendo en la ciudad.

—Si tanto te molesta que alguien pueda dar contigo, deberías dejarle claro a ese señor que no dé información sobre ti a desconocidos solo porque preguntan por ti.

Ella vuelve a fijarse en el tráfico.

—¿Qué estás haciendo en Nueva York, Jimena?

—Ya te lo he dicho, es una historia ridícula que no tiene importancia.

—¿Has venido por mí?

Giró la cabeza tan rápido hacia la mía que el pelo mojado se sacudió en el aire.

—No. No. Tengo que irme, Víctor. Llevo aquí demasiado.

Me sentí igual que cuando me operaron del apéndice de adolescente y me desperté de la anestesia. Quería reaccionar, recordar algo, decir algo, pero no sabía qué ni cómo. Estaba metido en medio de una neblina de ideas sin sentido y cuanto más intentaba salir de ahí más me enredaba en la confusión.

—¿Adónde tienes que irte? ¿Por qué querías verme?

Durante un minuto creí que Jimena no iba a contestarme o que lo haría con otra de esas frases que yo no conseguía descifrar. Tensé las piernas, no descarté la posibilidad de que ella se metiese corriendo dentro de un taxi y yo tuviese que seguirla. Ladeó la cabeza hacia la calle, tenía la mirada fija en el tráfico, aunque habría jurado que su mente estaba lejos de allí. Respiró profundamente y entonces supe que no iba a dejarme allí plantado sin una respuesta.

—Vas a quedarte a vivir aquí un tiempo y hace unos días, cuando te fuiste de Haro, discutimos. No quería dejar las cosas así entre los dos.

—¿Y has venido hasta aquí por eso?

—No. —Se apartó el pelo mojado de la cara—. Hace tiempo que un restaurante de la ciudad quiere contratarme como pastelera, les he ido dando largas, pero al final he accedido a una entrevista.

—¿Vas a trabajar aquí en Nueva York? No me habías dicho nada. —Me dolió reconocérselo.

—Dudo mucho que acepte el trabajo o que vayan a ofrecérmelo y no te lo había dicho porque... —suspiró—, ya no tiene importancia. Será mejor que me vaya. Me están esperando.

—¿Por qué has dicho que soy un idiota que está dispuesto a destrozarse la vida?

Entrecruzó los brazos abrigándose. Estaba pálida y tenía las ojeras marcadas y los labios azulados.

—Te he visto bailar con Cande, Víctor. —Esta vez me tensé por un motivo distinto al de evitar la huida de Jimena—. Esa chica no está enamorada de ti y acabará haciéndote daño.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé, y lo peor de todo es que tú también.

—¿A esto has venido?

—Si hubiera sabido que Cande estaba aquí contigo ni me habría acercado. Ya te he dicho que no quiero interpretar ningún papel en tu jodido desastre.

—¿Mi jodido desastre? —Me empezó a hervir la sangre a pesar del frío de la lluvia—. Creía que eras mi amiga y que te alegrarías de que las cosas me fueran bien.

—Pues entonces será que no soy tu amiga, Víctor. —Reculé, las palabras me abofetearon—. Ha dejado de llover con tanta fuerza, voy a ver si encuentro un taxi. Adiós.

Caminó hasta la esquina con las manos en los bolsillos del abrigo y alargó el cuello buscando un vehículo amarillo.

—Espera un momento, Jimena. —Salí de debajo del balcón y me acerqué a ella, aunque noté que en realidad ella ya estaba muy lejos de allí y de mí—. ¿Dónde estás hospedada, qué vas a hacer estos días?

—Déjalo, Víctor. Mira, ya viene un taxi. —Levantó una mano para pedirle que se detuviera. Abrió la puerta y me miró—. ¿Sabes por qué crees que estás enamorado de esa chica, de Cande?

—No solo lo creo.

Asintió y metió la cabeza dentro del coche para decirle algo al conductor que no llegué a oír.

—Es muy fácil enamorarse de alguien cuando en el fondo de tu corazón sabes que esa persona jamás te corresponderá. Parece una estupidez, y lo cierto es que lo es, pero es muy poco arriesgado. Te convences de que quieres a esa persona a pesar de que sabes que él o ella no te quiere a ti y así, en realidad, no llegas a fracasar nunca. Nunca tienes que arriesgarte de verdad. Y pase lo que pase es culpa del otro, nunca tuya. Y cuando meses o años más tarde comprendes que sí, que era culpa tuya por tener una venda en los ojos y por huir de las oportunidades de verdad porque tenías miedo, decides cambiar.

—¿De qué coño estás hablando Jimena?

—Adiós, Víctor. —Se puso de puntillas, sujetó mi camiseta como si yo pudiera retenerla en la tierra si esa tormenta intentara llevársela y me dio un beso

en los labios. Los suyos estaban muy fríos y mojados y fue como si me electrocutasen.

No me soltó, aunque estoy seguro de que si yo hubiese intentado apartarme, habría aflojado los dedos y habría dejado que lo hiciera. Jimena. Tardé un segundo en reaccionar, tenía a Cande tan metida en mi cabeza que no me había planteado qué sucedería si besaba a otra mujer. Tenía que dar un paso hacia atrás y sin embargo mis pies dieron uno hacia delante y las gotas de lluvia que caían implacables pasaron a ser lo único capaz de meterse entre Jimena y yo. Nueva York estaba a media luz, los rayos y los truenos caían a nuestro alrededor y me di cuenta de que nunca nadie me había besado como Jimena y que algo dentro de mí se rompía, igual que una cuerda que se ha tensado demasiado. No pude comprender qué estaba pasando, no entendía nada más allá de ese beso, de las manos de ella apretándose en mi camiseta y de mis dedos hundiéndose en su pelo. Jimena dijo algo, no la oí bajo la lluvia, y retrocedió mirándome a los ojos. Yo no dije nada, mi cerebro retronaba mucho más que el cielo y Jimena se metió en el coche.

El taxi se alejó, me salpicó al ponerse en marcha, y volví al bar más confuso de lo que me había ido y sin poder dejar de pasarme la lengua por el labio. ¿Qué había sido eso? Con Jimena nada tenía nunca sentido, ¿qué había ido a hacer a Nueva York? ¿Qué pasaba entre ella y yo? ¿Éramos amigos, conocidos, extraños que corrían juntos por las mañanas y se metían en la cabeza del otro sin avisar?

Habían bajado la intensidad de la luz en el interior del local y al entrar lo primero que vi es que Cande estaba bailando con Chris. Se la veía contenta, como si hubiese decidido aparcar sus preocupaciones, y era evidente que no sentía nada por el chico que la hacía girar por la pequeña pista de baile. ¿Había tenido esa misma expresión al bailar conmigo? Chris le hizo un gesto para indicarle que yo había llegado y los dos se acercaron.

—Estás empapado —dijo Cande—. Tendrías que ir al baño y secarte un poco con el secador de manos o una toalla, lo que sea que tengan.

—Tengo otro jersey en la bolsa de deporte.

—¿Por qué has salido así, tío? —me preguntó Chris.

—He creído ver a alguien que conozco —contesté.

—Era Jimena, ¿no? A mí también me ha parecido verla. No he salido a

buscarte porque no estaba segura de que lo fuese y si lo era, no quería interrumpir.

—No era ella.

Mentí porque estaba harto de pensar, de la lluvia, del cosquilleo que parecía haberse instalado en mi labio inferior y de las preguntas que me golpeaban la mente igual que un martillo. Si Barver hubiese aparecido de repente y Cande hubiese salido tras él, yo no me tragaría una mentira de medio pelo como la que yo acababa de decirle. Y, joder, ¿por qué coño le había mentado? Yo no tenía nada que ocultar. Nada en absoluto.

—Voy al baño a secarme un poco. —Me aparté de ellos y fui a por la bolsa de deporte. En los servicios había uno de esos secadores de manos que hacen más ruido que otra cosa, pero conseguí secarme un poco y me cambié el jersey.

Cuando volví a reunirme con el resto del grupo, le pedí un whisky doble a la camarera que me lo sirvió con una sonrisa y una clara invitación. No estaba siendo engreído, sencillamente fue así. Si hubiese querido, habría podido salir de allí con esa despampanante pelirroja colgada del brazo. Observé a Cande por el rabillo del ojo mientras la camarera flirteaba conmigo y ni siquiera nos estaba mirando.

¿Qué coño estaba haciendo? ¿En eso me había convertido?

Nos quedamos en el bar con mis amigos durante un par de horas, comimos y yo seguí bebiendo, no demasiado, pero sí más de lo que era habitual en mí. Al irnos mi mal humor era más que evidente, aun así, Chris y los demás siguieron ignorándolo y se despidieron con palmadas en la espalda y abrazando a Cande, deseándole mucha suerte en su vuelta a casa.

—Estás enfadado.

—Sí.

—Esa chica sí que era Jimena.

—Lo era. No quiero hablar de ello.

—¿Por qué?

Me detuve en medio de la calle, no había vuelto a llover, la acera estaba encharcada y los coches brillaban bajo la luz de las farolas gracias a las gotas que todavía los cubrían.

—Porque no. Porque no quiero pensar. Estoy harto. Harto.

Cande me miró y vio demasiado.

—Ha sido un error venir aquí contigo. No tendría que haberte llamado.

No había mentido, estaba exhausto de hablar de eso, de analizar nuestra jodida relación, de tener que añadir factores —básicamente las apariciones de Barver— y de tener que ceder y ceder una vez tras otra.

—Pues tal vez sí, Cande. Tal vez tendrías que dejar de recurrir a mí cada vez que necesitas ayuda y tal vez tendrías que decidirte de una jodida vez.

Mi lenguaje no le gustó, arrugó la frente y desvió la mirada para volver a fijarla en la mía completamente enfadada.

—Has bebido y estás cansado, será mejor que vayamos a dormir. Mañana será otro día.

—Sí, mañana será otro día. Tú te largarás a España a ayudar a tu querido chico de enero y yo me quedaré aquí trabajando y pensando en ti como un imbécil.

—Vamos a casa, Víctor.

—Vamos. —Reanudé la marcha—. Cualquier cosa antes que hablar abiertamente de lo que está pasando.

Caminamos furiosos en silencio y a medio metro de distancia el uno del otro. Menos mal que el portero no estaba en la recepción del edificio cuando llegamos, porque probablemente me habría desahogado con él. Casi conseguí meterme en la cama sin hacer nada más. Me dije que esa última discusión había sido culpa de Cande. Lo cierto es que habríamos discutido de todas formas. Las palabras llevaban demasiado tiempo encerradas, envenenándose.

—Yo estoy dispuesta a hablar de lo que está pasando. Eres tú el que siempre insiste en que está bien y en que no debo preocuparme por estar utilizándote.

Estaba en la puerta de mi habitación, habría podido entrar, cerrar y al día siguiente pedir perdón por mi ataque de mal humor. En vez de eso, me di media la vuelta y me acerqué a ella. La sujeté por los brazos y la besé furioso. Ella me devolvió el beso durante unos segundos y después me apartó y me miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué estás haciendo, Víctor?

—Lo que quiero. Estoy harto de comportarme como el bueno y el comprensivo de esta historia. Harto. Si quieres estar conmigo, genial, estoy dispuesto a seguir ayudando a Barver. No soy un hijo de puta. Pero si no estás

conmigo, Cande, déjame en paz. Sal de mi vida.

—Pero, Víctor, yo...

—¡No! No quiero que me digas que me quieres como amigo o que soy muy importante para ti y no quieres perderme. No lo soporto. Todo este ir y venir tuyo me está convirtiendo en alguien que no soporto, en una persona insegura y que es capaz de engañarse, de ver cosas donde no las hay. Así que dímelo de una vez, ¿quieres estar conmigo o con Barver?

Ella se secó una lágrima y en mi mente apareció la imagen de Jimena parada frente a mí unas horas atrás con los ojos brillantes.

—Quiero estar con Salvador. Estoy con Salvador, pero...

—No. —Levanté una mano para detenerla otra vez—. Basta. Tienes tus papeles, mañana puedes ir sola al aeropuerto, o si hace falta te ayudaré a llamar a un taxi, pero tú y yo hemos terminado. No quiero volver a verte nunca, Cande.

14

Víctor

(Sé que tocaría el capítulo 13, pero creo que Víctor se merece saltarse este número que da mala suerte, aunque él lo negará y me dirá que es una superstición absurda)

Hay personas de las que no puedes despedirte

No volví a ver a Cande hasta que voluntariamente fui yo en su busca a Trevejo.

Aguanté la visita de Ricardo Barver. Fingí que su teoría era cierta, que Cande y yo éramos pareja, y mientras lo hacía, comprendí que, aunque la había echado de mi vida, no había conseguido echarla del todo de mi corazón. Seguía pensando en ella y, si bien ya no dolía tanto, seguía dejándome confuso. También pensaba en otras cosas, en qué habría podido pasar si aquel día no hubiésemos ido con mis amigos o si Jimena no se hubiese presentado en el bar o si le hubiese dicho antes a Cande que no podía seguir así.

Nunca lo sabría.

Lo que sí sabía era que no iba a hacer nada para perjudicar a Cande ni para boicotear su relación con Barver, jamás había querido que ella estuviese conmigo como premio de consolación, así que organicé las cosas en el laboratorio y volé a España, a La Rioja.

Primero quería ver a mi hermana y a mi sobrina, las llamadas y *facetimes* no eran lo mismo y tenía ganas de abrazar a la pequeña Valentina y comprobar que al menos ella seguía existiendo tal y como me la imaginaba. También quería ver a Jimena. Había intentado llamarla desde aquel día que se metió en ese taxi bajo la lluvia y no conseguía dar con ella. Entendía que no me contestase y no me devolviese la llamada, pero eso no significaba que fuese a dejar de intentarlo. Cuando me viese en su pastelería no podría echarme, no le gustaba causar

escándalos y, si a pesar de todo me echaba de allí, siempre me quedaba la posibilidad de salir a correr cada mañana e intentar mantener su ritmo hasta que me dirigiese la palabra.

Necesitaba hacer las paces con ella.

A lo largo de esas semanas de silencio, que Jimena me perdonara y que volviéramos a ser amigos se convirtió en algo verdaderamente importante para mí. Empezó como algo pequeño, como un susurro que aparecía de vez en cuando en el fondo de mi mente, pero fue en aumento hasta convertirse en una voz a gritos. En el tiempo que hacía que nos conocíamos, ella nunca se había mantenido enfadada durante mucho tiempo. Esta vez no sería distinto, conseguiría que me perdonase a pesar de que seguía sin saber qué había hecho para que se enfadase, y nuestra relación volvería a ser como antes.

Tori vino a buscarme al aeropuerto.

—¡Hola, hermanito! —Se lanzó a mis brazos en cuanto crucé la puerta automática de llegadas.

—Hola.

—Me alegro tanto de que estés aquí. Tienes que replantearte esto de vivir tan lejos.

—Yo también me alegro —suspiré y no me atreví a decirle nada más porque apenas lograba entender lo que estaba pasando por mi cabeza y mi hermana tiene el extraño y enervante poder de extraer toda clase de información solo a partir del tono de voz con el que pronuncio ciertas palabras.

Estar con Tori, mi cuñado y la niña fue todo un bálsamo. No había sido consciente de lo mucho que lo había necesitado hasta que lo tuve; y, a medida que pasaba las horas con ellos, me iba sintiendo más yo mismo.

«¿No te has planteado nunca que lo de este trabajo en Estados Unidos es lo mismo que hiciste cuando te encerraste en tu laboratorio tras la muerte de tu padre?»

La dichosa voz de Jimena reapareció. Esa conversación me había ofendido mucho en su momento y me había obligado a olvidarla. En las últimas semanas las había recordado todas.

Me levanté del sofá donde estaba después de haber comido con mi familia y de haber jugado con Valeria.

—Creo que saldré un rato —les anuncié.

—¿Adónde vas? Puedes utilizar el coche, si quieres —ofreció Tori—. Nosotros no vamos a necesitarlo.

—Gracias, solo quiero pasear.

Tori no insistió, una de las ventajas de tener una hermana melliza era esta, sabía que no iba a decirle nada más y que necesitaba estar solo. Me abrigué y me puse las botas, las había dejado en casa, pues dudaba que en San Francisco me fuesen útiles, por allí no andaba recorriendo viñas.

Caminé hasta el pueblo, sentí añoranza del paisaje y al mismo tiempo comprendí que seguía sin encajar allí. Había nacido en esa tierra y la llevaba metida dentro, pero no era como Tori. Mi momento todavía no había llegado. Llegué a Haro con la intención de acercarme a la pastelería de Jimena. Aunque fuese tarde y estuviera cerrada, ella vivía encima. Podíamos hablar y salir a correr al día siguiente, le contaría lo del padre de Barver y ella me reñiría por ser un idiota y estar dispuesto a ayudar a Cande otra vez.

El edificio estaba muy oscuro, demasiado. Aceleré el paso y, cuando llegué, mis ojos se clavaron en el cartel que anunciaba que el local y el primer piso estaban en venta o alquiler. Pasaron dos señoras por mi lado y me saludaron, estaba acostumbrado, me parecía mucho a mi padre y a mi hermana, y siempre devolvía el saludo.

—Disculpen, ¿saben dónde está Jimena?

A las señoras les sorprendió que les hablase. Tenía reputación de ermitaño o antisocial, la descripción variaba según la persona. Se detuvieron y se miraron la una a la otra antes de contestarme. Probablemente se preguntaron qué mosca me había picado para convertirme en un conversador de repente.

—¿La chica de la pastelería?

—Sí.

¿Cuánta información más necesitaban? Era una pregunta sencilla.

—Nadie lo sabe —contestó la que hasta el momento no había dicho nada—. Volvió de un viaje, cerró las puertas de la pastelería y al día siguiente el cartel ya estaba colgado.

—¿Nadie sabe dónde está?

—Tal vez lo sepan en la inmobiliaria —apuntó la primera—, aunque lo dudo.

El otro día vi a Maite y comentó muy discretamente que la chica, Jimena, se había olvidado de darle la dirección de su nuevo paradero y no sabía dónde mandarle lo que se había olvidado.

—¿No está en el pueblo? ¿Se ha ido? ¿Qué se ha olvidado?

Las mujeres intercambiaron otra mirada. Por un lado, estaban confusas y, por otro, estaban entusiasmadas, lo que estaba pasando les daría material para chismorrear durante meses.

—Nadie sabe adónde ha ido, pero en Haro no está, y es una lástima, la semana que viene es el cumpleaños de mi sobrina y le encantaba el pastel de chocolate de esa chica. Ahora voy a tener que ir a...

—¿Qué se ha olvidado?

Arrugaron las cejas molestas por mi falta de interés por el cumpleaños de esa sobrina y mi mala educación.

—Trastos. No lo sabemos. Maite tenía prisa y no nos lo contó.

—¿Maite?

—La de la inmobiliaria.

—Claro, sí. Disculpen. Muchas gracias. Buenas noches —me despedí corriendo. Si me daba prisa, tal vez lograra encontrar la inmobiliaria abierta.

La inmobiliaria estaba abierta, pero Maite se negó a darme los objetos que se había olvidado Jimena. Se negó a decirme qué eran. Mi estado no debió de ayudarme demasiado; ella no dejaba de preguntarme por qué los quería y yo no paraba de responder «porque sí». Muy argumentado. Al final, y porque quería echarme de allí, llegamos a un acuerdo.

—Si Jimena se pone en contacto conmigo, se lo preguntaré —sugirió—. Le diré que te has ofrecido a guardar sus cosas, y si ella accede te llamaré y podrás llevártelas.

—De acuerdo. —Sabía que no conseguiría nada mejor—. Y dígame, por favor, que se ponga en contacto conmigo.

—Lo haré. Buenas noches, Víctor.

Ni siquiera conseguí que me diese el número de teléfono que ella tenía de Jimena para poder comprobar si era el mismo que tenía yo. Le di las buenas noches y volví a casa con la esperanza de que Tori pudiese serme de más ayuda.

—No tengo ni idea de dónde puede estar Jimena, Víctor, lo siento.

Mi hermana no sabía nada.

—¿Cómo es posible que nadie sepa dónde se ha metido? —Paseé de un lado al otro de la habitación de mi sobrina mientras mi hermana le ponía el pijama. Nunca me acostumbraría a tantos unicornios juntos.

—¿Por qué íbamos a saberlo? Jimena llegó a Haro de la noche a la mañana y se ha ido del mismo modo. ¿Qué te pasa? ¿Desde cuándo te preocupas tanto por Jimena?

Cometí mi primer error.

—No me preocupo tanto. Discutimos la última vez que nos vimos y quería comprobar si las aguas habían vuelto a su cauce.

—¿Discutiste con Jimena? ¿Por qué? —Le abrochó el último botón a Valeria y me la pasó como quien entrega un paquete. Me abrumaba lo mucho que mi hermana confiaba en mí —. Ya es mayor, no tienes que sufrir tanto, no va a romperse. Además, es dura como una roca, se parece a ti.

—Pero qué tonterías dice tu madre, no le hagas caso, Val. No te pareces a mí en nada. —La niña me sonrió un segundo, aunque arrugó las cejas y pensé que tal vez ella también estaba enfadada conmigo.

Parezco incapaz de llevarme bien con ninguna de las mujeres de mi vida.

—Cuéntame qué ha pasado con Jimena. Si se ha ido del pueblo por tu culpa, me lo debes. ¿Cómo voy a vivir sin sus cruasanes? Son mi placer más culpable. Son pura tentación, orgásmicos.

—Procura que tu marido no te oiga decir eso.

—¿Por qué? No he dicho nada malo. Además, Carlos es mucho más orgásmico que esos cruasanes, créeme. La otra noche, sin ir más lejos...

—¡Para, para, para! Está bien, te contaré lo de Jimena.

—Así me gusta.

—Tu madre está loca, Val. Tranquila, cuando controles todas las funciones fisiológicas del cuerpo, te adoptaré.

—Pues la otra noche estábamos en la cama y pensé que en la nevera quedaba algo de helado y me dije, Tori, tendrías que...

—¡Para! Ya empiezo. ¿Te acuerdas de que acompañé a Jimena a Marbella para eso de la subasta de pasteles?

—Me acuerdo, creía que había algo entre vosotros, pero cuando volviste me hablaste otra vez de Cande y...

—Para un momento, ¿a qué ha venido esa cara? Y ¿cómo que creías que había algo entre yo y Jimena?

—Es increíble que seas tan listo para unas cosas y tan bruto e idiota para otras. Cande me cae bien, me gusta, es una buena chica y lo que le hizo ese tío en diciembre del año pasado no se lo merece nadie.

—Pero...

—Pero no os veo bien juntos. Ya está, ya lo he dicho.

—¿Cómo que no nos ves bien? Cande es perfecta para mí, me ayudó mucho en marzo. Creía que te gustaba.

—Y me gusta y, sí, en marzo consiguió que dejases de comportarte como un capullo, perdón —miró a la niña y se sonrojó un poco—, como un autómatas sin corazón, pero han pasado ocho meses desde entonces y ¿dónde ha quedado vuestra relación?

—Es complicado.

—¡Ja! Complicado es sobrevivir a la terrorista que sujetas en brazos o, no sé, construir una máquina del tiempo o no perder un calcetín en la lavadora. Estar con la persona que quieres no es complicado si los dos queréis lo mismo.

—Sus circunstancias laborales no son las mejores para iniciar una relación en este momento.

—La estás justificando, Víctor. No me mires así, no estoy atacando a Cande, entiendo que haga lo que está haciendo, pero eres mi hermano y te quiero y me gustaría que la chica que elijas también te elija a ti, que busque la manera de estar contigo, que te coloque en lo más alto de su lista de prioridades porque es lo que te mereces. Y no me hagas seguir hablando de esto, porque me pondré a llorar y te abrazaré y te besaré como cuando éramos pequeños.

Me costó unos segundos encontrar la voz.

—La prioridad de una mujer no tiene que ser su pareja.

—Y tampoco otro hombre. —Me abrazó antes de que yo pudiera reaccionar—. Lo siento, Víctor. No quería decir eso.

—Bueno, pero lo has dicho. Siempre hemos sido sinceros el uno con el otro.

—Y no es solo Cande, también estás tú.

—¿Qué quieres decir? Me temo que no te entiendo.

—Sales a correr con Jimena.

—Somos vecinos, empezamos por casualidad.

—No la miras ni hablas de ella como si fuera una casualidad.

—¿Y cómo la miro?

—Completamente confuso.

Era así como me sentía cuando estaba con Jimena. No creía que de eso pudiera deducirse que me sintiera atraído por ella o que estuviera desarrollando otra clase de sentimientos hacia su persona. Yo no era de esa clase de hombres, una vez me decidía no cambiaba de opinión solo porque las cosas se complicasen.

—Jimena cree que soy un idiota por estar dispuesto a esperar a Cande.

—¿Y tú qué crees?

—No creo que estar enamorado me convierta en idiota.

—Tal vez no estás enamorado.

Me levanté de la butaca donde estaba sentado con Valeria en brazos y le pasé la niña a su madre.

—Estoy harto de que todos cuestionéis mis sentimientos. Estoy enamorado de Cande, dejad de cuestionarlo de una vez, joder. El problema es que ella dice que no lo está de mí. Dejémoslo ya, ¿vale? Yo nunca te he dicho que no parece estar enamorada de tu marido y mira que el chico se las trae.

Suspiró y me miró con cara de lástima, y yo tuve ganas de estrangular a mi única hermana.

—Analizas demasiado las cosas, Víctor. El día que dejes de hacerlo, lo entenderás.

—¿Y por qué iba a dejar de hacerlo? Es absurdo.

—Dejarás de hacerlo porque un día llegará alguien que te demostrará que no tienes más remedio que rendirte.

—Eso no tiene ningún sentido. Y si lo tuviera, ese alguien es Cande. Me sacó del laboratorio, me ayudó a hacer las paces contigo y conmigo sobre lo de papá, ¿qué más quieres?

—Cande es genial, estoy segura de que siempre será una gran amiga y, si de verdad estáis destinados a ser algo más, me alegraré muchísimo por ti, Víctor. Pero te equivocas en algo.

—¿En qué?

—Estar enamorado sí te convierte en idiota. Y vale mucho la pena. Vamos, tenemos que dar de comer a Valeria.

A la mañana siguiente averigüé dónde estaba exactamente Cande y me dirigí hacia allí. Hablaría con ella, le contaría lo del padre de Barver, y... mierda. Y volvería a Estados Unidos. Estaba hecho un jodido lío. La conversación con Tori solo sirvió para dejarme más confuso. Esa noche llamé a Jimena diez veces, diez. Me puse furioso conmigo mismo. Me estaba comportando como un desquiciado y tenía que parar. ¿Por qué no me contestaba ni me devolvía las llamadas? Me había resistido a dejarle un mensaje, cada vez que sonaba la maldita señal me entraban ganas de estrangular el aparato hasta romper el plástico entre los dedos.

Apenas dormí, vi pasar las horas mientras la última discusión con Cande se reproducía en mi mente acompañada por los comentarios en *off* de Jimena. Abandoné la cama enfadado, preparé el equipaje y tras el desayuno le dije a Tori que, en cuanto pusiera a Cande al corriente de lo de Barver, volvería a Estados Unidos.

—No sé cuándo volveré por aquí.

—Te echaremos de menos. Tienes que hacer lo que creas que es mejor para ti, lo entiendo, pero si en Navidad no pasas aquí unos días, invadiremos San Francisco, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Tal vez podríais venir vosotros, estoy seguro de que San Francisco está precioso por esas fechas.

—La ciudad es lo que menos nos importa.

—Una cosa más, Tori... —No sabía cómo decírselo, ella me leyó la mente y me ahorró el trabajo.

—Si sé algo de Jimena, te llamaré.

—Cierro paréntesis—

15

Un chico del calendario siempre recuerda

No he dormido demasiado bien, aunque teniendo en cuenta que Víctor se presentó anoche sin avisar y que me dijo que el padre de Salvador le había sobornado para que lo ayudase a destruirnos —perdonad el dramatismo— es un milagro que haya pegado ojo más de diez minutos.

Pongo los pies en el suelo, la alfombra no consigue parar el frío y me froto los brazos. Tiro de la manta, tengo una chaqueta por algún lado, creo, pero la manta me va estupendamente. Meto los pies en las zapatillas y salgo del dormitorio. Quizá todo ha sido un sueño, no sería ni la primera vez ni la última que sueño cosas así. ¿Qué cené anoche? Mi madre dice que, si cenas fuerte, tus sueños son más peculiares que si comes de pobre. En serio, es casi un milagro que ahora mismo esté citando a mi madre cuando a duras penas puedo coordinar los pies y no caerme por la escalera.

—Buenos días. —Julián me saluda desde el sofá que hay frente la chimenea. Queda un poco de brasa y él se sujeta la cabeza entre las manos.

—Vaya, vas vestido como ayer. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Necesito que me ayudes a resolver un misterio.

—No, no estoy bien. —Se frota la cara—. ¿Qué misterio?

—No sé si he soñado algo o ha sucedido de verdad. ¿Ayer por la noche vino un chico a verme?

Julián vuelve a frotarse el rostro y esta vez sigue hasta llegar al pelo y tira de unos mechones. Tiene muy mal aspecto.

—Ojalá lo de anoche hubiese existido solo en tu imaginación. Vino un chico, Víctor se llama. Me lo presentaste antes de que me fuera a casa de Ilu.

—Joder.

—Sí, es una buena palabra. Yo opino lo mismo.

—Lo siento, Julián, disculpa. Es que no esperaba que Víctor apareciera.

—No te preocupes. Yo tampoco esperaba nada de lo que pasó anoche.

—Deja de hablar en clave, aún no me he tomado un café. —Vuelvo a observarle—. Tienes muy mal aspecto. Mierda, lo siento —añado con torpeza—. Lo siento. Antes lo he pensado y no lo he dicho, y en cambio ahora...

—Ahora te ha salido tal cual. Da igual. Sé que tengo un aspecto de mierda. Estoy hecho una mierda, Cande.

—¿Quieres contarme por qué? No por el concurso de los chicos del calendario. Solo si te apetece o si crees que puede servirte de algo, claro.

—Fui a ver a Ilu. Hablamos. Nos peleamos. Nos acostamos. —Traga saliva—. Y esta mañana ha vuelto a echarme de su casa.

—¿Sin más?

—Bueno, ha dejado que me vistiera —contesta sarcástico y dolido.

—Quiero decir si has dicho o hecho algo que...

—No que yo sepa.

—Piensa.

—Lo estoy intentando, es lo que estaba haciendo cuando has salido de tu habitación en plan dama del lago.

—Vamos, céntrate, rey Arturo, o tu chica se largará sin necesidad de que aparezca Lancelot.

—Ella ha sacado el tema del castillo, de lo que haría cuando lo vendiesen y yo —carraspea y se sonroja, en otro momento le haría una broma, ahora no le interrumpo y espero a que acabe— la he besado y le he dicho... Mierda. Soy un imbécil.

—¿Eso es lo que le has dicho?

—No. —Se pone en pie—. Le he dicho que no perdiéramos el tiempo hablando de eso, que se dejase llevar y volviese a la cama, que aprovechásemos el momento sin más. Que ya tendría tiempo para pensar en lo que haría cuando se fuese del pueblo.

—Realmente puede malinterpretarse.

—Ilu tiene que saber que yo no quería decir eso, no quería insinuar que lo

nuestro sea algo de una sola noche. Joder, si precisamente yo... —Se contiene—. Precisamente yo le he pedido todo lo contrario. No quería decir eso, ella tiene que saberlo.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que saberlo? Tú no se lo has dicho y las mujeres, a pesar de las tonterías que decís los hombres, no podemos leer la mente. Si sentís algo por nosotras necesitamos que nos lo digáis. Los hechos valen más que mil palabras, vale, pero nos gusta oírlo, y más cuando sois tan torpes, no te ofendas, demostrándolo.

—No me ofendo.

—Me gustaría añadir algo a tu teoría. —Víctor, recién duchado y vestido con una de sus camisas, aparece en lo alto de la escalera—. Los hombres tampoco podemos leer la mente a nadie. Cuando sentís algo por nosotros, también necesitamos oírlo. Buenos días, lamento haber interrumpido vuestra conversación.

—Buenos días —responde Julián—. No te preocupes, yo lamento que te hayas encontrado con mi drama cuando tú solo bajabas a desayunar.

—Estas cosas suelen pasar cuando Cande anda cerca.

—Vale, nadie puede leer la mente —siento la necesidad de defenderme—, por eso es tan importante que al menos una de las dos personas que forman una pareja diga la verdad y sea sincera. A veces da mucho miedo ser el primero.

—No creo que Ilu esté dispuesta a escucharme otra vez. No sé qué me pasa cuando estoy con ella, me convierto en un idiota. —Veo que Víctor se tensa—. Será mejor que vaya a ducharme, tengo que preparar los papeles de la nueva propuesta o la madre de Ilu venderá el castillo delante de mis narices.

—Ayer por la noche no podía dormir —vuelve a intervenir Víctor— y confieso que sentí curiosidad por Trevejo y por ti como chico del calendario, Julián, y miré los vídeos y las fotos de Cande. Corrígame si me equivoco, pero estás intentando evitar que vendan el castillo del pueblo, ¿es así?

—Así es. Llevo meses intentando ponerme en contacto con alguien del Ministerio o de algún departamento al que le importe lo más mínimo el patrimonio histórico de este país.

—En Haro sucedió algo parecido, no recuerdo muy bien la historia, perdóname, pero creo que al final consiguieron impedir que expropiasen unas

viñas porque habían encontrado un importante yacimiento debajo.

—Las ruinas del castillo llevan años catalogadas.

—Sí, lo supongo. Pero si alguien encontrase algo importante, y perdón de nuevo por mi ignorancia en este tema, tipo una carta de los Reyes Católicos, como mínimo ganarías tiempo, ¿no? Tendrían que parar el proceso.

—Puede que tengas razón —convino Julián—, pero no puedo sacarme un yacimiento geológico de la manga y dudo mucho que ningún arqueólogo esté interesado en el castillo de Trevejo.

—Espera un momento. —La adrenalina me despierta de golpe—. Espera un momento. Yo conozco a un arqueólogo que podría estar interesado, de hecho, más le vale estarlo.

Subo corriendo la escalera hacia el dormitorio y ellos me observan inquietos.

—¿Adónde vas, Cande?

—¿Qué haces, Cande?

—Voy a llamar a Bernal, el chico de abril. Enseguida vuelvo. ¡Eres un sol, Víctor! ¡Ve a ducharte, Julián! Si esto sale bien, vas a tener mucho trabajo.

Hay revuelo en la hospedería. Víctor tiene la bolsa de viaje lista y se marcha dentro de unas horas. Apenas hemos podido hablar esta mañana, después de llamar a Bernal y de presentarle telefónicamente a Julián, este ha estallado en actividad y ha empezado a desplegar mapas y a pedir ayuda a la gente del pueblo que como él se opone abiertamente a la venta y demolición del castillo.

—¿Quieres que te enseñe el castillo? —le ofrezco, porque necesito estar a solas con él y preguntarle por qué me mira con tanto recelo—. No soy tan buena guía como Julián, pero algo he aprendido de él estas semanas.

—Claro, me encantaría.

—¡Ve eligiendo dónde quieres que coloquemos una placa con tu nombre! —grita Julián, está inclinado sobre la mesa leyendo unos papeles—. Te lo debo por haberme dado la idea para salvar el castillo.

—No me debes nada, solo espero que de verdad consigáis encontrar algo.

—¿Nos vamos? —Le interrumpo porque bastante me ha costado arrancarle de las garras del equipo de Julián y no quiero que vuelva a caer en ellas. Son gente muy maja, pero Víctor no sabe negarse y de verdad que necesito hablar con él

antes de que se vaya.

Asiente y, tras abrigarnos, salimos a la calle.

Subimos la rampa en silencio.

—Creo que el primer asentamiento del pueblo data de la época de los visigodos.

—No tienes que hacerme de guía turística, Cande. Podemos pasear sin más. ¿Cuándo llegará Bernal?

—Ha dicho que mañana.

—¿De verdad crees que encontrará algo? —me pregunta.

—Es muy buen arqueólogo y por teléfono sonaba entusiasmado. No lo sé, pero vale la pena intentarlo. Lo he aprendido de ti, Víctor.

—¿El qué?

—Que hay que intentarlo.

—A veces, Cande, hay que dejarlo estar.

—¿Es eso lo que pasó en Nueva York? ¿Decidiste dejarlo estar? ¿Dejarme estar?

—No podíamos seguir de esa manera, Cande. Al menos yo no. Me estaba convirtiendo en un hombre que no quiero ser.

—Por mi culpa.

—No, por la mía. Por eso también soy yo el que tomó la decisión de arreglarlo o al menos intentarlo —sonríe de un modo muy triste.

—¿Y para arreglarlo tenías que echarme de tu vida de esa manera?

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Vuelves a Estados Unidos?

Pasamos por debajo de un arco de piedra, de momento no nos hemos cruzado con nadie y tengo la sensación de que este paseo es un instante que le robamos a esa vida que él está empezando tan lejos y a la mía, que desde el pasado enero es tan complicada.

—Sí. Hoy pasaré el día en Haro y mañana vuelvo a San Francisco. No te preocupes por Barver padre, cuando se ponga en contacto conmigo, seguiré fingiendo que tú y yo estamos juntos, a no ser que tú me digas lo contrario, y te tendré al corriente de todo.

—Lamento que te hayas visto involucrado de nuevo en este lío.

—No te preocupes —corta el tema—. No me importa ayudarte. Barver sabe que yo no puedo abandonar mi trabajo por las buenas y que tú estás obligada a seguir con *Los chicos* hasta diciembre. No le parecerá raro que mantengamos una relación a distancia. El único problema es si os ve juntos a ti y a Salva.

Habla con tanta frialdad que me cuesta reconocerlo.

—Ayer por la noche llamé a Salvador y le conté que estabas aquí y que su padre te había visitado en Estados Unidos. Él también siente mucho que te veas metido en esto.

—Seguro.

Finjo no escuchar el sarcasmo.

—Salvador va a seguir en Barcelona y dentro de unos días tiene que volver a Inglaterra. Si su padre tiene a alguien vigilándole, no verá nada que delate que estamos juntos.

—Bien. Perfecto. Avísame si decidís hacer algo o si las cosas cambian.

—Lo haré. —Pasan unos pájaros por encima de nosotros y levanto la vista para mirarlos. Víctor mantiene la mirada al frente, decidido y distante—. ¿Crees que algún día podré llamarte o quedar contigo solo para charlar o para verte como hacen los amigos?

—He venido hasta aquí para ayudarte, Cande. Creo que es más que evidente que, aunque quiera evitarlo, y sería lo mejor para mí, formas parte de mi vida. Pero de momento no quiero verte a no ser que lo necesites para quitarte a Barver padre de encima.

—Yo nunca he pretendido hacerte daño. Tú siempre has sido fantástico conmigo y, si las cosas hubieran sido distintas... —No, no puedo seguir por aquí—. Los meses que hemos pasado juntos siempre estarán en mi corazón, Víctor. Nunca me arrepentiré de haber estado contigo, por enfadado que estés ahora y por complicadas que se pongan las cosas en el futuro, jamás dejaré de quererte. Salvador es, estoy enamorada de él y él de mí.

Le cambia la mirada, he llegado al límite y dejo de hablar. Víctor quiere saber la verdad, siempre he admirado eso de él, pero todos tenemos un límite.

—Aunque no te lo creas, no todo tiene que ver contigo o con Barver, Cande. Desde la muerte de mi padre me han sucedido muchas cosas, quizá demasiadas, y necesito saber quién soy exactamente y quién quiero ser a partir de ahora. Y a

quién quiero a mi lado. No quiero hablar contigo, no me ayuda. Si de verdad te importo, deja que averigüe todo esto solo.

—De acuerdo. No te llamaré ni te molestaré, ni me presentaré en la puerta de tu casa para pedirte que me ayudes con un plan descabellado. —Hemos vuelto a la entrada del castillo—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Supongo que sí.

—¿Por qué estás tan enfadado conmigo?

—Estoy enfadado conmigo. —Levanto una ceja y él por fin dibuja una sonrisa—. Está bien, de acuerdo, probablemente también estoy enfadado contigo. No lo sé, Cande. Todo esto es una jodida mierda. Dame tiempo. Oírte decir que me quieres, pero que estás enamorado de otro no es fácil.

—Está bien. —Suelto el aliento, me balanceo sobre las puntas de los pies porque me he puesto de puntillas para abrazarlo, pero al final no me ha parecido buena idea—. Gracias por ayudarme con lo del padre de Salvador. Te prometo que solo me pondré en contacto contigo si tengo que decirte algo al respecto.

Vuelve a sonreír.

—Ya te dije que no soy tan bueno como creías, aunque tampoco soy el malo de esta historia. Me he cansado de estar en medio, eso es todo. Necesito encontrar mi espacio.

Asiento, porque ¿qué puedo decirle? Víctor en ningún momento se ha portado mal conmigo y todo lo que dice tiene un punto de verdad que se me clava en el corazón. Yo nunca he pretendido hacerle daño, aunque me duele reconocer que sí se lo he hecho.

—Dale recuerdos a Valeria, a Tori y a Carlos de mi parte, ¿quieres?

—Por supuesto.

Él también alquiló un coche y sin que me haya dado cuenta estamos delante. Víctor entra en la hospedería a por su maleta y para despedirse de Julián, yo espero fuera. Es raro estar así con él, manteniendo las distancias, pero pienso en lo que yo le dije a Salvador en abril cuando él me dejó el día de Sant Jordi. No quería verlo, no quería saber nada de él más allá de lo estrictamente necesario, así que supongo que entiendo a Víctor o al menos debo intentarlo.

—Tengo que ponerme en marcha ya o perderé el avión —dice Víctor al volver—. Seguiré por las redes lo del castillo, espero que podáis salvarlo. Mantenme

informado sobre lo de Barver.

Le abrazo y aprieto los brazos un poco porque tengo miedo de que él me aparte. Durante unos segundos se mantiene muy tenso, hasta que suelta el aliento y me rodea la espalda con los brazos.

—Buen viaje, leñador, espero que volvamos a vernos pronto.

Noto que me besa el pelo.

—Yo también, Cande.

16

En busca del arca perdida

Les hago una foto a Bernal y a Julián en las mazmorras del castillo porque todas las chicas del mundo, y también los chicos, nos merecemos ver a dos sujetos como ellos en una celda en plan sexi al menos una vez en la vida. Bernal está agachado a lo Indiana Jones delante de lo que según él son los restos de una lápida funeraria y Julián está de pie a su lado secándose la frente, lleva un par de días cavando sin parar y tiene que estar agotado. He ayudado, os lo prometo, pero es que me están provocando. Me imagino que los *haters* que siguen *Los chicos del calendario* para criticar harán su agosto con estas fotos. Dirán que estaban preparadas, que los dos chicos del calendario son demasiado atractivos y demasiado fotogénicos para ser de verdad y que toda la escena parece sacada de un especial de moda dedicado a *Tomb Raider*.

Pero nosotros sabemos la verdad.

—¿Qué estás haciendo, Cande? Creía que te había pedido que me acercases esos pinceles y otra linterna —se queja Bernal.

—Un segundo.

«#IndianaJones  #ElReyArturo 
#DosChicosDelCalendarioSonSiempreMejorQueUno #EnBuscaDelArcaPerdida 
#SalvemosElCastillo 
#SonDemasiadoGuaposPeroOsJuroQueSonDeVerdad 
#PonUnChicoDelCalendarioEnTuVida #LosChicosDelCalendario  .»

—Ya te lo acerco yo. Te pones muy impaciente cuando estás desenterrando algo. —Manuela, que también está aquí, le lleva las cosas a Bernal.

—Sabes perfectamente que hay situaciones que me ponen mucho más impaciente.

Me resulta raro verlos bromeando. En abril, cuando él fue chico del

calendario, se ignoraban o se peleaban. Está visto que ya no es así y me alegro mucho por ellos.

—¿Qué, Cande, ya sabes quién va a ganar *Los chicos del calendario*? —Manuela se sacude el polvo—. No se te ocurra darle el premio a Bernal.

Sonríó y me guardo el móvil en el bolsillo.

—Bien, creo que le he cogido el truco a esto de hacer maletas y desbaratar la vida de la gente mes a mes. No sufras por el concurso, puedes estar bien tranquila, Bernal fue un gran chico del calendario, pero no creo que gane el concurso, aunque lo cierto es que no tengo ni idea de quién va a ganarlo.

—Yo voto el chico de agosto. Nacho, creo que se llama.

—No sabía que seguías a los chicos por las redes, Manuela. Gracias.

—Al principio no lo hacía, pero, después de lo que hiciste con Bernal, empecé a curiosear un poco.

—¡Está completamente enganchada!

—¿Tú no estabas cavando? Deja de espiarme, Bernal.

—Deja de babear por otros tíos y ven aquí. Si te vas lejos me desconcentro porque te busco con la mirada y acabaré cargándome esta lápida medieval.

—Se ha vuelto un romántico —se burla Manuela sin moverse de donde está y Bernal aparta la arena de una parcela con cuidado y sin dejar de refunfuñar.

—Es bonito veros así. Me alegro mucho, Manuela.

—No ha sido fácil, pero ha valido la pena.

—¿Qué has dicho? —pregunta Bernal. A mí se me escapa la risa.

—¡Que caves!

Llevamos dos días trabajando en el castillo sin parar. Bernal me ha encargado que documente el proceso y también he sacado algunas fotos para las redes, aunque de momento no las publico, no queremos que la madre de Ilu se nos eche encima antes de lo necesario. Además, la gente del pueblo ya se ha acercado a curiosear y entre Manuela y yo hemos conseguido, no sin esfuerzo, darles largas y que se fueran sin información, no se trata de tentar la suerte colgando fotos en Instagram.

—¡Para, Julián! ¡No des ni un paso más! —grita Bernal.

Julián lleva rato trasegando con la pala. Al principio creía que Bernal le había asignado esa tarea para tenerlo ocupado y para que se tranquilizase un poco, pero

diría que me he equivocado.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

Bernal camina hacia él como quien se dirige a alguien en una repisa de un edificio muy alto a punto de saltar.

—Dame la pala. —Le tiende la mano con la palma hacia arriba—. Y sal del agujero con cuidado. Creo que has encontrado algo.

Por absurdo que parezca, se me acelera el corazón. Manuela y yo estamos aguantando la respiración.

—¿Le estás tomando el pelo al pobre Julián? —sugiere Manuela—. Porque, si es así, no tiene gracia, Bernal.

—No le estoy tomando el pelo a nadie, tesoro. Eso que parece una piedra tiene una inscripción.

Manuela y yo reaccionamos y nos acercamos con cuidado. Bernal tiene razón, aunque a primera vista yo no lo habría visto, ni a segunda, hay una piedra marrón con lo que podrían ser unos garabatos encima. Si una excavadora se hubiese puesto a cavar aquí no lo habría visto y la habría destrozado.

—¿Qué es? —pregunta Julián nervioso al llegar a nuestro lado.

—No lo sé —responde Bernal—, pero bastará para parar la compra-venta del castillo.

Julián me levanta del suelo y empieza a dar vueltas conmigo en los brazos y gritando como un loco. En mitad de un giro veo a Bernal besando a Manuela y pienso que a él no le importa lo más mínimo no ganar *Los chicos del calendario*, está convencido de que el mayor premio de su vida es esa chica.

Y tiene razón.

La reunión de urgencia que convocamos en el ayuntamiento es todo un éxito. Todo el pueblo está presente. No falta nadie, hay niños corriendo en la parte posterior de la sala y no queda ni una silla libre. En la tarima están los miembros del comité y también Bernal, con su estudiado aspecto de arqueólogo famoso. Yo también estoy aquí, creo que es importante que siga el proceso y no me pierda ningún detalle. Hace unos días decidí que escribiría un artículo sobre el castillo para la revista, y añadiría otros casos similares que seguro han sucedido en nuestro país. No sé si Marisa accederá a publicarlo en algún número de *Gea*,

pero no pierdo nada por intentarlo. Además, cuando escriba el libro sobre lo que ha pasado este mes no quiero meter la pata.

—Todo esto son patochadas, Duque. —La señora Rodríguez está furiosa, solo llama a Julián por su apellido—. Puro teatro.

—Eso es lo que a usted le gustaría, señora. Bernal Nogueira es uno de los arqueólogos más reputados de nuestro país y él afirma que en nuestro castillo aún puede haber yacimientos de suma importancia.

—Patochadas.

—Si me permiten intervenir. —Bernal da un paso hacia delante y se dirige al auditorio cual profesor dando una clase—. Todavía es pronto para saber qué clase de yacimientos se encuentran bajo el castillo. Llevan siglos allí enterrados y nadie les ha prestado atención hasta ahora. Este caso, por desgracia, es muy habitual. Se suele invertir más en arreglar y restaurar el exterior, pero lo cierto es que lo más importante y a menudo emocionante está escondido y no lo vemos a primera vista. —Durante un segundo mira a Manuela y pienso en lo mucho que ha cambiado Bernal desde que lo conocí en abril. Aunque quizá no ha cambiado, tal vez lo que ha hecho ha sido desenterrarse—. He preparado la documentación para el Ministerio del Interior y el de Cultura y me he puesto en contacto con el departamento que gestiona y vela por el patrimonio español. Vienen en unos días y mandarán a un equipo de expertos, pero, si a ustedes les parece bien, ellos ya me han sugerido que yo lidere el equipo de arqueólogos. —Hay un murmullo de aceptación generalizado—. En cuanto a la compra-venta del castillo, oficialmente sé que no debería de manifestar mi opinión, pero la gente que me conoce sabe que a mí las cosas oficiales se me dan fatal, así que les diré que no deberían venderlo. ¿Convertir Trevejo en un centro comercial o en un edificio de viviendas para gente a la que le importa una mierda la historia? Lo siento, pero no. Aun así, es el comité el que tendrá que decidirlo, según tengo entendido. En todo caso, sepan que no podrán hacer nada hasta dentro de un año, como mínimo.

—¿Un año?! —La señora Rodríguez se pone en pie—. Se ha vuelto usted loco.

—La ley de hallazgos históricos prevé que cualquier hallazgo de esta envergadura, puedo facilitarte una copia de la ley si lo desea, paraliza cualquier

operación de cambio de titularidad y por supuesto el otorgamiento de cualquier licencia de obras o urbanística. Nadie podrá hacer nada en ese castillo hasta que mi equipo y yo nos vayamos y cerremos la excavación.

—Esto no acaba aquí, Duque. Ni soñarlo.

La señora Rodríguez recoge airada sus pertenencias y baja de la tarima hecha una furia. Ella y su séquito, un par de representantes de la inmobiliaria, abandonan la sala en medio de un silencio casi sepulcral; pero, cuando cierran la puerta a sus espaldas, la gente se pone a aplaudir.

Bernal da un paso hacia atrás, cede su posición a Julián y se reúne con Manuela y conmigo en una esquina.

—Gracias, gracias. —Julián está sonrojado y un poco agobiado me atrevería a decir—. Gracias por vuestro apoyo, pero aún queda mucho por hacer. El castillo todavía no está a salvo. La excavación empezará dentro de unos días y todavía no sabemos qué encontrarán.

—¡Viva el castillo! ¡Viva Julián!

Él se gira hacia nosotros y habla en voz baja.

—No me escuchan.

—Déjalos, están contentos. Lo que tenga que pasar dentro de unos días o de unos meses no les importa ahora mismo —sugiere Bernal.

La gente se levanta de las sillas y se abraza, seguro que están organizando una o varias fiestas para celebrar la victoria. Julián se da por vencido y vuelve a la mesa donde los otros miembros del comité le estrechan la mano y le dicen que siempre han estado de su lado. Él no termina de creérselos pero acepta las felicitaciones.

Hay sin embargo una persona que todavía no le felicita ni le dice nada. De hecho, no se ha movido desde que ha empezado todo esto, ni tampoco ha dejado de mirarle. Ilu.

Tendría que mantenerme alejada, me acerco a ellos por vosotros, porque sé que igual que yo necesitáis saber qué pasa entre ellos dos. Disimulo, al menos lo intento, y ayudo a Bernal a recoger el proyector que al final no ha llegado a utilizar.

—¿No vas a decirme nada, Ilu?

—Felicidades.

Ella se levanta y desvía la mirada hacia Rata que está jugando con unos niños al final de la sala.

—¿Y ya está?

—Ya está. Me alegro por ti, has conseguido lo que querías.

Julián está atontado, me imagino que esta no es la reacción que esperaba y no sabe qué hacer. Está frente a ella e Ilu lo esquiva para seguir con su camino.

—Ilu yo...

—¿Qué? ¿Quieres algo más, Julián?

«¡Claro que quieres algo más, Julián! ¡Reacciona!»

—Eh, no... nada. Ya nos veremos.

Será idiota. Esta noche, en cuanto lleguemos a la hospedería, le explicaré cuatro cosas sobre las relaciones de pareja. No soy una experta, pero él es más torpe que un elefante en una cacharrería.

Ilu baja la escalera y se detiene.

—No creo que nos veamos demasiado, Julián. Rata y yo nos vamos del pueblo. Os deseo lo mejor a ti y a tu castillo.

No suena triste ni enfadada, ni siquiera me atrevería a describir su tono de voz como resignado. Lo cierto es que suena bien, como si todo este tiempo hubiese estado esperando que su historia terminase así. Observo a Ilu alejarse con Rata de la mano. Yo antes también era así, daba por hecho que no me merecía el final feliz que nos venden en cada comedia romántica de Hollywood y en cada novela. Y no es cierto. Todos nos merecemos esos finales.

Esa noche no conseguí hablar con Julián de Ilu ni de nada. Él y yo fuimos a la fiesta que efectivamente se organizó para celebrar que habían salvado el castillo y, tras no sé cuántos brindis con la receta secreta de Nieves, los dos volvimos a la hospedería y nos desmayamos en la cama. Al día siguiente lo intenté, pero Julián se negó en redondo y fingió que no había nada que comentar, y, por la tarde, cuando volví a sacar el tema, él me dijo que había ido a ver a Ilu y que su madre, antes de cerrarle la puerta en las narices, le había informado de que su hija y su nieta se habían marchado a Madrid y no tenían pensado volver jamás.

—No te metas, Candela —me dice Salvador por teléfono. Estos días él tampoco ha podido venir, a pesar de que después de la visita de Víctor estuvo a

punto de subirse al primer avión rumbo hacia aquí—. Tal vez necesitan tiempo para saber qué sienten. No conoces toda la historia de esa chica, ni siquiera sabes toda la historia de Julián.

—Tú no les viste, Salvador.

—Lo sé, pero déjalo ya. No puedes arreglar la vida de todo el mundo.

—Pero puedo intentarlo.

Él suspira y me lo imagino sonriendo.

—¿Cuándo llegas?

—Esta noche.

—Quiero venir a buscarte al aeropuerto. Me muero por verte.

—Y yo —reconozco con la voz ronca—, pero los dos decidimos que es mejor así. Tu padre puede tener a alguien vigilándote.

—Lo decidiste tú porque viste no sé qué capítulo de *Juego de Tronos* sin mí y ahora crees que hay espías por todas partes. Mi padre se ha olvidado de mí y de ti, créeme.

Yo no estoy tan tranquila como él, no puedo quitarme de encima la sensación de que Ricardo Barver aún no se ha dado por vencido. En cuanto a lo de *Juego de Tronos*, tiene razón, al final he acabado enganchándome a la maldita serie.

—Llego muy tarde. Prefiero que me esperes en casa. ¿Mi hermana te dio las llaves?

—Sí, entre otras cosas. ¿Estás segura de que Marta no es una asesina a sueldo?

Me río. Sé que Marta se lo puso difícil y me habría encantado estar allí para presenciar la entrega de las llaves. Podría habérselo pedido a Abril, ella también tiene un juego, pero pensé que, después de todo lo que me ha hecho pasar Salvador, se merecía el interrogatorio de mi hermana mayor.

—No puedo decírtelo. Tendría que matarte.

—Está bien, no iré al aeropuerto. Pero llámame en cuanto salgas del avión. Tengo muchas ganas de verte, Candela.

—Y yo a ti, Salvador.

Nos despedimos, él tiene muchas cosas que decirme sobre la visita de Víctor, lo sé, pero los dos hemos decidido que es mejor que hablemos de eso cuando nos veamos. De Víctor solo he sabido que llegó a Estados Unidos y que de momento el señor Barver no se ha puesto en contacto con él. Me mandó un mensaje

escueto con esta información y ha vuelto a desaparecer. Yo sigo intentando entenderle, no voy a cambiar de opinión, ahora que por fin mi cabeza y mi corazón están sincronizados y a favor de Salvador, no puedo volver a utilizar a Víctor como reemplazo. Antes lo había hecho sin ser consciente del daño que le hacía y tal vez eso me ayude a perdonarme, pero si lo hiciera ahora no tendría excusa y me convertiría en una persona tan horrible, egoísta y desconsiderada como lo fue Rubén conmigo el pasado diciembre, como todas esas personas que utilizan a los demás sin pensar en nadie excepto en ellos mismos.

—¿Ya lo tienes todo listo?

Encuentro a Julián en la puerta de la que ha sido mi habitación durante todo el mes.

—Sí, ya está todo.

Guardo el móvil en el bolso y me pongo en pie, estaba sentada en la cama. Camino hasta la ventana desde la que se ve el castillo y una de las tiendas de campaña en las que el equipo de arqueología guarda utensilios y momentáneamente sus hallazgos. Hoy Bernal no está, ha viajado a Madrid para ocuparse del papeleo del yacimiento.

—No sé cómo darte las gracias, Cande. Sin ti no habría conocido a Bernal y a su equipo y jamás habría encontrado la manera de salvar el castillo.

—Tengo el presentimiento de que sí lo habrías hecho. Este castillo tiene algo mágico, ¿no crees?

Julián sonríe sin poder escapar de la tristeza.

—Dudo mucho que la magia exista en mi vida, pero supongo que tienes razón. El castillo lleva en pie desde hace siglos, le han atacado ejércitos, ha sido saqueado y bombardeado y hasta hace poco iba a ser derribado y convertido en vete a saber qué y, en cambio, aquí sigue.

Me doy media vuelta y me dirijo hacia él.

—Sé que no quieres hablar del tema y lo entiendo. Últimamente he aprendido que a veces la gente necesita tiempo y silencio para saber qué siente y qué quiere hacer al respecto, pero ¿puedo hacerte una pregunta?

—Supongo que te lo debo.

Ignoro el comentario resignado y me lanzo.

—¿Quieres a Ilu?

—Vaya, Cande, has clavado la espada donde más duele a la primera. ¿Si quiero a Ilu? —Se pasa las manos por el pelo—. Está bien. Quise a Ilu más que a nada y a nadie. Después me hice mayor y en teoría me olvidé de ella, aunque en realidad comparaba a todas las mujeres que conocía con su recuerdo. Creía que no volvería a verla nunca o que, si llegábamos a coincidir algún día, ella estaría casada con un tipo increíble al que yo no le llegaría ni a la suela de los zapatos. Jamás pensé que volveríamos a encontrarnos ni que volveríamos a estar juntos. Ni que ella volvería a dejarme.

—Ella no te dejó cuando erais adolescentes y tampoco te ha dejado ahora, Julián.

—Se ha ido.

—Porque necesitaba irse. No conozco su historia, tú apenas me has dicho dos palabras sobre el tema, pero cualquiera con un par de ojos en la cara es capaz de ver que esa chica y su madre se odian y que la madre disfruta haciéndole la vida imposible, haciéndole pagar vete a saber tú qué ofensa.

—Es su madre. Ilu volvió al pueblo porque quiso.

—¿Estás seguro? ¿De verdad crees que conoces toda la historia de esa chica? Yo no la conozco, Julián, pero hay algo, lo sé. Y hay algo entre vosotros. Ese último día en el ayuntamiento te preguntó qué querías y estoy segura de que esperaba una respuesta muy distinta a la que le diste.

—¿Nos espiaste?

—¡Por supuesto que os espié! ¿Cómo esperas si no que me entere de algo? Más adelante me imagino que te pediré perdón, pero ahora quiero ayudarte.

—O meterte en mi vida.

—Sí, eso también. Es lo que hago, lo siento, pero es que cuando veo estas cosas me pierdo. En mi defensa diré que no se me da tan mal, mira a Bernal y a Manuela.

Julián arruga las cejas sin acabar de estar convencido por mis argumentos.

—Está bien, dime tu consejo.

—Si quieres a Ilu, ve tras ella. El castillo seguirá aquí, pero a ella puedes perderla para siempre.

Se me queda mirando unos segundos y después desvía la vista hacia el castillo que se ve a través de la ventana que hay a mi espalda. Nunca he llegado a

entender por qué ese castillo es tan importante para él, me imagino que es un símbolo, igual que las viñas de Haro lo fueron para Víctor tras la muerte de su padre. O tal vez cree que sin ese proyecto su vida carecerá de sentido, como Nacho que se dedica en cuerpo y alma a Valiente, su organización para explicar y evitar el *bullying* y para ayudar a todos los implicados. O quizá el castillo es un monstruo al que quiere derrotar, como hace Salvador con su padre. No lo sé, me imagino que hace falta toda una vida para comprender de verdad qué hace vibrar a una persona, pero lo que sé es que, si estás solo, completamente solo, nada de eso tiene la menor importancia.

—Vamos, será mejor que los dos retomemos de nuevo nuestro destino —dice Julián.

—Sí, tienes razón.

DICIEMBRE

17

La importancia de las llaves y de las coordenadas

Es muy raro esto de llegar a Barcelona y que no haya nadie esperándome. Casi sin querer miro detrás de las columnas y de las pantallas que anuncian las llegadas y salidas de los próximos vuelos. En el taxi le mando un mensaje a Salvador para decirle que estoy de camino y me quedo un rato mirando la última foto que colgué de Trevejo y del chico de noviembre antes de irme.

«#AdiósCastilloEncantado  #CuidaDeTuPríncipe 
#LasPrincesasNosCuidamosSolas  #VivanLosDragones 
#NoviembreMágico  #NoEstoyListaParaQueSeTermineElAño 
#LosChicosDelCalendario  .»

Hay muchísimos comentarios, Julián y el castillo han conseguido ganarse el corazón de los seguidores. Creo que se debe a que basta con mirarle a la cara para saber que es sincero y auténtico; ojalá recapacite y reaccione con lo de Ilu. Ojalá hubiese sabido hacerme amiga de ella, conocerla un poco mejor... tengo el presentimiento de que esa chica tiene un pasado plagado de malas decisiones como las mías. A Julián ya he decidido que no voy a dejarle escapar de mis redes. Bueno, si él quiere sí, no puedo obligar a nadie a ser mi amigo, eso me ha quedado claro.

Este mes ha sido increíble y peculiar al mismo tiempo, he hablado con Ben por teléfono y he visto a Víctor y también a Bernal. Los chicos del calendario forman parte de mi vida de un modo que jamás habría podido llegarme a imaginar y lo cierto es que no quiero imaginarme qué habría hecho estos meses si ellos no hubieran existido.

—Ya hemos llegado —me anuncia el taxista y efectivamente, cuando levanto

la vista del móvil, me encuentro con el portal de mi apartamento.

Pago el trayecto y mientras subo en el ascensor me pregunto si Salvador estará esperándome o si se habrá quedado dormido. No ha llegado a contestar el mensaje de antes y, a pesar de que se me forma un pequeño, pequeñísimo, nudo en el estómago, me niego a creerme que no esté en casa. Ya no dudo de nosotros.

Giro la llave y, cuando empujo la puerta, esta se abre de repente y unos brazos me levantan del suelo al mismo tiempo que unos labios atrapan los míos y me roban el aliento y el grito de sorpresa.

—Has tardado demasiado —me riñe Salvador cuando se aparta y antes de besarme el cuello.

—Creía que no habías visto mi mensaje.

—Lo he visto. —Cierra la puerta, yo ni siquiera era consciente de que seguía abierta y empieza a caminar hacia el dormitorio—. Aún estoy enfadado por no haber ido a buscarte al aeropuerto.

—Decidimos...

—Yo de ti no diría nada más durante un rato. —Me deja en el suelo, mi habitación está a oscuras, pero la luz que llega del pasillo es suficiente para que vea que él no lleva camiseta, solo los pantalones del pijama, que tiene los ojos fijos en mí y que la cama está algo deshecha—. Hazme caso, Candela.

Me humedezco los labios.

—¿No podías dormir?

—No. Estaba pensando en todo lo que te haría cuando llegases. Hemos estado demasiados días sin vernos.

—Podrías haber...

Me besa, me olvido por completo de lo que iba a decirle. Mi abrigo va a parar junto a mis pies y las manos de Salvador siguen con la chaqueta y después con los botones de la blusa. Yo coloco las mías en su pecho, tiene la piel más caliente que he tocado nunca. Él respira entre dientes y de repente con una mano sujeta las mías detrás de mi espalda.

—Será mejor que de momento las dejes aquí.

Acaba de desnudarme, me tortura con besos que deja a medias con caricias que se acercan a las zonas que más deseo sin llegar a alcanzarlas.

—Salvador, creo que... deberíamos tumbarnos en la cama.

—¿Eso crees?

Ahora está detrás de mí, besándome la espalda y bajando una mano por entre mis pechos. Voy a decirle que, si no nos acostamos en los próximos segundos, me fallarán las piernas, pero él hace esa cosa con los dedos y la cabeza me da vueltas y la verdad es que...

—Salvador, o me llevas a la cama y me haces el amor ahora mismo o te juro que te haré daño.

—Ah, ¿sí?

Me doy media vuelta y le tiro del pelo para besarlo. Creo que los pies no me tocan el suelo, no estoy segura, porque por fin Salvador me abraza y la piel de su torso se pega a la mía y a mis piernas les parece buena idea rodearle por la cintura e intentar capturarlo para que no se aparte. Lo que, por suerte él tampoco parece estar dispuesto a hacer.

Caemos en la cama, él está encima de mí y se aparta, interrumpe un beso para mirarme.

—Salvador —quiero quejarme, reclamarle más besos y más piel.

—Dios, cuánto te he echado de menos.

No es justo que con esa frase y con su cuerpo uniéndose al mío me robe la capacidad de pensar y que todo deje de importarme.

Horas más tarde abro los ojos, estoy desnuda en la cama abrazada a la espalda de Salvador. Entra un poco más de luz que antes, le beso justo debajo de la nuca y él suspira adormilado. Busca mi mano con la suya y entrelaza nuestros dedos encima de los latidos de su corazón.

—Nunca has llegado a explicarme qué significan tus tatuajes.

Sé que la primera línea señala el lugar donde se encontraba cuando le diagnosticaron la leucemia por primera vez.

—Todos indican unas coordenadas, y también una fecha —empieza él sin darse la vuelta—. ¿Te dije que para hacerme el primero me acompañó David, el hijo de Martín, el propietario de Napbuf?

—No, no me lo dijiste. —Le beso el tatuaje del que me está hablando. Recuerdo a Martín y su preciosa editorial—. ¿Tenías miedo de las agujas?

Salvador sonríe, lo noto por c omo se le mueve el torso y porque el aire que se le escapa de la nariz y de los labios me hace cosquillas en la mano.

—Terror y aunque el cáncer me ha puesto a prueba no se me ha pasado, créeme. —Se acerca nuestras manos al rostro y me besa los nudillos. Carraspea y tengo la sensación de que se obliga a seguir con la historia y a dejar de besarme. Aunque yo no cambiaría sus besos por nada, también quiero que continúe—. Le pedí a David que me acompañase porque quería que me ayudase a escoger y porque, no s , tenía diecinueve años, tenía miedo de acobardarme o de elegir algo horrible.

—Y no querías estar solo.

—Supongo que eso también. David elig  el sitio, era mucho más concienzudo que yo. Recuerdo que bromeó y dijo que sería el colmo que, después de haber sobrevivido a la leucemia, pillase una infección en un estudio de tatuajes de mala muerte. Estuvimos un rato mirando los dibujos del tatuador, pasábamos hojas de un álbum de fotos sin que ninguno nos gustase, aunque nos reímos un buen rato.

—Me lo imagino, pobre tatuador.

—Nos hicimos amigos, o al menos eso creo. Todos los tatuajes me los ha hecho él, se llama Tas.

— Tas?

—Anastasio, pero no lo sabe casi nadie, por eso creo que puedo considerarlo mi amigo. Me ha dicho que sigue *Los chicos del calendario* y que le gustaría conocerte.

—Ah,  s ?  Tas sabe que existo? —bromeo.

—Tas sabe que existes y que todos los tatuajes, excepto el primero, hablan de ti.

No puede haberme dicho esto. Le estaba acariciando la espalda sin fijarme en dónde se detenían mis dedos, buscando pecas tal vez, lugares donde besarle. No esperaba algo así y no puede contarme el resto de esta historia sin mirarme a los ojos. Con una mano en su hombro le tumbo en la cama y me apoyo en el antebrazo para que nuestros rostros se encuentren.

— Y qué dicen de mí?

Salvador levanta una mano y me aparta el pelo de la cara, la detiene en la nuca y tira suavemente de mí para besarme.

—David tuvo la idea de las coordenadas, creo que dijo que el tatuaje que eligiera tenía que recordarme que estaba vivo y que tenía que seguir viviendo y no parecer una jodida frase de Paulo Coelho. Te habría gustado. En diciembre, antes de tu vídeo y de *Los chicos del calendario*, me hice unos análisis y no salieron bien, por eso en enero, cuando me confirmaron que volvía a estar enfermo, me convencí de que no podía intentar nada contigo. Después comprobé que eso era imposible, me dije que podíamos tener una aventura. —Ve cómo le miro y sonrío—. Sí, ya sé que no lo expresé con estas palabras.

—Decías que solo follábamos.

Carraspea y vuelve a tirar de mí para besarme.

—Cariño, nunca he follado con nadie como contigo.

—Yo tampoco. —Le acaricio una mejilla y bajo la mano por el cuello y el torso—. Termina de contarme lo de los tatuajes.

—Me hice el segundo tatuaje cuando volví de Londres en febrero. A finales de enero te dije que no quería tener nada contigo cuando en realidad era lo único que quería. Estaba convencido de que era lo mejor para ti y por eso estaba decidido a mantenerme alejado, pero no podía dejar de pensar en nosotros así que fui a ver a Tas.

—¿Qué significa el segundo tatuaje?

—Son las coordenadas de nuestro primer beso.

—Oh, Salvador... yo...

—Para navegar aún se utilizan las coordenadas y, si sigues las de mi segundo tatuaje, encontrarás el edificio de Olimpo. Estábamos en mi despacho cuando te besé por primera vez, entré y estabas llorando porque te había llamado...

—Rubén. Me acuerdo. Oh, Salvador, vas a hacerme llorar.

—No llores, ya has llorado demasiado por mi culpa. En el tatuaje también está oculto el día, pero Tas me dijo que era demasiado obvio y decidió partir la fecha, el primer número de cada grupo es el día, el mes y el año, y el resto son las coordenadas. Si no podía volver a acercarme a ti, quería tenerte dentro de mí y el tatuaje fue lo mejor que se me ocurrió, así te llevo siempre conmigo.

—Te quiero, Salvador. No sé qué más decir.

Vuelve a acariciarme el rostro.

—No tienes que decir nada, Candela.

—Háblame del resto de tatuajes. —Sonríe y o la luz me engaña o se sonroja.

—Creía que no tendría que explicártelo nunca. Es un poco embarazoso.

—Es muy romántico. —Le sujeto y le beso.

—Y embarazoso.

—No lo es. Explícame los otros tatuajes.

—El tercero son las coordenadas de Puigcerdá, de la noche que vimos juntos las estrellas, el cuarto es de cuando estuvimos en Granada. Todos son sobre ti, son nuestra historia. Cuando creía que no iba a tener nada más, los necesitaba. Ahora me gusta saber que están aquí, en mi piel, como tú. No me he tatuado todos nuestros besos, pero lo haría si pudiera.

No existe ser humano capaz de escuchar esa frase que no entregue su corazón a la persona que se la dice.

Callo a Salvador con un beso y con caricias. No puedo procesar el alcance de sus tatuajes, el amor que impregna cada milímetro de tinta, la tristeza y al mismo tiempo la esperanza con la que se ha marcado el cuerpo con los instantes de nuestra historia.

Hacemos el amor, necesito tenerlo dentro de mí, porque de lo contrario voy a desmontarme, a romperme en tantos pedazos que no podré seguir respirando. La fuerza de los sentimientos de Salvador es demasiado fuerte.

Es hora de levantarnos. El despertador suena una y otra vez y tengo que salir de la cama. La lista de tareas de hoy es tan larga que necesitaría una semana para llevarla a cabo y solo dispongo del día de hoy. Mañana me voy a la última ciudad de *Los chicos del calendario*. No quiero. Bueno, sí que quiero, quiero conocer al que será el último chico y terminar con esto. Ha sido increíble, un regalo de esos que te da la vida y que sabes que jamás podrás agradecer lo suficiente, pero estoy impaciente porque llegue el año nuevo y por empezar una nueva etapa con Salvador.

Y conmigo. Con mi nueva vida. Ya he decidido que dejaré el trabajo en *Gea*, no puedo seguir allí si Salvador y yo mantenemos una relación. Sé que cuando se lo diga no le hará gracia, su faceta de neandertal asoma de vez en cuando, pero es lo mejor para mí y también para nosotros, así que dejaré el trabajo. Gracias al sueldo de estos doce meses, y a que apenas he tenido tiempo de

gastarlo porque he estado yendo de aquí para allá con el trabajo, puedo estar unos meses buscando y la verdad es que me gustaría muchísimo dedicarme a escribir, aunque no sé si me aburriré o si seré capaz de crear nuevas historias. Cuando pienso en esa primera novela que mandé a la editorial Olimpo hace casi dos años, me muero de vergüenza. No digo que fuera un completo desastre, invertí muchas horas e ilusión en ella, pero con todo lo que me ha sucedido estos meses he aprendido que para que una historia valga la pena tiene que tener algo, chispa, algo así como el chico del calendario que estamos buscando. Cualquiera de los artículos que he escrito para *Los chicos* o las notas sin ton ni son de este diario tienen más alma que las casi cuatrocientas páginas de ese manuscrito. Tal vez podría recuperarlo y salvar algo, quizá sería una buena opción, aunque creo que empezaré de cero. Hay una idea que me ronda por la cabeza y, cuando *Los chicos* lleguen a su final, me arriesgaré con ella. Si quiero que las editoriales me tomen en serio (editoriales que no tendrán nada que ver con el grupo Olimpo y mi novio. ¡Mi novio!), necesito poner toda la carne en el asador y escribir sin miedo. Lo de dejar de tener miedo es imposible, la cuestión es hacer eso que te lo provoca de todos modos. En realidad, pienso y miro a Salvador, hacer las cosas sin miedo puede que no tenga mérito. El mayor riesgo de mi vida está a mi lado y yo...

Definitivamente tengo que salir de la cama ya o me entrarán de nuevo esas ganas incontrolables de besarle y de hacerle el amor. Quién iba a decir que los gestos románticos de película son el mayor afrodisíaco que existe.

Pues yo.

Chicas y chicos del mundo entero, si decidís hacerme caso solo en una cosa, que sea esta: el amor es sexi. Ser romántico es sexi.

Me escabullo por debajo de la sábana y entro en el baño, pongo en marcha la ducha y me meto debajo del agua. Tengo ganas de cantar, ojalá supiera, y de bailar y de salir a la calle y abrazar árboles y a la gente que se cruce en mi camino para presumir de felicidad. Espero que eso no sea malo, porque dudo que durante el día de hoy pueda contenerme. Seguro que tendré cara de boba todo el santo día.

La mampara de la ducha se abre y, ¡oh Dios, cuánto me alegro de no haber sacrificado la bañera y haberme conformado con una ducha pequeña. Tan

pequeña que si dos personas pretenden meterse al mismo tiempo tienen que estar pegadas la una a la otra.!

—Buenos días.

Salvador está despeinado, tiene cara de sueño y yo me he olvidado del proceso de juntar vocales con consonantes. ¡Hablar, se llama hablar!

—Buenos... —Estoy convencida de que habría conseguido decir «días» si él no me hubiese besado.

—Pásame el champú, te enjabonaré el pelo si me dejas.

Le paso el champú, al menos espero que lo sea y cierro los ojos cuando él pasa los dedos por entre los mechones de mi pelo y me masajea el cráneo.

—Si pierdes Olimpo puedes ser peluquero o masajista.

Genial, decido hablar y digo esta soberana tontería.

—Lo tendré en cuenta. —Él al menos sonrío—. Aunque espero que mi padre no consiga arrebatarme Olimpo.

—Oh, mierda, lo siento. —Abro los ojos—. Lo siento. No pretendía insinuar que vas a perder...

—Eh, no te preocupes, te estoy tomando el pelo. Ya sé que no querías decir eso. —Se enjabona la cabeza mientras yo busco mi mandíbula por el suelo. Salvador mojado es todo un espectáculo, creo que ya os lo había dicho. Después, y como si quisiera aniquilar hasta mi última neurona, se da media vuelta—. ¿Me enjabonas la espalda?

Acepto la esponja que él me pasa con un montoncito de jabón encima.

¿Por qué no consigo seguirle el ritmo? Ah, ya lo sé, porque está desnudo delante de mí, mojado, sonriente, con cara de haber dormido en mi cama y huele a las mil maravillas. Objetivamente sé que huele a mi gel de ducha, pero estoy convencida de que su piel segrega algo especial que me convierte en idiota o como mínimo en adicta a él. Es la única explicación posible que se me ocurre en este momento.

—¿Queda muy mal que te diga que tus tatuajes me ponen tonta?

—¿Te ponen tonta?

Creo que sonrío, aunque no estoy segura, porque no le veo la cara y entre el agua y que está dándome la espalda su voz me llega algo distorsionada.

—Sí, antes me parecían muy sexis, pero ahora que sé qué significan, cada vez

que los veo, me entran ganas de besarte, arrancarte la ropa y subirme encima de ti hasta que no tengas más remedio que hacerme el amor.

—Bueno, ahora mismo lo de la ropa no es un problema, y lo demás, por mí no te contengas. No sabía que te producirían este efecto.

—Oh, vamos, Salvador, ¿qué esperabas que pasara? ¿Qué creías que haría cuando me dijeras que te habías tatuado en la espalda las fechas de nuestros besos?

—No creía que fuera a decírtelo nunca. Me alegro de haberme equivocado.

—Yo también.

Le estoy pasando la esponja por la espalda, observo fascinada cómo unas gotas de espuma le bajan por las vértebras y se pierden después en un culo que se merecería un capítulo para él solo (dejadme, estoy desatada). Sus hombros siempre me han fascinado, incluso cuando no había hablado nunca con él, si lo veía a lo lejos por algún pasillo o entrando o saliendo de Olimpo pensaba que tenía la espalda más impresionante que había visto nunca. Sin ropa es aún mejor.

—Si sigues mirándome así tendrás que poner el agua fría. —Se da media vuelta—. Pásame la esponja, me toca a mí.

Se la doy y le ofrezco mi espalda para que me la enjabone y porque espero que así, si no le veo, podré recuperar el funcionamiento de mi cerebro.

—A mí hay algo de ti que me produce el mismo efecto que a ti los tatuajes.

Noto la esponja bajándose por un hombro y después el brazo.

—¿El qué? ¿Mi gato de la suerte? Creo que lo dejé en tu mesa. ¿Mi tendencia a robarte bufandas?

—Las llaves.

—¿Las llaves?

—Nunca nadie me había dado las llaves de su casa. —Me besa la nuca—. Nunca había querido tener las llaves de nadie.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Cuando me dijiste que Marta me las daría casi tengo un infarto y ayer me pasé el día tocándolas, sintiendo el tintineo que hacían en el bolsillo de mis vaqueros. Casi me vuelvo loco.

Me muerde el cuello y se acerca tanto que ni el agua cabe entre su cuerpo y el mío.

—¿Y si te pido que te las quedes y te regalo un llavero?

Pasa la lengua por el hombro y me muerde el lóbulo de la oreja.

—Pues tendré que actuar en consecuencia.

La consecuencia es que hacemos el amor en la ducha y que recuerdo que el sexo bajo el agua no está sobrevalorado, como yo creía antes de conocer a Salvador, sino que es cuestión de altura, tatuajes, hombres que te susurran al oído y mucho corazón. Y de llaves.

18

El penúltimo vídeo y el último chico del calendario

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Decídmelo, porque yo aún no he acabado de creerme que este maravilloso proyecto haya empezado y ya está llegando a su final. *Los chicos del calendario* nació después de que un chico que al final no ha resultado ser exactamente lo que yo creía... (sí, Rubén ha reaparecido, pero no os preocupéis, no ha hecho nada malo, creo. De hecho, creo que un día de estos os contaré esa historia). ¿Qué estaba diciendo? Ah sí, *Los chicos* nacieron después de que Rubén me dejase en Instagram y Abril, mi mejor amiga (¡hola, Abril!), me grabase soltando un discurso sobre los hombres de este país. Un discurso inducido por años y años de fracasos sentimentales y decepciones varias todas relacionadas con elementos masculinos de nuestra especie y varios *gin-tonics*.

»Han pasado muchas cosas desde entonces, exactamente once: once chicos, once ciudades y once meses y, como me conocéis bien, ya podéis imaginar que todavía no he decidido quién ganará *Los chicos del calendario*. De hecho, no tengo ni la más remota idea. Vale, sí, reconozco que hay chicos que son impactantes, pero todos tienen algo especial y todos en cierto modo me han ayudado a cambiar mi perspectiva sobre los hombres. ¿He encontrado a alguno que valiera la pena, uno que me haya demostrado que en diciembre del año pasado estaba completamente equivocada? No, o no del todo. Ahora sé que aquel día estaba enfadada y dolida y que, por lo tanto, era incapaz de ser objetiva.

»Pero ¿existe la objetividad? Sí, no os pongáis en plan científico chiflado, de esos ya tengo uno en la vida. Sé que hay muchas cosas —realmente tendría que dárseme mejor esto de buscar palabras sofisticadas— que son objetivas. La tierra

es redonda, el cielo es azul, Angelina Jolie pone en duda la sexualidad de cualquiera, etc. Pero las opiniones, las cosas —aquí está otra vez la palabra— que nos importan, todas son subjetivas y eso está bien. Tenemos que ser subjetivos, no podemos convertirnos en un rebaño que solo es capaz de imitar o de obedecer. ¡No somos ovejas! Yo dije que los hombres de este país son un desastre y es lo que pensaba ese día y creo que tenía motivos de sobra para pensarlo y no sé quién ganará el concurso de *Los chicos*... ¡Por cierto! Dejad vuestra teoría al respecto en los comentarios y creo que en la revista estamos preparando un sistema para que podáis votar y ganar también premios. Tendría que estar al tanto de los detalles e informaros mejor, pero ya sabéis, la vida. Os prometo que os dejaré aquí, en este vídeo, el enlace con las votaciones y los premios, en cuanto el magnífico equipo de *marketing* me los pase, y que también os informaré por Instagram...

»¿Qué estaba diciendo? Ya he vuelto a perderme. ¡No, ya está! —Chasqueo los dedos—. No sé quién ganará el concurso, eso es lo que estaba diciendo, pero os puedo adelantar que estos once meses me han cambiado por dentro y que mi visión del mundo ha cambiado conmigo, así que ya puedo afirmar —redoble de tambores— que no creo que todos los hombres de este país sean unos cretinos, creo que son eso, hombres capaces de cosas —estoy *on fire* con esta palabra hoy—, algunas maravillosas y otras horribles, y que de nosotros depende decidir cuáles toleramos y cuáles queremos que se queden en nuestra vida.

»Dicho esto, y antes de que me ponga a filosofar y vosotros os deis de baja del canal, vamos a hablar del chico de noviembre. Julián al igual que yo, aunque por circunstancias muy distintas, cambió completamente de vida hace un tiempo. Habéis visto el castillo en mis fotos y encontraréis más información sobre él y sobre el pueblo en el número de este mes de la revista. Julián es uno de los hombres más valientes y al mismo tiempo más cobardes (lo siento, Julián) que he conocido este año y por eso es también uno de los más humanos y más sinceros. Tener miedo no es malo, significa que somos conscientes de que podemos resultar heridos. Aferrarte a lo conocido tampoco es malo, siempre y cuando eso no te impida seguir adelante. Con Julián he aprendido que todos tenemos una balanza interna y que, cada vez que tomamos una decisión, ponemos paquetitos en un lado o el otro de esa balanza. Él me ha enseñado a

valorar la constancia, me ha enseñado que nunca es tarde para cambiar de rumbo y tomar otro camino y espero que él, que ya lo hizo cuando cambió de trabajo, vuelva a hacerlo. Ha sido un verdadero placer conocerte y pasar estas semanas contigo, rey Arturo, tu castillo es precioso y espero que lo salves y que te salves a ti también. Y, si necesitas la ayuda de una doncella, no dudes en pedirla.

»En cuanto al chico de diciembre, qué nervios, creo que voy a llorar. ¡Es el último chico del calendario! Lo elegí hace unos meses y lo cierto es que, aunque me puse en contacto con él enseguida, por motivos de agenda, no ha podido ser chico de calendario hasta ahora, y este diciembre lo pasará con nosotros. O yo con él, mejor dicho. Vive en Vitoria, se llama Aitor y es médico de Médicos Sin Fronteras. Buena elección, lo sé. —Guiño un ojo—. Aitor no se presentó por voluntad propia a nuestro concurso, fueron sus compañeros de Papúa Nueva Guinea quienes se enteraron de nuestra existencia y decidieron que tenían que escribirme y hablarme de él. No puedo adelantaros más, tenéis un mes por delante para conocerle, solo diré que le apodan «El Santo» y que me alegro de que pase las navidades en Vitoria y no en alguna isla del Pacífico.

»Sed felices, nos vemos en el próximo vídeo y no os olvidéis de seguirme por las redes y de ayudarme a elegir qué chico será el ganador de *Los chicos del calendario*. Adiós.

Lanzo un beso y me quedo sentada, incapaz de moverme.

Acabo de grabar el vídeo del penúltimo chico del calendario. El penúltimo. Creo que hasta este instante no era consciente de lo que estaba haciendo. Virgen santa, estamos en noviembre. El año está a punto de acabar y *Los chicos del calendario* llegan a su fin.

—Estás pálida. —África está guardando la cámara. Abril está fuera de Barcelona, en casa de Manuel (sí, esta historia también tengo que contárosla algún día. Pronto, lo prometo)—. ¿Necesitas algo? ¿Voy a buscarte un vaso de agua?

—No, estoy bien. Gracias. Es solo que me he dado cuenta de que es el vídeo del penúltimo chico...

—Sí, el tiempo pasa muy rápido y me imagino que algo como *Los chicos del calendario* puede generar vértigo.

—No puedo creerme que dentro de un mes todo esto haya acabado.

—Pues ojalá no acabe, ¿no? A mí, y hablo solo como seguidora de *Los chicos* y no como fotógrafa de *Gea*, me encantaría que siguiera.

En la reunión con dirección —no puedo evitar sonrojarme cuando veo a Salvador porque me lo imagino sin traje y en la ducha—, Sofía, Jan y Vanesa me ponen al corriente de las diversas acciones que vamos a llevar a cabo este mes para celebrar que es diciembre y que la gran final del concurso se acerca.

—No sé si me gusta llamarlo *la gran final* o utilizar palabras como *ganador*, parece que esto no haya sido más que el Gran Prix, pero con chicos y no con pueblos —les digo.

—Entiendo que no quieras compararte a Ramón García, pero ¿cómo quieres que llamemos al ganador de *Los chicos*?, ¿el tributo?, ¿el elegido? —me pregunta Sofía.

—No, tienes razón, suena muy distópico y, aunque estamos mal, me gusta creer que no ha llegado el fin del mundo tal como lo conocemos.

—Tal vez podríamos llamarlo «el chico del calendario» y ya está, sin utilizar la palabra *ganar* —sugiere Jan.

—Mmm, me gusta la idea —acepto—. Y me gustaría que las personas que nos siguen en las redes pudieran votar de alguna manera, que estén implicados en el proceso.

—¿Y dejarás que ellos elijan al chico del calendario? —Vanesa me mira intrigada—. Porque eso desvirtuaría un poco el espíritu de *Los chicos*, pienso yo.

—No, lo elegiré yo, pero quiero que nuestros lectores den su opinión.

—Ya tenemos pensado realizar encuestas en la web de la revista y en el canal de Youtube y varios de nuestros patrocinadores están impacientes por colaborar.

—¿Y los libros? —pregunta Sofía—. Dentro de poco tiene que salir el segundo, ¿cómo lo llevas? El señor Barver, me refiero a tu padre, Salva, lleva semanas sin aparecer, pero ten por seguro que tiene a gente pendiente del tema. Siempre lo hace cuando decide *participar* en algún proyecto. —Sofía es elegante y elige las palabras con cuidado, aunque es evidente que sabe o como mínimo sospecha que el padre de Salvador puede causarnos problemas.

—Casi está terminado, me faltan unos capítulos, pero espero que diciembre sea más tranquilo que noviembre y acabarlo pronto. Le entregaré el manuscrito a

Salvador en unas semanas.

Se me forma un nudo en el estómago solo con pensar en qué pasará cuando Salvador lea febrero, marzo y abril, en especial abril, pero me gusta creer que ahora nuestra relación es lo bastante sólida para hablar de ello y superarlo. Es nuestro pasado, no lo cambiaría aunque pudiera, porque nos ha convertido en lo que somos ahora, y es difícil, eso está claro, y también maravilloso.

Termina la reunión, yo me voy con Vanesa un rato para acabar de concretar temas prácticos y después subo en ascensor hasta la última planta. Esta vez no he coincidido con Sergio, está de viaje buscando más pruebas contra el padre de Salvador por si este decide volver a entrometerse. A Pablo tampoco le he visto, me imagino que está ocupado en la universidad o *hackeando* el Pentágono, con él nunca se sabe. Espero verle pronto, me imagino que en Navidad estará con sus padres en Puigcerdá y que Salvador y yo también iremos. No voy a mentiros, se me hace raro hacer esta clase de planes de pareja, tal vez por eso de momento solo los susurro en mi cabeza.

El chico de diciembre, Aitor, me dijo de entrada que él no iba a estar disponible a partir del veintitrés de diciembre y que, si eso era un problema, entendía que no lo eligiéramos como candidato y que nos decantásemos por otro. En su momento lo hablé con Salvador y a los dos nos pareció bien que *Los chicos* se tomasen una especie de vacaciones por Navidad. Eso significa que mañana mismo me voy a Vitoria; dado que a Aitor ya le faltarán unos cuantos días por detrás, no puedo llegar tarde. He hecho esto diez veces, tendría que estar acostumbrada, pero esta vez de verdad que no quiero marcharme. Salvador y yo estamos en un momento mágico, no dejo de pensar que, si me voy y me alejo, sucederá algo malo que lo estropeará.

Llego al despacho, no cuento con encontrar a Salvador, él también tiene mil cosas que hacer hoy, pero aquí está, sentado tras su ordenador y con esas gafas que me derriten las neuronas puestas. Ahora que lo pienso, casi todo lo relacionado con él me derrite las neuronas.

—Es injusto que precisamente hoy saques la artillería pesada —me quejo al entrar.

—¿La artillería pesada?

—Las gafas, sabes que no puedo decirte que no cuando las llevas puesta.

Sonríe y sí, me tiemblan las rodillas, aunque creo que consigo disimularlo. Tampoco es plan que él sepa de golpe todas mis debilidades.

—No lo sabía. —Ensancha la sonrisa—. Pero gracias por decírmelo. A partir de ahora las llevaré siempre encima.

Cierro la puerta a mi espalda y camino hasta la ventana. Hoy el día está algo nublado y la ciudad parece fría desde aquí arriba.

—No quiero irme —confieso—. Sé que suena fatal y que quedo como una desagradecida, pero no quiero irme.

—Es el último mes.

—Lo sé. Por un lado, no quiero que se acabe, tengo miedo de lo que sucederá después. —Estoy hablando dándole la espalda—. Y por otro estoy impaciente porque empiece el nuevo año.

Oigo que aparta la silla y que camina y, tras unos segundos, su reflejo se insinúa en la ventana al lado del mío.

—Los cambios siempre dan miedo y, para que conste, yo tampoco quiero que te vayas.

—Al menos estaré aquí en Navidad.

Él se me queda mirando, ya en enero, cuando nos conocimos, tenía la sensación de que Salvador podía ver dentro de mí. Ahora lo sé con certeza.

—Estás preocupada, algo te ronda por la cabeza, ¿de qué se trata, Candela?

No era consciente de que en realidad había venido al despacho con la esperanza de encontrarle y poder hablar de esto y sin embargo ahora siento que es lo que debo hacer.

—En enero, cuando *Los chicos del calendario* terminen, dejaré *Gea* y *Olimpo*. —Me giro hacia él, tengo toda su atención y sé que esperará a que le haya explicado mi decisión—. Quiero escribir o al menos intentarlo y no quiero quedarme aquí y ser *tu novia*. Aunque tú no me trates así, sabes que habrá gente que lo hará y no quiero que nuestra relación tenga que pasar por ello.

—No me parece justo para ti que te vayas para ponerles la vida más fácil a los demás. Si hay alguien a quien le molesta que mi pareja trabaje aquí, que se aguante.

—No es solo eso, Salvador. No es por el qué dirán. Antes de que nacieran *Los chicos del calendario* era infeliz con mi trabajo. No me gustaba escribir artículos

sobre colonias, signos del zodiaco o trucos para mantener a tu novio interesado en ti. Quería dejarlo, tendría que haberlo dejado, pero no me atrevía.

—¿Y ahora sí?

—Sí, ahora sí. No sé exactamente qué pasará conmigo profesionalmente hablando, pero gracias a estos meses sé que no quiero escribir artículos como los de antes. Quiero escribir, llevo meses tomando notas y quiero ver hasta dónde puedo llegar. Tengo intención de ponerme con ellas en cuanto termine los libros de *Los chicos del calendario*. Tal vez serán un desastre, pero quiero intentarlo y no quiero que me publiques tú porque en enero dijiste que lo harías. Solo lo dijiste para convencerme de que aceptase hacer *Los chicos del calendario*.

—Estaba desesperado.

—Seguro.

—Lo estaba. ¿Por qué no quieres que te publique yo?

—No estaría bien, al menos de momento. Quiero hacer esto sola, ser un desastre yo sola.

Me acaricia el rostro con una mano.

—No serán un desastre. Me alegro de que sepas qué quieres hacer y que estés dispuesta a luchar por ello. Te echaré de menos aquí, no negaré que me gusta verte a pocos metros de mí y poder escaparme contigo, pero entiendo que necesitas estar en otra parte.

—Gracias.

—No me las des, cuenta conmigo para lo que sea. Lo único que quiero es estar a tu lado.

—Hoy no podías portarte como un cavernícola idiota, nunca hace lo que toca —me quejo en medio de una sonrisa acompañada de lágrimas—. Tienes que dejar de hacerme llorar.

—De acuerdo.

Se agacha y me besa y efectivamente dejo de llorar.

—¿Podemos irnos a casa? —le pregunto—. Si mañana tengo que irme, no quiero quedarme aquí.

—Podemos irnos a donde quieras. El trabajo que tengo no se irá a ninguna parte y creo que después del vídeo y de la reunión podrán apañársela sin nosotros.

—¿Has visto el vídeo?

—Claro. —Otro beso—. Eres demasiado buena hablando de Rubén, aunque supongo que en el fondo tengo que estarle agradecido porque gracias a su Instabye por fin hablé contigo y te conocí.

—Todavía no me creo que no te atrevieras a hablar conmigo, escalas montañas sin arnés y con las manos desnudas ¿y te daba miedo acercarte a mí?

—Aún me lo da, estoy intentando superarlo.

No puedo dormir, más me vale reconocerlo. Estoy en la cama con Salvador y él también está despierto, lo noto en su respiración.

—Dentro de unos días tengo que ir a Londres —dice sin preguntarme si estoy despierta.

—¿Ha sucedido algo?

No quiero sonar preocupada ni alarmada, sé que el tema de su enfermedad sigue creando tensión entre nosotros. Intento entender por qué Salvador no quiere asustarme y por qué le molesta o incluso le duele que le trate como a un enfermo. Nunca le he visto así, aunque si me meto en su piel tengo que reconocer que yo temería lo mismo.

—No, nada. Es la última revisión. Me imagino que me repetirán algún análisis, pero es una visita rutinaria o eso espero.

—¿Quieres que te acompañe? Tal vez podría...

—No, no hace falta. El chico de diciembre ya terminará antes de tiempo, no podemos quitarle más días, y prefiero que mi padre siga sin saber que estamos juntos, que piense que sigues con Pastor.

—No hemos hablado de lo de Víctor. —Tal vez los dos hemos esperado a estar así, a media luz y aletargados por los besos y el sexo—. Vino a verme a Trevejo para avisarme de lo de tu padre y está dispuesto a ayudarnos.

—¿Qué quieres que te diga? Todo sería más fácil si Pastor fuese un cabrón, si ahora se aliase con mi padre e intentase hacerte daño, entonces tendría menos celos.

—Víctor jamás haría algo así.

—Lo sé —admite a regañadientes.

—Y no tienes motivos para estar celoso.

—Los celos no entienden de motivos, Candela. Sé que estás conmigo y sé, porque me lo has dicho, no porque lo entienda o lo vea lógico, que si yo no me hubiese comportado como un idiota no me habrías dejado en enero ni en ningún otro mes o que, de haberlo hecho, no tendría nada que ver con mi enfermedad. Me equivoqué al decidir por los dos y al mantener mi leucemia en secreto y tengo que vivir con las consecuencias, con la imagen de ti y de Pastor en mi mente. Cuando pienso en esa noche de San Jordi o en los días que fuiste a Haro... —Se tensa y su respiración cambia—. Es absurdo, aunque sabía que era culpa mía, que prácticamente te arrojaba a los brazos de Pastor con mis idioteces y mis idas y venidas, una parte de mí pensaba que jamás me cambiarías por él.

—Él nunca te sustituyó, Salvador. —Le beso el tatuaje, está tumbado de lado dándome la espalda—. Y ni tú ni tus idioteces me han arrojado nunca a los brazos de nadie. Fue decisión mía. Solo mía y, sí, reconozco que me hiciste daño, mucho, y que mi orgullo estaba hecho papilla después de tus discursos sobre que no me querías o que solo habíamos sido un polvo. Pero no estuve con Víctor por despecho, o no solo por eso. No es que necesitase un hombre en mi vida y me valieses tanto tú como él. Desde lo de Rubén he cambiado, he aprendido a reconocer quién soy de verdad. Tú y Víctor no sois intercambiables. Insinuar eso nos insulta a los tres. Sí, sentí algo por él, sentí mucho, pero nada parecido a lo que siento por ti. No sé si confesándote esto te haré daño, pero tienes que saber que Víctor nunca fue tu sustituto, fue él. Y, si tú no existieras, si no estuvieras metido aquí dentro, él se habría hecho un hueco. —Entrelazo los dedos de una mano con la suya y la acerco a mis labios y después a mi corazón—. Pero tú lo ocupas todo.

Se queda en silencio y me pregunto si he cometido un error, si tendría que haberme guardado toda esta verdad para mí y no sacarla hasta que la sombra de Víctor desaparezca de nuestra relación. Espero, nunca se me ha dado muy bien, y lo único que hago es besar la piel de su hombro.

—A pesar de que sabía que tenía que hacerlo, nunca he podido soportar que estuvieras con él. Si lo hubieras elegido a él, no sé si habría sido capaz de hacerme a un lado. No habría tenido más remedio que irme a vivir a otra parte porque...

—Nunca le dije que estaba enamorada de él porque habría sido mentira. A ti te

lo dije en enero, lo supe en enero y aunque he dudado de muchas cosas respecto a nosotros, nunca he dudado de que te quiero —le interrumpo y él por fin se gira y en sus ojos veo tantas emociones que me atraganto y no puedo respirar hasta que me besa y con nuestras lenguas y labios nos recordamos que estamos aquí, juntos y que aunque esto nos duela no podrá con nosotros. Salvador se aparta y sujeta mi cara entre sus manos, sé que volverá a besarme y que esta vez las caricias seguirán y perderemos el control. Serán nuestros cuerpos los que se desquiten, los que se recuerden el uno al otro que se pertenecen.

—De todos los chicos que has conocido y han formado parte de tu vida Pastor es distinto. Agradezco que quiera ayudarnos, pero no me pidas que le convierta en mi mejor amigo. Le deseo lo mejor y que encuentre una chica, *su* chica, lejos de aquí.

19

Buenas noticias y malos presentimientos

Podría haber viajado a Vitoria en avión, pero al final decidí hacerlo en tren porque el viaje dura casi cinco horas y las he aprovechado para escribir y dormir un poco. Salvador me ha acompañado a la estación, sé que se supone que estamos evitando que su padre descubra que estamos juntos, lo sé, ¿qué queréis que os diga? ¿Que quería aprovechar hasta el último minuto para estar con él y no pensar en la conversación que habíamos tenido en la cama sobre Víctor? Pues eso.

De momento Salvador no quiere hacer nada más en contra de Barver —se me hace raro llamarlo así, aunque me he dado cuenta de que incluso Salvador se refiere a su padre por su apellido muchas veces y lo llama por su nombre cuando lo tiene delante—. Dice que lo mejor es que sigamos con nuestras vidas sin dedicar ni un solo minuto a un ser tan despreciable. Aun así, le ha pedido a Sergio que siga la pista de dos empresas y de unas cuantas transacciones y por eso este no estaba en Barcelona estos días; está siguiendo el rastro de una cuenta bancaria y por lo que yo sé ha visitado Suiza y ahora está rumbo a Estados Unidos. Espero que encuentre algo gordo, será que soy mala persona, la idea de que Barver padre desaparezca para siempre me hace feliz.

Llego a la estación, Aitor, el chico de diciembre, vendrá a buscarme. Hablé con él hace meses, sonaba serio a pesar de que una vez resuelto el tema de las fechas fue muy amable y aceptó enseguida ser un chico del calendario. Físicamente es alto, quizá el más alto de todos los candidatos, o lo parece en las fotos, y tiene el pelo largo y marrón y la cara que esperas que tenga un médico que está en la otra punta del mundo investigando una nueva vacuna y ayudando en el Tercer Mundo. Voy a intentar explicarme mejor ya que se supone que me

dedico a esto. Mis sobrinas, Lucía y Raquel, a las que este año he echado muchísimo de menos, tienen un juego de cartas que consiste en emparejar caras de personas (son dibujos con rasgos muy exagerados) con perros. Tal y como os estáis imaginando, hay una mujer con cara de francesa que lleva un gorrito blanco que tiene que emparejarse con un caniche. Pues bien, si existiera un juego en el que se tuvieran que emparejar rostros de personas con profesiones, la cara de Aitor es la que elegiríais sin duda para acompañar la tarjeta de «Médico Sin Fronteras».

La cara de Salvador, por poner otro ejemplo, hace trampas. Al menos a mí me lo parece, porque si solo le ves eres incapaz de adivinar qué se esconde detrás de sus ojos negros, sus cejas y labios firmes y esa mandíbula tan terca. Bien podría ser la cara de un poeta (si esto llega al último libro, me pedirá que lo borre) o de uno de esos modelos que utilizan para esas campañas publicitarias intensas, ya me entendéis, esas que logran que te golpees contra una farola cuando andas por la calle.

Víctor tiene cara de leñador, obviamente, y también de científico y de investigador o de escultor atormentado.

Se me da fatal esto.

El tren anuncia su llegada y recojo el cuaderno y el ordenador portátil.

La estación es bonita, tiene ese aire anticuado que me gusta. Me suena el móvil y mientras lo busco por entre los doscientos treinta y siete trastos que llevo en el bolso pienso en Rubén, en el día que llegué a Valencia también en tren y reapareció en plan fantasma del pasado. Sería muy surrealista que volviese a ser él.

No lo es, pero el nombre que leo en la pantalla también me sorprende.

—¿Abril?

—¡Hola, Cande!

—¡Hola!

—No vas a creerte dónde estoy —me dice feliz. Yo sonrío porque se me contagia.

—No puedo creerme que esté hablando contigo, tenía entendido que estabas fuera.

—Y lo estoy, pero resulta que Manuel tiene una tía que tiene una casa de

campo o de montaña, no me aclaro cómo la llaman, y hemos decidido visitarla y pasar aquí unos días.

—Vaya, me alegro de que estés conociendo a la familia.

—No te rías de mí, tengo que contarte tantas cosas.

—Sí, ojalá podamos vernos pronto, ¿dónde pasaréis la Navidad?

—Aún no lo sé, pero ¿qué te parecería vernos mañana, pasado o cualquier día de la semana que viene?

—Me encantaría, no sabes cuánto, pero estoy en Vitoria. —Me imagino que está desconectada del trabajo y se le ha olvidado.

—¡Yo también!

El grito que se me escapa consigue que dos o tres personas de la estación se giren a mirarme. Todavía no he visto a Aitor, estará esperándome fuera, y aprovecho para disfrutar de la buena noticia.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿De verdad podemos vernos? Tenemos que ponernos al día, yo también tengo que contarte muchas cosas.

—Aún no sé dónde está exactamente la casa de la tía de Manuel, te llamo cuando lleguemos y nos organizamos. ¿Te parece?

—Claro. Yo tendré que venir con el chico del calendario, todavía no le conozco, aunque es médico, así que probablemente podrá compartir batallitas con Manuel.

—Tú ven con quien quieras y ellos dos o los que sean ya se apañarán mientras tú y yo nos ponemos al día.

—Está bien. Vale. Llámame. Voy a ver si encuentro a Aitor, me has pillado justo cuando bajaba del tren y prácticamente aún estoy en el andén.

La llamada de Abril ha conseguido echar el cansancio de la noche anterior y los nervios que se instalan en mi estómago cada vez que estoy a punto de conocer al chico del calendario de cada mes. Y este mes es peor, es el último. El último chico, el último mes, la última ciudad. No tengo ni idea de qué voy a decir en el último vídeo y estoy muy lejos de saber qué chico va a ganar el concurso.

Lo peor de todo: sé que he cambiado de opinión sobre los hombres, pero ¿he cambiado de opinión o he cambiado yo? ¿Este cambio ha sido gracias a los chicos, a todas las personas que he conocido estos meses, o yo ya era así y ahora

me he atrevido a mostrarlo?

Hablar con mi mejor amiga, oír la felicidad que escapa de ella igual que una botella de cava al descorcharla me ayuda a aparcar todos estos pensamientos y a centrarme únicamente en lo que tengo que hacer ahora: conocer a Aitor en persona y vivir un mes de diciembre que sin duda va a marcar mi nueva vida.

Camino decidida hacia la salida. Estoy impaciente.

Aitor es alto, tiene barba y el pelo castaño llega a sus hombros, pero no parece que haya decidido llevarlo largo, hay algo descuidado en el corte, diría que simplemente lo ha dejado crecer y que se lo cortará un día cualquiera cuando pase por delante de una peluquería. Tiene la cabeza agachada, está tecleando algo en el móvil y en la muñeca lleva unas pulseras de cuero. Guarda el teléfono y, al escudriñar hacia delante, me encuentra y sonrío levemente.

No parece alegrarse demasiado de verme, no digo que tenga que recibirme con flores o con una banda de música, pero reacciona con la misma efusividad que si estuviese recogiendo un paquete y no un ser animado con el que va a compartir las próximas semanas de su vida.

—Hola, Aitor. —Le sonrío, tal vez sean imaginaciones mías. No todo el mundo es efusivo, es incluso normal mostrarse reservado el primer día que conoces físicamente a alguien—. Gracias por venir a buscarme.

—De nada, me parecía lo correcto, al fin y al cabo, vamos a pasar estos días juntos.

Tengo la sensación de que estoy en una entrevista de trabajo y me obligo a sonreírle, no quiero que diciembre resulte ser una formalidad.

—Sí, es verdad, pero gracias de todos modos por venir. ¿Te importa que nos saque una foto aquí en la estación?

—Por supuesto que no. Cuando hablamos por teléfono me explicaste que las fotografías formaban parte de mis obligaciones como chico del calendario.

—No sé si lo definiría como *obligaciones* —le interrumpo, realmente no me gusta lo más mínimo la palabra.

Él asiente, interpreto que acepta mi discrepancia, y sigue hablando. También se pone a caminar y no me toca más remedio que seguirle. No se ofrece a llevarme la maleta, no me importa, obviamente puedo ocuparme perfectamente de ella, aunque me sorprende tal falta de caballerosidad. No todos los chicos del

calendario han venido a buscarme el día de mi llegada, Víctor, por ejemplo, ni siquiera me abrió la puerta de su casa el primer día, pero la frialdad de Aitor es rara. Doy unos pasos y al oírle hablar me corrijo, no es frialdad, es formalidad.

—El dossier que me hizo llegar el departamento legal de *Gea* y el correo explicativo de la señorita Bermejo describían perfectamente las peculiaridades que entraña ser un chico del calendario. Las acepté el día que firmé dichos documentos y los envié de regreso a Barcelona, no debes preocuparte por mí, puedes hacer las fotos que necesites.

Tengo que morderme la lengua para no responder con un «Señor, sí, señor». Él tampoco parece esperar que le diga nada, tiene la misma cara que un conferenciante o un profesor que acaba de soltar el típico discurso del primer día de clase. Se detiene delante de un coche negro.

—Es de alquiler —me explica—, yo no tengo vehículo propio, no me compensa. Apenas estoy aquí un mes al año.

—Sí, supongo que así es más práctico.

¿Qué estoy diciendo? ¿Qué le pasa a este chico? ¿Voy a pasarme las próximas semanas con este estirado? Cuando hablé con él por teléfono pensé que era serio y que probablemente mi historia le sonaba a un cuento chino viviendo como vive en Papúa Nueva Guinea, pero creí que en persona sería distinto, más cercano.

«No te precipites, Candela, recuerda que las primeras impresiones pueden ser muuuy equivocadas.»

—Vanesa te reñiría si supiera que la has llamado *señorita Bermejo*.

No sonrío, ni siquiera levanta un poquito el labio.

—Lo tendré en cuenta si alguna vez hablo con ella.

Abre el maletero y se ocupa él de levantar mi maleta y guardarla allí con suma eficiencia. No sé si ha sido educado o si ha pensado que yo no la colocaría bien. No quiero preguntárselo, voy a seguir intentando llevar esta primera conversación hacia un entorno más amigable.

—Estoy casi segura de que lo harás. —Me mira intrigado o eso creo yo—. Aún no tenemos todos los detalles perfilados, pero *Gea* y Olimpo van a organizar una fiesta cuando *Los chicos del calendario* llegue a su fin y seguro que ella, Vanesa, la señorita Bermejo, estará allí. Y tú también, obviamente, eres el chico de diciembre.

—Ah, entiendo. Entonces me aseguraré de saludarla y darle las gracias por sus correos.

Tanta formalidad conseguirá que me tire de los pelos.

—¿Por qué aceptaste ser chico del calendario? —suelto a bocajarro, es diciembre, la paciencia, si es que la he tenido en algún momento, se me ha agotado y si este chico va a tomarse esto como si fuese un trámite larguísimo con Hacienda es mejor que lo averigüe ahora. Tal vez estoy a tiempo de llamar al otro candidato, por descabellado que parezca.

Ni la pregunta ni el tono impaciente o sorprendido con que la he hecho parece sorprenderle o molestarle. Sigue conduciendo relajado, sin acelerar y sin ir demasiado despacio. Estoy segura de que cumple con todas las normas de tráfico. Nos detenemos en un semáforo y empieza a hablar.

—Habría sido una tontería negarme y mis compañeros de trabajo se habrían molestado. Además, la publicidad nos irá bien.

—Deduzco que tú ni siquiera habías oído a hablar de *Los chicos del calendario* antes de que ellos te presentasen como candidato.

—Sabía que existían, había oído alguna que otra conversación en la que hablaban de vosotros, pero no, no conocía los detalles.

—Así que no hay nada de este proyecto que a ti te llame personalmente la atención —deduzco y él no intenta corregirme—. Solo has aceptado porque crees que puede seros útil y porque no querías quedar mal con tus compañeros de trabajo.

—¿Te molesta? ¿Importa el motivo por el que esté aquí?

Me quedo pensándolo. Sorprendentemente, sí me molesta. Me molesta que él no muestre ningún interés por *Los chicos* y me molesta no haberle hecho esta pregunta hace unos meses. Podría haber elegido a un chico de diciembre al que como mínimo le hiciese ilusión ser candidato.

Ante mi silencio Aitor vuelve a tomar la palabra.

—¿Va en contra de las normas?

—No. —Estoy más enfadada conmigo que con él. Soy una idiota. A todos los candidatos les he preguntado siempre por qué estaban dispuestos a ser chicos del calendario y con Aitor se me pasó. Me froto la frente, fue a finales de primavera y no hace falta que recordemos cómo era mi vida entonces, pero eso no es

excusa—. No va contra las normas. Pero no sé si quiero terminar el año con alguien a quien no le importa todo esto. No te ofendas.

—No me ofendo.

—Tal vez aún estemos a tiempo de hacer algo, de llamar al siguiente chico de la lista. Es Navidad, así que tenemos la excusa perfecta y, si no, tu trabajo también puede servirnos —improvisó.

Él arruga las cejas. Es la primera reacción espontánea que descubro en su rostro desde que he llegado y decido guardar silencio y esperar.

—¿Sabes cómo me llaman mis compañeros? «El Santo».

—Sí, lo sé, lo explicaban en la carta donde te proponían como chico del calendario.

—Es el peor apodo del mundo —afirma casi enfadado—. El apodo más estúpido y equivocado del mundo. Empezaron a llamarme así durante el MIR, en mi último año de residencia se corrió la voz de que yo siempre estaba dispuesto a trabajar los fines de semana, puentes, Navidad, ya sabes. No sé cómo el maldito nombre se vino conmigo a Médicos Sin Fronteras, me imagino que alguien conocía a alguien, no sé, el mundo es mucho más pequeño de lo que parece.

—Hay apodos peores: el culebra, el sapo, el piraña.

Sonríe durante un segundo, aunque enseguida recupera la seriedad.

—Al principio no me molestaba tanto —sigue—, pero desde hace un tiempo, sí.

—¿Por qué?

—Dicen que siempre me sacrifico por los demás, que mi vocación es incuestionable e inacabable.

—¿Y no lo es?

Suelta una carcajada, en realidad parece habersele escapado pues se pasa una mano por el pelo y sacude la cabeza.

—Ya hemos llegado. —Detiene el coche delante de la puerta de un garaje—. No sé por qué te he contado esto. Será mejor que lo dejemos.

—De acuerdo.

Entra el coche y, tras unas cuantas maniobras, lo deja aparcado y apaga el motor. Baja y se dirige al maletero. Yo también abandono el vehículo. Si me

conocéis sabéis que no quiero dejarlo, que quiero preguntarle de qué diablos está hablando e insistir en lo de buscar un sustituto para diciembre, pero accedo a su petición por dos motivos.

El primero es que por fin he aprendido a esperar, o eso creo, y sé que no puedo presionar a alguien que acabo de conocer e interrogarle cual agente de la C.I.A.

El segundo es que la actitud de Aitor me produce el mismo efecto que una tiza chirriando en una pizarra: un escalofrío. Recuerdo una teoría de Abril sobre estos escalofríos, dice que son la avanzadilla de los malos presentimientos y que tendríamos que hacerles más caso. Eso es la intuición ¿no? Y mi intuición me dice que espere, así que espero.

Vuelve a sonarme el teléfono y lo busco en el bolso. Este último mes voy a vivir con el chico del calendario. Después de que aceptase ser el candidato de diciembre, me explicó que podía vivir con él, que en su ático había sitio de sobra y, a juzgar por el vestíbulo tan espectacular del edificio en el que hemos entrado, no exageraba.

Abre la puerta del ascensor y, al ver que tengo la cabeza agachada en busca y captura de mi teléfono que no deja de sonar, me dice:

—Voy subiendo, no te preocupes. Te espero arriba.

Tal vez tendría que ir con él, pero la verdad es que quiero averiguar quién me está llamando. Salvador puede estar buscándome... el nombre que aparece en la pantalla no es el suyo y tampoco el de Abril para decirme que esta noche vamos a cenar porque ha decidido adelantar nuestro encuentro.

—¿Tori?

Le di mi teléfono a la hermana de Víctor cuando nos vimos en mayo, pero nunca lo ha utilizado. Hasta ahora.

—¡Cande!

Ella suena contenta, completamente ajena a mi estupefacción.

—Hola.

—¿Sabes que estás a media hora de aquí?

—¿Lo sé?

—Sí, creo, bueno. Supongo que lo sé —farfullo sin demasiada coherencia—. Lo sé, pero no me había dado cuenta.

Por suerte Tori no señala lo pésima que es mi lógica y se ríe relajada. No sé

qué le ha contado Víctor. Mierda. No quiero meter la pata, solo me faltaría meterle en problemas con su hermana. Entonces seguro que no haremos nunca las paces.

—Pues lo estás y me parece horrible que no me hayas dicho nada. Si no fuera porque te sigo en Instagram, no me habría enterado.

—Lo siento. Habría acabado dándome cuenta y te habría llamado. —Me sorprende a mí misma descubrir que es verdad. Me gusta Tori y quiero volver a verla, a ella y a la pequeña Valeria.

—No te preocupes. Sé que estás muy ocupada, así que nosotros nos adaptamos a tu agenda. Dime qué día podemos vernos.

—Deja que me centre, ahora mismo acabo de dejar plantado al chico de diciembre. Estoy en el portal de su casa y él me ha subido la maleta. Hablaré con él y te llamo. Tengo muchas ganas de volver a veros.

—Entonces espero que me llames y me des instrucciones. No tardes demasiado, Cande, o aparecemos por sorpresa en Vitoria.

—No tardaré. Lo prometo.

Tori se despide, oigo a Valeria en el fondo riéndose con su padre. Estoy a punto de guardar el teléfono en el bolso cuando decido ponerme a escribir un mensaje:

«ESTOY EN VITORIA, EL CHICO DE DICIEMBRE ES DE AQUÍ. TU HERMANA ME HA LLAMADO PARA VERNOS. ESPERO QUE ESTÉS MUY BIEN».

No sé por qué doy por hecho que no va a contestarme o que ni siquiera va a leer el mensaje (que suena mal entre nosotros, demasiado frío y formal), pero el móvil me vibra en el bolsillo justo al entrar en el ascensor.

«SI QUEDÁIS LA SEMANA QUE VIENE, YO TAMBIÉN ESTARÉ ALLÍ.»

—Abro (otro) paréntesis—

20

Salvador

Londres, Pablo y la jodida realidad

He dormido muy pocas noches en casa de Candela, bueno, seamos sinceros, dormir, lo que se dice dormir, creo que no he dormido nunca. ¿Por qué voy a querer cerrar los ojos y perder la conciencia si ella está a mi lado? Joder. Mierda. No puedo creerme que esté pensando así.

Sonrío.

No puedo creerme que me esté sintiendo así.

Joder.

Probablemente esté exagerando. Estoy exagerando, claro. Cuando paso la noche con Candela algo duermo. Me deja exhausto.

Mierda. Me dolerán las mejillas de tener cara de idiota.

Además, tengo que dejar de pensar en ella o tendré verdaderos problemas para conducir la moto hasta mi casa. Tengo las llaves de su apartamento, insistió en que me las quedase y no pude resistirme. De hecho, creo que si ahora mismo alguien intentase atracarme y quisiera arrebátarmelas tendría que matarme.

Este último pensamiento me inquieta por más de un motivo.

El primero, mi nivel de cursilería pasa ya de lo razonable. Vuelvo a sonreír. ¿Y qué? Nunca había sido tan feliz, al parecer, después de una infancia fría y de una adolescencia aún peor, exceptuando cuando apareció mi hermano Pablo en mi vida, y de haber decidido mantenerme alejado de todo el mundo por mi enfermedad, soy un jodido romántico.

Mi risa suena por el interior del casco que llevo puesto.

El segundo motivo por el que me inquieta descubrir que estaría dispuesto a defender las llaves del piso de Candela con mi vida es que mi vida puede estar

más en peligro de lo que le he permitido creer a ella. No quería mentirle, desde que se fue no he dejado de repetirme a mí mismo que en realidad no le mentí. Técnicamente le dije la verdad: voy a Londres a hacerme unos análisis rutinarios.

Me detengo en un semáforo y me planteo de nuevo la posibilidad de cambiar de dirección e ir a su apartamento. No hemos hablado de vivir juntos, siento que aún no puedo pedírselo, antes necesito saber qué le estoy ofreciendo realmente. Ella tampoco me ha dicho nada en ese sentido, aunque insistió en que me llevase las llaves y en que podía ir allí siempre que quisiera. No la culpo por no haber sido más concreta, nuestra relación ha superado muchos obstáculos y, después de lo que le he hecho durante estos meses, entiendo que se sienta insegura o que tal vez no quiera compartir de momento su vida conmigo.

No me gusta reconocerlo, pero lo entiendo. Entiendo que sea cauta y que, a pesar de apostar por nosotros, de estar a mi lado, quiera esperar.

Joder.

Esperar implica que necesita tiempo. Una pareja, crear una vida más allá de *Los chicos del calendario*, de los problemas que nos ha causado mi querido padre y de Pastor —aprieto el manillar sin darme cuenta— requiere tiempo... un tiempo que tal vez yo no tenga. O no tenga tanto como quiero.

Mierda.

El semáforo cambia de color y yo de dirección. No voy al piso de Candela, creo que si voy allí sin ella perderé el control y la llamaré y le contaré todo esto por teléfono y ella no se merece que le haga algo así. Sería muy egoísta y cruel de mi parte. Candela se merece terminar con *Los chicos* a su manera, conocer este último candidato, pasar unos días con Abril. Sonaba tan contenta cuando me lo ha contado que yo ahora no puedo llamarla y soltarle sin más que tal vez los resultados de las pruebas que me harán en Londres no serán tan buenos como le di a entender la mañana que se fue a Vitoria.

Estos análisis los tenía programados para dentro de unos meses, pero hace unos días me llamó uno de los médicos de Londres y me dijo que una de las muestras de los últimos controles no estaba clara. Me pidió que repitiese unos análisis aquí, en casa, porque yo le dije que no podía volar hasta allí, y unos días más tarde volvió a llamarme y me dio cita para diciembre.

«No podemos esperar más. Tenemos que repetir esas pruebas, de lo contrario no estaríamos a tiempo.»

Tiempo.

Al parecer siempre va en mi contra.

Le agradecí al doctor su sinceridad, él insistió en que no pensase lo peor, pero no me pasó por alto que no me dijo que no tenía de qué preocuparme. Estos días, desde que recibí esa llamada, he estado escuchando a mi cuerpo como nunca lo había hecho. Si estuviera muriéndome, lo sabría. Sé que lo sabría. Es psicología barata, un consuelo que me he creado porque la otra opción me veo incapaz de aceptarla. Cuando tenía dieciocho años no quería morir, pero tampoco tenía muy claro por qué quería vivir o qué iba a hacer con el resto de mi vida.

Ahora es distinto y me niego a creer que, cuando por fin sé qué hacer con mi vida, con todos los días que me quedan, esta jodida enfermedad vuelva dispuesta a arrebatármelos.

Hay tráfico, es lógico en estas fechas, la gente empieza a comprar sus regalos navideños. Tardo más de lo habitual en llegar y mi cerebro insiste en que es imposible que mi cuerpo esté enfermo. Tiene que haber un error, o se han equivocado en la clínica, o se trata de un efecto secundario de la reacción alérgica que tuve en verano y no lo han detectado hasta ahora. Nada más.

Aparco la moto y me quito el casco mientras toco el timbre.

—¿Sí?

—Soy yo, abre.

—¿Yo? ¿Y puede saberse quién es *yo*?

—Soy yo, Pablo, Salvador.

—¿Qué Salvador?

Sonrío, pero finjo estar enfadado cuando contesto.

—Tu hermano mayor. Ábreme de una vez.

—¿Y cómo sé que eres tú?

—Abre de una vez o cuando volvamos a jugar a ese videojuego que te gusta te machacaré.

—Ja, como si pudieras hacerlo.

—Puedo.

—Te abro porque no quiero que te resfríes, vejestorio.

Pablo vive ahora en el que fue mi primer apartamento, se mudó este verano, y no puedo evitar sentir cierta añoranza al cruzar la puerta, aunque él ha cambiado muchas cosas —yo no tenía ese televisor tan grande y con un ordenador me bastaba—. Me siento como si viajara en el tiempo. Joder, ¿cuándo he empezado a sentirme mayor?

Sé la respuesta, cuando volví a ponerme enfermo en diciembre del año pasado. Hasta entonces creía que había vencido para siempre esta enfermedad.

—Hola, Pablo —le saludo cuando él me abraza y aprieta entre sus brazos. Pablo es un poco más bajo que yo y tiene la espalda menos ancha, pero debido a la recuperación que tuvo que hacer cuando le amputaron la pierna, y que sigue haciendo, creo que podría partirme por la mitad con la fuerza de sus bíceps. Aunque no vamos a decírselo, a su ego no le hace ninguna falta.

—Salva. —Me suelta—. ¿Qué te trae por aquí? Creía que no habíamos quedado hasta el viernes para comer juntos.

Mi hermano y yo decidimos hace tiempo que pasara lo que pasara, y a no ser que uno de los dos tuviera circunstancias atenuantes, comeríamos juntos todos los domingos, pero cuando a finales del año pasado volví a ponerme enfermo mi hermano decretó que también nos veríamos los viernes. Ha habido momentos en que los dos probablemente nos habríamos arrancado los ojos o algo mucho peor y sin embargo siempre hemos mantenido esta tradición.

Él es la única familia que tengo de verdad. Él y mi madre, y Luis, claro, pero ella pasó un verdadero calvario con mi padre y no quiero volver a arrastrarla hacia allí, se merece ser completamente feliz con Luis y con Pablo.

—¿Qué tal está Cande? —me pregunta Pablo y yo sonrío y pienso que ella ahora también es mi familia, quizá incluso mucho más que eso.

—Candela está bien, lleva unos días en Vitoria, el último chico del calendario es de allí.

Pablo cierra la puerta y caminamos hasta la cocina, adivino que él abrirá una lata de Coca-Cola y me preguntará si quiero una.

—¿Ha pasado algo, Salva? No es que no me guste tenerte aquí, pero...

—Pero no suelo aparecer sin avisar. Lo sé. He venido a pedirte un favor.

La postura de mi hermano cambia al instante, deja de estar relajado y tras beber otro trago deja la lata en la encimera y se rasca justo en la rodilla donde

lleva la prótesis. Es un tic. Hoy lleva pantalones cortos, habrá hecho ejercicio antes de que yo llegase, y en mi cabeza vuelvo a dar las gracias porque la noche que sufrió el accidente de moto llegásemos a tiempo de salvarle. David, mi mejor amigo, aún estaba vivo entonces y fue él quien nos puso en contacto con el equipo de Hugh Herr en Boston. Creo que sin David no habríamos conseguido llevar a Pablo allí.

Es más que evidente que la gente que forma parte de mi vida es mucho mejor que yo, excepto mi padre, obviamente, y sin embargo David falleció hace tiempo y a Pablo le falta media pierna y tendrá que llevar esta prótesis robótica toda la vida. Tal vez alguien se ha dado cuenta de lo absurdo de la situación y ha decidido ponerle remedio.

«No, no puedo pensar así. Es absurdo y contraproducente. El destino no existe y, si existiera, seguro que no se dedicaría a joderme.»

—¿Qué favor, Salva?

—Acompáñame a Londres. Unas pruebas han salido mal y el doctor quiere repetírmelas.

Se aparta de la encimera y me mira a los ojos.

—¿Cuándo nos vamos?

—Mañana.

Tengo mucha suerte de que mi madre aceptase casarse con su padre y me tocase él como hermano pequeño.

—Voy a por mis cosas. Pasaré la noche en tu casa y nos vamos juntos desde allí.

Ni siquiera me ha preguntado qué prueba o cuántos días tendremos que estar fuera. Está a mi lado sin importar lo que pase. Me cuesta encontrar la voz.

—Gracias.

—Oh, vamos, vejestorio, no me las des o tendrás que compensarme de alguna manera y sabes que no voy a dejarte ganar —bromea, pero sus hombros siguen tensos y me imagino que no puede evitar preocuparse por mí. En realidad, si la situación fuese al revés, yo perdería los nervios. Lo sé. Es lo que me pasó cuando sufrió el accidente de moto y estuvo a punto de morir en la jodida mesa de operaciones.

—El avión sale mañana a las ocho y tendremos que ir directos a la clínica.

—¿Y cuándo llega Cande, nos encontraremos allí?

—Candela no sabe nada de todo esto.

Pablo se detiene y se da media vuelta.

—Mierda, Salva, ¿en serio? ¿Estás tonto? ¿Acaso no aprendiste nada en verano? Ella tiene que estar allí, no puedes volver a ocultarle que estás enfermo.

—No se lo he ocultado.

Arruga las cejas.

—Acabas de decirme que ella no sabe nada de todo esto.

Tiene razón, mierda, estoy hecho un lío y sé que mi hermano está en lo cierto, ella tendría que estar allí. Sé que la necesitaré.

—Candela sabe que voy a Londres —le explico tras frotarme el rostro—, pero cree que es para un control rutinario.

—Joder, Salva. Dile la verdad.

—No puedo. No sería justo para ella. Candela se merece terminar *Los chicos del calendario* como es debido. Este es su año.

—Eres idiota. Si no fuera porque sé que irías solo, te diría que, si no la llamas y se lo cuentas todo, me quedo aquí y no te acompaño.

—Pero no me lo dirás.

—No, eres mi hermano y, aunque eres idiota y más terco que una mula, te quiero y voy a acompañarte. Pero tienes que prometerme que pensarás en lo que te estoy diciendo: llama a Candela, dile la verdad. Toda la verdad. Ella se merece decidir por sí sola qué quiere hacer.

—Lo pensaré y te prometo que en cuanto tenga el resultado definitivo hablaré con ella. Estoy convencido de que todo esto no es más que un error —suelto el discurso para ver si así consigo creérmelo— o tal vez es un efecto secundario de la medicación. No quiero preocupar a Candela por algo así.

—Está bien, de acuerdo. Voy a por mis cosas.

—Gracias, Pablo.

Él da un par de pasos más hacia su dormitorio, también fue el mío cuando viví allí, pero vuelve a detenerse y a girarse.

—Prométeme que llamarás a Cande sea cual sea el resultado de esos análisis. Tú estabas inconsciente cuando ella llegó a Londres en verano, Salva, yo la vi y no pienso volver a pasar por algo así. Tienes que llamarla y ser sincero con ella.

No espera que le conteste, sabe que no puedo, y media hora más tarde abandonamos su casa rumbo a la mía.

En Londres llueve y hace mucho frío. Nos están esperando en la clínica y el doctor que lleva mi caso nos recibe enseguida y nos encierra en un despacho donde procede a entregarme los resultados de las últimas pruebas y a explicarme con más precisión de la que utilizó por teléfono lo que le preocupa.

—Estos marcadores no están bien, Salva. Han aumentado demasiado rápido.

—¿La leucemia ha vuelto?

—No necesariamente, pero es una posibilidad. Por eso te he pedido que vinieras.

—Pues será mejor que empecemos cuanto antes, ¿no creéis? —pregunta Pablo.

El médico lo mira y contesta:

—Por supuesto.

Nos acompaña a una habitación, por desgracia el pasillo me resulta familiar, y, aunque yo camino en silencio, Pablo aprovecha para acribillar al doctor a preguntas. Por mi culpa mi hermano es una Wikipedia con patas sobre la leucemia y los últimos avances sobre el tratamiento de ese cáncer. Los médicos de esta clínica lo saben y creo que incluso anticipan las visitas de Pablo y sus interrogatorios. No le digo que se contenga, sé que es egoísta de mi parte, pero me da ánimos comprobar que se preocupa por mí.

Nunca es buena señal que tus pruebas tengan prioridad ante las del resto de pacientes o que tus muestras de sangre pasen por delante de las de cualquiera, pero intento no obsesionarme con estos detalles y pienso que cuanto antes reciba estos resultados antes podré poner punto y final a esta pesadilla y llamar a Candela.

—Ahora tenemos que esperar. —Pablo interrumpe mis pensamientos—. Odio esperar.

—Y yo. —Casi consigo sonreír—. Y también odio que me pinchen.

Pablo sí sonríe.

—Ya tendrías que estar acostumbrado.

Está nervioso, pasea de un lado al otro del dormitorio en el que los dos

estamos sentados, uno en el sofá y el otro en la cama, sin saber qué hacer.

—No hace falta que esperemos aquí. Podemos ir a dar una vuelta o pasar por casa, todavía no hemos ido a dejar el equipaje.

—Iré yo. —Se pone en pie de un salto—. Tú quédate aquí y haz algo, no sé, duerme. Llama a tu novia.

—La llamaré más tarde.

—Está bien, cuando Cande te esté insultando dile que yo te lo advertí.

—Lo haré.

—Volveré dentro de un rato, no te vayas a ninguna parte.

—Aquí estaré.

No me ofrezco a acompañarle, los dos podríamos salir de la clínica y volver más tarde. No hace falta que me espere aquí, si estoy fuera me llamarán por teléfono para avisarme de que vuelva. Pero entiendo que Pablo necesita estar solo, lo entiendo perfectamente. Cuando está conmigo finge que este viaje no tiene la menor importancia, que es solo un trámite, y que todo está bien. Dejo que vaya a desahogarse con la excusa de dejar las bolsas en casa. No sé si gritará, si llorará, si jugará una partida del videojuego más sangriento que encuentre y soltará todos los insultos de su repertorio. Sí sé que, cuando vuelva aquí, volverá a estar bien y a sonreírme y a decirme que no pasa nada y que soy un idiota por no haberle contado todo esto a Candela.

Salgo de la habitación y me dirijo a la cafetería; tal vez, si me tomo algo y leo algún periódico cargado de noticias sensacionalistas, el tiempo pasará más rápido. No lo consigo, lo único que he logrado es tener que ir al baño dos veces gracias al té aguado y desquiciarme un poco más con las últimas fotos de la realeza británica. Vuelvo arriba, quizá puedo llamar a Candela, lo he estado evitando porque no quiero mentirle si me pregunta qué tal estoy o qué tal van las cosas por aquí.

—Salva, creía que te habías ido a dar una vuelta. —Me cruzo con el doctor por la escalera.

—Mi hermano ha ido a dejar nuestro equipaje, yo he preferido quedarme. ¿Tiene ya el resultado de las pruebas?

—No, pero no tardarán en entregármelos —asegura tras comprobar el reloj que lleva en la muñeca—. ¿Quieres esperar en mi despacho? Me gustaría hablar

un poco más contigo, lamento mucho que haya sucedido esto.

—No es culpa suya —le digo casi de manera automática. La primera vez que tuve leucemia atacaba constantemente a los médicos que me atendían, creía que eran responsables de lo que me estaba pasando, que eran unos ineptos que no acertaban a curarme. Era un imbécil, vaya—. A mí también me gustaría hablar con usted.

Caminamos hasta su despacho y él me pregunta educadamente por mi madre y Luis y también por la señorita Ríos. Yo apenas sé nada de él, excepto que tiene esposa y dos hijos y también le pregunto qué tal están. Tengo el presentimiento de que, con la clase de trabajo que tiene, no está acostumbrado a establecer lazos de amistad con sus pacientes y le agradezco que conmigo sea algo distinto que con los demás. Hace tiempo que nos conocemos y le he visto interactuar con otras personas, así que sé de lo que hablo.

Llevamos cinco minutos charlando, él me está contando que sus hijos ni locos se plantean estudiar medicina, cuando un enfermero llama a la puerta y entra para entregarle unos sobres.

—Gracias. —El doctor le despide y no vuelve a hablar hasta que la puerta vuelve a estar cerrada—. Son los resultados.

—Ábralos.

—¿No quieres esperar a tu hermano?

De repente comprendo que no, que quiero hacer esto solo.

—No.

—Está bien. —El doctor abre el sobre y lee concentrado—. La leucemia no ha vuelto esta vez. No tienes cáncer.

El aire entra tan rápido en mis pulmones que durante unos segundos me cuesta respirar. El alivio me acelera el corazón y me deja la espalda cubierta de sudor.

—Joder. Lo siento. Gracias a Dios.

El doctor me está explicando a qué responde el crecimiento desmesurado de esos marcadores, una mala combinación de fármacos, otro efecto secundario de la reacción alérgica que tuve en julio. La verdad es que no consigo encontrarle sentido a sus palabras porque hay dos que no puedo dejar de oír en mi cabeza.

«Esta vez.»

«Esta vez.»

—¿Qué quiere decir con esta vez? —le interrumpo—. ¿Quiere decir que volveré a tener cáncer?

El doctor deja los papeles en la mesa y me mira.

—No lo sé.

—Pero es probable. —No sé por qué insisto. Sé perfectamente que la medicina no es magia y que ningún médico posee la verdad absoluta sobre nada.

—Tu cuerpo ha pasado por esto ya dos veces, Salva.

—Está diciendo que tengo muchas probabilidades de tener cáncer.

—Pocas más que yo, Salva, y me temo que ninguna estadística ni ningún estudio puede asegurar que ni tú ni yo lo tendremos.

—Pues a mí ya me ha tocado —afirmo furioso.

—Cierto, y ojalá eso significase que no volverás a pasar por esto, pero como médico no puedo decirte algo así. Tendrás que seguir con los controles toda la vida y, en el caso de que el cáncer vuelva a mostrarse, reaccionaremos con rapidez. Igual que habríamos hecho ahora si estos resultados no hubiesen sido correctos.

«Igual que habríamos hecho ahora.» «Controles toda la vida.»

—Gracias doctor, no sé qué me ha pasado.

—No te disculpes, has pasado mucha tensión y es normal que reacciones. Es comprensible.

—Gracias —repito.

—Ajustaremos la medicación para que estos marcadores vuelvan a su nivel normal y me gustaría repetir al menos uno de los análisis en enero, así nos quedaremos tranquilos durante un tiempo. Después seguiremos con los controles habituales y te veré al cabo de tres meses.

—¿Tres meses?

No puedo respirar y se me retuerce el estómago.

—Sí, si todo va bien, en un año pasaremos a los controles semestrales. ¿Te parece bien?

—Claro —respondo de forma automática.

El doctor se pone en pie y me tiende la mano junto con una mirada afectuosa.

—Me alegro mucho de que las cosas hayan salido bien, Salva.

—Yo también.

Mi alivio es tan palpable que el médico sonríe.

Le estrecho la mano y él me entrega el sobre. Hablamos durante unos minutos más, creo que incluso saca el tema del fútbol y que yo le contesto, a pesar de que sí muy poco sobre el tema, y después nos despedimos.  l está contento, me imagino que, con la cantidad de malas noticias que debe comunicar a diario, lo que acaba de suceder entra en la categoría de buenos momentos del día, pero yo no lo siento así. Me alegro de no estar enfermo, pero el *esta vez* se me ha clavado en las entrañas y me las est  retorciendo cruelmente.

Abandono el despacho, saco el teléfono del bolsillo con intención de llamar a Pablo y decirle que voy hacia la casa que tenemos alquilada, que no hace falta que vuelva aquí. Unos llantos que salen de detrás de una puerta me detienen en seco.

«Esta vez.»

Las personas que hay en esa habitación no han tenido mi suerte y su vez ha llegado.

No puedo hacer pasar a Candela por esto.

21

Salvador

Dejar a Candela o la manera más efectiva de arrancarme el corazón

Al día siguiente, Pablo apenas me dirige la palabra durante toda la mañana y en el taxi de camino al aeropuerto. Los dos volamos de regreso a Barcelona, pero yo no me quedaré en casa, sino que iré a por mi coche y seguiré rumbo a Vitoria.

—¿No piensas hablarme nunca más?

—Lo que vas a hacer es una jodida estupidez, Salva.

—Pero si no sabes qué voy a hacer.

Es cierto, no le he contado nada, solo le he dicho que voy a ir a ver a Candela y él, tras insultarme profusamente, ha dejado de hablarme.

—Sé qué vas a hacer. Lo veo en tu cara.

—¿Y qué ves?

Le estoy provocando, quiero pelearme con él. Una parte de mí, la que ahora está sufriendo, tiene la esperanza de que así el resto entre en razón y cambie de opinión.

—Veo que te has rendido y que estás decidido a comportarte como un jodido mártir. Vas a dejarla, Salva. Vas a dejarla por un montón de tonterías y eso sí que te matará y no el cáncer. Si dejas a esa chica, no vas a querer vivir y la próxima vez que esta enfermedad aparezca...

—¡Por eso mismo lo hago! —El taxista se gira a mirarnos y no tengo más remedio que bajar la voz—. No quiero que Candela pase por eso.

—Tú. —Me mira como si quisiera estrangularme, cierra incluso los dedos hasta formar dos puños—. Tú eres imbécil, Salva.

—Tal vez. Sí, probablemente lo soy. Pero la quiero. Joder. La quiero muchísimo y no quiero... Mierda. —Se me rompe la voz y yo también tengo el

impulso de pegar a Pablo, si nos peleáramos a puñetazo limpio sería menos doloroso—. No quiero verla llorar por mí, Pablo.

—¿¡Y qué me dices de mí!? ¿¡O de ella!? Te has parado a pensar, idiota, que ella o yo queremos estar a tu lado si ese día llega. ¿Y desde cuándo tienes poderes y ves el futuro? Tal vez nunca vuelvas a ponerte enfermo, Salvador.

—No quiero correr el riesgo.

El taxi se detiene y el conductor carraspea antes de decirnos cuánto vale el trayecto. El señor no hablará castellano, pero me imagino que le ha quedado claro que nos estamos discutiendo y que los dos dudamos entre ponernos a llorar o pegarnos.

Le doy el dinero más la propina y mi hermano y yo decidimos recuperar el silencio de antes. Pasado el control de pasaportes, Pablo vuelve a hablar.

—Estás cometiendo un error, Salva, y lo peor es que lo sabes y que vas a hacerlo igualmente.

—Es lo mejor para todos.

Se levanta de la silla en la que se ha sentado cerca de nuestra puerta de embarque y se pasa las manos por el pelo.

—Lo único que evita que te arranque la cabeza es que confío en que Cande te hará entrar en razón.

Candela se pondrá furiosa y no me dejará esconderme, lo sé, y eso hace que aún la quiera más, pero no voy a cambiar de opinión.

—Será mejor que dejemos de hablar del tema, Pablo. No quiero discutir contigo.

—Yo tampoco.

Vuelve a sentarse y saca el móvil del bolsillo como excusa para no hablarme durante un rato.

—Gracias por acompañarme —le digo cuando veo que la gente empieza a ponerse en pie. Tardaremos poco en embarcar y no quiero mantener esta conversación en el avión—. Si hubiese recibido una mala noticia, te habría necesitado a mi lado.

—De nada. —Respira entre dientes y al mirarle encuentro un hombre furioso, mi hermano y mi mejor amigo, una de las personas que más admiro y respeto en el mundo—. Siempre estaré a tu lado. La gente que te quiere siempre estará a tu

lado, Salva. A ver cuándo empiezas a creértelo.

Se pone en pie y en el vuelo a Barcelona los dos fingimos que intentamos dormir. Al llegar a nuestra ciudad compartimos taxi y él se baja primero.

—Llámame cuando estés en Vitoria.

—Lo haré.

Gira sobre sus talones y sacude la cabeza dándome por perdido.

—¡Cambia de opinión, Salva!

Sonrío. Pablo se equivoca al decir que no confío en que la gente que me quiere está a mi lado, cuento con que él estará aquí cuando volveré de Vitoria y con que me ayudará a seguir adelante sin Candela. El taxista me deja en casa, me doy una ducha, básicamente para despejarme, y tras lanzar cuatro cosas en una bolsa de viaje, mi nueva medicación incluida, me subo al coche y conduzco hasta Vitoria. Candela sabe que estoy de camino, la llamé desde Londres para decirle que tenía ganas de verla y, aunque ella detectó algo (sé que nunca podré engañarla), al final la convencí de que lo que me pasaba era que la echaba mucho de menos.

Es verdad, la echo muchísimo de menos. No creo que eso cambie en el futuro, tanto si pasara un milagro y seguimos juntos como si no.

«No tiene que pasar un milagro, idiota, solo tienes que decirle la verdad y estar con ella.» Al parecer la voz de mi hermano aparece en mi cabeza incluso cuando él no está. Genial. El trayecto de cinco horas se me hará más corto si discuto con la voz imaginaria de Pablo en vez de hablar solo.

Estoy perdiendo la cabeza.

Claro que esto no debería de sorprenderme, todo yo estoy del revés desde que Candela entró en mi vida, en mi cuerpo, y no quiero volver a ser el de antes.

No quiero pensar en lo que sucederá cuando llegue a Vitoria, busco uno de mis recuerdos preferidos de Candela. Uno de los reproches de Pablo es que desde el principio me he estado despidiendo de ella, que nunca me he permitido creer que podíamos tener un futuro. Odio que Pablo se ponga trascendental.

Odio que Pablo tenga razón.

Mejor volver a mis recuerdos, uno de agrisulce que últimamente me asalta cuando menos me lo espero.

Era abril, el día 23 para ser exactos, y en Olimpo los ánimos estaban por las

nubes debido a la fiesta de Sant Jordi. Yo me moría de ganas por ver a Candela, le había mandado un correo unos días antes en los que había estado a punto de escribirle que me estaba enamorando de ella. El correo había sido un impulso, llevábamos días intentando hablar, pero ella estaba en Muros y la cobertura de allí no jugaba a nuestro favor. Nunca había escrito algo así a nadie y lo más curioso, al menos para mí, era que no me arrepentía ni de una coma.

Tal vez por eso me acuerdo tanto de ese correo, de la impaciencia con la que lo escribí y de que si hubiese podido habría viajado a ese pueblo de Galicia para decírselo en persona y poder besarla, meterme en su cuerpo y no dejarla salir del mío. Pero, antes de que Candela llegase a Barcelona y pudiéramos vernos, recibí la llamada de mi médico diciéndome que el último tratamiento no había funcionado como esperaban y que sería preferible que volviese a Londres. Esa tarde me asaltó un horrible dolor de cabeza y tuve que retrasar mi encuentro con Candela, no quería que me viese de esa manera. Al final, sin embargo, la impaciencia y las ganas de verla me arrancaron del sofá de mi despacho y, tras tomarme dos analgésicos, que no tendría que haberme tomado, fui a buscarla.

En Barcelona llovía, no pude ir en moto y tuve que subirme a un taxi. Me costó unos minutos dar con uno y, cuando por fin se detuvo frente al restaurante donde estaba ella con los chicos de febrero, marzo y abril, la vi a través de la ventana. La vi sonreír, pensé en todas las sonrisas que había visto en su rostro y capturado en mi memoria desde que me crucé por primera vez con ella en una cafetería que hay cerca de Olimpo (momento que ella no recuerda, pero yo sí).

Pensé que esas sonrisas desaparecerían en cuanto le dijese que estaba enfermo y decidí callarme. Su sonrisa valía más que yo y sigue siendo cierto. No tendría que haberlo olvidado.

Vaya estupidez pensar justo ahora en lo que sucedió el día de Sant Jordi. Es un recuerdo demasiado complejo para diseccionarlo en la carretera: Candela me dijo por primera vez que me quería. Yo mentí y le respondí que yo no.

¿Qué habría sucedido si aquel día le hubiese dicho la verdad?

No quiero planteármelo, no quiero plantearme nada que pueda hacerme dudar, voy a necesitar toda mi fuerza de voluntad para seguir adelante con esto. Aprieto levemente el acelerador y dejo la mente en blanco durante el resto del trayecto.

Candela me está esperando frente al edificio donde se encuentra el apartamento del chico de diciembre y donde ella reside estos días. Él, Aitor, no está. Al parecer esta tarde tenía que ocuparse de unos asuntos administrativos relacionados con su trabajo, algo del pasaporte, según he entendido, y él y Candela han decidido separarse. Yo ya había previsto pedirle a Candela que organizase algo así y que el destino haya decidido ayudarme precisamente en esto no me hace ninguna gracia, voy a intentar no tomármelo como algo personal.

Ella está de pie en la calle, lleva un abrigo rojo y mi antigua bufanda alrededor del cuello. Está preciosa y todo mi cuerpo reacciona al verla. Faltan pocos minutos para tenerla cerca y la reacción se extiende por dentro de mí hasta hacerme sudar y acelerarme el pulso. Casi puedo sentir el sabor de sus labios y de su piel. Me obligo a matar cada una de estas reacciones, desde el temblor que recorre mis dedos hasta este deseo que ya no puedo detener, al igual que mi erección. De hecho, es incluso ridículo que me baste con verla para necesitarla tanto, pero con ella he aprendido que esto que me pasa no se rige por la lógica ni por la conveniencia, es primario y vital, no puedo evitarlo. Como si alguien ahora me pidiese que dejase de respirar. Yo le respondería que es imposible, que lograrlo conllevaría la muerte.

Lo mismo me pasa con desear y querer a Candela.

Pero voy a ocultarlo.

Detengo el coche, tengo la *suerte* de encontrar aparcamiento en la calle y a pocos metros de donde está Candela. El jodido destino me está obligando a seguir adelante con mi decisión, no piensa ofrecerme unos minutos más para que cambie de opinión.

La puerta del acompañante se abre y entra Candela, me tira del jersey y empieza a besarme.

Joder, soy idiota.

Un completo imbécil.

Pablo tiene razón, si dejo a Candela será como arrancarme el corazón y la próxima vez que esta enfermedad aparezca en mi cuerpo, si llega a suceder, tal vez decida que no vale la pena luchar.

Me aparto y le sujeto la cara con las manos. Me sujeto a ella como si mi vida

dependiera de ello. No hay ningún como, mi vida depende de ella.

—Te quiero, Candela.

Ella sonrío y me mira confusa. No la culpo, me tiemblan las manos y lo más probable es que tenga mala cara, apenas he dormido estos días y no recuerdo si me he afeitado antes de venir hacia aquí.

—Yo también te quiero, Salvador. —Me besa despacio—. ¿Estás bien?

Ahora sonrío y las zarpas que me estaban destripando el estómago dispuestas a seguir después con el resto del cuerpo desaparecen y me fallan las rodillas.

—Ahora sí.

Ella me acaricia el rostro.

—Tienes mal aspecto.

Me río y cierro los ojos.

—Tú en cambio estás preciosa. —Suelto el aliento—. Iba a dejarte. Soy un imbécil.

Sube la mano por la frente y me aparta un mechón.

—¿Hasta cuándo puedes quedarte?

—Mañana tengo que volver a Barcelona.

—Vamos, Aitor no tardará en llegar y creo que deberías de dormir un poco antes de conocerlo. No quiero que crea que todo el equipo de *Gea* está para encerrar.

—Está bien, vamos.

Ella baja del coche, yo la sigo igual que siempre. La veo de pie esperándome, sonriéndome, y me pregunto si algún día dejará de acelerárseme el corazón.

—¿No piensas decirme nada sobre lo que te he dicho?

Candela se encoge de hombros y veo que de uno cuelga mi bolsa de viaje.

—¿Sobre esa tontería de que ibas a dejarme?

—Sí, sobre eso.

Si me llegase, me daría una patada en el culo. ¿Por qué me estoy metiendo en la boca del lobo? Tendría que morderme la lengua y dar las gracias a quien sea que me ha protegido desde lo más alto y ha evitado que cometiese el peor error de mi vida. Candela tendría que estar gritándome y me está sonriendo y yo no entiendo nada. Ella empeora mi confusión:

—Ya me imaginaba que sucedería algo así.

—Ah, ¿sí?

No sé si quiero besarla o... pero ¿qué digo?, quiero besarla, pero me gusta hablar así con ella. Me recuerda a enero. Me cruzo de brazos y, levantando una ceja, la reto a continuar.

—Has ido a Londres, los análisis han salido bien, pero has vuelto a pensar que tal vez algún día no sea así y has decidido comportarte como un mártir. Otra vez.

—Que conste que no he llegado a decírtelo.

—Oh, así que, si llamo a Pablo y le pregunto de qué habéis hablado en Londres, no me dirá que os habéis peleado por esto.

—¿Has hablado con Pablo?

—No y que sepas que acabas de delatarte. Has caído en la trampa más vieja del mundo. Nunca confíes antes de tiempo, Salvador.

—Necesito estar contigo, dentro de ti, ahora mismo.

—Y nunca confíes *esto* cuando estoy enfadada contigo. —Se da media vuelta y entra en el edificio y yo la sigo porque realmente, ¿a quién pretendo engañar?, la seguiría a cualquier parte—. ¡Ibas a dejarme! Bueno. —Levanta las manos en alto exasperada—. Ibas a *intentar* dejarme. —Se gira de nuevo hacia mí y me señala con un dedo—. Que sepas que no te lo habría permitido, ¿me oyes? Aquí y ahora la única que tiene derecho a dejar a alguien soy yo a ti. Tú ya te has gastado el cupo que te tocaba.

—¿Hay un cupo? —Me contengo las ganas de reírme e intento poner la voz más seria y firme posible.

—Sí, lo hay, y tú ya te lo has gastado.

—Vale, tienes razón, tienes que castigarme. ¿Qué puedo hacer para que me perdones?

—Métete en el ascensor y estate callado. Estoy pensando.

La puerta del ascensor se abre.

—¿Puedo sugerir algo?

La puerta se cierra con nosotros dentro.

—Sugiere.

—¿Me desabrocho la camisa y empiezo a besarte?

—Me parece bien. —Ella también se esfuerza por poner su voz más profesional, pero el rubor le sube por el cuello hasta la punta de las orejas—.

Pero no te creas que la próxima vez te resultará tan fácil.

—Está bien. —La sujeto por la cintura y la acerco a mí para proceder a ganarme mi perdón—. Para que conste, no voy a intentar dejarte nunca más. — Ella bufa incrédula y a pesar de que yo creía que hasta ahora los dos estábamos bromeando noto que se tensa y me duele. Me aparto un poco para poder mirarla a los ojos—. Lo digo en serio, Candela. No voy a dejarte, sería como arrancarme el corazón.

—Más te vale, porque tal vez un día dejaré que lo consigas.

La beso, necesito más que nunca estar con ella y alejar de sus ojos y de mi mente el dolor que nos habría causado a ambos nuestra ruptura.

Follamos rápido, la primera vez es frenética y desesperada, mi piel luce las marcas de mis nervios, de su enfado y de los días que hemos estado separados. Después hacemos el amor, lento, sin barreras, sudando, susurrándole al oído lo que nunca le he dicho a nadie.

La quiero.

Santos que no lo son tanto

He sabido que Salvador iba a dejarme en cuanto me ha devuelto el beso en el coche. No es que tenga poderes, sino que dada nuestra historia sé distinguir un beso de «hola, te he echado de menos» a un beso de despedida. Y ese beso era un beso de despedida con luces de neón señalándolo por todos lados.

Durante un segundo me he asustado y he pensado que tal vez algo había ido mal en Londres, pero en cuanto le he mirado a los ojos he visto la verdad. Por desgracia también sé distinguir el color que adquiere su mirada cuando está asustado y ha decidido hacerse el héroe.

Y ese detalle, saber que le conozco tan íntimamente, me ha puesto furiosa.

¿Se supone que por primera vez en mi vida sé cuándo alguien es feliz o tiene miedo solo con mirarle a los ojos y resulta que esa persona va a dejarme? Ni hablar. Y no lo digo en plan psicópata, a Salvador le ocurre lo mismo conmigo. Estoy segura de que a él le basta mirarme para saber si estoy contenta o si me estoy planteando la posibilidad de estrangularlo.

—No puedes dejarme por mi bien, Salvador —le digo bajito. Estamos desnudos y él no deja de acariciarme la espalda y besarme el pelo. Nuestros cuerpos se niegan a relajarse y al parecer han decidido que, si nos estamos tocando, así no discutimos y nos ahorramos problemas. No es un mal método, lástima que no sea suficiente.

—Lo sé. Lo siento. Llevo años corriendo, resignado y dispuesto a estar solo.

Estoy tumbada encima de él y le paso una mano por encima del corazón.

—Te has tatuado nuestra historia en tu espalda, yo diría que en lo que se refiere a mí hace tiempo que dejaste de correr.

Se ríe, es esa risa ronca que me pone la piel de gallina y me hace tener ganas

de besarle, morderle y hacerle de todo en todas las partes del cuerpo.

—No tendría que habértelo contado, se te va a subir a la cabeza.

—Pues claro, es lo más sexi y romántico que me ha sucedido nunca. Tienes suerte de que no te desnude cada vez que te veo solo para mirarte la espalda.

—Eh, yo no te lo impido, que conste. Desnúdame siempre que quieras, cariño. Me apoyo en su torso.

—No vuelvas a intentar dejarme para protegerme, ¿de acuerdo? —Le paso un dedo por las cejas y le borro la arruga que ha aparecido—. Si algún día rompemos que sea por méritos propios y no por tu enfermedad o por tu padre, o por mi trabajo, o el tuyo, o por nada. Dejémoslo así, ¿qué te parece? Tú y yo no vamos a romper por nada.

La nuez le sube y baja despacio.

—Está bien, no vamos a romper por nada.

Mi móvil vibra en el suelo y Salvador alarga una mano para recuperarlo y pasármelo.

—Es un mensaje de Aitor, dice que llegará dentro de media hora —le explico al leerlo.

—Entonces será mejor que me vista.

—Sí, será lo mejor.

Vuelvo a besarlo y le acompaño hasta la ducha, no quiero que se pierda y además hoy no he admirado lo suficiente sus tatuajes.

Salvador finge que no le encanta y una vez bajo el agua vuelve a pedirme perdón por lo que iba a hacer y, dado que su técnica es tan creativa, le dejo que siga y derrita hasta el último hueso, músculo y neurona que quedan enteros en mi cuerpo.

Aitor nos encuentra en el sofá del apartamento con el pelo todavía mojado y, o no se da cuenta, o no le parece nada raro que dos personas adultas se duchen a las ocho de la tarde.

—Hola, tú debes de ser Salvador Barver. —Le tiende la mano con esa formalidad a la que yo no llego a acostumbrarme—. Cande me ha hablado de ti.

Estoy segura de que aparte de lo que yo le he dicho —ahora mismo no sé exactamente qué le he contado pues apenas hemos hablado— él se ha documentado al respecto.

—Sí, soy Salva, el chico de enero.

Al decir esto último me ha guiñado un ojo y me he sonrojado. Salvador todavía se siente culpable por lo de hace un rato y no es para menos. Me prometió que no volvería a hacer algo así (y no digo que no entienda lo que le pasa, no puedo ni imaginarme por lo que ha pasado y tal como él ha confesado lleva años alejándose de todo el mundo, protegiéndose a base de estar solo y de no arriesgarse con nadie), pero lo nuestro es distinto y os confieso que me he asustado. ¿Y si Salvador nunca llega a controlar ese instinto que tiene de salir corriendo y dejarme atrás?

Le veo hablando con Aitor, el pelo de la nuca se le ha secado y el jersey negro que lleva le marca los hombros. ¿Cuántas montañas ha escalado y por cuántos precipicios ha bajado sin ninguna protección y sin preocuparse por sí mismo?

—¿Has solucionado lo del trabajo? —le pregunto a Aitor entrometiéndome en la conversación.

—No —responde enfadado—, dicen que dentro de seis meses tendré que volver a España definitivamente.

—¿Cuánto tiempo llevas fuera? —Salvador vuelve a sentarse a mi lado y coloca una mano en mi muslo.

—Siete años.

—¿Y no tienes ganas de volver a casa, de pasar una temporada con tus amigos y tu familia?

—La verdad es que preferiría estar en cualquier parte excepto aquí. Bastante hago con venir de vez en cuando a pasar revista.

No entiendo nada de lo que me dice, pero no le interrumpo, porque con cada segundo que pasa más se le acelera la voz y más pierde esa pose de Don Perfecto.

—¿Y sabéis qué es lo peor de todo? —Aitor nos mira a Salvador y a mí, se detiene frente a nosotros.

—No. —Salvador le aguanta la mirada.

—Lo peor de todo es que cuando vuelva quieren entregarme un premio. ¡Un jodido premio!

—Ah, claro. —No puedo seguir sin decir nada—. Es horrible cuando pasa eso... ¿Estás oyendo lo que estás diciendo? Porque yo no entiendo nada, Aitor.

Y, ya puestos, deja que te diga que tampoco entiendo por qué aceptaste ser chico del calendario cuando es evidente que no te hace ninguna gracia y estos días me has tratado como si fueras un guía turístico y tuvieras que enseñarme las mejores rutas de la ciudad.

—Lamento que no te haya gustado —recupera la formalidad de siempre.

—No es que no me haya gustado. —Me pongo en pie y me acerco a él, no me gusta estar sentada mientras Aitor sigue de pie—. Es que no estoy aquí para conocer Vitoria, por preciosa que sea, estoy aquí para conocerte a ti y, exceptuando esta conversación, hasta ahora te has mostrado muy distante.

Aitor vuelve a caminar, me observa de un modo distinto, tal vez con algo más de respeto y mucha más curiosidad.

—El día que llegué te dije que podía irme y llamar al segundo candidato que teníamos para el mes de diciembre —le recuerdo.

Salvador también se levanta.

—Candela es buena escuchando, Aitor.

Me suena el móvil y, tras farfullar un *lo siento*, me aparto un poco y contesto. La llamada dura apenas un par de minutos y ellos me esperan en silencio, aunque tengo la sensación de que los dos tienen la mente ocupada en mi ausencia.

—Era Abril, ella y Manuel estarán aquí esa noche, quiere en cenar con nosotros. Me ha dicho que me mandará un mensaje dentro de un rato con indicaciones.

—¿Abril todavía está aquí? Creía que ya no estaba de vacaciones.

—Lo está. ¿Os parece bien que cenemos con ellos? —les pregunto.

—Por mí perfecto —afirma Salvador.

Esperamos la respuesta de Aitor y él ignora lo de la cena y sigue hablando de lo de antes.

—Te dije que no soporto que me llamen «el Santo», me siento un impostor. No quiero que me den ningún premio por mi trabajo, no tiene ningún mérito.

—Lo tiene, ayudas a mucha gente —le recuerda Salvador, pero tengo la sensación de que Aitor no le oye.

—No empecé en esto para ayudar a la gente. —Se ríe de sí mismo y se me pone la piel de gallina—. Creo que al principio no tenía ni un ápice de altruismo

en todo el cuerpo. ¿Pensar en los demás? Ni de coña, solo me importaba mi carrera y ganar pasta. Yo quería una plaza en el hospital central de Nueva York, pero entonces no existía ningún programa de intercambio de residentes, creo que ahora tampoco, la verdad. Mi idea era quedarme allí una temporada, en Estados Unidos, convertirme en uno de los mejores médicos del mundo, y después ya veríamos.

—Deja que te diga, Aitor —le interrumpe de nuevo Salvador—, que para ser médico, de la clase que sea, hace falta mucha vocación y querer ayudar a la gente. No entiendo a dónde quieres ir a parar, la verdad.

—Yo quería el prestigio, el dinero, la fama. Sí, la jodida fama. Quería ver mi nombre en los periódicos, en las revistas médicas. Para mí ayudar a la gente era un efecto secundario, una consecuencia no buscada de mi trabajo. Soy bueno en lo que hago y ya está.

—¿Y cómo fuiste a parar a Médicos Sin Fronteras? —Yo sigo sin entender nada.

—Cuando estaba haciendo el MIR, vino un médico a dar una conferencia y nos contó que había trabajado en Médicos Sin Fronteras durante un tiempo y que después prácticamente se habían peleado por contratarle. Investigué un poco y comprobé que era cierto.

—Pero han pasado años y sigues con Médicos Sin Fronteras y no te has ido a Nueva York ni a ninguna otra parte —insisto.

—No me he quedado para ayudar a nadie, créeme.

—Entonces, ¿por qué te has quedado?

Aitor busca la mirada de Salvador y él se encoge de hombros diciéndole que no puede ayudarle a escapar de mi interrogatorio. Aun así, le echa un cable:

—No estás obligado a contarnos nada de esto, no forma parte de las condiciones del concurso, pero a veces ayuda hablar con alguien. Hay ciertas cosas sobre nosotros mismos que, si nos las quedamos dentro, se pudren y se convierten en veneno, te lo digo por experiencia.

—Mis padres murieron hace años, eran mayores, no fue ningún trauma. Los dos eran hijos únicos, así que no tengo tíos ni familia de ninguna clase. La única familia que tengo es mi madrina, la mejor amiga de mi madre, y apenas la veo. Le mando un mensaje de vez en cuando y poco más. En la facultad de medicina

conocí a alguien, una chica. Ella no estudiaba allí, solo había ido a la biblioteca.

—¿Qué pasó? —intuyo que no es la historia que me gustaría oír.

—Estuvimos juntos hasta que yo me fui con Médicos Sin Fronteras. Se casó con mi mejor amigo, mi *ex* mejor amigo.

Esta historia no la veía venir y confieso que, aunque acabo de conocerlo, me cuesta imaginar a Aitor enamorado o sufriendo por amor.

—Vaya, tío, lo siento —me sorprende Salvador—, ¿cuándo sucedió?

—Pues hace años, cuando me fui de aquí.

—Hay algo que no entiendo, Aitor, perdona que insista. Tu *ex* se casó con tu antiguo mejor amigo, pero por lo que me has contado tú y ella ya habías roto antes cuando tú te fuiste a...

—Nigeria.

—Eso, a Nigeria. ¿te puso los cuernos? ¿Ellos dos ya estaban juntos cuando tú estabas saliendo con ella?

—No. Empezó más tarde —reconoce a regañadientes—. Yo llevaba casi un año fuera.

—¿Entonces?

—¿No hemos quedado para cenar?

—No despistes, Aitor. Hemos quedado dentro de una hora y media, tenemos tiempo.

—Joder, eres terca como una mula, Cande —se queja Aitor—. ¿No podemos seguir como hasta ahora? Hay partes de la ciudad que todavía no te he enseñado.

—Me da igual —suspiro exasperada—. No me lo cuentes si no quieres, no tienes ninguna obligación. Pero algo me dice que quieres hacerlo, desde que llegué hace unos días es la cuarta o la quinta vez que nos encontramos en este punto y siempre sucede algo que te hace retroceder.

—Señal que no quiero contártelo.

—Señal que quieres contárselo a alguien y no llegas a atreverte. Si de verdad no quisieras que nadie supiera qué es esto que tanto agobia, no habrías dicho nada al respecto.

—Soy un fraude, ¿lo entiendes? Un fraude. Dejé a una chica fantástica porque tenía un plan para conseguir lo que quería profesionalmente y ella era un estorbo. Me fui sin despedirme de Santiago, mi amigo, a él también lo dejé

tirado y no devolví ninguna de sus llamadas porque sabía que él intentaría convencerme de que hiciera las cosas de otra manera. Él nunca aprobó cómo me comporté con Irene entonces. Y años más tarde, cuando me invitaron a su boda, ni siquiera respondí. Me quedé en África porque sabía que así los hospitales norteamericanos en los que quería trabajar me aceptarían y me elegirían de entre los miles de currículums que reciben a diario. Nunca he hecho nada por nadie que no sea yo y no me merezco que me llamen «El Santo» o que me den un jodido premio. Si me fui a Papúa Nueva Guinea y sigo allí es porque un hospital de Los Ángeles me ha ofrecido una plaza en cuanto obtenga los resultados de la vacuna en la que estoy trabajando. No me he quedado porque me importe esa gente, me he quedado porque necesito esos resultados. Y en lo que se refiere a ti, a *Los chicos del calendario*, acepté porque no podía decir que no y porque pensé que esta clase de exposición a la opinión pública quedaría muy bien en mi currículum, pues al fin y al cabo tengo vacías las casillas de familia, aficiones o cualquiera que tenga que ver con la vida personal. Ahora ya lo sabéis todo, voy a ducharme. Estaré listo para la cena si es que aún estoy invitado.

No sé qué decirle, todavía estoy procesando la primera frase que ha soltado. Es imposible que solo le motive tener un supertrabajo en un superhospital a lo *Anatomía de Grey*. No le pega. Vale, ahora me diréis que no hace ni una semana que estoy con Aitor, pero no se me da del todo mal observar a las personas, ya no, y Aitor no es un tiburón agresivo a lo *Nip Tuck* que quiere una mansión en Miami y una colección de coches deportivos. Algo sigue sin encajar.

—Por supuesto que estás invitado —contesta Salvador.

—Genial.

Aitor se da media vuelta y desaparece.

—No me negarás —dice Salvador tras un par de minutos— que tienes un imán especial para los tíos complicados, cariño.

—Y que lo digas.

Salvador sonrío y entrelaza los dedos con los míos.

—Vamos, no le des más vueltas. Es su historia y, tal como le has dicho tú antes, necesitaba contársela a alguien.

—¿Tú crees que es un impostor, un fraude?

—No lo sé, creo que él se siente así.

—¿Y qué podemos hacer para ayudarlo?

Salvador levanta las cejas.

—Oh, no, otra vez no, Candela. No te metas en esto. Aitor no quiere salvar un castillo o proteger unos perros maltratados, lo que le pasa a ese chico es algo muy personal, tiene que hacer las paces consigo mismo, con su vida, con las decisiones que ha tomado y que le han conducido hasta aquí. Tú no puedes hacer nada al respecto, es un camino que tiene que recorrer solo.

—Pero yo...

—Tú acabas de conocerlo y dentro de unos días desaparecerás de su vida, una que él tendrá que seguir viviendo. No eres su amiga, quizá no llegues a serlo nunca por mucho que te empeñes.

—Algo tengo que hacer.

—Esta noche vendrá a cenar con nosotros y con Abril y Manuel, eso ya es algo.

—¿Y mañana?

—Mañana será otro día.

—No sé si me gusta que estés tan zen, Salvador.

—No estoy zen, creo que entiendo a Aitor un poco mejor que tú, sé lo que es no encajar en las expectativas que los demás tienen de ti. Vamos a cenar, hablemos de otras cosas. Mi teoría es que ese chico necesita saber quién es realmente.

—¿Por qué lo dices?

Salvador se encoge de hombros.

—No me creo eso de que no le gusta estar en Papúa Nueva Guinea, con los años que lleva trabajando en Médicos Sin Fronteras y la reputación que tiene en el campo de la vacunación, podría haber encontrado ese trabajo en Estados Unidos del que nos ha hablado hace tiempo.

—Ha dicho que necesitaba tener unos resultados.

—Y cuando los tenga necesitará otra cosa, créeme.

—No lo entiendo. Si le gusta estar allí y es tan bueno en su trabajo, ¿por qué dice que es un impostor y que no se merece ese reconocimiento que quieren darle?

—Porque si asume eso tendrá que soltar lastre, tendrá que asumir que esta es

la vida que de verdad quiere y que ya no tiene que estar enfadado con esa chica y con su ex mejor amigo. Tendrá que cortar con el pasado y seguir adelante.

—Sigo sin entenderlo.

Salvador levanta una mano y me acaricia el rostro.

—A veces es más difícil dejar de estar enfadado que seguir estándolo, Candela.

23

Nuevos amigos

Abril está radiante y no solo por el embarazo, la felicidad le sienta muy bien.

—Todavía estoy enfadada porque me ocultases que habías hecho las paces con Manuel —la riño en el restaurante—. Yo te cuento todos mis dramas y tú aquí callada.

—Perdona, bonita, tú no me lo cuentas todo porque yo hay muchos detalles sobre el aquí presente señor Intenso que desconozco y que me muero por saber.

Me sonrojo y Salvador bebe un poco de vino para disimular, aunque creo que le encanta el apodo con el que le ha bautizado mi mejor amiga.

—Vale, tienes razón, pero yo tengo excusa —me defiendo.

—Yo también.

—Sí —interviene Manuel—, Abril básicamente estaba ocupada mandándome modelos adolescentes a ver si así la dejaba.

—¿Hiciste eso? ¿Le mandabas a chicas? Eso tiene un nombre muy feo, Abril.

—Y es delito —apunta Salvador.

—Cállate, Barver. No me tires de la lengua. No le *mandaba* chicas, solo quería que conociera a gente...

—Si dices «de su edad» —la advierte Manuel—, les cuento lo que me dijiste anoche cuando...

—No iba a decir eso —se apresura a detenerle Abril—, iba a decir que quería que conocieras gente aficionada a *Juego de Tronos*.

—Seguro.

—A mí no me importaría conocer a chicas aficionadas a *Juego de Tronos* —interviene Aitor.

—Eso sí que me lo creo. —Manuel levanta la copa para brindar con él—. Te pasaré los teléfonos.

—¿¡Te guardaste los teléfonos!?! —Abril no da crédito.

—¿Qué querías que hiciera? Pero solo para hablar de la serie, princesa.

Ante esto no me queda otra que reírme y abrazar a Abril para achucharla y susurrarle al oído que sí o sí tiene que contarme el resto de lo que ha pasado entre ella y Manuel muy pronto.

Nos reímos mucho, Manuel es tan dulce y encantador como recordaba, pero esta vez encuentro en él mucho más, una constancia y madurez que seguro le han hecho mucha falta para enamorar a mi mejor amiga, la persona más descreída y desconfiada sobre el amor que conozco. Manuel también se las apaña para entablar conversación con Aitor; al principio de la cena la medicina ha sido el único tema que han tocado —a Manuel le faltan unos meses para terminar la carrera—, pero a medida que ha ido avanzando la noche han hablado de otras cosas. Por suerte para todos, se han abstenido de volver a mencionar a esas chicas aficionadas a Jon Snow. Abril se les habría tirado encima. No puedo creerme que esté celosa, nunca había visto a mi mejor amiga celosa y es algo que pienso recordarle. Lástima que a mí no se me dé bien eso de grabar sin que me pillen.

Salvador también se ha relajado y ha bromeado con Abril y los chicos. Es una buena noche, nadie diría que todos los que estamos aquí llevamos unos meses complicados, llenos de altibajos y de momentos que nos han puesto a prueba.

—Quiero proponer un brindis —les digo atropellando una discusión sobre la mejor manera de preparar sangría (no preguntéis)—. Por los nuevos amigos.

Manuel es el primero en reaccionar y seguirme.

—Por los nuevos amigos.

Mira a Salvador y a Aitor y después de chocar con ellos la copa hace lo mismo conmigo. Con Abril se detiene un poco más y creo que a mi amiga se le derriten las neuronas.

—No es justo, te aprovechas de que tengo las hormonas alteradas —se queja mirándolo—. Vas a tener que compensarme en la cama.

Manuel se ríe y se levanta para darle un beso.

—¿Qué tal esto para empezar?

—Vale, acepto —responde Abril con la voz ronca.

Mientras Manuel vuelve a su silla me acerco a Abril y le susurro muy bajito al

oído.

—Se te han caído las bragas.

Ella ríe a carcajada limpia y me abraza.

—Te he echado de menos, Candelita. —Ella decide proponer otro brindis con su copa llena de agua con gas y una rodaja de limón. No bebe alcohol, pero eso no significa que deje de ser glamurosa—. Por los nuevos amigos, los buenos amigos y las personas que te demuestran que estar equivocado puede ser maravilloso.

—Buen brindis, señora fotógrafa —secunda Salvador chocando la copa.

—Gracias, señor Intenso.

Aitor se une al brindis con una peculiar aportación.

—Por las cenas inesperadas.

—Por las cenas inesperadas —repito yo y los cinco volvemos a brindar juntos.

Le pido a un camarero que nos saque una foto y la cuelgo:

«#ElChicoDeDiciembre ❄️ #UnChicoFormal 👔
#PeroVoyAAcabarDesmelenándole #NuevosAmigos #BFForever 👧👦
#AbrilOdiaLosHashtagsYAMíMeEncantaTorturarla ✨ #ElChicoDeEnero
#UnAñoQueCasiAcaba 🕒 #LosChicosDelCalendario 📅 17 🏃».

Nos despedimos de Manuel y de Abril, ellos pasarán unos días más con la familia de él aquí cerca y después volverán a Barcelona. Salvador y yo les prometemos que durante los días de vacaciones iremos a verlos, no se me escapa por alto que estamos haciendo planes juntos como una pareja común y corriente y siento un poco de vértigo.

Manuel intercambia su número de teléfono con Aitor, espero que no sea solo para hablar de esas chicas de antes y que el chico de diciembre se relacione con alguien más una vez *Los chicos del calendario* y yo desaparezcamos de su vida. Tengo el presentimiento de que le iría bien ganar unos cuantos amigos de fiar y Manuel es de esos, lo sé. Abril se ha quedado con él.

Volvemos a casa andando, el restaurante que Abril ha elegido está cerca de casa de Aitor y, a pesar del frío, hemos decidido pasear hasta allí. Salvador me coloca bien la bufanda, podría hacerlo yo y tal vez sea un gesto anticuado, pero a mí me gusta y me recuerda cómo empezamos.

—No puedo creerme que casi haga un año.

—Yo no puedo creerme que estés conmigo. —Se agacha y me da un beso.

—Deduzco que vas a pasar la noche en mi casa con Cande. —Aitor camina a nuestro lado.

—Si a ti no te importa —le contesta Salvador.

—Por supuesto que no. Hoy ha sido un día extraño —dice al cabo de un rato—. No ha estado mal.

—No, no ha estado nada mal.

Y el resto de la noche, con mi chico a mi lado en la cama tampoco.

Salvador se ha ido hace un rato, a los dos nos habría gustado que hubiese podido quedarse más tiempo, pero son unas fechas complicadas en el trabajo y no quiere ausentarse más tiempo después de lo de Londres. Su padre sigue sin dar señales de vida, aunque sabemos que no podemos fiarnos. Sergio sigue de expedición, encontró algo en Suiza, me ha explicado Salvador, y quiere seguir tirando del hilo. Nunca se sabe cuándo podrá sernos útil.

Lo último que sabemos de Barver padre es lo que Víctor me contó y es obvio que, si se puso en contacto con él, no se ha dado por vencido en lo que respecta a Salvador y Olimpo. Tengo el presentimiento que volverá a aparecer en nuestras vidas cuando menos lo esperemos.

Otra cosa que ha sucedido esta mañana tiene que ver con dos objetos que tengo ahora en el bolsillo de la chaqueta de lana y que no puedo dejar de tocar.

—Toma, son para ti. —Me ha dicho Salvador al dárme las.

—¿Qué son?

—Llaves. —Me ha cogido una mano y la ha levantado dejándola con la palma hacia arriba—. Las llaves de mi casa.

—¿Viniste a Vitoria con la intención de dejarme y, de paso, darme las llaves de tu casa? —No puedo evitar tomarle el pelo, está nervioso, lo sé, porque está serio y aprieta la parte posterior de la mandíbula.

—Candela, escúchame. —Aprieta mi mano y cierra las llaves dentro—. Te quiero. Se me da fatal esto.

—No creas.

Él me ha dado un beso.

—Son las llaves de mi casa. Quédatelas. Yo tengo las de tu piso, así que quiero que tú tengas las mías, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Sonríe y mi corazón baila sevillanas.

—Ten en cuenta que, cuando llegue a Barcelona, tendré que ir a casa de mi hermano Pablo para pedirle las suyas.

¿Os habéis parado a pensar alguna vez que hay momentos que estás tan contenta que es como tener petazetas en las venas? Pues yo ahora mismo tengo miles, cientos de miles de esos pedacitos de azúcar explotándome por todo el cuerpo. Estoy convencida de que Salvador incluso puede oírlo.

—Ojalá pudiera verlo. Pablo se reirá de ti.

—Se sentirá muy orgulloso de sí mismo —reconoce Salvador antes de volver a ponerse serio—. En enero, cuando este año termine, decidimos qué hacer con tantas llaves, ¿qué te parece? Pero lo hacemos juntos.

—Está bien. No vuelvas a intentar dejarme, Salvador.

—No lo haré. Tú llámame después de ver a Pastor y recuérdame por qué me has elegido a mí.

—No ha sido una elección, Salvador.

—Joder, lo ves, me idiotizas. Bésame y dime que me quieres para que pueda irme a Barcelona.

Le beso y le digo sonriendo:

—Te digo que te quiero, idiota. Faltan pocas semanas para que termine diciembre, ¿hacemos algo juntos en Navidad?

—Claro. Mierda, lo siento —sonríe—, tengo que irme, he estado a punto de decirte que lo único que quiero esta Navidad eres tú.

—Tranquilo, yo pienso lo mismo.

Si no fuera porque después él me ha dado uno de esos besos con sabor a sexo y me ha dicho al oído todo lo que piensa hacerme cuando vuelva a verme, diría que ha sido una despedida demasiado cursi para ser nosotros. Ha sido perfecta.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —Aitor está en la cocina preparando, raro en él, café para los dos—. No quiero que vuelvas a acusarme de ser un guía turístico camuflado y después de lo de ayer creo que te debo una disculpa.

—¿Por?

—Por soltaros a ti y a Salva ese rollo. No suelo autocompadecerme.

—No creo que lo hicieras y no tienes que disculparte de nada.

—Gracias. De todos modos, creo que hoy te dejaré elegir qué quieres hacer.

—¿Tú creciste aquí, no, en Vitoria?

—No exactamente, crecí en un pueblo aquí cerca.

—Pues quiero que me lleves a algún lugar especial para ti, el que sea.

Él se queda pensando unos minutos.

—Está bien, de acuerdo, ya sé adónde voy a llevarte.

—¿Es muy lejos?

—No, ¿por?

—Esta noche hemos quedado con esos amigos míos, ¿te acuerdas?

Sí, el destino ha querido que mi corazón no tenga ni un respiro esta semana.

En otro momento os contaré cómo ha ido la charla con Salvador al respecto, os adelanto que ha terminado en la cama y con él con las manos atadas. Menos mal que Aitor duerme en el piso de arriba, porque de lo contrario nos habría oído.

—Me acuerdo. No, no es lejos, estaremos de vuelta a tiempo, no te preocupes. Tienes más amigos que yo en la zona, ¿siempre tienes una agenda tan ocupada?

—La verdad es que no y lo de los amigos, diría que en tu caso es culpa tuya. Mierda, lo siento. —Me tapo la cara con las manos como si fuera a servir de algo —. Me he relajado y se me ha escapado.

Aitor se ríe, al pobre le estoy haciendo perder la cabeza.

—No te preocupes, tienes razón. Tal vez intente hacer algo al respecto más adelante.

—Ayer no llegaste a contarme qué vas a hacer con lo del premio.

Me arriesgo a sacar el tema de nuevo, estamos solos y él parece más humano esta mañana.

—No quiero ningún reconocimiento, no me lo merezco.

—¿Puedo decir algo?

—Tengo la impresión que, si te digo que no, no me harás caso. Di lo que quieras.

—Ayer Salvador me dijo algo y he estado pensando. Dijo que tienes que aceptar que te gusta tu vida y olvidarte del pasado, dejar de estar enfadado por

las decisiones que tomaste.

—Eso es más fácil de decir que de hacer.

—Sí, pasa lo mismo con los tutoriales de Youtube. Ves a una chica aplicándose el *eyeliner* en menos de un minuto utilizando una cuchara de guía y queda estupenda, y lo intento yo y parezco un mapache.

—Tú no estás bien, Cande. —Me mira divertido e intrigado—. Hoy estás distinta, más auténtica... —Y añade como si acabase de descubrir algo—: A mí el sexo no me produce este efecto.

Me sonrojo de los pies a la cabeza, aunque sigo con la conversación. No voy a dejarle escapar.

—Mira, me haría la ofendida si no tuvieras razón, pero no es por el sexo, aunque ha sido fantástico, es porque por fin el chico del calendario de este mes ha dejado de tratarme como si fuera un inspector de Hacienda.

—Yo trato muy bien a los inspectores de Hacienda.

—Me alegro por ti y por ellos. No conviene tratarlos mal. ¿Tengo que abrigarme mucho para nuestra excursión?

—Lo normal.

—Gracias por responderme de una manera tan clara y precisa, Aitor.

—De nada. —Se ríe de nuevo y pienso que el mes de diciembre va a estar mucho mejor de lo que creía.

Vamos a un pueblo a unos quince minutos de Vitoria. Es el primer día que nos montamos en el coche desde que he llegado.

—Nos mudamos a la ciudad cuando fui a la universidad. Mis padres eran muy humildes, hicieron verdaderos sacrificios para que yo pudiese estudiar e ir a la universidad.

—¿Cómo murieron?

—Mi padre solía decir que la vida le había gastado demasiado, que le había hecho trampas. Trabajaba en una fábrica; antes no había tantas normas como hay ahora y a lo largo de los años tuvo varios problemas respiratorios. Murió de eso, de gastado, y mi madre apenas aguantó un año más. Decía que le echaba de menos.

—Lo siento.

—Gracias. Fue hace años.

Aparcamos en una plaza cerca del mercado, caminamos un poco hasta una calle más abajo y entramos en un bar que a primera vista no tiene nada especial. Aitor pide dos chocolates calientes.

—Es lo que bebía de pequeño, si quieres otra cosa puedo...

—Está bien, no te preocupes. ¿Venías aquí muy a menudo?

La señora que había detrás de la barra deja dos tazas humeantes frente a nosotros y se va sin reconocer a Aitor. No sé por qué esperaba que lo hiciera y me siento como una idiota por esperar que la vida sea como en la tele o como en las pelis de los ochenta (las de ahora, seamos realistas, se dedican más a contarnos distopías o mundos mágicos. En esto tiene razón Marta, las pelis de antes trataban de personas normales en situaciones normales, mirad por ejemplo *Karate Kid* o *Los Gonnies*, o *Solo en casa* o *La chica de rosa*, ¿quién no se ha enamorado del malo de la clase o quién no ha buscado tesoros escondidos en el pueblo durante el verano?).

—No, qué va. —Mira las paredes del local—. Era demasiado caro para nosotros. Veníamos de vez en cuando, cuando teníamos algo que celebrar. Les prometí a mis padres que les compensaría cuando fueran mayores, que les rodearía de lujos y comodidades, pero no pudo ser.

—¿Estaban contentos de que quisieras ser médico?

Bebe un poco de chocolate, arruga una servilleta de papel, de esas que están en cajas metálicas y apenas sirven para nada, la convierte en una bola y la aprieta entre los dedos.

—Muy contentos, pero también lo habrían estado si les hubiera dicho que quería ser pintor, albañil o astronauta. Ven, no veníamos aquí solo por el chocolate.

Se pone en pie y camina hasta una maquina *pinball* que hay en una esquina y que si estuviera en un bar de Barcelona o de Madrid estaría rodeada de hípsters y aparecería en todos los Instagram. La tentación es demasiado grande para resistirla y busco el móvil.

—¿Puedo?

—Claro —contesta—, siempre y cuando después juegues una partida conmigo.

«#ElChicoDeDiciembre ❄️ #ElLlaneroSolitario 🐎 #Pinball
#Los80NuncaMueren
#SiJohnHughesEstuvieraAquíEsteBarSaleEnUnaDeSusPelisSeguro 🎪
#NoSéSiEstoyEnUnSitioEncantadorOEnUnCapítuloDeBlackMirror 🤪
#LosChicosDelCalendario 📅 17 🏃.»

Jugamos a la máquina y Aitor me gana de calle. Abandonamos el bar, me habría gustado que la señora le hubiese reconocido y le hubiese preguntado por sus padres, pero con lo poco que me ha contado él sé que es imposible. Para Aitor y sus padres las visitas a este bar eran algo extra, algo especial, pero para esa mujer, si es la que lo regentaba también entonces, no. Ellos eran solo unos clientes que aparecían muy de vez en cuando, no eran los clientes habituales ni de esos que hacen grandes pedidos.

Paseamos por el pueblo, los recuerdos de Aitor están esparcidos aquí y allí y, aunque él tal vez no lo sabe, le cambia la voz cuando habla de sus padres. No soy ninguna experta y vosotros sois testigos de que soy un completo desastre y que tengo tendencia a meter la pata, pero llevo un año recorriendo el país, conociendo gente, arriesgándome una y otra vez, escuchando y aprendiendo y creo que Aitor está hecho un lío y ni siquiera él lo sabe.

Él no es un tiburón avaricioso, ahora estoy segura, ni un médico sin alma al que solo le preocupa ganar un buen sueldo y tener una consulta en la mejor clínica de Nueva York. Él quería ganar dinero para cuidar de sus padres y pensó, como haría cualquiera, que ese objetivo sería mucho más fácil de obtener trabajando en una clínica privada que ayudando a los demás. Dejar a esa chica, de la que ni siquiera me ha dicho el nombre, no debió de resultarle fácil, pero se obligó a hacerlo. Aunque sus padres quizá entonces ya habían fallecido, tenía que seguir adelante con su plan. La teoría de Salvador es cierta, si Aitor acepta que le gusta su trabajo tendrá que analizar los motivos que lo han llevado hasta aquí, asumir que de verdad no quiere esa consulta en Los Ángeles, o donde sea, y que, aunque no se haga rico, lo que de verdad quiere es ayudar y hacer algo importante.

El paseo que compartimos está repleto de anécdotas, tengo la sensación de que Aitor lleva tiempo sin permitirse recordarlas y en todas sus padres le daban

lecciones importantes sobre ayudar a los demás o sobre la importancia del valor y de la bondad.

—Gracias por traerme aquí —le digo cuando volvemos a montarnos en el coche de alquiler.

—Me alegro de haberlo hecho.

No conduce de regreso a Vitoria, se ha hecho tarde y decidimos visitar otros pueblos a los que sus padres lo llevaban de pequeño y después seguir hasta Haro donde Tori, Carlos, la pequeña Valeria y Víctor nos están esperando.

Ya os he avisado que estos días son de infarto.

No he hablado con Víctor, sé que esta noche le veré porque ayer me mandó un mensaje para confirmármelo. Supongo que podría haberlo llamado, pero no lo he hecho. Quizá confiaba en que lo haría él, en que por arte de magia seríamos amigos y desaparecerían los problemas entre nosotros dos.

Llegamos a Haro. Tori se ofreció a venir a Vitoria o a encontrarnos en algún lado. Yo iba a decirle que sí, pero algo sucedió en medio de la conversación, no sé si detectó en mi voz que añoraba esa casa en la que pasé el mes de marzo y donde les conocí porque de repente me preguntó si nos apetecería viajar hasta la finca de Haro y cenar allí con ellos. Tras consultarlo con Aitor, él me dijo que no tenía ningún problema y acepté encantada.

La entrada de los viñedos ha cambiado levemente desde mi última visita, mantiene el aire impresionante de la primera vez que la vi, pero hay detalles distintos, nuevos, que desprenden alegría y optimismo. En los árboles y plantas nuevos que hay a lo largo del camino encuentro la mano de Tori y en el nuevo edificio que adivino detrás del antiguo taller intuyo la mente y el ingenio de Víctor.

No tenía ni idea de que iba a hacer algo así y siento una punzada de añoranza por haberme perdido los momentos previos, las conversaciones sobre los nuevos planes.

—Sé que tal vez te sorprenderá que te diga esto, pero no soy del todo inepto socialmente. —Aitor interrumpe mis pensamientos.

—No creo que seas inepto socialmente, ¿a qué viene esto?

—No conocía *Los chicos del calendario* hasta que me llamaste.

—Lo sé, me lo dijiste.

—Cuando acepté ser el chico de diciembre leí los artículos que has escrito y vi un montón de vídeos —sigue explicándome mientras aparca el coche.

—Lo sé, también me lo dijiste.

—Entre Pastor y tú hubo algo.

—Ah, bueno, sí. —Me sonrojo—. Ahora solo somos amigos.

—De acuerdo. No es asunto mío. Solo te lo he dicho porque no quería meter la pata.

—No la habrías metido. Salvador sabe que estamos aquí y lo que pasó con Víctor.

—Genial. —Para el motor—. No me habría gustado mentirle a Salva cuando volviese a verlo. En realidad, no lo habría hecho. Me imagino que entiendes que no me parezca bien encubrir una infidelidad.

Sé por qué lo dice, aunque su ex novia y su ex mejor amigo no llegaron a cometer tal cosa, tiene que ser difícil asumir algo así e intento no sentirme ofendida por su insinuación.

—Te aseguro que Víctor y yo solo somos amigos. De hecho, nos está ayudando a mí y a Salvador a resolver unos asuntos. No habrías metido la pata —repito—. Me alegro que estés hoy aquí y puedas conocerlo. Él y su familia son estupendos. ¿Entramos?

Aitor suelta el aliento.

—Claro. Se me daba mejor hablar contigo cuando solo te hacía de guía turístico, lo de intentar ser amigo de alguien es complicado.

—Te agradezco que lo intentes y, si te sirve de consuelo, hagas lo que hagas no serás tan torpe como yo. Un día te contaré todas las cagadas de mi vida y seguro que te gano.

—¡Cande! —Tori ha debido de pensar que tardábamos demasiado en cruzar el camino desde la entrada hasta la puerta de la casa y la ha abierto para salir a buscarnos—. ¡Estás aquí!

Salgo del coche y la abrazo. La suelto y le presento a Aitor.

—Encantada de conocerte Aitor.

Entramos en casa y creía que ver a Víctor sería la sorpresa más grande que iba a llevarme esta noche, pero no lo es.

—¿Carlos?

—¿Aitor?

El marido de Tori se queda petrificado al ver a Aitor. Ninguno de los dos se mueve de donde está.

—¿Os conocéis? —le pregunto a Aitor, casi tiene la mandíbula en el suelo de la impresión.

—Sí, nos conocemos.

—¿Carlos, qué sucede? —Tori coloca una mano en el antebrazo de su marido.

—Aitor era el mejor amigo de mi hermano Santi.

24

El mundo es un pañuelo

—¿Aitor es *Aitor*?

Estoy tan confusa como os imagináis, no puedo creerme que me esté pasando esto. Por no mencionar que Víctor está de pie en lo alto de la escalera con Valeria en brazos y han empezado a sudarme las manos.

—Hola, Carlos. —El chico de diciembre es el primero en reaccionar en esta escena que parece sacada del camarote de los hermanos Marx. Se acerca a Carlos y le tiende la mano—. ¿Cómo estás, cómo está Santiago?

El marido de Tori le estrecha la mano y veo que hace un esfuerzo por recuperar su calma habitual.

—Santi está muy bien, él y su familia viven en Madrid. ¿Tú sigues con Médicos Sin Fronteras? Hace años que no sabía nada de ti.

—Sí, allí sigo.

Víctor baja la escalera, mantiene la mirada fija en la mía, aunque estoy segura de que por nada del mundo tropezaría con nada y camina hasta su hermana. Le pasa la niña tras darle un beso en la mejilla y se coloca al lado de su cuñado dejando claro de qué bando está. No es que esto sea una guerra ni nada por el estilo, pero deduzco que el nombre de Aitor no genera demasiada simpatía entre los Pastor.

—Hola, yo soy Víctor. —También le ofrece la mano—. Deduzco que tú eres el impresentable ex mejor amigo del hermano de Carlos, el tipo que se negó a responder a su invitación de boda y que le amargó el que tendría que haber sido el día más feliz de su vida.

Descripción típica de Víctor.

—Sí, soy yo. —Aitor responde con la voz firme y aprieta la mano ofrecida—. No tenía ni idea de que esta cena iba a ser una encerrona y dudo mucho que mi

ausencia o mi falta de respuesta le amargase la boda a Santi, él tenía a la chica.

—Un momento —le interrumpo y le doy la espalda a Víctor para mirar a Aitor (y para recuperarme un poco del escrutinio al que él me ha sometido, no voy a negarlo)—. Esto no es ninguna encerrona. Yo no tenía ni idea de que el marido de Tori estaba relacionado contigo. Ni idea.

Aitor me mira incrédulo y se cruza de brazos.

—Yo tampoco tenía ni idea. —Tori se dispone a ayudarme y también le habla directamente al chico de diciembre que parece dispuesto a irse en cualquier momento—. Tú y yo nunca habíamos coincidido antes, para mí *Aitor* era el impresentable exnovio de mi cuñada y el ex mejor amigo de mi cuñado, el chico que les había hecho sentirse culpables y por los que habían estado a punto de dejarlo. No te había visto nunca y tú a mí tampoco.

—Cierto —reconoce a regañadientes—. Santi quizá mencionó tu nombre un par de veces en relación con su hermano mayor, pero no habíamos coincidido nunca.

—Yo no sigo a Cande —aporta Carlos—, lo siento —añade mirándome y yo le digo que no importa—, pero esto de las redes no es para mí. Si hubiera visto una foto tuya te habría reconocido, pero cuando Tori me dijo que íbamos a cenar con Cande y el chico de diciembre, un tal Aitor de Vitoria, ni se me pasó por la cabeza que pudieras ser tú. Si te soy franco, hace años que no pensaba en ti.

Creo que a Aitor le impacta la frialdad de esa frase porque asiente y tensa levemente los hombros.

—Bueno, ya sabes lo que ha pasado —interviene Víctor—, ¿vas a quedarte a cenar con nosotros o vas a irte? Por lo que me han contado de ti, se te da muy bien dejar a la gente plantada.

¿¡Pero qué le pasa a Víctor!?! Me giro y le miro a los ojos.

—¿Puede saberse qué te pasa?

—A mí nada. —Se encoge de hombros haciéndose el inocente—. Es que me he cansado de estar delante de gente que solo piensa en sí misma y utiliza a los demás.

—No sabes nada de él, acabas de conocerlo —le digo entre dientes. Intento hablar bajito, pero creo que no lo consigo.

—Sé lo suficiente.

—Voy a quedarme, Cande ha venido hasta aquí porque quería estar con vosotros y yo... —hace una pausa y respira profundamente—, yo hace tiempo que tendría que haberme disculpado con Santi e Irene.

Todos miramos a Carlos, esperamos su respuesta.

—Bueno, todavía puedes hacerlo. Te daré su número cuando te vayas.

Tori besa a su marido en la mejilla y después nos invita a sentarnos en la mesa que ha preparado con mucho esmero.

No es la cena más relajada del mundo, eso es evidente, pero podría haber sido mucho peor. Carlos se esfuerza por hablar con Aitor con normalidad, Tori me pregunta por *Los chicos del calendario* de los últimos meses y yo por Valeria y por todos los cambios que he visto en los viñedos.

—Sí, están siendo unos meses muy intensos, pero es bonito. Valeria, los viñedos, todo crece y cambia y tal vez acabaré medio loca, pero es muy emocionante tener tanto trabajo. Cada día es un reto.

—Tiene que serlo —le digo.

—Y con Víctor en Estados Unidos todo recae sobre mí —añade Tori.

—Y te encanta —apunta Carlos.

—Estás ebria de poder, hermanita.

—Esperad a que termine con las obras, entonces sí me veréis borracha, no sé si será de poder o de otra cosa.

—Nunca había estado en unas bodegas —dice Aitor—, tiene que ser fascinante ver crecer algo desde la nada.

Ha hablado bastante durante la cena, no ha sido el centro de atención, pero sí que se esfuerza por participar en la conversación.

—Me imagino que tú debes de sentir algo parecido en tu trabajo —habla Víctor y me sorprende que le diga algo amable.

—¿Mi trabajo?

—Sí, es obvio que te gusta lo que haces, que te importa de verdad que esa vacuna funcione y erradicar esas enfermedades de Papúa Nueva Guinea. Llegaste allí y encontraste esa comunidad en una situación concreta y cuando termines la dejarás en otra mejor. Sus vidas habrán cambiado gracias a ti.

Aitor absorbe las palabras de Víctor como si nunca se lo hubiese planteado de esa manera. Ladea la cabeza un poco al contestar.

—No lo había visto así.

—Tu trabajo es encomiable —reitera Víctor.

—Sí, recuerdo que hace años te entrevistaron en un suplemento dominical —dice Carlos—. Mi hermano me lo enseñó, él estaba muy orgulloso de ti, tanto él como Irene.

—¿Orgullosos de mí? Lo dudo mucho.

La aparición de esos dos nombres, Santi e Irene, hace que Aitor vuelva a tensarse y a distanciarse. Se echa hacia atrás en la silla y bebe un poco más de vino.

—Mi hermano y mi cuñada se sintieron culpables durante mucho tiempo, a pesar de que todos sabemos que su relación no empezó hasta un año después de que te fueras. —Carlos mira a Aitor y espera a que este asienta antes de seguir—. Y les dolió que les ignorases y que no respondieses a su invitación. No les gusta hablar de ti, pero eso no significa que no se sientan orgullosos de lo que estás haciendo como médico. Si hablastes con ellos lo sabrías.

Es obvio que Aitor está agobiado y probablemente se arrepiente de no haberse ido de aquí cuando ha tenido oportunidad. Qué digo, probablemente se arrepiente de haber aceptado ser chico del calendario. No soy la única que se da cuenta de que ese último minidiscurso a lo hermano mayor de Carlos, Tori también lo ha visto y procede a hacer algo al respecto.

—Antes has dicho que nunca habías estado en una bodega, Aitor, ¿qué te parece si te hago un *tour* privado mientras Cande y Víctor charlan un rato y Carlos se ocupa de Valeria?

—¿Qué he hecho? —Carlos la mira atónito—. No he dicho nada malo.

—Claro que no. Ocuparte de tu hija no es un castigo, cielo —le responde Tori con tanta elegancia que tengo que contenerme para no ponerme de pie y aplaudir.

—Me encantaría ver la bodega —accede Aitor— si no es molestia.

—Por supuesto que no. —Tori se levanta—. Víctor y Cande pueden recoger la mesa mientras y Carlos...

—Sí, yo estaré arriba cambiándole el pañal a Valeria. Nos vemos dentro de un rato.

Aitor y Tori salen por la puerta delantera bien abrigados y Carlos sube la

escalera refunfuñando que es demasiado mayor para que le castiguen y que no ha dicho nada malo. Creo que hace teatro y que en realidad él y Tori funcionan como una pareja de natación sincronizada.

—Te ayudaré a recoger la mesa —le digo a Víctor tras unos cuantos segundos de silencio que se me han hecho más largos de lo necesario.

—Tenemos unos cuarenta minutos. Mi hermana le hará el recorrido largo y Carlos se liará a contarle cuentos a Valeria. Hay tiempo.

—Oh, vale... —Había empezado a levantarme y vuelvo a sentarme. Juego con mi servilleta hasta que me doy cuenta de que delata mis nervios y la dejo a un lado—. ¿Vas a quedarte muchos días por aquí?

—Todavía no lo sé.

—¿Aún estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado contigo, Cande.

Nadie lo diría por su tono de voz.

—Pero todavía necesitas tiempo.

—¿No vas a preguntarme si el padre de Barver ha vuelto a ponerse en contacto conmigo?

Sí que está enfadado conmigo y mucho, y gracias a la pregunta que acaba de hacerme creo que sé por qué.

—Esta noche no he venido aquí para utilizarte y, si no hubiese sido porque tú me pediste que no me pusiera en contacto contigo, te habría llamado antes para preguntarte cómo estabas y cómo te iban las cosas en Estados Unidos. No te estoy utilizando, Víctor. Y si alguna vez lo he hecho, te pido perdón. Creo que ya te lo dije, pero te lo repetiré tantas veces como haga falta. Eres una persona muy importante para mí y siento haberte hecho daño. Esperaré el tiempo que sea necesario para recuperarte como amigo, pero te advierto que, si de mí depende, no desaparecerás de mi vida.

Le veo tragar saliva y pasarse la mano por la barba para disimular, la lleva aún más larga que la última vez que le vi.

—Las cosas van bien en Estados Unidos. —Se frota la cara, está cansado. Quiero preguntarle cuándo ha llegado, cuánto tiempo va a quedarse y pedirle que defina qué significa exactamente «las cosas van bien». Me muerdo la lengua y espero a que siga hablando, porque sé que no ha terminado—. Como prometió,

Barver me llamó hace unos días.

—Ah, ¿sí?

No puedo evitar sentirme un poco culpable. No tengo ningún motivo, Salvador y yo no estamos haciendo nada malo, aun así, lamento que Víctor lo esté pasando mal.

—¿Solo quería decirte eso?

—Sí. Quería decirme que Salva y tú os habíais visto en Barcelona. Y me preguntó si podíamos vernos cuando volviera a España. Le respondí que buscaría un hueco para quedar con él. Nos reuniremos el veintitrés de diciembre por la tarde, le dije que podíamos encontrarnos en Barcelona porque yo estaría allí esos días. Quiere entregarme la información que supuestamente debo hacer pública, ¿recuerdas?

—Sí, claro...

—No hace falta ser un genio para deducir que Barver padre quiere echar a su hijo de la dirección de Olimpo, al parecer, y según he podido averiguar estos días, el abuelo de Salva sabía que su hijo era un desgraciado y en su testamento dejó instrucciones para que se lo saltasen.

—¿Has estado investigando?

Yo sé toda esa historia, pero me sorprende que Víctor también. Él se ríe sin humor y se frota esta vez el rostro.

—Qué remedio. No le des demasiada importancia, solo he googleado un par de artículos. He estado pensando, Cande...

—¿Sí?

—No puedo seguir con esto, ahora mismo tengo demasiadas cosas aquí dentro —se señala el pecho— y tengo que sacar algunas.

—Lo entiendo.

Víctor no tiene que explicarse, bastante ha hecho ya por mí.

—Y creo que esta situación tampoco os ayuda a ti y a Salva. Yo no puedo aparecer cada par de meses entre vosotros. Ese hombre, su padre, no es de la clase de persona que se retira por la escuadra. ¿Por qué sonríes?

—Esa frase me ha hecho pensar en Jorge, el chico de febrero. Lo siento, no quería interrumpirte.

—Me imagino que tiene que ser extraño para ti, el año está a punto de

terminar. —Él acepta el cambio de tema—. ¿Ya sabes qué vas a hacer a partir de enero?

—Aún no sé quién va a ganar *Los chicos del calendario*.

—No te he preguntado eso.

—No, ya lo sé. Voy a dejar de trabajar en *Gea* —confieso—, no quiero seguir trabajando allí.

Me mira intrigado y sonrío, la primera sonrisa relajada de esta noche.

—¿Y qué vas a hacer?

—Escribir.

La sonrisa se le ensancha.

—Me alegro por ti. Buscaré tus libros en las librerías.

—Tendrás que esperar un poco, me temo.

Víctor me guiña un ojo.

—Creo que he demostrado de sobra que no me importa esperar.

No sé por qué me sonrojo y él aparta la mirada y vuelve a quedar serio.

—¿El día veintitrés irás al encuentro con Barver o tienes intención de dejarle plantado?

—Depende de ti. Yo puedo ir, lo cierto es que no me importaría lo más mínimo decirle cuatro cosas a ese desgraciado.

La seriedad de Víctor me hace reaccionar, solo han pasado unos segundos y ya echo de menos esa sonrisa de antes. Él no tendría que estar así. Esto no es problema suyo y es injusto que me haya apoyado en él durante tanto tiempo.

—No. Tú no tienes que ir. Iré yo.

Lo más complicado es pedir perdón

No sé qué habría pasado si hubiese ido a esa cena sola, tal vez Víctor y yo habríamos acabado charlando un poco más y antes de irme nos habríamos abrazado y él me habría dado un beso en la mejilla para despedirme y desearme toda la suerte del mundo. O tal vez nos habríamos abrazado y habríamos quedado que nos llamaríamos pronto o que volveríamos a vernos en Barcelona o en cualquier otra parte. Tal vez habríamos hablado de lo que podemos ser a partir de ahora. Pero la cuestión es que fui a la cena con el chico de diciembre y que cuando Aitor y Tori volvieron de recorrer la bodega Víctor y yo hemos tenido que seguir hablando como si nada, sin mencionar que él está dolido y enfadado conmigo y que yo no sé qué hacer para darle el tiempo y el espacio que me ha pedido. Ha llegado el momento de la despedida sin que me atreviese a contarle lo mucho que echo de menos hablar con él, ser su amiga, y no lo he hecho porque sé que él no quiere oírlo.

Me he abrazado a Tori y le he dado las gracias por la cena y por haberme echado un cable cuando la conversación entre Carlos y Aitor se había puesto más tensa.

—Ha sido un placer, Cande. Quién iba a decir que sucedería esto.

—Teniendo en cuenta todo lo que me ha pasado estos últimos meses, tendría que habérmelo imaginado.

Después le he dicho adiós a Carlos y por último me he acercado a Víctor mientras Aitor hablaba también con nuestros anfitriones.

—Gracias por estar aquí esta noche, Víctor.

—De nada.

Me he arriesgado a acercarme a él, rodearle el cuello con los brazos, y he notado que, tras unos segundos, me devolvía el abrazo, así que he sido un poco

más valiente.

—Siento haberte hecho daño, Víctor.

—Yo también.

Entonces le he soltado y él me ha sonreído, y me ha acompañado al coche donde Aitor me estaba esperando. Antes de entrar no he podido evitar ponerme de puntillas y darle un beso en la punta de la nariz, a Víctor no le ha hecho ninguna gracia, pero ha valido la pena. Quería dejarle claro que no pienso permitir que me eche de su vida solo porque ahora cree estar enamorado de mí. O lo está. ¿Quién soy para decidirlo o juzgarle? Los sentimientos son lo más íntimos que tenemos y si Víctor dice que me quiere, no voy a dudarlo por muy convencida de que esté aquí dentro, en mis agallas, de que no es cierto. El amor de Víctor aún está por llegar y cuando suceda quiero estar en primera fila para presenciarlo y poder decirle que yo ya lo sabía. Será un momento épico.

—Ha sido una cena interesante. —Aitor lleva diez minutos conduciendo en silencio y su voz me sorprende pues yo me he pasado este tiempo haciendo cábalas sobre el futuro de Víctor. Es lo que tiene sentirse culpable por haber herido a alguien que te importa mucho.

—Sí, creo que podemos definirla así. Te juro que no tenía ni idea de que existía esta relación entre tú y Carlos.

Arruga algo confuso las cejas.

—Pasado el *shock* inicial ni se me ha pasado por la cabeza que lo supieras. El mundo es un pañuelo.

—Y que lo digas, aunque en mi caso es más una caja de Kleenex de esas de marca blanca.

Aitor sonrío.

—¿Por qué de marca blanca?

—Porque cuando tiras de un pañuelo salen dos o tres y luego no puedes volver a meterlos y acabas con una bola de papel blanco arrugada en el bolsillo o en la manga de la chaqueta.

—Mi madre también guardaba allí los pañuelos. Eres una vieja.

—Eh, ¡no me faltes al respeto! Me alegro de que te lo hayas tomado bien y no hayas decidido irte.

—Yo también me alegro. He estado pensando.

—Me alegra que un médico como tú lo haga de vez en cuando.

—Esta noche estás que te sales, Cande. Estoy hablando en serio.

—Vale, lo siento, es que esa frase, he estado pensando, cuando la dice un hombre, es una tentación demasiado grande. ¿En qué has estado pensando?

—Carlos me ha dado el número de teléfono de Santi y de Irene, bueno, siendo precisos me ha confirmado que los dos siguen teniendo los mismos números que hace años, así que técnicamente ya estaban en mi agenda.

—¿Y quieres llamarlos?

—Como sabes me leí de pe a pa los papeles que me mandó... Vanesa sobre *Los chicos del calendario*.

—Me alegro de que ya no la llames *señorita Bermejo*.

—He estado pensando —repite en tono serio— que la semana que viene podríamos ir a Madrid. Esta semana todavía me quedan algunos trámites por hacer, pero la próxima no tengo nada que hacer en Vitoria y las normas del concurso no establecen que tengamos que quedarnos en mi ciudad, solo especifican que tenemos que estar juntos, es decir, que tú tienes que compartir mi vida para que yo te demuestre que los hombres de este país valemos la pena, tarea que es imposible, por cierto.

—Lo sé, pero sigue con lo que me estabas diciendo sobre Madrid.

—Espera un segundo. —Gira el rostro hacia mí y me mira perplejo—. ¿Sabes que ningún hombre podrá convencerte de que valemos la pena?

—No exactamente, céntrate en la carretera, no vaya a ser que choques con el único árbol que hay en esta carretera y piense que te sacaste el permiso en la misma autoescuela que Tamara Falcó.

—Posees una información de lo más preocupante. Explícame eso de que sabes que no podemos hacerte cambiar de opinión sobre los hombres.

—He cambiado de opinión sobre los hombres, solo que no ha sido mérito vuestro o solo vuestro. Creo que lo que me pasó en diciembre me hizo darme cuenta de algo muy importante sobre mí y que estos meses he aprendido a ser quien de verdad quiero ser, la Candela de verdad.

—¿Y la Candela de verdad no cree que los hombres de este país son un jodido desastre?

—La Candela de verdad cree que los hombres y las mujeres pueden ser un jodido desastre o una jodida maravilla. Depende.

—Te estás poniendo trascendental.

—Y tú te estás yendo por las ramas y no me has contado lo de Madrid.

—Ah, sí, lo de Madrid. Perdona, no ha sido intencionado, de verdad que quiero entender qué te ha pasado este año.

—Tengo la sensación de que acabas de darte cuenta.

—Pues sí, hasta hace unos días no me importaba lo más mínimo quién eras o qué pretendías conseguir con todo esto. Solo quería cumplir con mi obligación.

—Bueno, gracias por tu sinceridad y por haber cambiado de opinión sobre mí, y ahora cuéntame qué pasa con Madrid.

—Quiero hablar con Santi y con Irene, quiero pedirles perdón.

—¿Y no prefieres llamarlos?

—No, la verdad es que no. ¿Te pondrás intensa si te cuento una anécdota de Papúa Nueva Guinea?

—Probablemente.

—Produce un efecto muy peculiar en la gente, aunque no sé si eres tú o el hecho de que te pases todo el día conmigo y ya no sepa qué hacer para distraerte. Me pongo seria, no quiero que esta conversación se quede en nada.

—Creo que todos tenemos algo que contar y que la gran mayoría de veces, o todas las veces, lo único que nos hace falta es una persona dispuesta a escucharnos.

—Tal vez tengas razón.

—¿Qué te pasó en Papúa Nueva Guinea?

—No fue nada grave, bueno, me han sucedido cosas graves allí y en África, no vamos precisamente a zonas fáciles, pero lo que quería contarte no va en ese sentido. Aquí en España nos hemos habituado a comunicarnos a través de pantallas o de máquinas impersonales. En el hospital donde realicé el MIR mandábamos los resultados por correo electrónico, por el servicio de mensajería interna o dejábamos notas pegadas a un corcho en la sala de las guardias. Si tu superior o un compañero venía a buscarte para hablar en persona, estabas metido en un buen lío. Con los pacientes era más o menos lo mismo, entregaba los resultados en un sobre o, si tenía que hablar con alguien, lo hacía con la cabeza

agachada y un pie en la puerta listo para salir corriendo. Pues bien, llevaba cinco semanas en una aldea de Papúa Nueva Guinea, todavía no había empezado con las vacunas ni mi investigación actual, y trabajábamos en el dispensario de sol a sol atendiendo a todos los que venían a vernos. Había un hombre sentado en una silla de plástico, que años atrás había sido blanca pero que entonces era marrón, que miraba cómo los niños y las mujeres o los hombres más jóvenes que él iban entrando y saliendo de la consulta. Empezó a oscurecer y no pude más, me acerqué a él y le pregunté qué hacía allí, a qué estaba esperando.

—¿Y qué te contestó?

Aitor cambia un poco la mueca, no llega a ser una sonrisa.

—Primero nada, me miró como si yo fuese un loco. Lo más seguro es que lo pareciera, apenas dormía y había trabajado muchas horas seguidas. Pensé que no me entendía y se lo repetí más despacio y en voz más alta. Absurdo.

—Sí, todos hacemos eso, como si así, por arte de magia, la otra persona fuese a comprender nuestro idioma. Mi madre lo hace con todos los turistas que tienen la desgracia de cruzarse con ella por Barcelona y preguntarle algo.

—Exacto. Iba a darme por vencido cuando el hombre habló. Tenía la voz rasposa y mucho más firme de lo que yo había anticipado basándome en su aspecto. Estoy esperándolo a usted, me dijo. ¿A mí? Le contesté yo.

—¿Te conocía?

—No. Me dijo que quería hablar con un médico para que le confirmase que se estaba muriendo. Yo estaba tan cansado y de tan mal humor, y, no voy a mentirte, durante mis primeros meses allí no fui demasiado empático con la gente, que le contesté que, si ya sabía que se estaba muriendo, por qué necesitaba hablar conmigo.

—¿Y qué pasó entonces, se enfadó?

—No, qué va. Soltó una carcajada. Pensé que estaba chiflado, que era el loco del pueblo. Después averigüé que era uno de los hombres más respetados. Se rio y se puso en pie, era casi tan alto como yo. Me miró a los ojos y me dijo: «La muerte, como otras cosas importantes, no existe hasta que te mira a los ojos y se presenta. He venido aquí para que me la presente, quiero saber cómo se llama».

—Joder. Tengo la piel de gallina.

—Ya, a mí me sucedió lo mismo. Lo llevé hasta mi consulta, apenas una mesa

camilla, un escritorio y un equipo médico correcto, pero nada del otro mundo, y me bastó con auscultarle para saber que él tenía razón, se estaba muriendo.

—Oh, ¿qué tenía?

—Un problema en el corazón y también en los pulmones. «Una de sus válvulas está fallando», le dije mirándole a los ojos.

—¿Y él que te contestó?

—Volvió a sonreír, tenía la mirada fija en la mía y acabó contagiándome la sonrisa, y me dijo que no le sorprendía que le fallase el corazón, que lo había utilizado demasiado. Me dio las gracias y se fue.

—¿Volviste a verle?

—Sí, a menudo. Desde entonces siempre miro a la gente a los ojos cuando les vacuno o cuando entran en mi consulta por lo que sea. No sé por qué aquí no lo hacía.

—Entiendo.

Nos quedamos en silencio hasta que llegamos a Vitoria y encerramos el coche en el garaje.

—Sin duda ha sido una noche interesante. —Me dice al abrir la puerta de su apartamento—. Nos vemos mañana, que descanses.

Durante los últimos días, Aitor me ha enseñado la universidad en la que había estudiado y el primer hospital en el que trabajó y también ha terminado de hacer no sé qué trámites para alargar su visado, mientras yo he aprovechado para trabajar en la segunda entrega de *Los chicos*, que me está costando mucho más de lo que esperaba.

Hoy finalmente vamos a Madrid. He llamado a Salvador para contarle nuestros planes y también he puesto a Jan y a Vanesa al tanto de lo que va a suceder a lo largo de los próximos días en *Los chicos del calendario*: no quiero que les dé un ataque cuando vean fotos de Aitor y mías con el Retiro de fondo.

Después, ya en el coche, he llamado a Javier porque he pensado que, ya puestos a coincidir con chicos de otros meses, bien podía aprovechar la visita a Madrid y quedar con él.

Esto es lo que ha sucedido durante la conversación telefónica:

Primero: me ha preguntado por Salvador y me ha dicho que él y Esteban llevan meses elaborando teorías sobre nosotros.

Segundo: me ha preguntado por Alberto, el chico de junio.

Tercero: cuando le he dicho que no sé nada de Alberto desde hace tiempo, me ha llamado *impresentable* y me ha contado una historia sorprendente. Al parecer Alberto resultó ser el único heredero de Enrique, ese anciano a lo señor Scrogge que murió en el geriátrico, y tiene que hacerse cargo de un montón de cosas.

Cuarto: me he quedado alucinada y he pensado que sí, soy una impresentable, y que tengo que llamar a Alberto cuanto antes.

Quinto: le he preguntado a Javier qué es ese montón de cosas que tiene que hacer Alberto y él me ha respondido en plan misterioso: «Esa es la cuestión, no lo sé».

Sexto: ha insistido en que Aitor y yo nos quedemos unos días en su antiguo apartamento. Ahora que está viviendo con Esteban, ya no le hace falta.

Y después, el muy bruto, me ha invitado a su boda así sin más y he oído que Esteban le decía de fondo que podía haberse callado hasta que hubiese llegado y poder decírmelo en persona.

Vaya, que ha sido una conversación de lo más surrealista, me sorprende que Aitor no haya detenido el coche y me haya pedido que me bajase.

—Siento haber estado tanto rato al teléfono —le digo al colgar—, y haber gritado, es que me he emocionado.

—No te preocupes. He deducido que el chico al que has llamado se casa y que te hace mucha ilusión.

—Muchísima. Javier fue el chico de mayo, es muy especial, y su novio también.

—Javier es el veterinario, ¿no?

—Exacto.

—Me gustó el artículo que escribiste sobre él, se nota que os hicisteis amigos.

—Sí, nos ha invitado a quedarnos en su antiguo piso. ¿Te parece bien o prefieres ir a un hotel? Sería a cargo de *Gea*.

—Me parece bien quedarnos en casa de tu amigo, lo que tú prefieras. No hay problema.

—Gracias, lo cierto es que prefiero ir a su casa. A estas alturas tendría que estar acostumbrada a los hoteles y a despertarme en sitios que no me son familiares, pero lo cierto es que cuanto más tiempo pasa, peor lo llevo. Lo cual

no tiene ningún sentido porque justo ahora apenas faltan unas semanas para que todo esto termine.

—Tal vez sea por eso, quizá estás nerviosa.

—Lo estoy. Este año ha pasado tan rápido que aún no he conseguido recuperar el aliento y un mes se tropieza con el otro y soy un desastre y apenas logro entender qué me está pasando y me olvido de llamar a la gente que me importa y que me ha ayudado y a los que considero mis amigos. —De repente me quedo sin aire—. Lo siento, es que al hablar con Javier me he dado cuenta de que hacía demasiados días que no le llamaba y hay otros chicos del calendario, no todos, a los que considero mis amigos y llevo semanas sin preguntarles cómo están.

—No creo que te lo tengan en cuenta, salta a la vista que vas de culo.

—Tal vez, pero eso no es excusa. Y ahora por tu culpa estoy convencida de que con una llamada no basta y, cuando esto termine, tendré que recorrerme de nuevo todo el país para ponerme al día con mis amigos.

Aitor se ríe de mí y, como esa reacción es tan rara en él, no me importa.

—¿Quieres que te pida perdón?

—No, sigue conduciendo.

26

Planes de boda y cambio de planes

Las tres horas y media que tardamos en llegar a Madrid pasan muy rápido, y no porque Aitor apriete el acelerador a fondo. Hablamos, me cuenta más anécdotas sobre África y Papúa Nueva Guinea y entre ellas se mezcla alguna con sus padres o con Santiago e Irene de protagonistas.

Si alguien me preguntase cuáles han sido los momentos preferidos de los doce meses de *Los chicos del calendario* diría estos, cuando por fin tanto ellos como yo nos hemos dejado de nervios o de lo que se supone que debemos ser o decir y hemos hablado sin más.

Supongo que no hace falta que aclare que a Salvador no le incluyo en este grupo o quizá sí, ahora que lo pienso, con él también viví momentos así al principio, cuando él dejaba de ser el señor Estirado para convertirse en un chico sin más.

Aitor llamó a Santiago anoche convencido de que su amigo no iba a contestarle o que, si lo hacía, lo mandaría a la mierda. Pero se equivocó. Santiago le contestó y le dijo que estarían encantados de verlo hoy o cuando fuera.

—¿De verdad no te importa que vaya solo? —me pregunta. Estamos a punto de llegar al *parking* que nos ha indicado Javier.

—De verdad. Llevas años de retraso en este encuentro y las normas de *Los chicos* dicen claramente que no tengo que ir contigo a todas partes.

—Ya, pero creía que se refería a entrar en el baño o a tumbarte a mi lado en una mesa de operaciones.

—Eso también. —Le sonrío—. Creo que tienes que estar a solas con tus amigos. *Los chicos del calendario* no es un *reality* morboso, consiste en

encontrar a un chico que valga la pena conviviendo con él. Me basta con que, cuando volvamos a vernos más tarde, me cuentes qué tal te ha ido. Además, yo aprovecharé para ponerme al día con Javier.

Dejamos el coche de alquiler a buen recaudo, podríamos haber viajado en tren o habernos subido a un avión, pero después de que Aitor me confesase una mañana por casualidad que echaba de menos conducir lo tuve claro y me alegro de haber tomado esta decisión. Dudo que en un tren o en un avión, con gente al lado, él hubiese hablado tanto.

Javier nos está esperando delante de la clínica veterinaria, en plena calle a pesar del frío que hace.

—¡Cande! —Me aplasta entre sus brazos.

—Hola, Javier. Estás más fuerte —me quejo riéndome.

—He vuelto a entrenar con el cuerpo de policía. —Me suelta y sonrío—. Estás muy guapa o al menos lo pareces detrás de esa bufanda.

—¿Vuelves a ejercer de entrenador de perros en la comisaria?

—No, de momento solo voy a entrenar allí, pero me lo estoy pensando—Le tiende la mano a mi acompañante—. Hola, tú debes de ser Aitor. Encantado de conocerte.

Aitor se la estrecha.

—Sí, lo mismo digo, Javier. Gracias por dejarnos tu casa.

—De nada. Vamos a instalaros y después me contáis a qué se debe vuestra visita a la capital. —Abre la puerta y subimos. El piso de Javier está impecable, juraría que lo ha pintado desde la última vez que estuve aquí—. Estamos pensando en alquilarlo, la semana que viene tenemos cita con la inmobiliaria.

—¿De verdad no te importa que nos quedemos aquí?

—De verdad. A Esteban y a mí nos hace ilusión, él te considera nuestra Celestina particular.

—¿Y tú no? —Me cruzo de brazos y me hago la ofendida.

—No, yo no. Creo que Esteban y yo habríamos acabado encontrando la manera de volver a estar juntos con o sin Celestina.

—Eres tan romántico que no puedo enfadarme contigo.

—Gracias. Para mí no eres nuestra Celestina ni Cupido ni nada de eso, eres nuestra amiga.

—No es justo —me quejo—, vas a hacerme llorar. Llevo unos días de reencuentro y mi capacidad para contener las lágrimas está bajo mínimos.

—Sí, ya lo he visto, aunque me habría gustado que me llamasen para contármelo en vez de enterarme únicamente por tu Instagram.

—Vale, ahora hazme sentir culpable.

Aitor acude a rescatarme, aunque si soy sincera es mera casualidad. Él estaba dejando la bolsa en la que será su habitación.

—Santiago e Irene me esperan dentro de una hora, será mejor que me vaya. No quiero llegar tarde. ¿Estás segura de que no quieres venir conmigo, Cande?

—Segurísima. Ve tranquilo a reunirte con tus amigos, nos vemos luego.

—De acuerdo. —Se acerca a Javier y ahora es él el que le tiende la mano—. Gracias por dejarnos tu casa.

—Es un placer. Suerte con tu reunión.

—Gracias.

Aitor se va, el café donde han quedado está en un hotel en el centro de la ciudad. No tardará una hora en llegar, pero me imagino que está nervioso y que quiere esos minutos de margen para prepararse. Javier se gira hacia mí en cuanto nos quedamos solos, aunque yo me adelanto y hablo antes.

—¿Qué es eso de que vas a casarte? Tienes que contarme vuestros planes de boda y ¿cómo está Rocky? ¿Vuelves a trabajar en la comisaria?

—Tu técnica de despiste no va a servirte de nada, Cande. ¿Qué ha pasado con Barver, estás con él sí o no? Tienes que estar con él.

Al pensar en Salvador se me aflojan un poco las piernas y se me acelera el pulso.

—Estoy con él.

—Te ha quedado cara de idiota. Me alegro mucho por ti. Esteban me contó que habló con él cuando vino y desde entonces tanto él como yo hemos estado apostando por Salva.

—Gracias. Se lo diré, no le irá mal saber que desde el principio os ha tenido en su bando. Las cosas han sido bastante difíciles durante un tiempo —reconozco—, pero ahora estamos bien. Hablemos de tu boda o me pondré tonta de verdad.

Javier se acerca y me abraza durante unos segundos.

—Me alegro de que hayas encontrado a tu chico —susurra.

—Y yo de que tú tengas al tuyo.

—¿Qué te parece si bajamos a la clínica, te enseño los cambios que he hecho, y luego vamos a tomar algo y charlamos?

—Me parece perfecto. Un momento, no vas a obligarme a sujetar una cobra ni a acariciar a una cabra, ¿no?

Cuelgo una foto con Javier y un hurón.

«#UnMesDeReencuentros #ElChicoDeMayo 
#LeEncantaHacermePasarMiedoConSusAnimales  #ValeLaPena
#HistoriasConFinalFeliz  #LosChicosDelCalendario  .»

Una hora más tarde estamos en un bar que no estaba aquí la última vez.

—Han abierto hace poco —me explica Javier—, intento venir de vez en cuando. Quiero que les vaya bien.

—Siempre te has preocupado por tu barrio, eres un encanto.

—Cállate. ¿Estás nerviosa por el fin de año? Yo lo estaría.

—Lo estoy. No tengo ni idea de qué voy a decir en el último vídeo de *Los chicos*. Aún no puedo creerme que ya estemos a diciembre. Háblame de la boda, ¿te lo pidió él o se lo pediste tú? Se lo pediste tú.

—Me lo pidió él. —Javier se sonroja un poco—. Fue muy romántico y no pienso contarte los detalles. Al menos ahora no, tal vez lo haga dentro de veinte años.

—¿Esteban romántico?

—Nadie está más sorprendido que yo. He tenido que pararle los pies con lo de la boda.

—¿En serio?

—Quería palomas. ¡Palomas! —Los dos nos reímos.

—La felicidad te sienta muy bien, Javier. —Él se encoge de hombros.

—La boda será el próximo verano, tenéis que venir.

—Claro, no sé qué será de mi vida dentro de unos meses, pero cuenta con nosotros.

Me mareo un poco, esto de hacer planes e incluir a Salvador en ellos sin preguntárselo me da vértigo y al mismo tiempo es muy emocionante. Sé que esta

vez saldrá bien.

—¿Cómo que no sabes qué será de tu vida?

—Bueno, sí que lo sé. Voy a dejar mi trabajo en *Gea* y voy a escribir. En cuanto a lo demás, ya se verá.

—Tienes que llamar a Alberto, su historia tal vez pueda ayudarte.

—No sabía que eras tan amigo de Alberto.

—Y no lo era, nos conocimos en el funeral, ¿te acuerdas? —Tras verme asentir continúa—: Ese día estuvimos charlando e intercambiamos números de teléfono. Me cayó bien, pero reconozco que me sorprendió que me llamase unos días más tarde.

—¿Alberto te llamó?

—Sí, quería un perro para su hija. Después del funeral, cuando estuvimos con él, le conté lo del centro de rescate de animales, me imagino que en ese momento lo hice para distraerle, pero él se acordó de la conversación y me llamó porque quería un perro de allí, no quería comprar uno de esos cachorros que valen tanto dinero, quería salvar a uno de la perrera y me pidió consejo. Estuvimos charlando un rato y al final decidimos que lo mejor sería que él y su hija viniesen a Madrid y así conocería mejor a la niña y podría sugerirles el perro más acertado. Vinieron y la niña y Esteban congeniaron al instante, es como si en otra vida hubiesen sido primos o hermanos. Es divertido verlos juntos.

—Me alegro de que seáis amigos.

—Son buena gente. Tienes que llamarle.

—¿Está enfadado conmigo? —La verdad es que me siento culpable, aunque me diga que hago lo que puedo, lo cierto es que no he estado a la altura con todos los chicos.

—No, no está enfadado. Bastante tiene con lo suyo y sabe que tú también estás muy liada. Todos lo sabemos. Esperemos que el año que viene las cosas se tranquilicen y puedas ponerte al día.

—Sí, ojalá. ¿Qué es eso que me dijiste de la herencia del señor Enrique?

—Ah, sí. Enrique dejó unas cláusulas en su testamento, no conozco los detalles, para Alberto. Creo que tiene que cumplir una serie de requisitos o de pruebas para heredar.

—¿Heredar el qué?

—No tengo ni idea y él tampoco. Por eso está tan confuso.

—Vaya, no me extraña. El señor Enrique era todo un personaje, hablé con él unas cuantas veces y puedo imaginármelo escribiendo un testamento de lo más peculiar. Llamaré a Alberto.

Esteban se une a nosotros, llega con el pelo mojado y deduzco que ha acabado su turno en la comisaría y se ha duchado. Él también me abraza al verme (aunque por suerte para mí no me aprieta tanto como ha hecho Javier) y después se sienta y se pide un café. Me pregunta por Salvador y confieso que cada vez siento más curiosidad por saber de qué hablaron estos dos. A Esteban no se lo pregunto, sé que no me contestaría.

Hablamos de sus planes de boda, de sus perros y también me cuenta que, gracias a lo que Javier y yo hicimos en mayo, meses más tarde desarticularon completamente esa red de peleas de perros.

—¿Y qué tal con el chico de diciembre? —me pregunta.

—Al principio no muy bien, tenía la sensación de estar haciendo una entrevista de trabajo todo el rato —les cuento—, pero ahora genial.

Les explico brevemente en qué trabaja Aitor y su teoría de que es un impostor. No traiciono su confianza, no les digo nada sobre Santiago o sobre sus padres, creo que eso es más personal. Lo que les cuento es lo que probablemente escribiré en el artículo de este mes.

—Le entiendo. —La afirmación de Esteban me sorprende—. No es fácil aceptar que te llamen héroe por hacer tu trabajo y mucho menos cuando al mismo tiempo tú te quejas por lo que cobras o porque esa mañana no te apetecía salir de la cama. Es un proceso mental difícil de explicar. —Tanto yo como Javier estamos embobados mirándolo—. Mirad, he participado en operaciones en las que alguien me ha abrazado al terminar y ha llorado en mis brazos dándome las gracias por estar allí, por hacer mi trabajo, y ese mismo día me había quejado al comisario por tener dos turnos dobles o por tener que utilizar material en mal estado. No somos héroes, al menos en mi caso seguro que no, pero tenemos que aprender a aceptar que nuestro trabajo puede salvar la vida de otra persona. No es un trabajo cualquiera, aunque tampoco nos convierte en héroes necesariamente o en santos, como llaman a ese chico.

—No lo había visto así —confieso—. Gracias por ser tan sincero, Esteban, me

has ayudado mucho.

—Ahora mismo tengo ganas de besarte —dice Javier sin ocultar la admiración que siente por su pareja.

—¿Y qué te lo impide?

Javier sonríe ante la provocación de Esteban y con una mano en la nuca le atrae para darle un beso muy suave en los labios.

Justo entonces me suena el móvil y me pongo en pie de un salto. No me lo esperaba. Lo tengo encima de la mesa y contesto al instante. Es Aitor para decirme que si no me importa ir  a cenar con sus amigos y nos vemos más tarde.

Tengo que levantarme para abrir a Aitor, con la emoción de antes se fue sin las llaves. No estaba dormida, estaba escribiendo y corrigiendo el manuscrito. La correctora de Barcelona es el demonio, bueno lo cierto es que es un sol, aunque me digo que la odio para motivarme. Hace un rato le he escrito un correo proponiéndole de quedar cuando vuelva a la ciudad, quiero explicarle ciertas cosas antes de que las lea, porque ya temo que me dir  que es imposible que alguien se comporte de esa manera y cuando digo *alguien* quiero decir Salvador.

Abro la puerta y Aitor me abraza y me levanta del suelo nada más entrar.

—Veo que te ha ido bien.

—Muy bien. —Me deja en el suelo—. Siento llegar tarde y haber estado desaparecido todo el día.

—No pasa nada. Estaba escribiendo y he pasado el día con Javier y Esteban.

—He sido un idiota, un egoísta engreído. Tendría que haber espabilado hace tiempo y haber llamado a Santi o a Irene.

—Bueno, lo importante es que lo has hecho ahora.

—Sí, pero el mérito no es mío. Es tuyo y de Carlos.

—No es verdad, tal vez hablar conmigo y encontrarte con Carlos te ha hecho abrir los ojos, pero tú llamaste a Santiago, no lo olvides.

—No lo olvidar .

—Y ahora cuéntame qué tal te ha ido, qué ha pasado.

—Es tan obvio, ahora que lo pienso no s  cómo no me di cuenta de que Santi e Irene estaban enamorados desde antes de que yo me fuera. Yo estaba tan obcecado con lo mío, con apuntarme a Médicos Sin Fronteras y después

encontrar trabajo en Nueva York, que no vi lo que pasaba justo delante de mis narices. Ellos nunca hicieron nada mientras Irene y yo salíamos juntos, fue todo platónico. Y al parecer, después de que me fuera, Santi siguió resistiéndose y manteniéndose alejado de ella e Irene siguió sintiéndose culpable. La situación se alargó hasta que un día Santi se enteró de que Irene había quedado con otro chico, me han dicho el nombre, pero no me acuerdo, y fue a verla. Discutieron y según me han contado, ella lo besó. Santi ha estado incómodo durante más de diez minutos.

—¿Y tú estás bien? ¿No te duele que tu novia y tu mejor amigo estuviesen enamorados mientras se suponía que ella salía contigo?

—¿Te soy sincero?

—Eso espero.

—La verdad es que no. Ahora que lo pienso, yo nunca estuve enamorado de Irene, no como Santi, y ella habría acabado dejándome. Sé que no vas a creerme, pero estoy convencido de que, si la hubiese querido de verdad, no me habría ido o le habría pedido que me acompañase. No se lo pedí ni una vez y ella tampoco a mí. En el fondo los dos teníamos miedo de hacernos daño, ella porque se sentía culpable porque mi madre acababa de fallecer y yo porque ella había estado a mi lado en esos momentos. Si no me hubiese ido, con el tiempo habríamos roto por otro motivo. —Se pasa las manos por el pelo, está cansado y sin embargo nunca le había visto tan en paz consigo mismo como ahora—. Tendría que haberlo visto antes y tendría que haber dejado de comportarme como un niño consentido que no se ha salido con la suya y haberlos llamado. Me han dicho que me echaron de menos en la boda, Santi quería pedirme que fuese el padrino.

—Oh, bueno, piensa que ahora que habéis aclarado las cosas entre vosotros podrás celebrar otras muchas cosas con ellos.

—Sí, eso mismo han dicho ellos. —Se tira del pelo—. He sido un idiota. Me sentía tan cómodo estando enfadado con ellos, con mi pasado, que he estado a punto de perderlos del todo y son lo más parecido a una familia que me queda.

—Me alegro de que las cosas hayan salido tan bien, Aitor. Si quieres podemos quedarnos aquí unos días más, no hace falta que volvamos a Vitoria.

—La verdad es que sí hace falta.

Cambia de actitud y presiento que ha sucedido algo más.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Uno de los miembros de mi equipo de Papúa Nueva Guinea me ha llamado hace un rato, justo cuando salía de casa de Santi. Ha habido un brote epidémico que no logran contener ni explicar y voy a tener que estar allí antes de lo previsto. Me quedaré en Vitoria lo justo y necesario para prepararlo todo y luego me iré.

—Oh, lo siento mucho.

—No sé si esto me descalificará de *Los chicos*, pero tengo que hacerlo. Me iré de todos modos.

—No te preocupes por *Los chicos*. Mañana a primera hora nos vamos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Volver a casa

Aitor me lleva hasta la estación, él devolverá el coche de alquiler en el aeropuerto antes de subirse al avión. Me he ofrecido a acompañarle, pero él ha insistido.

—Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mí estos días.

—No he hecho nada. Solo te he seguido.

—Has hecho más que eso, me has escuchado y me has obligado a espabilarme. Tú y tu novio teníais razón, tenía que empezar a vivir mi vida, mi vida de verdad, y no dejar que mi pasado siguiese arrastrándome.

—Me alegro de haberte ayudado —reconozco—. Mándame un correo o un mensaje cuando llegues para decirme que estás bien.

—Lo haré.

—Más te vale. Tú estos días también me has ayudado.

—Ah, ¿sí?

—Sí, gracias a ti he vuelto a ver a dos chicos del calendario muy importantes para mí —pienso en Víctor y en Javier— y también a mi mejor amiga y he recordado que hay que cuidar a la gente que es importante para uno mismo. No permitiré que vuelva a olvidárseme.

—Creo que nuestra relación está descompensada, pero me alegro de haberte servido de algo.

Nos despedimos en el coche, no tenemos tiempo de hablar demasiado porque él tiene los minutos justos. Los dos nos prometemos que nos llamaremos y yo le repito otra vez que no pasa nada porque se marche antes. Robo unos segundos para hacernos la última fotografía.

«#ElChicoDeDiciembre ❄️ #LoQueDeVerdadImporta #MédicosSinFronteras



#Gracias.»

Espero en la acera a que se aleje y entro en la estación convencida de que, por raros que hayan sido estos días con el último chico del calendario, he hecho un amigo que vale la pena. Me paso el trayecto hasta Barcelona escribiendo el borrador del artículo del último mes, el del chico de diciembre, no el del final del concurso, ese aún no tengo ni idea de cómo enfocarlo. He llamado a Salvador para informarle del cambio de planes y después de negociarlo un poco hemos quedado que vendrá a buscarme a la estación.

—Tu padre puede estar vigilándote.

—Me da igual, Candela. Te echo de menos y quiero venir a buscarte. Además, mi padre tiene mejores cosas que hacer que estar pendiente de nosotros.

—¿Has sabido algo de él?

—Nada excepto lo que tú me contaste que te había dicho Pastor. No tengo ni idea de qué pretende ofrecerle el día veintitrés en esa cita.

—Solo faltan tres días.

—Tranquila, estaremos preparados. ¿Pastor va a estar?

En principio le dije a Víctor que quería ir yo sola a reunirme con el padre de Salvador, pero él dijo que Barver esperaba reunirse con él y que había insistido en reservar una mesa y una habitación a su nombre en el hotel Pulitzer de Barcelona. Sería sospechoso que Víctor no apareciese.

—Todavía no he hablado con él, no me parece justo que siga complicándose la vida por mi culpa.

—No hace falta que esté —insiste Salvador. Me digo que entiendo por qué le cambia la voz cuando habla de Víctor, pero aun así me duele.

—Te espero en la estación y lo hablamos, ¿te parece?

—¿Acabas de manipularme?

—No. —Pues claro que lo he hecho—. Yo también tengo ganas de verte.

—Te conozco, Candela, acabas de ceder porque no te gusta que hable mal de Pastor, pero me da igual. Te veo en la estación dentro de un rato.

Sonríó durante unos minutos, hasta que me doy cuenta de que tal vez él me ha manipulado a mí y ha sacado el tema de Víctor para conseguir lo que quería. Se me escapa una carcajada. Pues claro que lo ha hecho.

La tontería por pensar en Salvador, por imaginármelo en su despacho con esas gafas que me hacen perder el sentido, tarda un rato en pasarme, pero al final lo

consigo, más o menos, y trabajo un poco. Conecto el correo del ordenador, una de las ventajas de haber viajado tanto este último año es que ahora me las apaño mucho mejor con las tecnologías, aún me acuerdo del informático de *Gea* que me ayudó en enero. Era un buen chico, me deseó suerte y me dio muchos ánimos. Ojalá él también haya tenido un buen año.

El primer correo que entra es de Bea, la correctora, y lo abro convencida de que será una lista de errores imperdonables. Lo que encuentro es todavía más preocupante. Dice que necesita hablar conmigo urgentemente, que ha recibido un correo de Olimpo diciéndole que deje de trabajar en la corrección y que antes de hablar con el señor Barver (se refiere a Salvador), prefiere consultármelo a mí. Me pregunta si yo he solicitado el cambio.

No lo he hecho.

Le respondo de inmediato, es un correo breve y formal, porque estoy algo paranoica y no sé de quién fiarme. Le confirmo que yo no he presentado ninguna queja y que estaré encantada de quedar con ella mañana a las diez en el café que hay en el Triangle. Apenas cinco minutos más tarde me contesta que perfecto.

Tal vez no sea nada, me imagino que en Olimpo recurren siempre a los mismos correctores y es normal que se organicen como les vaya mejor. Pero Salvador me lo habría comentado, él me dijo que conocía a esta chica, a Bea, y me habría dicho algo. Claro que él ha viajado a Londres y tiene mil cosas en la cabeza, tal vez se le ha pasado.

A pesar del esfuerzo considerable que hago para encontrarle una explicación lógica, la teoría de que esto tiene que ver con el padre de Salvador va tomando fuerza en mi cabeza. Ese hombre está tramando algo, lo sé, lo presiento, por qué si no iba a establecer una reunión con Víctor. ¿Pero qué pintan Bea y mi libro en esto?

Hoy estamos a veinte. Mañana es veintiuno, todavía estoy a tiempo de averiguar qué está pasando. Hablaré con Salvador esta misma noche, me pondré al corriente de lo que haya averiguado Sergio y mañana, según lo que me cuente Bea, me pasaré el día ordenando mis notas. No he parado de acumular información sobre Ricardo Barver, algo tendré que pueda servirme de ayuda para el día veintitrés.

De repente giro la cabeza hacia el ordenador donde en la pantalla sigue

brillando el artículo del chico de diciembre. Aitor no es un santo, en eso él tenía razón, pero se equivoca al decir que no tiene vocación, la tiene y es un médico muy generoso que se preocupa por algo que vale la pena. Me siento como una cobarde por dejar que Barver me asuste.

No voy a permitírselo nunca más. Guardo el archivo con el artículo y abro el del libro, voy a seguir escribiendo y a dejar de pensar en ese hombre que no se lo merece.

El tren parece ir más rápido desde que he tomado la decisión de echar al padre de Salvador de mi cabeza y, cuando se detiene en Sants, aunque tengo ganas de bajar, me quedo con las ganas de repasar unas cuantas veces más el último párrafo. Cargo con el equipaje y mi bolso, la música navideña me rodea y también los adornos propios de estas fechas. Hace casi un año, cuando Rubén me dejó con esa foto en Instagram, pensé que odiaría la Navidad el resto de mi vida, y nada más lejos de la realidad. No voy a ponerme a hornear pasteles ni a cantar villancicos como una posesa, eso tampoco, pero reconozco que estoy de buen humor.

Salvador no está en la salida, no le veo en ninguna parte. Me imagino que habrá encontrado tráfico y busco un lugar donde esperarme sin entorpecer el camino a nadie. Dejo la bolsa en el suelo y busco el móvil para llamarlo, tal vez puedo esperarle en una esquina y así...

—Hola, ¿estás esperando a alguien?

Me río y me giro con los brazos en alto para rodear a ese *desconocido* como se merece.

—No puedo creerme que me hayas dicho eso.

—Yo tampoco, aunque confieso que siempre he querido hacerlo —contesta Salvador antes de besarme.

—¿Dónde estabas? —le pregunto cuando nos apartamos. Él sigue acariciándome el rostro.

—Ahí, estaba hablando con Pablo por teléfono cuando te he visto salir.

—¿Cómo está tu hermano?

—Incansable. Esta noche quiere cenar con nosotros.

—Genial, tengo ganas de verle.

—No se lo digas.

—No te hagas el duro, seguro que ya le has dicho que sí iremos.

—Le he dicho que lo hablaría contigo y no te rías, bastante he tenido con aguantarle a él.

—Oh, vamos, no dejas de quejarte y de decir que esto de tener pareja se te da mal cuando en realidad te encanta. —No sabía que iba a gustarme tanto tomarle el pelo a Salvador, pero ver cómo hace esfuerzos para no sonreír puede convertirse en mi pasatiempo favorito.

—Está bien. Confieso que es mucho más...

—¿Más qué?

—Fácil de lo que creía, aunque estoy seguro de que me lo parece porque eres tú. Porque estamos juntos.

Trago saliva.

—Lo dicho, no se te da nada mal. Gracias por venir a buscarme. —Me pongo de puntillas y le beso de nuevo.

—El placer es mío. —Me sujeta por la cintura y el beso pasa de ser una tierna bienvenida a mucho más. A Salvador le cuesta encontrar la voz para volver a hablar—. Teniendo en cuenta la hora que es he pensado que no hacía falta que fuésemos a *Gea*, a no ser que necesites pasarte por allí.

—No, puede esperar a mañana.

—Genial, pues vámonos.

—¿Adónde?

—A casa.

Levanta mi bolsa del suelo con una mano y con la otra sujeta una de las mías. Entramos en su coche, lo ha aparcado en el garaje de Sants, y nos cruzamos con gente cargada de maletas que probablemente se dirige a sus vacaciones.

—Tenía miedo de odiar la Navidad y es todo lo contrario.

Está conduciendo y aun así noto que está pendiente de mí, pero no es agobiante (confieso que a veces, cuando había visto a parejas sincronizadas, pensaba que a mí me asfixiaría tener esta clase de conexión con otra persona). Supongo que es tal como ha dicho Salvador. Es fácil —por fin— porque es él.

—¿Lo dices por lo de Rubén? —Giro el rostro y le veo apretando la mandíbula—. No me digas que ese imbécil tenía el poder de estropearte algo así.

—No, no lo tenía y no dejo de pensar que eso es lo más triste. Me dolió que

me dejara de esa manera y sin embargo me obligó a reconocer la verdad. No tendría que haber permitido que se mudase a mi casa.

Salvador me sujeta una mano un segundo.

—Todo pasa por algo, ¿no? Tal vez todo lo que nos ha pasado, a ti y a mí, ha sido para llegar aquí y ahora.

—¿A un atasco en la Gran Vía?

Arruga el cejo.

—Creía que el que bromeaba cuando una conversación se ponía seria era yo. ¿Ha sucedido algo, Candela?

Realmente me conoce mejor que nadie.

—No —suelto el aliento y rectifico—, bueno, sí. Me ha escrito Bea, la correctora, quería preguntarme si yo había pedido que la cambiaran porque ha recibido instrucciones de Olimpo de dejar la corrección de *Los chicos del calendario*.

—¿Y te has quejado a alguien sin decírmelo?

—No, por supuesto que no. Jamás haría algo así, y no porque estemos juntos, que quede claro. Acordamos que tú te leerías y supervisarías el manuscrito; si hubiese decidido solicitar un cambio de correctora, te lo hubiera comunicado. No digo que te hubiera pedido permiso, pero te lo habría comunicado.

—Lo sé. Tú nunca me pedirías permiso por eso. —Me guiña el ojo.

—Cretino.

—Yo también te quiero.

—¿Crees que algún día dejará de acelerárseme el corazón cuando te oiga decir eso?

—Espero que no, yo sé que nunca dejaré de querer decirlo —carraspea— y de querer quitarte la ropa y follarte y hacerte el amor nada más verte. Como ahora.

—¿Ahora? Estás conduciendo —cito una obviedad.

—Lo sé, eso no impide que esté imaginándome todo lo que haremos en cuanto lleguemos a casa.

No sé qué decirle. Bueno, sí que lo sé, lo que pasa es que ahora yo también me estoy imaginando lo que haremos y empiezo a tener calor y me cuesta respirar en el coche.

—Lo has hecho aposta, ahora no puedo pensar en otra cosa.

Salvador sonrío.

—Así compartimos sufrimiento.

Acerco una mano a su muslo y, al cerrar los dedos, él aprieta el volante.

El apartamento de Salvador es mucho más amplio que el mío, pero al parecer nada más entrar los dos nos olvidamos de que tiene una cama enorme y un sofá muy cómodo, y también de la ducha o del suelo de parqué o incluso de la alfombra que hay junto a la ventana, porque no sé si él me sujeta y se lanza a besarme o si soy yo la que tira de él, la cuestión es que mi espalda termina pegada a la puerta de la entrada y él se desabrocha el pantalón para entrar dentro de mí como si fuera a morir si no lo hace.

—Joder —farfulla cuando lo consigue—, estás casi tan excitada como yo.

—Más.

—Acabarás conmigo, Candela. Dime que me quieres.

Sonrío y le muerdo el labio.

—Aún no. —Él empieza a salir de mí—. Vale, vale, te quiero. Te quiero mucho.

La sonrisa que él me devuelve va acompañada de un levantamiento de ceja y después se agacha para besarme despacio mientras la mitad inferior de su cuerpo decide volverme loca. El único consuelo que tengo es que yo le causo el mismo efecto a juzgar por cómo tiembla y se sujeta a mí y lo cierto es que cuando empieza a correrse no puede dejar de repetir que me quiere y que me ha echado de menos. Así que me imagino que estamos empatados. El amor me ha enseñado que no es cuestión de ganar o perder, sino de tener al compañero que te motiva a seguir adelante.

—Siempre guardaré un gran recuerdo de *Los chicos del calendario* —dice él con la voz rasposa un rato después. Al final hemos conseguido llegar a la cama, aunque antes nos hemos detenido en el sofá—, pero no sabes cuánto me alegro de que haya terminado.

—¿Tenías miedo de que conociese a otro? —bromeo, aunque él se tensa de inmediato y comprendo que he metido la pata. Típico de mí.

—Has conocido a otro. No quiero volver a tentar a la suerte.

—No lo decía en ese sentido, Salvador, solo era una broma. Yo también me alegro de no tener que cambiar de ciudad cada mes y de poder por fin asentarme

y decidir qué hago a partir de ahora.

Me besa la frente y noto que poco a poco se va relajando.

—Puedes hacer lo que quieras.

—Quiero escribir. A ver qué me dice mañana Bea, sus correcciones han sido brutales.

—Es dura, lo reconozco, pero si creyera que no sabes escribir me lo habría dicho.

—Ah, ¿sí?

—Sí, y a ti también, esa mujer no se anda con niñerías. Te habría escrito y te habría dicho que lo dejases.

—Tal vez es lo que quiere decirme mañana.

—No, ya te ha dicho que creía que tú habías pedido que te mandasen a otra. Una de dos, o se trata de un error inofensivo de alguien del departamento editorial de Olimpo o mi padre ha vuelto a las andadas.

—Tiene que ser tu padre.

—No nos precipitemos. Mi padre no es un santo, eso lo reconozco, pero esperemos a ver qué te dice Bea, ¿de acuerdo?

Me apoyo en el torso y le miro, está relajado, creo que me costará un poco acostumbrarme a encontrar esta expresión en su rostro.

—¿A qué hora hemos quedado con tu hermano?

—A las nueve.

Desvió la mirada hacia el despertador y salto de la cama. Ya llegamos diez minutos tarde y aún tengo que ducharme.

Salvador se ríe cuando me ve correr de un lado al otro abriendo mi bolsa en busca de algo que ponerme.

—Podrías haberme avisado.

—A mi hermano no le pasará nada por esperarse un rato y tenía cosas más importantes en la cabeza y en otras partes del cuerpo.

—Eres lo peor. Vamos, espabila.

—Está bien —suspira resignado—, ya que insistes me ducharé contigo.

Llegamos una hora tarde y, cuando Pablo nos ve llegar con el pelo mojado, se pone en pie para abrazarme y darme un beso en la mejilla.

—No te imaginas lo mucho que me alegro de verte, Cande. Gracias por no

permitir que el idiota de mi hermano hiciese una estupidez.

La correctora del infierno y el vídeo del chico de diciembre

Beatriz tiene un aspecto intimidante. No sé por qué me la había imaginado como una bibliotecaria inglesa y algo mayor, a punto de la jubilación para ser exactos, en cambio apenas roza los cuarenta —si es que llega—, es altísima, lleva el pelo corto negrísimo y unas enormes gafas de pasta del mismo color. Si me dijeran que es profesora de karate o dibujante de mangas me lo creería, pero es filóloga y lo más divertido es que está especializada en la corrección de textos esotéricos o infantiles.

Es un personaje de novela y tomo nota mentalmente de añadirla en mi próximo proyecto, si es que llega a existir.

—Hola, gracias por venir, soy Candela, aunque todos me llaman Cande. —Le tiendo la mano y ella la estrecha y yo sudo lo mío para no hacer una mueca de dolor porque me han crujido los dedos.

—Gracias a ti por poder quedar tan rápido. No sabía si aceptarías verme, hay escritores a los que no les gusta.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros y le hace señas a un camarero que acude de inmediato. Cuando yo hago lo mismo tardo varios minutos en conseguir que alguien se digne a mirarme, claro que no parezco una replicante que se ha fugado de *Blade Runner*.

—Supongo que es por miedo.

—Ah, bueno, yo no te tengo miedo —afirmo con rapidez y voz firme a ver si así también me lo creo—. Todos hacemos nuestro trabajo lo mejor que podemos, ¿no crees?

—No, no lo creo, hay gente que son verdaderos incompetentes.

—Vale, supongo que en eso tienes razón. —El camero aparece con nuestras bebidas, té verde para ella y café con leche para mí. Tal vez tendría que probar esto de las hierbas—. ¿Puedo preguntarte quién te pidió que dejases de trabajar en mi manuscrito?

—La misma chica con la que trato siempre para otros encargos de Olimpo, aunque lo raro en este caso es que hasta la fecha no había intercambiado ningún correo con ella sobre tu libro. Salvador Barver se puso en contacto conmigo directamente a través de Martín Riego y después solo te he escrito a ti, por eso me sorprendió.

—Yo no he pedido que te cambiasen.

—Tenía esa sospecha, cuando intercambiamos correos no me pareciste una imbécil.

—Gracias.

—De nada.

No se ha enterado de que era sarcasmo.

—¿Es normal que dejen a medias una corrección?

—No es habitual, pero me ha sucedido alguna vez.

—Entonces, ¿por qué me escribiste?, ¿qué te hizo sospechar que sucedía algo raro?

—Las personas que estaban en copia del correo. Había el nombre de un bufete de abogados y del señor Barver padre.

Suerte que no estoy bebiendo, porque me habría salido el café por la nariz.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Completamente. Me imagino que la chica que me escribió quería ponerlos en copia oculta, pero se equivocó. Recibí otro correo idéntico unos segundos más tarde en los que ya no figuran los otros destinatarios. Me imagino que esa pobre muchacha del departamento de edición rezó para que yo no abriese el primer correo y debe de creer que ha funcionado porque no le pregunté nada.

—¿Y por qué? Perdona que sea desconfiada, pero, como seguro habrás deducido, este tema es algo complicado.

Bebe su té despacio, es todo un ritual ver cómo lo prepara antes de olerlo y acercárselo a los labios.

—Hace años tuve un problema. Me encargaron corregir un libro de una

presentadora de la tele, una *señora* muy famosa, y me di cuenta que era un refrito de otros libros.

Recordaba perfectamente ese caso.

—Pero tú no tenías la culpa.

—En la editorial no opinaron lo mismo. Dijeron que, si yo no hubiese dicho nada, la gente tal vez no se habría enterado, como si los lectores fuéramos idiotas.

—¿Y qué te pasó?

—Me anularon todos los contratos pendientes que tenían conmigo y pusieron en circulación el rumor de que yo no era solo la correctora del libro plagiado, que era su autora, que me habían contratado de negro y que el plagio era una maniobra mía para hacerles chantaje.

—Qué desgraciados —se me escapa—. ¿Cómo acabó?

—Me negué a retirar lo que había dicho y ellos jamás llegaron a llevarme al juzgado, porque sabían que estaban mintiendo, pero mi reputación se fue a la mierda y me quedé sin trabajo. Martín Riego fue el primero en volver a contratarme y ahora el señor Barver, hijo, me ha conseguido trabajo en Olimpo, además de la corrección de tus libros.

—Y por eso me escribiste.

—Siempre hemos hablado directamente y quería saber si tú o Salvador Barver habíais solicitado el cambio. El correo me dio mala espina y no quise preguntarle nada a la chica del departamento de edición, llámame paranoica, pero después de lo que me pasó no quiero correr riesgos.

—Te entiendo, es normal. No te preocupes. Salvador no sabe nada del cambio de corrector. Tanto él como yo queremos que sigas trabajando en la novela.

—Pues parece que hay alguien en Olimpo que no opina lo mismo.

—Me temo que en eso no estás nada paranoica y que tienes razón.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues, si tú estás dispuesta, vas a seguir corrigiendo la novela, y no solo esta. Si todo va bien, vendrán cuatro más. Tengo que contar todo lo que me ha sucedido este año. Si Hermes, la editorial del grupo que parece estar a los servicios de Barver padre, no la publica, ya buscaré otra editorial que quiera hacerlo, tal vez tú podrías ayudarme.

—Me ha costado lo mío volver a tener trabajo, pero cuenta con ello. ¿Lo de la novela es verdad? Había dado por hecho que todo era fruto de tu imaginación, esto me pasa por no tener Instagram, ni Twitter, ni nada. Después del escándalo del plagio acabé escarmentada y desde entonces me he mantenido alejada de las redes. ¿En serio es verdad?

—No exactamente, pero en gran parte sí. De eso también quería hablarte.

—Tú dirás.

—En tus primeras correcciones me dijiste que el comportamiento del personaje principal no tenía sentido y tienes razón, pero fue así.

—¿Está chiflado o qué le pasa?

—No está chiflado, pero no averigüé la verdad de lo que le sucedía hasta más adelante y quiero que los lectores hagan lo mismo.

—Pero pensarán que está mal de la cabeza —se queja.

—Probablemente.

—Nada de probablemente, vas a lograr que la mitad del país odie a tu protagonista.

—Confío en que más tarde, cuando sepan la verdad, le perdonen y se pongan de su parte.

—Tú sabrás, tú eres la autora.

—Gracias por entenderlo.

—Entenderlo no lo entiendo, pero no voy a meterme. Solo te pido una cosa.

—¿Cuál?

—He leído lo que me mandaste el otro día, la parte de febrero y marzo.

—¿Sí?

—Sí. Mi condición es que, hagas lo que hagas con el protagonista majareta, me dejes a mí a Pastor. ¡Ese leñador tiene que ser mío en algún momento!

Suelto una carcajada, lo dice tan seria que no puedo evitarlo. No tenía ni idea de que Víctor o, mejor dicho, el personaje de Víctor, le hubiese despertado esa clase de sentimientos a Bea, aunque lo entiendo.

—Veré lo que puedo hacer.

Llevo una hora en Olimpo y no puedo quitarme de la cabeza el encuentro con Bea. Es rara, no hay otra forma de decirlo, y creo que a la larga nos haremos

amigas, aunque lo de Víctor lo veo muy difícil. Imposible, mejor dicho.

Abril está de baja, otra historia que tengo pendiente que contaros, así que he quedado con África para grabar el vídeo del chico de diciembre.

—¿Estás lista?

—Sí, dame la señal y empiezo.

Ella levanta tres dedos y cuando baja el último enfoca la cámara hacia mí y me pongo a hablar:

—¡Hola! ¿Cómo estáis? Seguro que os sorprende verme antes de que termine el mes, pero el chico de diciembre ha tenido que irse a hacer algo mucho más importante que intentar convencerme a mí de que existen chicos que valen la pena y he vuelto antes a casa. Ha sido un año fantástico, pero de esto voy a hablaros en el próximo vídeo, porque si empiezo ahora me pondré a llorar y el día de Reyes aún estaremos aquí.

»Este vídeo es solo para hablar de Aitor, tampoco sería justo que él no tuviese su propio espacio, ¿no os parece? Voy a empezar por el final, por el motivo por el que ha tenido que irse y dejar el concurso antes de tiempo y, antes de que os emocionéis, *haters* del mundo, no, no voy a descalificarle por eso. Aitor tiene las mismas posibilidades que los demás de resultar elegido «El chico del calendario». Así es como hemos decidido que se llamará el «ganador» —levanto los dedos y hago la señal de comillas— de nuestro concurso. Esa palabra no acababa de gustarnos, aquí no hay ganadores ni perdedores, sencillamente chicos que han sido muy generosos de compartir su tiempo y su vida conmigo, con todos nosotros, y siempre les voy a estar agradecida por ello.

»Pero volvamos a Aitor antes de que me convierta en un mar de lágrimas.

»Aitor ha tenido que irse porque la zona de Papúa Nueva Guinea en la que él trabaja, donde investiga sobre las vacunas y donde ejerce a diario la medicina, ha habido una epidemia, un brote, creo que ese era el término exacto y ha tenido que irse. Estáis de acuerdo conmigo que es un comportamiento digno de alguien que se merece llegar hasta el final de este concurso, ¿verdad?

»¿Queréis que os cuente lo más curioso de Aitor? No sé por qué os lo pregunto, voy a hacerlo de todos modos. El día que le conocí en persona en la estación me pareció un chico muy formal, demasiado, me trataba como si yo fuera un inspector de Hacienda y le estuviera inspeccionando, a ver, no tengo

nada contra los maravillosos funcionarios. Lo que pasa es que así no se puede conocer de verdad a alguien y me entraban ganas de hacer tonterías solo para ver si conseguía hacerle reaccionar. Pero pasaron los días y fui comprendiendo que esa faceta, la de chico contenido y discreto, por llamarla de alguna manera, era solo una capa más de Aitor y que, si quería conocerlo, tenía que escarbar un poco más. ¡Y vaya si he aprendido a escarbar estos meses!

»Además, pedí ayuda. Como habéis podido ver en Instagram, este mes he coincidido con Víctor, su hermana, su cuñado y su sobrinita en Haro, y también con Javier y Esteban en Madrid. Y a Vitoria también vinieron mis amigos Abril y Manuel, y Salvador, que resultó tener una teoría muy acertada sobre Aitor. Se morirá cuando descubra que le he mencionado aquí, me refiero a Salvador, me imagino que a estas alturas ya os habéis dado cuenta de que el chico de enero no es como los demás, aunque esto también lo dejo para el último vídeo.

»La teoría de Salvador (y que Aitor me confirmó el día que volvió a Papúa Nueva Guinea) es la teoría del ancla: a veces utilizamos un hecho de nuestro pasado para quedarnos atrapados allí, para seguir enfadados o dolidos por algo o con alguien y no seguir adelante. Cortar la cuerda que te ata a un ancla da miedo, implica que a partir de entonces te quedarás sin excusas y no sabrás hacia dónde vas. Tendrás que vivir la vida de verdad, la del presente... Pues bien, amigos y amigas, Aitor me ha enseñado a cortar el ancla y a aceptar que tal vez la vida que tenemos no es la que hemos planeado de manera consciente, pero sí la que llevamos tiempo creando y por eso vale la pena vivirla. Porque vivir en el pasado es absurdo, ya está atrás, solo tenemos el presente y, si tenemos mucha suerte, el futuro, así que será mejor que nos lancemos de cabeza sin un ancla que pueda detenernos.

»Aitor ha sido un chico complicado, no os negaré que me habría gustado conocerle mejor, pero espero hacerlo más adelante. Sé que lo haremos. Y el motivo por el que se ha ido y lo que me dijo antes de irse solo sirven para que le considere un gran candidato a chico del calendario. Me dijo que no le importaba si lo eliminaba, que él se iría de todos modos a ayudar.

»Feliz Navidad, sed felices y haced muchas tonterías. Nos vemos a finales de año con mi último vídeo, prometo que esta vez no beberé *gin-tonics* antes de grabarlo. Besos.

África apaga la cámara y me felicita. Mientras está guardando sus cosas me doy cuenta de que me escuecen los ojos. Acabo de grabar el vídeo del último chico del calendario.

—África, ¿te importaría dejarme sola un rato?

Ella levanta la cabeza y asiente.

—Por supuesto. Si me necesitas, estaré en el departamento informático editando el vídeo, aunque ha quedado perfecto.

—Gracias.

29

El día veintitrés

El hotel Pulitzer está cerca de Olimpo y es muy fácil llegar, detalle que agradezco cuando cruzo esas calles nerviosa por lo que está a punto de suceder. Respiro profundamente y el perfume de Salvador, que se niega a abandonar la bufanda que me apropié en enero, me da ánimos.

Víctor está esperándome en la puerta del hotel; hace unos minutos, cuando hemos hablado por teléfono, se ha ofrecido a venir a buscarme, pero me he negado. No sé por qué me ha parecido que tenía que recorrer esta distancia sola.

—Hola, gracias por estar aquí. —Le abrazo y él me estrecha en sus brazos.

—De nada. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante?

—Segurísima.

—De acuerdo.

Es curioso lo poco importante que parece todo esto desde fuera, suena una suave música navideña a nuestro alrededor, nada dramático ni bélico, y los empleados del hotel, con sus uniformes modernos, nos saludan al pasar, no me vitorean como a Rocky antes de un combate.

El padre de Salvador nos espera en un reservado del restaurante, está bebiendo un whisky y, aunque le sorprende verme, consigue disimularlo en cuestión de segundos.

—No esperaba encontrarla aquí, señorita Ríos.

—Quería darle una sorpresa, estamos en época de hacer regalos.

—Sí, eso dicen. —Sonríe—. Adelante, siéntense, por favor.

—Yo prefiero irme. —Aunque Víctor y yo ya habíamos acordado que procederíamos de esta manera, no puedo evitar apretarle la mano—. Le dejo a solas con Cande, yo estaré allí tomándome algo. —Señala la zona del bar del restaurante donde un *barman* prepara cócteles. Es una distancia prudencial,

Barver y yo estaremos a solas, pero, si uno de los dos alzamos la voz, Víctor nos oirá.

—¿Está seguro, Pastor? Teníamos un trato, creo que le conviene quedarse aquí.

—Usted no sabe lo que me conviene. Avísame si me necesitas —añade mirándome solo a mí.

Barver entrecierra los ojos, me imagino que empieza a comprender que la jugada no le ha salido como él quería y que está buscando la manera de reconducir la situación. Víctor, sin embargo, no le deja opción y se aleja sin mirarlo.

—Al parecer estamos solos usted y yo, señor Barver. Puede decirme a mí lo que iba a decirle a Víctor, si es que necesita sacarse el veneno que lleva dentro para no atragantarse con él. Supongo que a estas alturas ya habrá deducido que Víctor está de mi parte y que no va a hacer ningún trato con usted. Es mi amigo y un hombre decente, un concepto que usted seguro no entiende, y nunca habría hecho nada para perjudicar a Salvador ni a nadie. Sin importar cómo eso fuese a afectarle a él o a sus intereses. Tendría que tomarlo de ejemplo.

—Vaya, qué decepción, creía que el señor Pastor era listo y ha resultado ser un pusilánime. No importa, ya había previsto algo así. La información que tengo sobre mi hijo hablará por sí sola. —Se relaja un poco, lo que me inquieta, y se atreve a sonreírme—. Una cosa sí tengo que reconocerle, señorita Ríos, tiene agallas. No me lo esperaba. Es una verdadera lástima que no me haya percatado antes de que era capaz de jugar a dos bandas y engañar a Pastor y a mi hijo al mismo tiempo.

No voy a darle el gusto de provocarme.

—Déjese de tonterías y vaya al grano, ¿qué cree que tiene ahora en contra de Salvador? ¿Con qué pretendía hacerle daño esta vez?

—Veo que mi hijo no está aquí, ¿tiene miedo de enfrentarse a mí y la ha mandado a usted? Típico de él. ¿O acaso le ha ocultado usted que se encuentra hoy aquí?

Me muerdo la lengua para no contarle que Salvador quería estar conmigo y arrancarle la cabeza y que odia que haya venido sola. Me ha costado lo mío convencerle de que era lo mejor, pero sé que habría perdido los papeles y habría

empeorado las cosas. Además, gracias a Ben y a Nacho tengo una teoría respecto a lo que le pasa a Ricardo Barver y para ponerla en práctica necesito que Salvador no esté.

—Salvador no ha podido venir, está comprando regalos de Navidad o... —me golpeo el mentón con un dedo— tenía cita con el masajista, ahora no lo recuerdo bien. Tenía asuntos más importantes que tratar.

Sorprendentemente, la supuesta indiferencia de su único hijo saca al señor Barver de sus casillas y comete su primer error, se precipita.

—O tal vez está tirándose a otra porque se ha aburrido de usted como hizo su anterior novio, diciembre del año pasado.

—Un buen disparo, se lo reconozco, casi mejor que cuando ha insinuado que le he sido infiel a Salvador con Víctor. Se ha informado sobre mí y cree que así me hará daño o que conseguirá hacerme dudar de nuestra relación. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Ponerme a llorar y salir de aquí hecha un drama? Mire, eso no va a pasar.

—¿Y qué va a pasar?

—Depende de usted. ¿Qué iba a darle a Víctor? ¿Qué clase de mierda cree que tiene en su poder para echar en contra de Salvador y recuperar el control de Olimpo? Sí, sé que eso es lo que pretende o, mejor dicho, lo que dice pretender. En realidad, creo que lo que quiere es llamar la atención de su hijo y todo por una estúpida pataleta de rico malcriado.

—No sabe de lo que habla.

La vena que le cruza la frente se le está hinchando, yo nunca le había hablado así a nadie y tengo la espalda completamente empapada de sudor del esfuerzo que estoy haciendo por aparentar que para mí esto es de lo más normal y que no me importa lo que está pasando.

—No va a lograrlo, ¿sabe? A Salvador no le afecta lo más mínimo lo que usted haga.

—Voy a quitarle Olimpo.

Estoy temblando por dentro, aun así consigo retener esta mueca de indiferencia, me apoyo en el respaldo de la silla y me cruzo de brazos.

—Vale.

—Lo digo en serio.

—De acuerdo.

—¿Acaso se ha vuelto loca?

—¿Yo? No, hable por usted. Me está diciendo que quiere quitarle a su hijo el control de una compañía que lleva años dirigiendo con éxito y cuyos accionistas lo apoyan al cien por cien. Yo diría que es usted el que está loco.

—Es una irreverente.

—No, solo estoy preparada. Por cada escándalo que crea tener sobre su hijo, yo tengo otro mucho peor sobre usted.

—No sabe a quién está provocando.

—Oh, sí que lo sé, a un viejo amargado que ha visto demasiadas reposiciones de *Dallas*. No voy a permitir que se salga con la suya, señor Barver. Tal vez Salvador sienta algo por usted, aunque lo dudo mucho, la verdad, pero le aseguro que yo no. Así que por cada chisme que saque a la luz sobre Salvador yo sacaré otro sobre usted.

—Se ha vuelto loca.

—No, solo me he cansado de dejar que me pasen cosas sin hacer nada para evitarlo. No tiene nada en contra de Salvador. Y, si usted dejara de comportarse como un cretino, como un niño malcriado al que su padre, con o sin razón, quiso darle una lección, se daría cuenta de que su hijo es lo mejor para Olimpo y dejaría de hacerle putadas.

—Olimpo podría ser mucho más.

—¿Más qué? Mire, ¿sabe qué?, no me conteste.

—Sé que Salva ha estado enfermo, tengo informes médicos y fotos suyas entrando y saliendo de una clínica de Londres.

La bilis me revuelve el estómago, cierro los puños para contener las ganas de vomitar o de insultarlo más de lo que he hecho.

—¿Y qué cree que conseguirá con eso? La junta directiva no tiene por qué saber el estado de salud de Salvador, pero, si insiste, les daremos informes que demuestran que ya no está enfermo.

—Puede volver a estarlo.

—Y usted puede morir de un ataque al corazón pasado mañana. —Se ha quedado lívido. ¿Qué se creía, que es el único que puede ser despreciable? De todos modos, tendremos que averiguar cómo ha conseguido estos informes,

seguro que el médico de Salvador se pondrá furioso y nos ayudará a que no vuelva a suceder—. En todo caso, si lo que usted insinúa sucediera, Olimpo sería lo que menos nos importaría y estoy convencida de que ninguna junta directiva, ninguna reunión de accionistas, apoyaría nunca una acción contra Salvador por ese motivo.

—No esté tan segura.

—Lo estoy. ¿Quiere intentarlo? ¿Quiere preguntar a la junta si prefieren apoyar a un director que ha demostrado su valía y que está enfermo o a uno que se ha dedicado a evadir impuestos —le cambia el rostro—, falsificar las cuentas de resultados de sus empresas e ir a cenar con presuntos narcotraficantes?

—No puede demostrar nada de lo que dice.

Apoyo las palmas de las manos en la mesa y me acerco a él.

—Póngame a prueba.

Técnicamente no me estoy marcando ningún farol, creo que por eso soy capaz de mantener la compostura y no temblar. Pero lo cierto es que todo lo que tengo es circunstancial, como me explicó Julián el mes pasado, y lo que ha encontrado Sergio, igual. Aun así, es suficiente para plantar cara a este impresentable.

Estamos unos segundos muy largos mirándonos a los ojos. Tengo ganas de vomitar. Temo que de un momento a otro va a ponerse a reír y lanzará una amenaza que no podré contrarrestar. Pienso en Salvador, en lo enfadado que estaba anoche y en lo furioso que seguía esta mañana.

«No puedo dejar que vayas sola. Es mi padre y es culpa mía que te veas metida en esto. Y no vuelvas a decirme que lo haces por mí.» Estaba enfadado, solo he logrado convencerle porque le he pedido que confiara en mí.

«Confío en ti. Siempre he confiado en ti.»

—Volverá a saber de mí, señorita Ríos.

El señor Barver se ha rendido, ha apartado la mirada y ahora esconde su rabia haciéndose el ofendido.

—Usted sabrá si le interesa, señor Barver.

Se pone en pie y se aparta de la mesa con gesto airado, desatando su furia contra la silla que no le ha hecho nada. Su expresión es más de incredulidad que de ira. Está enfadado, eso seguro, pero más que nada está sorprendido, es como si su cerebro se negase a creer que yo, una mindundi, le he plantado cara y he

conseguido salirme con la mía.

El padre de Salvador se da media vuelta, la vena que le pasa por la frente le está palpitando.

—Olvídese de publicar *Los chicos del calendario*, tal vez no pueda quitarle el control de Olimpo a mi hijo, pero todavía tengo aliados en Hermes y tenga por seguro que su novela no va a llegar a las estanterías de este país.

—Tiene gracia que lo diga usted que prácticamente me obligó a escribirla, pero ¿sabe una cosa, señor Barver? No tengo intención de publicar con Hermes y puede decirles a esos aliados que vayan haciendo las maletas. —El corazón está bailando salsa en mi boca. Definitivamente tendré que mandar mi manuscrito a otras editoriales y fiarme de Bea y de la opinión de Salvador, pero es mucho mejor así—. Puede dejar de preocuparse por mi novela, pase lo que pase con ella, ya no tiene nada qué ver con usted.

—Volverá a tener noticias mías.

—Eso creo que ya me lo ha dicho, pero no se olvide que, por cada noticia que aparezca remotamente sospechosa sobre Salvador, saldrá otra con usted en el centro. —Él balbucea sin decir nada, parece un pez cuando lo sacas del agua y no puede respirar—. Una última cosa, feliz Navidad.

Vale, quizá me he pasado. Barver se tropieza con una silla al irse y Víctor camina sonriendo hacia mí.

Ahora que estoy un poco más tranquila, a pesar de que mi respiración indica lo contrario, vuelvo atrás y os cuento qué pasó después de reunirme con Bea, la correctora del infierno, y de grabar el vídeo del chico de diciembre: me puse a llorar. Había acabado el que hasta ahora ha sido el año más emocionante de mi vida, pero me había hecho falta llegar a ese momento para comprender que en realidad eso no era ni el final ni el principio.

Es lo que yo quiero que sea.

Puedo dejar que llegue el último día de diciembre y elegir uno de los doce chicos como «Chico del calendario». «El chico del calendario», ¿sabéis qué significa eso? Yo todavía tampoco lo tengo del todo claro. Lo único que sé es que tiene que ser especial. Los doce tienen algo que los hace únicos y todos me han enseñado algo importante, sobre ellos o sobre mí misma, pero creo que sé lo

que estoy buscando, a pesar de que estoy haciendo un trabajo pésimo al explicároslo: una chispa.

La otra opción que tengo es seguir adelante, seguir arriesgándome como he hecho estos doce meses y seguir acertando, cagándola, aprendiendo y luchando por lo que me importa. Puedo dejarme llevar por la corriente o puedo tomar el timón. Y, ante alguien como el padre de Salvador, puedo hacerme a un lado y fingir que no pasa nada, como hice con Rubén cuando se mudó a casa, o puedo plantarle cara.

Sigo con mi relato, esto puedo decirlo más tarde.

Cuando dejé de llorar quería hablar con Salvador, pero no fue a él a quien llamé. Llamé a Nacho y después a Ben, los chicos de agosto y septiembre. Nacho me contó muchas cosas, que vais a averiguar pronto, pero lo que más me interesaba de él era conocer su opinión respecto al comportamiento del padre de Salvador y escuchar su consejo sobre cómo enfrentarme a él.

Lo he seguido al pie de la letra y no cabe duda que acertó de lleno. Lo de fingir indiferencia ante sus amenazas ha sido lo que más le ha afectado, ha perdido la compostura y he visto que no es más que un matón desquiciado porque no ha conseguido salirse con la suya.

Después hablé con Ben, él también me contó algo que cuando os enteréis os dejará K.O. como a mí, pero en el buen sentido, ya veréis. Pero al igual que con Nacho, me interesaba hablar con él para pedirle ayuda: el padre de Ben es socio del padre de Salvador en varios de esos negocios truculentos con los que le he amenazado antes y Ben lleva un tiempo enfrentándose a su padre del mismo modo que Salvador al suyo. Su consejo también me ha sido de mucha ayuda. Según Ben, su padre protege su reputación y, aunque cometa un delito, no quiere que dejen de invitarle al club de golf de turno, por lo que, para él, así como para Barver, guardar las apariencias es fundamental.

Y por último, después de hablar con Ben y con Nacho, hablé con Salvador y vino lo más difícil, pedirle que no me acompañase esta tarde a reunirme con su padre, pero esa conversación os la contaré después de despedirme de Víctor que acaba de detenerse frente a mí.

30

Despedidas

—Ha sido impresionante. —Me abraza y me levanta del suelo durante unos segundos—. Al principio quería acercarme a ti para ayudarte, pero después me he planteado ir a secar con una toalla la frente de Barver. Le has dado una paliza. Me alegra que le hayas plantado cara, te sienta bien.

—Gracias, saber que estabas aquí cerca me ha dado ánimos, sin ti no habría podido hacerlo.

—Eso no es verdad y lo sabes.

Pasa una mano por mi mejilla y se apodera de un mechón de pelo por el que desliza los dedos hasta dejarlo caer.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le pregunto. Cuando hablé con él para organizar lo de hoy, Víctor fue muy escueto—. ¿Puedes venir a cenar con nosotros?

A pesar de los celos, Salvador siempre ha pensado que Víctor es un gran chico y sé que querrá darle las gracias por habernos ayudado y preguntarle por los detalles de lo que ha sucedido hoy.

—No. Tengo que irme.

—¿Tan pronto? —Sé que estas fechas son complicadas, pero me temo que no tienen nada que ver con la decisión de Víctor, aun así, se lo pregunto directamente—. ¿Tori te espera en Haro, habéis organizado algo especial para celebrar las primeras navidades de Valeria?

—No es eso. Sabes que no es eso. Tengo que irme —repite y da un paso hacia atrás cortando cualquier contacto entre nosotros.

Yo doy un paso hacia delante y le sujeto una mano.

—Quiero hablar contigo. Tienes que quedarte.

—No, Cande, *tengo* que irme. —Me suelta la mano y esta vez no vuelvo a

cogérsela.

—Sigues enfadado conmigo.

Él suelta el aliento y aparta la mirada unos segundos. Cuando esta se detiene en mí de nuevo, veo lo difícil que le resulta todo esto y me siento culpable. Víctor no se merece pasarlo mal y mucho menos cuando se ha comportado con tanta generosidad.

—Mañana viajamos todos a Estados Unidos, mi hermana ha decidido que vamos a celebrar allí la Navidad. Me temo que en realidad quiere hacer obras en mi casa, se ha convertido en una adicta a los catálogos de papel pintado — intenta bromear—. Ellos volverán después de Año Nuevo, allí no saben quiénes son los reyes magos.

—¿Y tú cuándo volverás?

—No lo sé.

Asiento y espero un poco a hacer mi siguiente pregunta.

—¿Me llamarás, puedo llamarte?

—Ahora ya lo tienes todo solucionado. Dudo mucho que Barver vuelva a daros problemas. Ya no me necesitas.

Niego enfáticamente. Sabía que me diría eso.

—Claro que te necesito. Eres mi amigo.

Se agacha y me da un beso en la mejilla, la barba me hace cosquillas y me entran ganas de llorar.

—Feliz Navidad, Cande Ríos, gracias por haberme elegido como chico de marzo.

Tardo unos diez segundos en reaccionar y menos mal que lo hago, porque Víctor casi ha llegado a la salida del restaurante.

—Vas a ganar *Los chicos del calendario*. —No es una frase muy elocuente y me tiembla un poco la voz al decirla, pero causa el efecto que buscaba y Víctor se detiene y da la vuelta.

—¿Qué has dicho?

Reúno el valor necesario para acercarme a él.

—Eres «el chico del calendario».

Pone cara de alucinado, no se me ocurre otra descripción, y se frota la barba con ambas manos.

—Ahora sí que creo que te has vuelto loca. Yo no soy «el chico del calendario», has elegido a Salvador —farfulla enfadado—. Y si esto se trata de un jodido premio de consolación, no lo quiero. No lo quiero. ¿Me has oído?

—Alto y claro. No es ningún premio de consolación. —Aunque entiendo que lo piense—. No quería decírtelo así, lo siento. Ha sido muy torpe de mi parte.

—¿Y cómo querías decírmelo? —Cada segundo que pasa está más enfadado—. Mira, Víctor —imita mi voz y empiezo a comprender que tendría que haber dejado que se fuera y aparcar esta conversación para más tarde, pero ¿para cuándo?

—Yo no hablo así.

Levanta las cejas como diciendo que su imitación es perfecta. No lo es.

—Mira, Víctor —sigue—, no me voy contigo a Estados Unidos, no te quiero. Lo siento mucho, ya sabes cómo es el corazón y lo cierto es que nunca has tenido una oportunidad. Te he utilizado para superar las putadas que me ha hecho Salva, pero claro, ahora que él se ha dignado a comportarse como un ser humano...

—Eh, eso que estás diciendo no es verdad.

—He decidido quedarme con él —sigue imitándome—, pero a ti voy a darte el premio de *Los chicos del calendario* para ver si así deo de sentirme culpable.

—¡No es verdad! Ese no es el motivo por el que quiero que seas «el chico del calendario».

—Me importa una mierda. —Esta frase la dice ya con su voz—. Me importa una mierda cómo te sientas o por qué en tu retorcida cabecita has decidido que darme este premio es buena idea. No lo quiero y deja que te diga que me parece una broma de muy mal gusto de tu parte. Joder, te estás riendo de mí en mi cara, Cande.

—¡No es verdad!

—Claro que lo es. Te sientes culpable, crees que me debes algo, no sé qué, y que si gano el concurso las cosas entre tú y yo volverán a ser como antes.

Me sonrojo, porque algo de razón tiene.

—En enero, cuando empezaron *Los chicos del calendario*, dije que iba a buscar a un chico que me demostrase que los hombres de este país valen la pena. He conocido a doce, todos imperfectos y al mismo tiempo increíbles, pero si

alguno de ellos me ha demostrado que existen hombres, personas, en este mundo que valen la pena, eres tú.

—Pues haberte quedado conmigo, joder, nena.

Trago saliva para contener las lágrimas.

—Quiero a Salvador, estoy enamorada de él. —Me escuecen los ojos y Víctor se acerca a mí. Me mira confuso y enfadado—. A ti también te quiero, leñador, pero no estoy enamorada de ti. Nunca habríamos sido felices y lo sabes, tarde o temprano tú habrías superado de verdad lo de tu padre y...

—No busques excusas, nena, ya te he dicho que no quiero ningún jodido premio de consolación y este discurso, decirme que también me quieres o darme el jodido título lo son.

—No es un premio de consolación, Víctor —repito, porque no sé qué más decirle—. He conocido a chicos fantásticos y con historias increíbles que sin duda quedarían muy bien en la portada de *Gea* como chicos del calendario.

—Pues elige a uno. Yo voto por Nacho o por Ben. No me elijas a mí.

—Nacho sería una gran elección, él se lo merece, y Ben también, pero cuando empezó todo esto me prometí a mí misma que no elegiría pensando en lo más correcto o en lo más lógico, que elegiría con el corazón y tú, Víctor, eres «el chico del calendario». Escúchame, por favor. Cuando te conocí, aunque no querías ser chico del calendario, seguiste adelante para hacer feliz a tu hermana y me diste una oportunidad. Después, cuando nos vimos en abril, estuviste a mi lado. En ningún momento me echaste en cara lo que había pasado después de nuestro beso y sé que te preocupaste por mí de verdad, que te preocupas por mí de verdad. Eres la persona más generosa que conozco. Insistes en que para ti todo tiene que ser lógico, seguir una fórmula química o matemática, y en realidad te guías por el corazón, Víctor. Fíjate en lo que pasó hace unos días con Aitor, a pesar de lo que había sucedido con el hermano de Carlos le diste una oportunidad y durante la cena le alabaste por su trabajo en Papúa Nueva Guinea, sí, al principio lo disfrazaste un poco de sarcasmo, pero te conozco, Víctor, querías ayudarlo. E hiciste lo mismo con Ben en Marbella o con Alberto en Segovia cuando murió Enrique o con Salvador. A pesar de todo, de todo el dolor que te hemos causado, has estado dispuesto a ayudarlo. Siempre piensas en los demás, en qué puedes hacer para ayudar o para aliviar su dolor o aumentar su

felicidad. Por eso sé que eres «el chico del calendario», nadie más puede serlo.

Le veo respirar profundamente un par de veces, me imagino que lo hace para ver si así logra mantener la calma. No sé qué esperaba conseguir con mi discurso, las palabras han salido de mi boca sin pensar y al mismo tiempo os aseguro que de la primera a la última son ciertas. Víctor baja los párpados y respira profundamente y, cuando vuelve a levantarlos, sé que fingirá que no ha oído ni una sílaba.

—Mañana nos vamos a Estados Unidos. No me des el jodido premio, Cande, lo rechazaré.

—No lo harás. —Ahora sí que me estoy marcando un farol.

Él abre los ojos de par en par, está enfadado de verdad. Durante unos segundos creo que va a besarme y mentiría si dijera que no me tiemblan un poco las rodillas.

—Yo no soy «el chico del calendario», ¿me oyes? No lo soy. No quiero que me compenses por no quererme o por haberte enamorado de otro. Asumo las consecuencias de mis actos, ¿me arrepiento de ellos? Tal vez, pero soy un hombre adulto y voy a seguir adelante. No quiero vuestro estúpido premio.

—Entiendo que estés enfadado.

—Ah, ¿sí? Menos mal, ahora estoy mucho más tranquilo.

—No me gustas cuando te pones así, Víctor.

—Pues mucho mejor, ya tienes un motivo más para no darme el premio.

—Voy a dártelo. —Me cruzo de brazos y en mi cabeza oigo a mi madre diciéndome que puedo ser terca como una mula.

—Si me lo das, no te lo perdonaré nunca.

—Te estás comportando como un niño pequeño.

—Mira quién habla. —Se da cuenta de lo que acaba de decir y suelta el aliento. Retrocede y echa los hombros hacia atrás—. Tengo que irme, me están esperando en Haro. Nuestro avión a Nueva York sale mañana temprano.

Él da por zanjada la conversación, ha dejado clara su postura y supongo que cree que voy a cambiar de opinión. Está muy equivocado.

—Está bien. Gracias por haber estado hoy aquí conmigo, Víctor.

Asiente y se queda mirándome, me gustaría decir que me sonrío o que en sus ojos brilla un calor especial, pero no es así. Se da la vuelta y camina hacia la

salida.

No tendría que detenerle, tendría que dejar que se fuera sin más y esperar a que la tensión que ha creado esta última discusión se disipara, pero de repente se me forma un nudo en el estómago. ¿Y si esta es la última vez que le veo?

—¡Víctor! ¡Víctor, espera!

Él sale a la calle y yo corro tras él.

—¡Víctor!

Creo que no podré volver nunca a este hotel. Alcanzo a Víctor y en cuanto se da la vuelta, probablemente para seguir discutiendo conmigo, le rodeo el cuello con los brazos.

—Eres imposible, Cande.

—Lo sé. Perdona. No quiero que te vayas enfadado conmigo.

—Me temo que eso depende de mí, no de ti —me dice serio, aunque me abraza—. Me alegro de que las cosas te hayan salido bien, Cande.

—Feliz Navidad, Víctor. —Le doy un beso en la mejilla y lo suelto.

—Feliz Navidad.

Entra en un taxi y se va sin volverse a mirarme.

Me digo que tengo tiempo, toda la vida, para recuperar su amistad, pero tal y como me ha dicho él hace unos segundos, no depende de mí.

Esperaré, esperaré todo lo que haga falta. Esto también lo he aprendido de él y estoy segura de que algún día Víctor encontrará un amor como el que yo tengo con Salvador y se dará cuenta de que él y yo estamos destinados a ser amigos.

Salvador está esperándome, es injusto que le mantenga en ascuas, pero antes de hablar con él tengo que hacer algo más. Le mando un mensaje diciéndole que todo ha salido bien y que estoy perfectamente, él me contesta con un: «Tengo que verte para asegurarme», y yo le digo que tardaré un poco más. No le gusta, pero responde: «Tienes suerte de que ahora mismo tenga una reunión. Cuando salga iré a buscarte. Te quiero».

«Yo también te quiero» le contesto y, aunque no me gusta ocultarle nada de todo esto, siento que debo hacerlo sola.

Llego a *Gea*, busco a África y le pregunto si podemos grabar hoy el último vídeo, el del «chico del calendario».

—¿Ya sabes quién es el ganador? ¿Quién es? ¿Lo saben Jan y Vanesa? —
dispara preguntas a toda velocidad.

—No lo sabe nadie. No quiero que intenten convencerme de que lo cambie, quiero que «el chico del calendario» salga de mí y no de un plan de *marketing*. Tú ya me entiendes.

—Bueno, no demasiado, pero si tú lo dices.

—No quiero que lo sepa nadie hasta el último momento, pero si crees que esto va a meterte en problemas y prefieres no hacerlo, dímelo. Buscaré otra manera.

—No va a meterme en problemas, aunque tal vez a ti sí. Ya sabes cómo se ponen los de arriba si algo no está debidamente planeado.

—Por mí no te preocupes. ¿Podemos grabarlo?

—Dame media hora. ¿Dónde quieres hacerlo? Si ven que te sientas en tu antigua mesa, no hará falta que le digas nada a nadie. Todo el mundo sabrá qué estás haciendo.

Tiene razón, una idea cristaliza de repente en mi cabeza en forma de vaso y cubitos de hielo.

—Iremos al bar donde me grabó Abril en diciembre pasado.

África sonrío. Tengo una aliada.

—Aquí empezó todo, este es el bar donde Abril me grabó hace casi un año. Aquí solté mi discurso sobre que los hombres son el problema de este país y, ¿sabéis una cosa?, tan equivocada no estaba, algunos hombres son el problema de este país y también algunas mujeres. Os prometo que en enero grabaré un vídeo mucho más largo contándolo todo y que os pondré al día del libro y de todas las cosas que van a suceder a partir de ahora. Algunas no acabo de tenerlas claras, así que sed un poco más pacientes conmigo.

»Este año he conocido a doce chicos, con ellos he pasado doce meses increíbles y de todos he aprendido algo. Y espero que ellos algo hayan aprendido conmigo. Ha sido la experiencia más importante de mi vida, cada chico del calendario ha significado algo y todos a su manera se quedarán siempre en mi corazón —se me llenan los ojos de lágrimas—. Igual que vosotros.

»¿Lo veis? Ya me he puesto a llorar. Va a ser un vídeo breve, en el próximo, cuando haya logrado serenarme, os haré una lista de todo lo que he aprendido de

cada chico y de cada ciudad que he visitado, de todas las personas que he conocido este año, os lo prometo.

»Lo más importante es que he descubierto que lo que pasó en diciembre pasado me quitó la venda de los ojos, sí, Rubén se portó mal, nada justifica su comportamiento, pero yo tendría que haberme dado cuenta antes y echarle de mi vida y decirle lo que pensaba. No tendría que haber dejado que lo nuestro, que no funcionaba, llegase tan lejos. Este año he descubierto que, en el fondo, siempre he sido valiente y que tengo que seguir siéndolo, que tengo que disfrutar de los pequeños momentos y dejar pasar los malos rollos.

»Todos los chicos me han ayudado a reconocer eso y, si bien es cierto que todos están un poco tarados, todos lo estamos, con ellos he descubierto que para que alguien valga la pena tienes que esforzarte.

»Y «el chico del calendario» es eso, un chico que se esfuerza por ser auténtico, por encontrar su lugar en el mundo y cuidar al mismo tiempo a la gente que quiere. El chico del calendario es Víctor Pastor, el chico de marzo.

»Feliz Navidad, gracias por este año tan maravilloso. Nos vemos en enero.

Mi chico de las estrellas

Estoy sola en el bar, África se ha ido, creo que la he asustado con lo emotiva que me he puesto. Ella se ha ofrecido a quedarse, aunque no ha podido ocultar el alivio que ha sentido cuando le he pedido que me dejase sola. Me ha dado un abrazo y me ha asegurado que editará y guardará el vídeo hasta el día de Fin de Año. Es el mejor momento para colgarlo.

He pedido un chocolate caliente, nada de *gin-tonics* ni de café estando como estoy, y rodeo la taza con los dedos para entrar en calor. No hace frío, pero tengo la piel de gallina, llevo un día de lo más intenso.

La puerta del local se abre y no sé por qué no me sorprende ver entrar a Salvador. Está serio, no enfadado, y camina decidido hacia mí. ¿Serio o preocupado?

—¿Estás bien?

Preocupado.

Se sienta delante de mí y alarga las manos para hacerse con las mías.

—Sí, estoy bien. —Parpadeo confusa—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Levanta una ceja, el gesto me hace entrar más en calor que la taza de antes, es como si estuviera diciéndome que me conoce y que yo debería de conocerle a él.

—Me he cruzado con África en Olimpo y le he preguntado si te había visto. Creo que después se ha arrepentido de decírmelo, ¿le habías pedido que no lo hiciera?

—No, la verdad es que no. Me alegro de que hayas venido.

Él se inclina hacia delante para acariciarme el rostro.

—¿Estás segura de que estás bien?

Cierro los ojos.

—Sí. Todo ha terminado.

Él suelta el aliento y oigo que aparta la silla y se levanta. Un segundo más tarde está besándome.

—Joder, Candela, todavía estoy enfadado porque hayas ido sola a hablar con mi padre. Pareces triste, ¿qué te pasa? No me tengas así, creo que el corazón va a salirme del pecho y mi cuerpo ahora no puede lidiar con problemas cardíacos.

—No estoy triste —afirmo a pesar de que una lágrima me resbala por la mejilla—. Ha sido un día muy emotivo, nada más. Hoy todo ha acabado.

Salvador vuelve a besarme.

—Todo no, espero. Tú y yo estamos empezando.

—Tú y yo no vamos a acabar nunca, ¿recuerdas?

Otro beso y se aparta.

—Cuéntame qué ha pasado con mi padre y con Pastor.

—Ben y Nacho tenían razón, a tu padre le ha descolocado mucho que yo mostrara indiferencia por sus amenazas. Estoy segura de que en su retorcido cerebro había dado por hecho que Víctor nos contaría la verdad y que tú y yo apareceríamos. Más tú que yo, en realidad. Se ha puesto furioso cuando le he dicho que estabas comprando regalos de Navidad.

—Sé que quieres que te diga que tenías razón al pedirme que hoy me mantuviera alejado de ti, lo sé y supongo que puedo entenderlo, pero antes de seguir tengo que decirte algo.

—¿Qué?

—Exceptuando esas veces que intenté dejarte...

—Que me dejaste.

Él arruga el cejo ante mi interrupción y continúa:

—Esto es lo más difícil que he hecho nunca. No vuelvas a pedírmelo, porque no sé si seré capaz de hacerlo. Casi me vuelvo loco pensando en lo que mi padre podía decirte o hacerte y en que yo no estaría allí para protegerte.

—No tienes que protegerme.

—Tú acabas de protegerme a mí —señala con acierto y también no poca satisfacción en el rostro.

—Está bien, ¿qué te parece si nos prometemos que a partir de ahora nos protegeremos el uno al otro juntos?

—Me parece bien. Termina de contarme qué ha pasado.

—Tu padre ha amenazado con contarle a la junta directiva que estás enfermo. Eso es lo que quería darle a Víctor, informes de la clínica de Londres.

Él aprieta la mandíbula, no puedo ni imaginarme qué sentiría yo si mi padre hiciera algo así.

—No serviría de nada.

—Lo sé y se lo he dicho, pero he añadido que cada vez que intente propagar algún rumor sobre ti yo haré lo mismo sobre él. Tendrías que haberle visto la cara cuando le he insinuado la cantidad de pruebas que tenemos en su contra.

—Todas circunstanciales, de momento. Y no es ningún rumor que yo estoy enfermo.

—No lo estás, ya no. Y, en el caso de que volvieras a estarlo —tiemblo solo de pensarlo y él me aprieta los dedos de la mano—, no importaría. Podríamos con ello. Tu padre, sin embargo, no parece estar dispuesto a que nadie sepa que tiene tratos con un supuesto narcotraficante.

—Se habrá puesto furioso.

—Sí, pero lo cierto es que de todo lo que le he dicho, creo que lo que más le ha hecho reaccionar ha sido no verte, que tú tuvieras «asuntos más importantes a tratar».

—¿Eso le has dicho?

—Sí, no quiero que vuelva a acercarse a nosotros.

—Quizá tendremos que enfrentarnos a él toda la vida, Candela.

—Tengo el presentimiento de que no, creo que al ver que tú no estabas, que no te hacía daño, se ha, no sé, desinflado. No digo que no vuelva a hacernos alguna jugarreta, se ha ido del restaurante repartiendo amenazas, pero algo me dice que a partir de ahora se mantendrá alejado. Además, no me importa ¿Qué más da? Te tengo a ti, ¿no?

—Claro, y yo soy todo un premio. Estoy tarado emocionalmente, mi salud pende de un hilo y vas a tener que cambiar de trabajo por mi culpa.

—Eh, no hables así de ti.

—Dime una cosa, Candela, ¿por qué has aguantado tanto tiempo? Joder, doce meses, doce chicos, por no mencionar a Pastor, hubieras podido dejarme atrás, olvidarte de mí para siempre. Yo no me habría soportado a mí mismo en enero, ni en ninguno de los meses siguientes si te soy sincero. ¿Por qué tú sí? Como

mínimo tendrías que haberme echado de tu vida dos o tres veces más de las que lo hiciste.

Le paso una mano por el pelo, está hablando en serio.

—Porque eso es lo que haces cuando quieres a alguien, estás al lado de esa persona pase lo que pase. Y no eres tan malo como lo pintas, Salvador, digamos que al principio eras complicado.

—Un imbécil.

—Bueno, un poco.

—Inaccesible, zumbado, desquiciado. —Me sujeta las manos—. Joder, Candela, te quiero y te he hecho pasar un infierno.

—Estabas enfermo y no te olvides de que conozco a tu padre, sé que no lo has tenido fácil. Además, en el fondo, incluso cuando te portabas como...

—Como un cabrón.

—Sí, eso, incluso entonces aparecías y hacías algo sorprendente como cuidar de mí, dejar que mi sobrina visitase tu barco o ayudar al chico del calendario de ese mes. Si no hubiese sido por esos momentos, por esos gestos que me demostraban cómo eres de verdad, tal vez sí habría podido dejarte atrás.

—No puedo soportar la idea de que en algún momento hayas podido dejar de quererme.

—Tú mismo lo has dicho, han sido doce meses, doce chicos, Víctor, y en medio de esos chicos, de lo que me pasaba con ellos, aparecías siempre tú y me enamoraba más de ti. Desde el principio. Creo que la primera vez que supe que ibas a cambiarme la vida fue en Puigcerdá —confieso—. Desde entonces te llamo «mi chico de las estrellas».

Le brillan los ojos y traga varias veces antes de hablar.

—Gracias por quedarte a mi lado, por creer en mí incluso cuando no te daba motivos para hacerlo.

—¿Qué te parece si nos vamos de aquí?

Quiero tumbarme con él en el sofá de su casa o en la cama, abrazarlo y desnudarlo, besarle hasta el último tatuaje de la espalda.

Salvador mira a su alrededor como si de repente se diese cuenta de dónde estamos. Sonríe y me pregunta:

—¿Has venido aquí a grabar el último vídeo?

Le devuelvo la sonrisa.

—Sí. ¿Te importa?

—¿Por qué va a importarme? Es una idea excelente. Deduzco que no se lo has dicho a nadie y que por eso África parecía sentirse culpable cuando me ha visto.

—Así es.

—Jan, Vanesa y los demás se enfadarán durante unos segundos, pero después te felicitarán. Te echarán de menos cuando te vayas, ¿ya se lo has dicho?

—No, esperaré a después de las vacaciones.

—¿Estás segura? Por mí no tienes que irte de Olimpo.

—Estoy segura. —Le miro confusa—. ¿No quieres saber quién es «el chico del calendario»?

—Oh, ya lo sé.

—¿Cómo que ya lo sabes? No se lo he dicho a nadie.

—Te conozco, no hace falta que me lo digas.

—Seguro que te equivocas, seguro que crees que es Ben o...

—Es Pastor. Víctor Pastor es «el chico del calendario».

Tardo varios segundos en recuperarme de la impresión, no puedo negarlo, y la sonrisa de satisfacción de Salvador no me ayuda. Opto por intentar borrarla con un beso. Los del bar acabarán echándonos.

—¿Y te parece bien que sea Víctor? ¿No te molesta?

—A mí no tiene que parecerme bien, Candela. *Los chicos del calendario* son tuyos, lo han sido desde el principio y, si tú crees que Pastor se merece ganar, es decisión tuya. Pero no, no me molesta. Él es un gran tío, le odio —creo que bromea, espero que bromea—, pero es un gran tío. Además, no negaré que hay algo que me ayuda a soportar los celos.

—¿El qué? —Él levanta una ceja—. No, en serio, quiero saberlo. Dímelo.

—Él es «el chico del calendario», pero yo soy tu chico.

Sí, mis rodillas desaparecen, en el estómago se me forma un nudo que no desharé en la vida y, si fuese una princesa Disney, me pondría a cantar. De repente me doy cuenta de que hace un rato me he enfrentado a su padre, que me he despedido de un gran amigo y que he concluido la que hasta ahora ha sido la etapa más importante de mi carrera. Soy mucho más que una princesa, soy Candela, y creo que me merezco un final apoteósico. Me levanto y me siento

encima de él, solo será un momento, después seguiremos en otra parte.

—Exacto. Eres *mi* chico del calendario. No lo olvides.

—No lo olvidaré.

—Voy a besarte, Salvador.

La nuez sube y baja en su garganta.

—Bésame, llevo demasiado esperándote.

Llegamos a Puigcerdá esa misma noche. Rita y Luis no están, y Pablo tampoco, ellos llegarán mañana. A mis padres no les ha hecho mucha gracia que me fuera por Navidades y a mi hermana Marta y a su familia, tampoco. De hecho, cuando hemos ido a despedirnos, han mirado a Salvador con una cara que he temido que él fuese a ceder y a cambiar de opinión.

—No sé cómo puedes resistir los ojos de tus sobrinas —me ha dicho en el coche.

—Tengo más práctica que tú, eso es todo. Ya te acostumbrarás.

Él me besa la mano.

—Sí, ya me acostumbraré. ¿Estás segura de que tus padres no se han enfadado?

—Se han enfadado, pero se les pasará. Tenemos muchas navidades por delante y quiero estar contigo, tú y yo solos, unos días. Me da igual dónde, aunque confieso que la idea de volver a Puigcerdá justo cuando hace un año que estuvimos allí me gusta.

—No me gusta hacer enfadar a tus padres.

Miradle, el señor Intenso preocupado por una pareja que, aunque hoy se lo han hecho pasar mal, son un trozo de pan.

—Te han tomado el pelo adrede. Llevan meses esperando a conocerte y hoy se han desquitado. No te preocupes por ellos, lo digo en serio.

Salvador acaba de aparcar el coche, ha insistido en bajar él la maleta y le estoy esperando frente la puerta de la preciosa casa de piedra. El cielo parece haber colgado las mismas estrellas que en enero para darnos la bienvenida.

En cuanto entramos, su mano aparece detrás de mi nuca y me besa.

—Tendríamos que haber hecho el amor en Barcelona. Esta maldita carretera nunca se me había hecho tan larga —se queja mientras me desabrocha el abrigo.

—Has sido tú quién ha insistido en que teníamos que ir a despedirnos de mis padres —le recuerdo y procedo a bajar la cremallera del suyo.

—Son tus padres, mañana es Nochebuena y no vas a estar allí, quiero llevarme bien con ellos. —Me besa el cuello y me muerde.

—Deja de hablar de mis padres y desnúdate.

Se ríe, suelta una carcajada que resuena por la casa, y me mira.

—Estoy loco por ti, Candela Ríos.

—Y yo por ti, Salvador Barver.

Tira nuestros abrigos, vuelve a besarme y me levanta del suelo para subir la escalera corriendo. Recuerdo que en el piso superior él tiene una especie de apartamento privado. Cierra la puerta de un puntapié y me tumba en la alfombra que hay frente a una chimenea que está apagada.

—No te muevas, lo digo en serio, no te muevas. Necesito toda mi concentración para encender el fuego.

—¿Y si te muevo te desconcentraré?

—Siempre me desconcentras, pero ahora mismo creo que, si te miro un segundo más, voy a correrme, así que no lo hagas y deja que prepare el fuego. Quiero hacerte el amor aquí. —Se levanta y sigue hablando mientras busca los troncos y las cerillas—. Llevo desde enero pensando en esto, quiero follarte en todas partes.

—¡Salvador!

—¿Qué pasa? Es injusto que solo tenga recuerdos tuyos de ciertas habitaciones. —Lanza las cerillas sin demasiado cuidado, pero una llama empieza a prender—. Voy a hacer realidad todas las fantasías con las que llevo torturándome estos meses y después me inventaré otras.

—¿Sabes eso que has dicho antes de que ibas a correrte?

Él gira la cabeza de repente.

—¿Sí?

—Cállate o yo tendré el mismo problema. Ven aquí.

Se desnuda mientras camina, el fuego arde firme en el interior de la chimenea y le ilumina la piel de un modo casi mágico o tal vez soy yo que el amor me ha vuelto tarumba. Me da igual. Se tumba encima de mí y entre los dos acabamos de quitarme la ropa. Desnudos, él me besa y acaricia por todas partes y yo hago

lo mismo. Nunca tendré bastante, siempre querré tocarle más, besarle más, quererle más.

Y por primera vez en mi vida estoy con un chico al que le pasa lo mismo conmigo.

—Joder, Candela, te quiero —pronuncia entre dientes al entrar en mi cuerpo. Entonces se detiene—. Aunque pudiera tatuarme el cuerpo entero me faltaría espacio para tener en mi piel todos los momentos que quiero compartir contigo.

—No te hará falta, yo estaré aquí contigo. —Coloco una mano en su pecho y cierro los ojos cuando él se mueve hacia delante—. Muévete, Salvador.

Él se ríe y se mueve.

Mi chico de las estrellas ha aprendido a sonreír y a vivir, a querer. Igual que yo. Este año nos ha enseñado que estábamos equivocados, que teníamos que ser valientes, los dos a nuestra manera, y que teníamos que arriesgarnos si queríamos ser felices.

Tal vez podríamos haberlo conseguido por separado. Seguro que podríamos haberlo conseguido por separado. Pero elijo estar con él y él conmigo.

En eso consiste el amor, la vida, en descubrir que, aunque podrías estar sola, hay alguien que, cuando está a tu lado, hace que todo valga la pena, incluso los malos momentos.

—Tengo que decirte una cosa, Salvador. —De repente no puedo contenerme más.

—¿Ahora? —Le suda la frente, le tiemblan los brazos, los dos estamos tan excitados que una mera caricia, un beso, nos separa del orgasmo.

—Ahora. —Asiento y me lamo los labios—. Si vuelves a apartarme de tu lado te arrancaré la piel a tiras, te mataré y encontraré la manera de resucitarte con alguna de esas máquinas de esa clínica de Londres para volver a despellejarte, recuérdalo.

—No lo haré nunca más. Lo prometo. ¿Puedo moverme ya?

—No, espera. Te quiero. Eres mi chico y quiero estar contigo siempre.

Él cierra los ojos, tensa la espalda y respira despacio. Cuando vuelve a abrirlos dice:

—Tú, Candela, eres el gran amor de mi vida y te aseguro que eso nunca cambiará. —Me incorporo un poco para besarle—. Y ahora, ¿puedo moverme?

—Claro.

Sonríe, me besa frenéticamente y cuando los dos dejamos de temblar, porque nos hemos corrido hasta quedar exhaustos, me susurra al oído:

—El gran y único amor de mi vida.

El vídeo de Salvador

Dejo a Candela dormida en la cama. Nunca había sido de la clase de persona que puede pasarse minutos mirando a otra, buscando en su cara algo que explique cómo es posible que te haya elegido. Antes de conocerla a ella, me había acostado con mujeres, me gusta pensar que con ninguna había sido desconsiderado y que con todas ellas (no vayáis a creer que son demasiadas) había mantenido una relación sincera. A ninguna le había prometido más de lo que le había pedido y esas relaciones, en realidad no creo que pueda llamarlas así, habían estado marcadas por la temporalidad y la brevedad desde el principio.

Si me había quedado dormido con una de esas chicas en la cama era solo durante un rato y jamás se me habría pasado por la cabeza mirarla o acariciarla en esos instantes. Ahora no puedo dejar de hacerlo y, cuando aparto la pesada manta, tengo que obligarme a alejarme, como si tuviera miedo de que ella fuese a desaparecer si me voy unos minutos.

Me pongo una camiseta negra y encima un jersey del mismo color, unos vaqueros y calcetines y me detengo en el baño lo justo. Bajo la escalera, mis pies apenas hacen ruido a pesar de que la madera cruje a mi paso.

—Te has vuelto loco, Salvador —farfullo a ver si así logro hacerme entrar en razón—. Lo que vas a hacer es una locura. —Sonrío mientras muevo una silla hasta colocarla donde quiero y enciendo las luces necesarias.

Hace unos días le pregunté a Pablo cómo hacer esto y, después de que dejara de reírse, me lo explicó. Supongo que tendré que aguantar sus bromas sobre este tema durante años y lo cierto es que no me importa. Es algo en lo que llevo pensando mucho tiempo y ha llegado el momento. Sitúo el móvil y pongo en funcionamiento la cámara.

—Hola, soy Salvador Barver, el chico de enero. —Se me atascan las palabras.

Joder, esto es mucho más difícil de lo que creía. Abro y cierro las manos sobre el pantalón del pijama fuera del plano que aparecerá en la pantalla o eso espero—. Si consigo grabar este vídeo entero y cumplir con el calendario que he previsto, vosotros lo estáis viendo justo después de que Candela haya anunciado quién es el chico del calendario, ese chico que le ha demostrado que tal vez los hombres no estamos tan mal y que algunos valemos la pena. No sé si yo la valgo, lo cierto es que hasta hace poco estaba convencido de que no, pero una persona me ha enseñado que estoy equivocado o, mejor dicho, que en realidad no es cuestión de etiquetas, de chicos buenos o malos, de chicas buenas o malas, sino de encajar, de encontrar esa persona que te enseña a seguir adelante cuando tienes ganas de rendirte.

»Los que hayáis reconocido mi nombre no os preocupéis, no estoy aquí para discutir la decisión de Candela. *Los chicos del calendario* nacieron en su corazón y le pertenecen, aunque me gusta pensar que ahora son un poco de todos nosotros. Tampoco estoy aquí para hablaros de *Gea* ni de Olimpo, ni de los proyectos que podamos o no tener en el futuro. Después de pasarme prácticamente toda la vida huyendo de las cámaras, sí, sé que es irónico que me dedique a lo que me dedico, no me he sentado aquí en pijama, sin afeitarse y con un nudo en el estómago para hacer publicidad.

»Estoy aquí porque, a lo largo de doce meses, Candela ha recorrido el país, ha convivido con doce chicos y ha vivido multitud de situaciones que ha compartido con nosotros. La vimos soportar un jefe antipático, yo, y conquistar a un viejo editor de toda la vida en enero; en febrero aprendió a jugar al fútbol y plantó cara a un famoso empresario de nuestro país que pretendía manipular al chico del calendario; en marzo —suelto el aliento y me obligo a continuar—, en marzo no se dejó engañar por la máscara de mal carácter del candidato y le ayudó a superar la muerte de su padre y retomar su brillante carrera como científico. En abril fue una arqueóloga de lo más peculiar y conquistó un pueblo entero de Galicia mientras nos contaba a todos lo compleja que era la historia del chico de ese mes. Podría seguir hasta diciembre, pero entonces estaríamos aquí hasta altas horas de la madrugada. Lo que intento deciros es que en todos estos meses Candela lo ha dado todo para entender a los demás, para ayudarlos, para hacer que su vida, aunque fuese solo un poquito, mejorase. Y mientras hacía eso,

mientras nos explicaba a los demás cómo era el chico del calendario de ese mes, nosotros la hemos conocido a ella.

»Estoy aquí porque Candela es mucho más de lo que hemos visto en sus vídeos o en las entrevistas que ha escrito mes a mes y porque quiero que conozcáis hasta qué punto me ha demostrado a mí, y creo que también a todos vosotros, que efectivamente hay gente que vale la pena. Gente como ella.

»Conocí a Candela casi al mismo tiempo que vosotros. Bueno —no puedo evitar sonreír— eso no es del todo cierto. La había visto en Olimpo y me había fijado en ella, pero no me había atrevido a acercarme. No creo que os sorprenda. Cuando sucedió lo del vídeo el fin de año pasado, lo primero que pensé fue que por fin tenía una excusa para hablar con ella. Punto uno: era evidente que ya no tenía novio. Punto dos: ninguna revista sería podía pasar por alto la noticia del Instabye y de los millones de visitas de su vídeo de Youtube.

»No sabía a qué atenerme. ¿Me encontraría con una chica dispuesta a subirse al carro y a vivir de la fama por efímera que fuese? ¿Con alguien sin ninguna inquietud? ¿Con una persona dispuesta a todo para utilizarme a mí y a los recursos que yo iba a ofrecerle? Me mostré cauto en nuestro primer encuentro, seguro que si ella os lo cuenta dirá que estuve prepotente y distante, pero lo cierto es que Candela me descolocó nada más entrar.

»Candela me ha descolocado siempre y es lo mejor que me ha pasado en la vida. Hoy, apenas hace unas horas, ha arriesgado su futuro profesional por mí plantándole cara a mi padre y por eso estoy aquí, porque no voy a permitir que nada ni nadie le haga daño y mucho menos por mi culpa.

»¿Por dónde empiezo? —Me aprieto el puente de la nariz antes de continuar—. Por el principio, supongo. No sé cuándo mi padre dejó de tener principios, de importarle algo que no fuese el dinero, el éxito o la sensación de victoria cuando consigues algo, no lo sé. Cuando yo era pequeño no era el padre más afectuoso del mundo, apenas lo veía si os soy sincero, pero tenía sus momentos. Esto lo he aprendido de Candela, ser capaz de reconocer que no todo el mundo es completamente malo o completamente bueno. Mi padre nunca habría ganado el premio a mejor padre del año, sin embargo estaba allí. Me enseñó a montar en bicicleta y fue él quien empezó a llevarme a Olimpo. Tal vez fuera el divorcio, quién sabe, la cuestión es que la parte humana de mi padre se fue esfumando y

solo quedó la ambición, la falta de escrúpulos, esa enfermiza adicción a la victoria y el absoluto convencimiento de que él está por encima de todo y puede conseguir siempre lo que quiere. Esta descripción es de mi abuelo, se llamaba Salvador como yo, y la tengo grabada en mi mente porque presencié cómo se la gritaba a mi padre un día en su despacho de Olimpo. Mi abuelo trabajaba mucho, mi abuela había fallecido demasiado pronto y él se pasaba horas en Olimpo, mimando y cuidando cada proyecto. No me malinterpretéis, era un hombre de negocios listo como el hambre, pero siempre actuaba con responsabilidad y consciente de que cualquier decisión tiene siempre una consecuencia. Aprendí con él (pues, después del divorcio, mi padre se esfumó durante meses y se dedicó a invertir), y yo pasaba las tardes con el abuelo. Incluso después de que mi madre se casase con Luis y formásemos una nueva familia con él y Pablo, yo pasaba mucho tiempo con el abuelo.

»Esto nunca le gustó a mi padre. Le echaba en cara que él no hubiera tenido esa oportunidad, que él hubiese tenido que espabilarse solo mientras que a mí me estaba instruyendo. El abuelo se defendía, decía que no era verdad. En una ocasión le recordó a mi padre que él nunca había estado dispuesto a trabajar en la imprenta, en esa época aún teníamos una en el sótano de Olimpo, mientras que yo me había pasado un verano entero haciendo fotocopias y cafés.

»Entonces me puse enfermo. —Me frotó la cara—. Nunca pensé que contaría esto. Tuve leucemia y no fue la única vez. Esos años que según la prensa estuve viajando por Europa viviendo la vida, en realidad estaba sometíendome primero a radio y quimioterapia y después a un trasplante de médula. Mi abuelo y mi madre consiguieron que nadie se enterase, no querían que yo, además de tener que concentrarme en ponerme bien, tuviese que enfrentarme a la presión de los medios.

»Mi abuelo estaba conmigo y con mi madre, entre ellos dos siempre existió una muy buena relación. Ya puestos a desnudarme emocionalmente os diré que mi abuelo siempre le decía de broma a mi madre que casarse con ella era lo único bueno que había hecho su hijo. Ninguno de nosotros ha logrado entender nunca qué vio mi madre en mi padre, ella dice que hubo un momento en que Ricardo tuvo corazón, pero que después la ambición y el poder pudieron más que todo lo demás. Seguro que cuando Candela oiga esto hará una referencia a

Star Wars y al lado oscuro. —No puedo evitar sonreír—. Por eso la quiero, no por su extraña fijación con el cine de los ochenta, sino porque, con ella a mi lado, incluso los peores recuerdos o los momentos más difíciles son soportables y tienen algo bueno. —Carraspeo y sigo adelante—. Durante mi enfermedad, mi abuelo dejó Olimpo en las manos de mi padre convencido de que él no estaba conmigo porque le causaba demasiada impresión ver a su hijo enfermo. Creyó que mi padre se ocuparía del negocio igual que lo estaba haciendo él y viajó a mi lado a Londres y después a Zúrich, las clínicas donde estuve ingresado. Cuando volvió —suspiro—, no sé exactamente qué se encontró cuando volvió, pero mi abuelo echó a mi padre de Olimpo y no le permitió regresar nunca más. Mi padre empezó entonces una batalla legal que dura hasta ahora, intentó poner a la junta directiva en contra del abuelo, comprar acciones de Olimpo a escondidas. Demasiadas artimañas para contáros las. La cuestión es que mi abuelo me dejó Olimpo a mí, exceptuando la parte de la legítima que por ley le correspondía a mi padre, y los problemas no han cesado.

»No os aburriría con mi historia si no fuera para deciros que Ricardo Barver, mi padre, ha intentado obstaculizar e incluso hacer desaparecer *Los chicos del calendario* en su afán por echarme a mí de la dirección de Olimpo. Yo puedo soportar cualquier cosa que me haga, cualquier ataque, pero no toleraré jamás que ponga en peligro a Candela, su reputación o su carrera profesional. Nunca. Candela no me necesita, puede defenderse sola, qué digo, Candela puede defenderme a mí, pero he decidido no darle más munición a mi padre.

»Quiero que todo el mundo sepa que este año he estado enfermo y que eso en ningún momento me ha incapacitado para seguir trabajando. No soy idiota, sé que nadie es invencible y que nadie puede con todo, por eso me he rodeado de un equipo que es mucho más listo que yo y cuya ética profesional es incuestionable. Ricardo, si quieres atacarme, si quieres intentar echarme de Olimpo otra vez, hazlo, pero deja a Candela fuera de esto. Sin embargo, deja que te dé un consejo: déjalo, haz terapia, resuelve tus problemas y vive tu vida. Busca algo o alguien que te haga feliz.

»Si seguís aquí (me temo que este vídeo está quedando tan largo que ya habréis desconectado), dejad que os cuente que no es la primera vez que mi padre intenta hacerme daño buscando la manera de destruir algo o alguien que

quiero. En enero, cuando fui chico del calendario, volví a ponerme enfermo, tuve que viajar a Londres y someterme a un nuevo tratamiento porque la leucemia había reaparecido, y mi padre decidió que era el mejor momento para arruinar a Martín Riego, el padre de David, mi mejor amigo que había muerto años atrás en un accidente. Es decir que en enero no solo estaba enfermo, sino que tuve que hacer lo imposible para comprar Napbuf, la editorial infantil de la familia Riego, para salvarla y evitar que sus increíbles libros desaparecieran, y además fui chico del calendario y me enamoré de Candela.

»Fue el peor y el mejor mes de mi vida y al final cometí un error: dejé a Candela, la eché de mi vida porque no quería arrastrarla conmigo a este culebrón. Quería lo mejor para ella y salta a la vista que no soy yo.

—Eso no es verdad.

He estado tan concentrado hablando con la pantalla del móvil que no me he dado cuenta de que Candela está de pie en la puerta.

—Candela... ¿qué haces aquí?

Le brillan los ojos y camina hacia mí. Yo no puedo moverme, hay algo en su cara que me impide levantarme y casi respirar. Se detiene frente al móvil y lo para para dejarlo después boca abajo y seguir con su camino hasta la silla donde yo sigo inmóvil.

Sujeta mi rostro entre las manos y me besa. Primero coloca los labios encima de los míos sin abrirlos, deja que su respiración se cuele despacio hasta que mis manos reaccionan por sí solas y mis dedos rodean sus muñecas para tirar de ella hacia mí hasta que queda sentada en mi regazo.

—Hola —dice al apartarse con una sonrisa algo adormilada.

—Hola —contesto con la voz ronca—. ¿Te he despertado?

—No, bueno, sí. Me he despertado cuando me he dado cuenta de que no estabas en la cama. ¿Qué estás haciendo?

Me cuesta pensar porque me está pasando las manos por el pelo y porque huele a ella y a las sábanas donde hace un rato hemos hecho el amor y, para qué negarlo, porque tengo las manos en sus nalgas desnudas.

—No puedes hacerme preguntas desnuda.

—No estoy desnuda —se defiende, aunque por el modo en que sonrío se siente muy satisfecha de sí misma.

—Lo estás debajo de esta camiseta. Mi camiseta.

—¿Qué estabas haciendo Salvador?

Coloca las manos en mis hombros y me besa el cuello.

—¿Cuánto tiempo llevabas allí en la puerta?

Subo la mano por su espalda y ahora es ella la que tarda unos segundos en contestar.

—Te he oído decir que no grababas este vídeo para hacer publicidad de *Gea* y Olimpo.

Suelto el aliento y apoyo la frente en el hueco que hay entre el hombro y el cuello de Candela.

—Lo has oído todo.

Ella me acaricia el pelo hasta llegar a la nuca.

—Creo que sí. No hace falta que grabes nada, Salvador, no tienes que compensarme por nada y como bien has dicho tú, puedo protegerme sola.

—Quiero hacerlo.

—Te has pasado la vida entera protegiendo tu intimidad con uñas y dientes, evitando aparecer en las revistas. Aparecer en *Los chicos del calendario* en enero fue un mal trago para ti. Si cuelgas este vídeo, abrirás la veda y ya no podrás echarlos.

—No me importa y podré mantenerlos a raya.

—No tienes por qué hacerlo, Salvador.

—Quiero hacerlo —repito con más fuerza, atrayéndola hacia mí porque me está volviendo loco con los besos que no deja de repartirme por el cuello y la parte de la clavícula que escapa de mi camiseta—. Eres increíble, Candela, maravillosa, estás algo loca y eres preciosa. Rubén te humilló con esa estúpida foto y sus *hasthags* y yo... —Se ha apartado, me mira a los ojos y una lágrima le resbala por la mejilla. Si no tuviera una sonrisa en los labios, habría perdido la cabeza. No soporto verla llorar—. Yo no puedo eliminar esa fotografía ni el dolor que te causó, pero puedo colgar este vídeo y dejar claro que Rubén cometió el peor error de su vida dejándote y que eres la chica, la persona, más fascinante, bonita y única del mundo.

Sus labios asaltan los míos, la lengua de Candela se desliza frenética por el interior de mi boca como si buscara la manera de quedarse allí para siempre y no

irse nunca. Y a mí me parece bien, porque yo necesito lo mismo. Mis camisetas, la que llevo yo y la que lleva ella, no tardan en ir a parar al suelo, la parte inferior de mi pijama sigue el mismo camino y Candela se convierte en mi todo cuando se incorpora y, sujetando mi erección con su mano, la guía hacia su cuerpo.

No hay palabras para describir lo que siento ni el modo en que me entrego a ella. No sé qué pasará en el futuro, si volveré a ponerme enfermo o si mi padre desistirá en sus intentos de arrebatarme Olimpo y el legado de mi abuelo. Sé que no importa, pase lo que pase podremos con ello.

—Eres... —intento hablar, aunque no soy capaz y solo siento— ...mi vida, todo, Candela.

Vuelve a besarme, a hacerme suyo. Sí, esto es en verdad lo que está haciendo y cuando me susurra al oído que me quiere no puedo controlarme más y me sujeto a ella, la beso, aprieto los dedos en sus caderas, la respiro y nos derrumbamos el uno en los brazos del otro.

La fiesta de los chicos del calendario

No dejo que Salvador cuelgue el vídeo que grabó esa madrugada. Él insiste en que quiere hacerlo, tiene la teoría que debe compensarme por la foto y el Instabye de Rubén del año pasado, pero yo le digo que no necesito que lo haga. Él no tiene que responsabilizarse de lo que hizo Rubén y, además, a lo largo de estos doce meses he llegado a tenerle cierto cariño a esa foto con las malditas maletas rojas. No me malinterpretéis, sigo creyendo que Rubén me hizo una canallada y que se comportó como un cobarde y un imbécil dejándome de esa manera, pero me obligó a reaccionar y a ponerme las pilas. A raíz de esa foto y del vídeo que después colgó Abril mi vida es hoy distinta y jamás me arrepentiré de ello.

Salvador es muy reservado, siempre se ha esforzado por mantener su vida privada, pues eso, privada, y no quiero que por mí cambie. Tampoco yo estoy muy cómoda compartiendo ciertas intimidades, aunque visto está que yo lo llevo mejor, si no, no habría podido escribir la novela que ahora sujetas en la mano. Pero una cosa es que lo hago yo porque quiero y la otra que lo haga él porque cree que me debe algo y estos meses he aprendido que el amor no es una cuenta pendiente, no es una lista de puntos en uno y otro bando, el amor es generosidad y es meter la pata y acertar, pero sobre todo es querer.

De momento el vídeo está guardado, os confieso que me gusta mirarlo. Ver a Salvador en pijama hablando de mí, de nosotros, sintiéndose inseguro de sí mismo y al mismo tiempo dispuesto a desafiar sus miedos es impresionante y una parte de mí se negó a colgar el vídeo porque quiero a ese Salvador solo para mí. Vosotros podéis quedaros con el señor Hermético, con el director de Olimpo que a veces no tiene más remedio que mantener las distancias, aunque está buscando la manera de salvar la compañía entera, y con el chico de pocas

palabras que lleva gafas y que intimida un poco. El que dice las frases más románticas del mundo, anuda bufandas y tiene la espalda llena de tatuajes con nuestros besos es mío.

—¿Estás nerviosa? —Es Abril, acaba de llegar y me ha pillado escondida, esperando quiero decir, en un sofá que hay en la recepción del hotel.

—No. Sí, un poco.

Estamos en el hotel donde Olimpo organizó la fiesta de Sant Jordi. En el piso inferior están Vanesa, Jan, Sofía y casi todas las personas que han contribuido a sacar adelante *Los chicos del calendario*. Algunos chicos también han llegado, hace un rato he saludado a Jorge y a María y también a Bernal y a Manuela. Javier y Esteban no tardarán en aparecer, me han mandado un mensaje desde el taxi que les ha recogido en el aeropuerto y Alberto viene con ellos, a ver si por fin consigo que me cuente qué pasa con el testamento de Enrique. John, el chico de julio, ha llegado esta mañana y hemos estado hablando; su vida también ha cambiado bastante estos meses y estoy impaciente por que me siga contando cuáles son sus planes a partir de ahora. Nacho ha llegado hace un rato acompañado por Petra (si mis planes han salido bien a estas alturas conocéis un poquito mejor su historia), los he acompañado hasta su habitación y me han dicho que bajarían enseguida. Llevan allí un buen rato y ni se me ha pasado por la cabeza ir a molestarlos, claro. Ben también está aquí y me ha traído una sorpresa: un bizcocho. Me he reído y le he abrazado, hemos quedado que mañana nos pondremos al día, tengo la sensación de que tiene mucho que contarme, había un brillo especial en sus ojos. Adrián ha venido desde Valencia, todavía no está bien del todo, no le culpo, yo no sé qué haría si Salvador muriera, pero está mejor y se le ve contento o dispuesto a estarlo. Hemos estado hablando un rato, ha llegado este mediodía y me ha dicho que tiene un viaje en marcha, algo especial. Estoy impaciente por conocer el resto de detalles y contároslos. Aitor, también está aquí, aunque solo puede quedarse esta noche. Cuando nos hemos encontrado en recepción me ha levantado por los aires y me ha dado las gracias por lo que hice por él, yo le he repetido que no hice nada, que todo es mérito suyo, pero él ha insistido en que, si yo no hubiese aparecido y le hubiese comparado con un inspector de Hacienda, no habría reaccionado. Aitor tiene que volver a Papúa Nueva Guinea mañana, pero sé que mantendremos el

contacto y que ya no mantendrá al resto de la humanidad a varios metros de distancia de sí mismo. Ojalá alguien le sorprenda algún día de verdad.

—¿En qué estás pensando? —Abril se ha sentado a mi lado.

—En los chicos del calendario, en todo lo que me ha sucedido este año.

—Sí, han sido unos meses intensos. Has cambiado, Candelita.

—Tú también, Abril. —Le señalo la barriga, aún le quedan unos meses, pero parece una bola del árbol de Navidad—. Todavía no me has contado cómo hicisteis las paces tú y Manuel.

—Ahora no tenemos tiempo. —Busca una excusa—. Te están esperando dentro y Manuel está aparcando y seguro que quiere estar presente cuando te lo cuente.

—Tenemos unos minutos. Hazme un resumen, vamos.

—Está bien. Unos días después de que le dijera que estaba embarazada y de la discusión que tuvimos, apareció en casa y se negó a irse hasta que hablásemos como personas civilizadas que iban a traer un niño a este mundo.

—¿Eso te dijo?

Abril se sonroja un poco, es raro verla así, pero le sienta muy bien.

—No solo eso. Empezó a hacerme preguntas sin parar. Quería saber el nombre de mi ginecólogo, cuándo tenía visita, si me había hecho análisis, si vomitaba. Todo. Le dije que no fuese pesado, que enseguida se aburriría de esas cosas y que me dejase estar. Entonces se puso serio y me besó, y cuando me soltó y a mí aún me temblaban las rodillas me preguntó si de verdad quería seguir adelante con el embarazo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que sí.

—¿Y él qué dijo?

—Me preguntó por qué no quería abortar, si era porque yo estaba en contra del aborto o por otro motivo.

—Tú siempre has estado a favor del aborto —digo.

—Lo sé y él también lo sabía. Me quedé pensando, te parecerá una tontería, pero hasta ese instante no me lo había planteado, había sido una reacción instintiva. Le contesté que no quería abortar, que quería seguir adelante con el embarazo porque quería al niño, bueno, a la niña, pero entonces no sabíamos el

sexo obviamente.

—¿Y qué te dijo Manuel?

—Es incansable, no tuvo bastante con eso. Me preguntó si quería al niño porque quería ser madre y le daba igual quién fuera el padre o si tal vez era posible que lo quisiera porque él también formaba parte del pequeño.

—¿Y qué le dijiste?

—Le eché de casa, me puse a llorar como una histérica. No fue agradable. Él me gritó desde el otro lado de la puerta, pensé que iba a echarla abajo, pero se fue.

—¿Se fue?

—Sí, se fue y volvió al día siguiente. Y al otro. Y al otro. Volvió cada día y empezó a acompañarme a todos lados, al médico, a comprar, a pasear. Siempre estaba allí. No en plan acosador, nada por el estilo. Él llamaba y me preguntaba y esperaba en silencio a que yo le contestase, me decía que se iría si yo se lo pedía. Y, si no llamaba, pasaba por casa y llamaba al timbre, nunca entraba si yo no le daba permiso. Él dice que siempre supo que tenía que tener paciencia conmigo, que las bravuconerías no funcionarían y que tenía que demostrarme que él estaba a mi lado pasara lo que pasase, pero que al final dependía de mí permitir que se quedase allí o no.

—Es muy romántico.

—Lo es, pero no se lo digas. Seguimos así hasta que un día Manuel no llamó ni apareció y yo perdí los papeles. Me imaginé que se había cansado de mí y metí sus cosas en una bolsa, el muy taimado había ido dejando cosas en casa, un jersey, un libro de la facultad, un pijama, una fotografía de los dos. Dejé la bolsa en la calle y me negué a abrirle cuando apareció al día siguiente.

—Abril...

—Sí, lo sé, fui injusta. Él no me había dado motivos para desconfiar y lo juzgué y condené en menos de dos minutos. En mi defensa te recuerdo que nos llevamos unos cuantos años y por mucho que él insista en que no le importa que yo sea mayor que él o que soy boba cuando me siento insegura por eso, no puedo evitarlo.

Le sujeto la mano y le aprieto los dedos, sé perfectamente lo que es sentirse así.

—¿Y qué pasó después?

—Manuel apareció un día en una sesión de fotos. Tendrías que haberle visto
—sonríe.

—Déjame adivinar, se te cayeron las bragas.

Abril suelta una carcajada.

—Algo así. Me dijo que estaba harto de que dudase de él y que aquel día no había podido llamarme ni pasar por casa porque había tenido dos guardias seguidas en el hospital y que, claro, como yo nunca le preguntaba por su trabajo, pues no lo sabía. Discutimos, me dijo que me quería, pero que estaba cansado de luchar contra una pared, que tal vez había llegado el momento de rendirse.

—Oh, no me digas que le dejaste marchar.

—No, por suerte reaccioné. No puedo imaginarme la vida sin él. Pero soy tan terca que tuve que estar a punto de perderle para enterarme. Cuando él empezó a decir que ya nos organizaríamos con la niña, que podíamos compartir la custodia, que no volvería a meterse en mi vida, me puse a llorar.

—¿Solo a llorar?

—No, caminé hasta él y le besé delante de todos. Estarías orgullosa de mí, Cande, fue un beso de película.

—Lo estoy, Abril, lo estoy.

—¿Qué está pasando aquí? —Aparece Manuel y enseguida se pone al lado de mi amiga—. ¿Estás llorando? ¿Te encuentras bien?

—Muy bien. —Abril le da un beso y la tensión desaparece de los hombros de Manuel—. Le estaba contando a Cande lo que pasó el día que te presentaste en el estudio.

Manuel se sonroja un poco y me sorprende, normalmente él siempre mantiene la calma.

—Podría haberme ahorrado el sufrimiento, estaba convencido que iba a ser la última vez que te veía. Pero creo que estaría dispuesto a volver a soportarlo por otro beso y otra declaración como esa.

—¿Declaración? —pregunto yo—. Eso no me lo has contado, Abril.

—Y de momento no lo haré. —Se levanta—. Vamos, Manuel, entremos en la fiesta a ver si empieza de una vez y podemos irnos a casa.

Manuel sonríe y me dejan allí sola de nuevo. Todavía no he entrado porque

estoy esperando que pase un milagro, que aparezca Víctor.

El vídeo donde le declaro «Chico del calendario» se ha emitido esta mañana y él no ha tardado en mandarme un mensaje escueto (me lo imagino tecleándolo, apretando el móvil hasta hacerlo crujir) donde me ha dejado claro que no piensa presentarse. Vanesa se ha puesto en contacto con él, a ella no le ha colgado, y creo que le ha convencido para que grabe un mensaje, pero no va a venir. Yo le he llamado y obviamente no me ha contestado, así que le he dejado un mensaje pidiéndole que por favor cambiase de opinión y asistiera a la fiesta.

La esperanza es lo último que se pierde y por eso estoy ahora aquí sentada, a pesar de que tengo la certeza de que Víctor no aparecerá. Pero el que sí aparece es Julián y no viene solo, Ilu está a su lado. La sorpresa consigue que me levante del sofá y corra a abrazarlos.

—¡Julián! No sabes cuánto me alegro de veros.

—Yo también me alegro de estar aquí —contesta devolviéndome el abrazo.

—Rata te manda un abrazo, se ha enfadado con nosotros porque no la hemos dejado acompañarnos —dice Ilu cuando le doy dos besos para darle la bienvenida.

—Dale uno muy fuerte de mi parte cuando la veas. —No puedo disimular la curiosidad—. ¿Estáis juntos? ¿Qué ha pasado? ¿Y el castillo?

—El castillo de momento sigue allí. —Julián entrelaza los dedos con los de Ilu y ella le sonrío—. Al final me he dado cuenta de que esas piedras, por importantes que sean para el pueblo o para mí, no se irán a ninguna parte.

—No me habría ido para siempre —interviene Ilu.

Deduzco que aquí hay mucho más y quiero averiguarlo, aunque tal vez ahora no sea el momento.

—No estoy tan seguro, la última vez estuviste demasiados años fuera. No estaba dispuesto a correr ese riesgo de nuevo. Además, me gusta tenerte a mi lado.

Ilu le aprieta los dedos de la mano y le brillan los ojos.

—Gracias por invitarme, Cande. Vanesa me aseguró que no había problema, pero significa mucho para mí estar esta noche aquí. Sé que no nos llevamos demasiado bien cuando estuviste en Trevejo en noviembre.

Vanesa se ha ocupado de todo estos días, ella ha gestionado los billetes de *Los*

chicos del calendario y de sus acompañantes. Me pregunto qué pasará cuando se encuentre con Aitor, me hacía mucha gracia cuando él se refería a ella como «señorita Bermejo».

—No te preocupes, Ilu. En ningún momento fuiste antipática conmigo y entiendo perfectamente que no te gustase que me metiese en tu vida así por la cara. Me ha pasado otras veces. Me alegro de que por fin tú y Julián hayáis hablado y hayáis resuelto vuestros problemas.

—Bueno, todavía nos quedan cosas por resolver —explica Ilu—, pero vamos por el buen camino. Al menos ahora estamos juntos. Él ha aprendido que el castillo no se moverá y yo que a veces vale la pena volver a arriesgarse.

—Solo es cuestión de hacerlo por la persona adecuada —le digo yo cuando veo aparecer a Salvador.

—Hola, Julián —le estrecha la mano—, me alegro de que hayas llegado.

—Sí, nosotros también. Os esperamos dentro.

Julián e Ilu bajan la escalera y Salvador se acerca a mí y me rodea por la cintura.

—Víctor no va a venir —susurro apoyando la cabeza en su torso.

—No, no va a venir. Es comprensible.

—Lo sé.

—¿Estás lista?

—¿Para qué?

—Para entrar allí y celebrar con toda esa gente que *Los chicos del calendario* han llegado a su fin.

No lo sé, pienso, ¿estoy preparada?

Le miro y sonrío, no sé qué nos deparará el futuro, pero estaremos juntos y con él todo es distinto, mejor, posible. Sí, con Salvador a mi lado creo que todo es posible.

—Estoy preparada.

—Pues vamos. No nos hagas esperar. Todos estamos impacientes por saber qué pasará a partir de ahora.

Yo también.

Epílogo

(y el principio de algo más)

El chico del calendario

Gané *Los chicos del calendario*.

Perdí a la chica y gané un jodido concurso. Para el país entero soy o al menos fui durante las semanas que duró el revuelo, «el mejor chico del mundo». Un tipo genial. El yerno ideal. El amigo que todos querrían tener.

Y una mierda.

Yo quería a la chica, ¿y qué conseguí?, un estúpido premio de consolación y que mi vida se convirtiese en un circo durante varias semanas.

El premio, el dinero en metálico, lo dividí entre doce partes iguales y las doné a las doce fundaciones u organizaciones benéficas que habían elegido los doce chicos del calendario, yo y Salva incluidos. Me leí las normas del concurso, en ningún lugar establecía que eso las vulnerase y, dado que no pude renunciar al premio en sí, me pareció que era la mejor opción. La única con la que yo podía vivir.

Cande me escribió, sigo enfadado con ella y no la he llamado así que me imagino que pensó que no iba a rechazar un texto escrito. Dice que entiende por qué decidí hacer esto con el dinero del premio, pero lo cierto es que me importa bien poco su opinión.

Estos últimos meses me han sucedido muchas cosas y lo que sucedió con ella en Barcelona justo antes de Navidad ha ido quedando arrinconado en mi mente. Empiezo a creer que tal vez no fue tan importante.

Quién sabe, lo cierto es que ahora da igual y que he aprendido una lección muy importante. He cambiado y me gusta mucho más el nuevo Víctor que el viejo.

Suena el móvil y tengo que salir de la cama para contestarlo. No sé qué me ha

pasado esta noche que me he despertado pensando en lo de Cande, no suelo. Camino desnudo hasta la mesilla donde ayer dejé el teléfono, sonrío al ver el nombre de mi hermana. Daba por hecho que iba a empezar el día con un marrón del laboratorio.

—¿Sabes que Valeria ha aprendido a decir «tío chiflado»? Si no vienes a vernos estas próximas vacaciones le diré que te llame así a todas horas.

—Buenos días, Victoria.

—No me despistes, tienes que venir, Víctor.

Ah sí, he empezado el día con un marrón, no es del laboratorio, es mucho peor.

—Ya te he dicho que no puedo, no puedo estar tantos días fuera. —No es verdad.

—No es verdad. —Estupendo, mi hermana ahora me lee la mente—. No quieres venir a España por eso del «chico del calendario». La gente ya no se acuerda, Víctor.

—Recibo correos a diario, Tori.

—Locos ha habido siempre.

—Y propuestas de matrimonio.

—Tal vez deberías considerar alguna.

—Voy a colgar. Llegaré tarde al trabajo.

—Eres el jefe, pero vale. Te llamaré más tarde y volveré a insistir. Además, hay algo que tengo que contarte.

—¿De qué se trata?

—Te llamo más tarde, que tengas un buen día, *tío chiflado*.

Cuelgo y me meto en la ducha.

Mi hermana va a meterme en un buen lío. Estoy seguro.

Tengo algo que contaros

En los libros normales esta sección se llama «Nota de la autora» o «Agradecimientos», pero a estas alturas todos sabemos que esto no es un libro normal. *Los chicos del calendario* empezaron después de que Rubén me dejase por Instagram y, poco a poco, se convirtieron en lo más bonito y real que me ha sucedido nunca y todo gracias a vosotros.

A lo largo de estos meses han sucedido muchas cosas buenas y malas y no todas he podido contároslas. No solo eso, después de la fiesta de diciembre cumplí mi palabra y desde entonces, me esfuerzo por ser una buena amiga de todas las personas que conocí mientras recorría el país en busca de un chico que valiese la pena. ¿Quién me iba a decir que no encontraría uno sino varios y que en realidad todos valemos la pena, lo difícil es atreverse a intentarlo, saber reconocer nuestros errores y luchar por lo que queremos de verdad? En tu vida la persona que más vale la pena eres tú, eso es lo que he aprendido estos doce meses y os prometo que no voy a olvidarlo.

Pero sigamos con los chicos y con lo que iba a contaros: Salvador está a mi lado, tal vez algunos de vosotros no entendáis por qué hemos acabado juntos y lo único que puedo deciros es que le quiero y él a mí y que estoy convencida de que, cuando os suceda a vosotros, cuando os enamoréis de alguien a pesar de los inconvenientes y en contra de todas las señales del universo, sabréis lo que estoy sintiendo ahora (y confío en sentir durante el resto de mi impredecible vida).

Víctor. Víctor. Víctor. Víctor es increíble, es «el chico del calendario». Recuerdo el momento exacto en que supe que él y solo él podía ganar *Los chicos del calendario*, aunque ya sabéis que no considero que los demás hayan perdido. La idea me había pasado por la cabeza un par de veces, pero cuando le vi en Haro en diciembre lo vi claro. Él tenía motivos más que de sobra para hacerme a un lado y sin embargo se ofreció a ayudarme. No solo eso, durante esa cena, cada vez que lo veía hablar con su hermana y su cuñado o cuando le echó un

cable a Aitor, comprobé que es una persona excepcional, de esas que todos necesitamos tener en la vida porque hacen que sea más completa, más vibrante, más feliz. Y es horrible que en diciembre su historia no tuviera un final feliz, lo sé. Lo siento.

Pero no puedo sentirme culpable porque sé que él y yo no habríamos funcionado nunca. Ahora que han pasado unos meses puedo afirmar sin lugar a dudas que, aunque no hubiera existido Salvador (menos mal que esto es imposible y que él ahora mismo sigue dormido en mi cama), Víctor y yo no habríamos acabado juntos.

Y estoy segura de que Víctor opina lo mismo. Él no cambiaría por nada del mundo lo que le pasó después de convertirse en «el chico del calendario», porque entonces no habría encontrado a la chica con la que ahora comparte su vida. Ahora y siempre según él.

Sí, soy el mal por dejaros así, lo único que puedo deciros es que he convencido a Víctor para que me deje contaros su historia y, si todo sale bien, dentro de unos meses podréis leerla. Salvador y yo también aparecemos, aunque poquito, porque al fin y al cabo ahora es el momento de Víctor. No voy a engañaros, va a requerir de toda vuestra atención. Si creíais que mi vida estos últimos meses había sido una montaña rusa, la de Víctor es como subirse a un cohete rumbo a la luna sin cinturón de seguridad y sin mascarilla de oxígeno. Pero acaba bien, muy bien.

Y estoy impaciente por contárosla.

Os dejo, voy a escribir, las notas de Víctor son complicadas y tengo que centrarme para ponerlas en orden y no pasarme por alto ningún detalle.

Gracias, GRACIAS por acompañarme en esta aventura, no habría podido llegar al final sin vosotros. *El chico del calendario* y otras muchas novelas (o eso espero) llegarán pronto a vuestras manos.

Os quiero mucho... es cursi, sí, pero es la pura verdad.

Candela

#LosChicosDelCalendarioHanSidoSoloElPrincipio

#ChicosForever